

Juan Oso,
Blanca Flor y
otros cuentos
maravillosos
de ultramar

Elisa Ramírez Castañeda

Juan Oso, Blanca Flor y otros cuentos maravillosos de ultramar

Elisa Ramírez Castañeda

pluralia
2014

Sistema de clasificación Melvil Dewey

398.209

R530

2014

Ramírez Castañeda, Elisa

Juan Oso, Blanca Flor y otros cuentos maravillosos de ultramar / Elisa Ramírez Castañeda; ilus. Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra". — México : Pluralia Ediciones, 2014. 208 p. : il.

ISBN: 978-607-7655-28-2

1. Literatura indígena mexicana. 2. Indios de México — Mitos. I. López Ramírez, Jerónimo "Dr. Lakra", il. III. t.



ESTA OBRA SE REALIZÓ CON APOYO DEL ESTÍMULO A LA PRODUCCIÓN DE LIBROS DERIVADO DEL ARTÍCULO TRANSITORIO 42° DEL PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN 2012

Diseño de Álvaro Figueroa

© por el texto: Elisa Ramírez Castañeda, 2014

© por las ilustraciones de portada: Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra", 2014

Primera edición Pluralia Ediciones e Impresiones, 2014

D.R. © Pluralia Ediciones e Impresiones, S.A. de C.V., 2014
San Francisco Figuraco 20-7, Colonia Villa Coyoacán,
04000, México, D.F.
www.pluralia.com.mx

ISBN: 978-607-7655-28-2 Pluralia Ediciones e Impresiones

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico, digital o electrónico sin la autorización escrita de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

7	NOTA INICIAL
17	INTRODUCCIÓN
21	JUAN OSO
21	Juan Oso. <i>Zapoteco</i>
24	Juan Garrotillo. <i>Zapoteco</i>
30	Origen de los monos. <i>Teenek</i>
30	Juan el Osito. <i>Mazateco</i>
31	Hijo de Pukuj o Juan Sentón. <i>Tojolabal</i>
35	O-shi'yo. <i>Zoque</i>
36	El hijo del mono blanco. <i>Mazateco</i>
37	El hijo del Chato. <i>Nahua</i>
39	El hijo del oso. <i>Tojolabal</i>
40	El hijo del Mal Aire. <i>Chatino</i>
44	Faenas de Juan oso. <i>Mazateco</i>
47	El gigante que se orinó en el caldo. <i>Huave</i>
51	El viejo soldado, Pedro del Mal. <i>Popoluca</i>
54	Juan hijo del oso. <i>Tzotzil</i>
55	El Sombrerón. <i>Tzotzil</i>
61	BODAS DISPARES
62	Las mujeres de Copala. <i>Triqui</i>
64	La hija de San Marcos. <i>Mixteco</i>
68	La mujer garza. <i>Popoluca</i>
69	El rey y sus tres hijos. <i>Mixe</i>
73	EL JORNALERO DEL INFIERNO, BLANCA FLOR
74	Tukawiru. <i>Yaqui</i>
77	Ueliyoj. <i>Nahua</i>
83	Señor San José. <i>Tepehua</i>
83	El jugador de pelota y el rey. <i>Chatino</i>
86	El borracho que encontró el infierno. <i>Chinanteco</i>

91	VIAJES A OTROS LARES
92	El vendedor de ollas. <i>Mixe</i>
93	Viaje al Sol. <i>Huave</i>
94	El que siguió al sol y se tragó el oro. <i>Tzotzil</i>
95	El tesoro de Zempoaltépetl. <i>Mixe</i>
97	ANIMALES AGRADECIDOS
97	La hija de San Marcos, final. <i>Mixteco</i>
103	El hombre rojo. <i>Náhuatl</i>
105	Las siete torres de mármol. <i>Maya</i>
121	SECRETO ESCUCHADO ARRIBA DE UN ÁRBOL
122	El que halló su suerte arriba de un árbol. <i>Mixteco</i>
129	Un hombre pobre. <i>Mixe</i>
135	Los animales de agüero. <i>Chatino</i>
137	El cazador y el jaguar. <i>Zoque</i>
138	El huérfano y el hijo del rey. <i>Otomí</i>
143	OTROS CUENTOS MARAVILLOSOS DE ULTRAMAR
143	Juan cabeza de oro. <i>Tzotzil</i>
144	Coquito. <i>Tzeltal</i>
153	El hijo del pescador que se hizo mozo del diablo. <i>Huave</i>
155	Los cinco hermanos remendados. <i>Yaqui</i>
158	Un hombre pobre que se casó con una mujer bonita. <i>Mixteco</i>
163	La boda de Tamakatsi. <i>Náhuatl</i>
166	La Chichimeca. <i>Popoluca</i>
173	EL AHIJADO DE LA MUERTE
173	El muchachito que hablaba con el zopilote. <i>Otomí</i>
183	La muerte. <i>Purépecha</i>
185	El borracho y la muerte. <i>Mixe</i>
188	Origen de los curanderos. <i>Teenek</i>
190	La muerte y el pelón. <i>Zapoteco</i>
191	NOTAS
197	BIBLIOGRAFÍA
201	GLOSARIO

Boas escribió *Notes on Mexican Folklore* en 1912. Llegó a la conclusión de que en nuestro país no había cuentos autóctonos puros. Las historias de animales, pícaros y compadres recopilados en Oaxaca le convencieron de que había apenas resabios mínimos de temas nativos en los relatos. Los indígenas estaban completamente colonizados —incluso narrativamente. Boas fue profesor y director de la recién fundada Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana de la ciudad de México entre 1910 y 1914.

Otras recopilaciones de ese periodo, como la colección *Folklore de Oaxaca*, de Paul Radin y Aurelio M. Espinosa, de 1917, le dan la razón; Espinosa explica en el prólogo, apologético y abochornado que es lo único que lograron encontrar. Procede a traducir —a regañadientes— del inglés al español.

Poco más de un siglo después, la abundante recopilación, la escritura de los textos y su interpretación han sufrido profundas modificaciones en la tradición oral; sin embargo, a partir de entonces y durante casi medio siglo, el estudio de la narrativa indígena estuvo permeado por la polémica entre quienes declaraban que no existía y quienes consideraron que la hay y riquísima. La discusión ha derivado en hipótesis sobre largos procesos de aculturación y sincretismo; en los polos extremos se ha tratado como nativo lo ajeno o como ajeno lo autóctono. Durante décadas, los investigadores apoyaron o refutaron al “Padre de la Etnología” y, en este contexto se han reinterpretado y rescatado también materiales anteriores al lapidario dictamen, de características completamente diferentes.

La llegada del Instituto Lingüístico de Verano, el arranque de la Dirección de Educación Indígena y el levantamiento zapatista marcan cambios significativos en el devenir de la investigación etnográfica y lingüística, en las metodologías para la recopilación y escritura de los textos y en la tradición oral indígena misma.

Esta antología está conformada a partir de los textos de la tradición oral en lenguas indígenas mexicanas recopilados desde las postrimerías del siglo XIX —Bandelier visitó la frontera mexicana y vivió con los pápago o'odam en 1882-83; Lumholtz viajó por primera vez en 1892 y publicó *El México desconocido* (en español) en 1904; Preuss vino a México hacia 1905. Reúne materiales recopilados por antropólogos, viajeros, lingüistas, folkloristas y demás a partir de entonces. No incluye fuentes coloniales —ni visuales ni escritas— aunque puede constatar su presencia en algunos textos. Tampoco tenemos versiones escritas por historiadores y literatos decimonónicos o coloniales. Los conocedores, sin embargo, no tendrán la menor dificultad en rastrear continuidades históricas; como tampoco lo tendrán en encontrar elementos llegados desde Europa —religiosos o de la cultura popular, presentes también en comunidades rurales hispanohablantes de nuestro país.

La cualidad y el carácter de los relatos depende no solamente de quién narra sino de dónde, cuándo, cómo, por qué, a quién; del traductor, de la finalidad o destino del texto: dónde se publica, quién los lee. ¿Por qué se eligen ciertos materiales y se excluyen otros —sea en la comunidad misma, el ámbito académico o para su difusión más amplia? ¿Cómo se escribieron, para quién? ¿Qué se seleccionó, y dónde fue publicado? Todo esto determina el carácter de cualquier antología —incluida ésta, por supuesto.

Los primeros investigadores usan un método más o menos uniforme: graban, transcriben, traducen en versiones transliteradas, y luego proporcionan una versión libre de la más diversa información. Para nuestros fines, estas versiones son las más útiles; permiten la reescritura partiendo directamente del texto oral. El apego absoluto a una traducción palabra por palabra de la lengua indígena al español o la mera transcripción de oralidad son contrarias al respeto pregonado por tan meticuloso método. Solamente recalca una distancia: ignora el estilo y riqueza de la lengua al parcelarla en palabras, o bien es fiel a un español herido y colonizado; no considera las diferentes estrategias narrativas ni las distancias existentes entre el lenguaje oral y el escrito.

Los estudiosos más recientes, en cambio, prestan su lengua, conocimiento, empatía y conciencia a los indígenas de forma tan enfática que los textos mismos pasan a segundo término —los análisis y de-construcciones posmodernas, las ediciones y la relectura e interpretación nos permiten entender mejor el significado de los textos, pero nos alejan del relato original.

Todo texto es la combinatoria de quien narra y quien escucha —y de la historia particular de ambos y las circunstancias generales interétnicas en las cuales se encuentran. Además de la sensibilidad del investigador, su habilidad para relacionarse y entender una cultura distinta a la suya, tenemos al indígena que tiene una historia de relaciones asimétricas con el exterior, y que marcan su disponibilidad y deseo de contar o el privilegio y mandato de callar. Si bien se trabaja con distintos narradores, cada investigador tiene un informante privilegiado, que narra con don propio o con conocimiento personal una tradición compartida, pero que él personaliza. Aquí procuramos recalcar tanto aquello que es común a una tradición cultural como las especificidades de cada una de las versiones.

La habilidad y complejidad de las maneras de relatar, la memoria o atención sobre aspectos específicos de las culturas convierte a muchas de las etnografías en lo que se ha dado en llamar “libro oral de autoría indígena”, donde el investigador edita, traduce o escribe apenas. De allí a los libros escritos por los propios hablantes de lenguas —sobre los más diversos temas— hay apenas un paso.

Usé un mínimo de antologías, mis fuentes fueron los estudios por etnia o lengua. Resalta la uniformidad de motivos en diferentes lenguas, la existencia de núcleos narrativos comunes y fijos alrededor de los cuales abundan infinidad de versiones, anécdotas, combinaciones o simplificaciones.

Es evidente que es distinto participar como creyente que como pagano, como lector que como escucha, como público que como relator. Un texto es completamente distinto también cuando tenemos el rostro de quien relata, canta o dice ante nosotros: de allí que incluya muchos textos que involucran mi memoria directa.

Independientemente de la particularidad de los individuos —relator, recopilador— cada etnia o cada región tiene peculiaridades: formalidad diminutiva del náhuatl, religiosidad solemne y ceremonial de huicholes y coras, truculencia y violencia del sur de Veracruz, cuentos maravillosos perfectamente nativizados en mixteco, zapoteco y otomí; picardías y humor de Chiapas; epopeyas guerreras en kiliwa; adivinanzas y onomatopeyas en maya.

Influye, además, que las comunidades hayan sido más o menos estudiadas; recopilados sus relatos y mitos; indagados otros temas dejando de lado o como apéndice la narrativa —durante años fue lo más común. Además del tema o interés del investigador, mucho depende de qué es lo más visible y de la apertura o hermetismo de la comunidad misma.

Es indudable que los textos están marcados por la habilidad narrativa de Solano, la exactitud descriptiva de Preuss, el lirismo de Lumholtz, la iconoclasta procacidad de Laughlin, la sencillez directa de Parsons, el pudor de Bruce, la sorpresa de Foster, la

meticulosidad de Bartolomé y Barabas, la poética de Ochoa nos hacen ver de una manera particular cada cultura.

La antropología nunca fue meramente descriptiva; hay autores que llevan el género ensayístico-académico hacia el polo de la literatura. No incluimos los escritos literarios que recrean o adaptan mitos y cuentos, sean de indígenas o de indigenistas, en lengua nativa o en español. En algunos casos —zapoteco, náhuatl, maya, purépecha— existen versiones escritas de la tradición oral desde casi cien años. Eso nos enfrenta a autores, estilos, decisiones literarias previas; no es el caso de los científicos sociales, que se mueven con soltura en el supuesto anonimato de los textos y su autoría comunitaria. Una excepción es el caso kiliwa: he utilizado las versiones del antropólogo Ochoa Zazueta, que son resúmenes y una elaboración poética de veladas muy largas, sin alterar el contenido o tergiversarlo —más allá de lo que resulta siempre al llevarlo de lo oral a lo escrito.

Para hacer esta antología partí de una base de datos que reúne casi mil quinientos textos —más de mil de ellos digitalizados: mitos, cuentos, testimonios. Reuní este acervo inicialmente como actividad asociada al Seminario de Signo y al Seminario de Mitología —derivado del primero y ya suspendido— ambos en la UNAM. Entre muchos materiales semejantes, he elegido los más antiguos, los más completos. Se incluyen muchos textos aparecidos en la colección Tradición Oral Indígena, publicados en ocho lenguas durante el primer lustro de los ochenta por la entonces Dirección de Educación Indígena y la Dirección de Publicaciones de la SEP, que trabajé de manera directa con profesores y lingüistas de dicha Dirección. Otros más—escritos u orales— no eran suficientes para armar un libro y quedaron como relatos sueltos; se incluyen aquí por primera vez.

Para clasificar los relatos en géneros, los académicos atienden a su estructura, forma y lugar de transmisión, función, trama, motivos. Pocas veces atienden a la riqueza literaria, imaginativa o la eficacia narrativa de quienes narran. Cualquier taxonomía es relativa, ya que hay un flujo y desbordamiento entre todos los géneros: resabios míticos en cuentos, secuelas sobrenaturales en descripciones cotidianas, y así sucesivamente. Un acervo de acciones, motivos y personajes permanecen constantes en cada género. No incluyo creencias, ceremonias, fiestas, contextos donde se escenifican, relatan o cuentan los mitos, epopeyas o cuentos.

La confusión acerca de cómo denominar en español el género o cómo clasificar los relatos existe en las comunidades mismas, donde se llama indistintamente mitos, leyendas, cuentos, creencias o relatos verídicos de acontecimientos remotos a los más diversos textos —no obstante la claridad acerca del uso, función, tiempo y contexto donde se da la narración. La primera gran transgresión es considerar que un mito o

leyenda heroica, una epopeya, creencia o cualquier cuento son un mero relato, cuando involucran mucho más que las meras palabras.

La edición de cada volumen de esta colección es diferente. El primer libro se ocupa de los mitos: habla de un mundo en formación, indefinido, previo a la salida del sol o al diluvio. Son apenas unos cuantos y suelen seguir secuencias precisas. Se han separado como ciclos narrativos, donde entrelazo distintas versiones. Por variables y contradictorios que parezcan a primera vista, muestran que existe una consistencia interna.

Los mitos no dictan conductas morales: dan explicaciones. Contienen muchos subtelos etiológicos: los participantes quedan marcados para siempre y se explica cómo fueron creados, nombrados, y por qué se comportan así. A veces estos fragmentos se desprenden y se convierten en cuentos autónomos. Otras veces, se trata de cuentos engarzados al mito con el tiempo. Los mitos se separan en la antología en distintos ciclos, formados por variables de una matriz única, son cortados artificialmente y pueden volverse a unir. Intento mostrar la enorme similitud existente en lugares distantes y lenguas distintas.

El siguiente volumen está dedicado a los héroes, mediadores entre lo humano y lo divino, primeros sembradores, cazadores o guerreros. En estos relatos se explica cómo se legitima, ordena, norma y funda la humanidad y sus pueblos. Con frecuencia son personajes que aparecen también en los mitos. Los héroes luchan, son derrotados, profetizan su retorno. Son hombres/dioses, reyes nativos, héroes, nahuales, rayos, demonios.

Además de hablar de los fundadores, se trata también de lo sobrenatural: monstruos, aparecidos y seres extraordinarios que son resabios de un mundo primigenio. Las historias de los reyes se incluyen completas; todas ellas están llenas de episodios que suelen aparecer en cuentos maravillosos y contienen acciones que repetirán más adelante animales y pícaros.

Los cuentos de los dos últimos volúmenes son reivindicados como propios y contados como si lo fueran en todas las lenguas del país. Los relatos de animales rara vez incluyen todos los episodios completos: se cuentan siempre fragmentos de las aventuras múltiples e iguales del conejo o del tlacuache. Las variantes son mínimas; los ciclos se cuentan con más o menos picardía, peripecias, detalles o mímica según los oyentes, circunstancias, carácter de cada lengua. Los de compadres, engaños, trampas y astucia son también muy semejantes entre sí.

Los cuentos maravillosos del cuarto volumen son importados: evidentemente son externos. Se han adoptado como propios ayudantes mágicos, proezas extraordinarias, pruebas absurdas, metamorfosis peculiares. Queda adherido a la narrativa nativa aquello que tiene más semejanza con lo propio, los cuentos que son más afines a la tradición

ya existente. Fueron traídos de Europa y quedaron íntimamente mezclados a un *corpus* nativo; se desprendieron de su contexto inicial y cambiaron con episodios aumentados, trastocados con hazañas míticas, heroicas, sobrenaturales.

El paso de la oralidad a la escritura es un asunto de literatos, no de científicos sociales. En algunos casos algunos autores tienen habilidad y oído para plasmar por escrito el material etnográfico; pero nunca se consideró indispensable ni pertinente pedir a los antropólogos que fueran escritores. Las notables excepciones se agradecen siempre. Actualmente, los diferentes soportes para testimoniar las culturas pueden, incluso, prescindir de la escritura: la oralidad puede quedar como tal.

La oralidad requiere de eficacia lingüística distinta a la que necesita la lengua escrita; se vale de ayudas mnemotécnicas que resultan engorrosas al pasar, tal cual, a las versiones escritas. Cada quien cuenta en su lengua según su habilidad; lo mismo vale para nosotros. La literalidad en la traducción o en la escritura de la oralidad no implica, en el caso de la difusión fuera del ámbito académico, la reproducción exacta de lo dicho, sino la traducción de la narrativa a otro código —donde debe reproducirse el entorno, el lenguaje corporal, la entonación y énfasis, los códigos y lugares comunes de una cultura ajena. El lenguaje esotérico, repetido, pareado de los rezos donde se cuenta el origen del mundo, del sol, del fuego en voz de un *marakame* y su contestador que duran desde el atardecer del Viernes Santo hasta la madrugada del Sábado de Gloria; el suspenso del cuento de espantos a la luz de una vela; la ironía de las hazañas más sanguinarias, son algo muy difícil de escribir, pues no se incluye en la transcripción, por minuciosa que sea. Es parte de la habilidad del cuentero y depende del contexto de quienes lo escuchan; pero requieren de un esfuerzo adicional del lector. No hemos querido llenar de explicaciones y notas los libros, por lo cual muchos relatos tendrán una peculiar lectura, que nunca tuvieron al ser relatados entre pares.

Suele pasarse por alto al narrador por considerarse los textos anónimos, colectivos, orales: cuando mucho, se menciona el pueblo de procedencia. Intenté apegarme al estilo de quien relata, del recopilador, del español algo arcaizante de los primeros lingüistas —como lo es el del traductor de Lumholtz. Cada relato tiene un léxico propio; cada lengua tiene tintes especiales, cada recopilación trae apareado un estilo, un código propio.

Se han conservado algunos rasgos de la oralidad: el yo intrusivo y algunas “incorrecciones” que se señalan en cursivas. Se igualan, en cambio, los tiempos, números, segundas personas —el *usted* y el *tú* no existen en las lenguas indígenas. También hay que considerar, que hay estrellas, hormigas, águilas, tuzas, lagartijas y serpientes machos, por lo cual se habla de ellos en masculino en el relato en español. Asimismo,

hay tigres, tlacuaches, luceros y volcanes hembras, y se les califica con adjetivos femeninos. Esto ocurre porque el género o el nombre de los animales en las lenguas, no corresponden a los equivalentes en castellano, lo cual crea una contradicción aparente en el uso de los géneros. Se eliminan los infinitos “dije, dijo, dizque” indispensables en el relato oral para entender diálogos a cargo de un solo narrador pero que resultan engorrosos cuando se replican en la escritura y que los lectores terminan por saltarse para dar fluidez al texto.

Volver a la oralidad será la prueba de fuego de estos relatos: deben contarse nuevamente en voz alta —no leerse, sino contarse, para volver a hacer todas las transformaciones. Cada cual volverá a hacer collages, a combinar, recordar o recalcar algunos fragmentos. Esta antología no es para niños y pocos lectores querrán leerla de corrido. Es útil porque reúne en un sólo lugar muchas fuentes dispersas. Es visible la narrativa funcionando como un telar: sobre una urdimbre dada, la trama puede correr y avanzar, incluir episodios, motivos y personajes distintos. Pero en el textil no hay curvas perfectas, volúmenes ni relatos autónomos, pues los cortes abruptos separan en dos el tejido. Fuera de eso, diseño, materiales, trazos y colores son libres y siempre diferentes, creando una riqueza casi infinita. Los relatos no son iguales ni siquiera cuando los cuenta la misma persona. No es casual que la dueña de los cuentos, para diversas etnias del sur de Estados Unidos, sea la araña.

Caben muchas selecciones en un *corpus* tan diverso y tan rico: cada cual elige y es responsable de sus preferencias. Los relatos que aquí presentamos con frecuencia han sido fragmentados y la selección no es inocente. No pretendo objetividad ni representatividad. No están aquí todas las lenguas ni territorios, pero sí todos los mitos. No se incluyen todos los investigadores, pero creo que se agotan todas las aventuras del conejo. Tampoco pretendo demostrar nada ni hurgar lo que es escaso o inusitado: elijo entre lo disponible. Hoy en día hay un acercamiento diferente a las narraciones; han cambiado las comunidades, las lenguas, las relaciones, los indígenas y los no indígenas, las políticas indigenistas. La oralidad misma está absolutamente penetrada por la escritura.

Abundan aquí los textos violentos, poco solemnes. No elegí lo moral, lo bondadoso, lo políticamente correcto, lo que suele leerse en las selecciones existentes. Recalco aquello donde no se debe elegir automáticamente ante el bien y el mal; donde no hay un castigo o premio como consecuencia de las acciones malas o piadosas. Sucede lo mismo —arbitrario, aleatorio, en los cuentos de todos los lugares de nuestro planeta. En la tradición oral indígena hay también mucha moralidad cristiana, escolar, cívica, mediática —igual a la de cualquier otro ámbito ciudadano. Opté por la narrativa recurrente, claro, independientemente de otros criterios. Pero tengo preferencia por aquello que puede romper el arquetipo decimonónico del indio, por lo que mueve a

risa, por la transgresión visible. Ante el neoromanticismo del buen salvaje, que vive en armonía ecológica, es igualitario y justo, contrastan el autoritarismo, la sorna, la malévola ingratitud y el humor negro de algunos textos. Lo cual no juzga ni califica a las comunidades ni norma su conducta.

Se incluyen todos los datos proporcionados por los autores. No siempre se consiguen, pues en las recopilaciones más tempranas no se mencionan sino el lugar o la lengua de los textos. Hay un glosario de localismos al fin de cada volumen.

A principios del siglo **XXI**, la sed recopiladora parece haberse saciado; el prestigio académico derivado de remontarse a los lugares más inhóspitos o indagar en los rincones más lejanos parece mermado, así como el afán redentor de quienes rescataban culturas amenazadas por una agresiva exterioridad —distinta y distante. Estamos ya en condiciones de reflexionar acerca de cómo se recopiló, se interpretó y se recicló la información.

Los literatos que escribieron la narrativa indígena durante los dos siglos anteriores ya tampoco están en boga. Los indígenas escriben sus propios textos en español, hace tiempo y con gran calidad en algunos casos —en el Istmo de Tehuantepec, Yucatán. Sus versiones se han vuelto canónicas y ya no se recopilan, aunque siempre se cuentan: no hay manera de volver a narrar la tortuga rota en zapoteco tras el relato de Andrés Henestrosa, o de acercarse a la Xtabay, tras Mediz Bolio.

Los mitos y relatos orales son conservadores; arreglados y modificados lentamente, su núcleo central permanece. Nuevos elementos son adoptados, desechados, reciclados —los inventos e intervenciones personales se detectan de inmediato. A partir de la penetración del **ILV** la escritura en lenguas y la evangelización avanzaron de la mano. Los textos que recopilaron son abundantes y están marcados por su rechazo o subordinación de lo religioso, lo impío, lo diferente.

La educación en lengua materna permite la escritura más generalizada y el surgimiento de profesionistas: profesores, promotores, recopiladores unidos a talleres, becas, premios y publicaciones que anuncian el vigoroso surgimiento de una literatura indígena, pero también señalan el nuevo carácter que debe asumir la tradición oral, el relato, la reapropiación.

En las últimas décadas la escritura se practica en casi todas las lenguas: son los nativos quienes relatan, escriben, interpretan, resguardan u olvidan su propia tradición y los espacios que permiten la reproducción de dicha tradición —con conocimiento de causa, sin la presencia de terceros y con la potestad que les da su tránsito fluido entre dos lenguas y dos culturas, traducen sus propios textos. En un principio explicaron obviedades que suponen ignoran los hispanohablantes, o dan por sabidos contextos que ni siquiera se adivinan. Más tarde, la cultura nacional y el castellano fueron

incorporados a la identidad y ésta, ya enriquecida, se esgrime con autonomía: son perfectamente biculturales —lo cual no carece de conflictos y bemoles.

A partir de 1994, presenciamos una resignificación en ambos polos de una relación asimétrica, que da lugar a nuevos fenómenos: en tojolabal, por ejemplo, donde había escaso trabajo antropológico, surgen sin transitar por la etapa informadora, los autores/escritores, catequistas/investigadores, poetas/recopiladores. Actualmente hay promotores, profesores y estudiosos en todas las lenguas; paulatinamente crean estrategias propias de escritura, selección, traducción, difusión. Gradualmente, adquieren también mayor eficacia en español; la tendencia generalizada es, antes que nada, escribir y reappropriarse de su cultura a través de los relatos más próximos y visibles. Hay una negativa a que las culturas sean tratadas como mercancías, a ser *informante*: asistimos ya al fin de semejante categoría y denominación, hay un cambio de parámetros y referentes también en el polo académico: los científicos sociales son ahora acompañantes, colegas, coordinadores de equipos, miembros de colectivos. La autonomía completa permitirá a los indígenas prescindir de ellos como referentes para relacionarse entre sí como pares y usando el español como puente para los vínculos que juzguen necesarios.

Las formas de circulación y difusión de la información, así como los acervos, necesariamente serán diferentes. Textos como los que aquí se han reunido tomarán otras modalidades y éstos se convertirán en documentos incorporados a archivos —pero aún tienen una vigencia y vida insospechados, como demuestran los escritos de los niños en las comunidades, utilizados como material de enseñanza en la educación comunitaria en lenguas indígenas.

Los escritores indígenas producen textos propios que no solamente hablan de sus culturas. Muchos autores se niegan a ser constreñidos por este nativismo obligado, a ser voceros o portadores de una voz colectiva. Con ambigüedad, con dificultad, son *representantes* que aspiran a ser más que eso —dado que lo representado es absolutamente indefinible. Como escritores, piden ser tratados como cualquier colega. Pero si pierden la especificidad de su cultura y lengua en el panorama de la globalización imperante, sufren su desventaja histórica; y si reivindican tal carácter y lo usan como ventaja, su creatividad se ve constreñida por una cárcel étnica.

Tendrán escritura propia hasta tener un público lector en sus lenguas o en las comunidades de cualquier lengua; o cuando los mexicanos que no hablan las lenguas indígenas tengan una sensibilidad y conciencia más abiertas hacia las raíces indígenas de su propia identidad. Pero corresponde ya solamente a los autores indios preservar, dar nueva vida a lo existente o producir algo distinto. Nosotros, ya somos fuente.

INTRODUCCIÓN

En la tradición oral, como en la cocina, los relatos se sazonan a fuego lento, para fundir el sabor de la persistencia con el de la innovación. Tal es el caso de los cuentos transatlánticos contados en lenguas indígenas.

Los españoles trajeron a nuestro país un acervo narrativo que también les llegó desde lugares remotos, enraizando hondamente en su tradición. Los cuentos y la poesía árabes, por ejemplo, fueron muy comunes; a pesar de que los Reyes Católicos expulsaron a los moros de sus territorios, los relatos persistieron más de mil y una noches.

La cultura, religión, costumbres, lengua e iconografía de los españoles fueron impuestos a todos. Sin embargo, los acervos nativos resistieron en distintas formas entre los pueblos conquistados. La fuerza de las propias culturas, su alejamiento o cercanía de los conquistadores, el momento y las circunstancias de la conquista marcan profundas distancias.

Rara vez cuentan los indígenas la historia de Pulgarcito, pero abundan las descripciones de umbrales cuidados por culebras o bestias que deben traspasarse para llegar al inframundo; no hay lobos que comen a los niños, pero sí mujeres raptadas por animales, hombres salvajes y gigantes. Muchas versiones de los mismos cuentos existen aún en España y otros países de América Latina —hablen español o lenguas nativas. Con el tiempo, los relatos se han ido fragmentando; los fragmentos se han mezclado y así encontramos episodios semejantes en distintos cuentos. La memoria separa y junta,

pega y remacha antes de dejar caer al olvido.

Los cuentos que ahora presentamos, sus motivos, personajes, aventuras y descabros llegaron de Europa. Pero su sabor, su tono y su manera de narrarse son nativos: los jornaleros siembran milpas, todos comen tacos, las princesas soplan los fogones sobre tres piedras. La ambientación, los episodios y la manera de contar se adaptan al gusto de quienes escuchan. El narrador cuenta las historias de tal manera que resulten familiares —aunque nunca verosímiles—; los cuentos se vuelven entonces propiedad de quien los narra, de quien mete su yo intrusivo comentando el relato o adornándolo con sus propios recursos: gestos, onomatopeyas, tonos que luego se repiten, y vuelven los cuentos cada vez iguales, cada vez distintos —genéricos y particulares.

Todos los cuentos, en todos los lugares, comparten temas universales y un origen oral. Narrados, formaron parte de una cultura popular y comparten su *corpus* con las comunidades rurales mestizas. En todo caso, es la oralidad —sea cual sea la lengua que calla— la que está herida de muerte por los medios, la modernidad, la escritura. En el lapso de un siglo, cuando estos cuentos fueron recopilados, la oralidad fue permeada irreversiblemente por la escritura. Los libros de texto gratuito, la difusión de la lectura, los cuentos narrados a través de los medios, su uso en programas escolares o religiosos, la alfabetización de las nuevas generaciones determinaron para siempre el rumbo y la permanencia de los cuentos.

Los estudiosos del tema saben que la estructura de los cuentos es rígida y que los personajes siempre tienen las mismas funciones: el diablo persigue, el hermano menor gana, la princesa es rescatada, el ayudante mágico permite salir de todo apuro. Asombra sin embargo la arbitrariedad: no se premia la buena acción ni se castiga la maldad. Al pícaro siempre lo favorece la suerte, pero carece de motivación o finalidad. Se trata de uno de los géneros menos libres, en tanto estructura. Los cuentos maravillosos reflejan fantasías ancestrales donde apenas cabe la invención. La imaginación fabuladora modifica anécdotas y circunstancias, pero todos sabemos lo que sucederá.

Varían mucho, en cambio, las formas de interpretar la narrativa o los modos de recopilación —o de omisión, en este caso. Tras decretar que todos los cuentos eran foráneos, para demostrar lo contrario antropólogos y etnólogos, folcloristas e indianistas rechazaron como ajeno todo aquello que no pusiera de manifiesto la autenticidad de lo autóctono, la pureza prístina de lo nativo. De allí la exclusión sistemática de cuentos que son tan evidentemente importados, aunque en el caso de la muerte madrina, muchos lo incluyeron en sus antologías sin conocer su origen europeo. Esto no sucede solamente en la esfera de la palabra: estampas, danzas, música y representaciones fueron artificial e inútilmente limpiadas por los puristas o por los usuarios y portadores de las culturas mismos.

Tales separaciones son más difíciles que las que pide el diablo, cuando pone como

prueba separar por colores los montes de maíz: la iconografía, la simbología, la cultura soterrada se renombran en nuevas tierras. Reencontramos a San Jorge y su dragón, a San Miguel derrotando a la bestia, a Cristo y la Virgen escapando del infierno, al animal ayudante como nagual y los cuentos como una larga transformación del programa de prédica visual y hablada contra el pecado y el infierno. El mestizaje narrativo toma de novelas de caballería, picaresca, cuentos morales, historias de santos y milagros, animales fabulosos y seres extraordinarios —demonios, diablos, monstruos, gigantes— sean éstos escritos, pintados, cantados o narrados. Toma aquello que es afín a lo que aquí existía, añadiéndole el don compartido de escuchar y narrar, que no tiene lengua ni geografía, aunque sí un tiempo.

Los pueblos pudieron conservar lo propio al mezclarlo con lo ajeno: así adoptaron técnicas agrícolas, santos patronos, cuentos e imágenes. Algunas cosas fueron insertadas con facilidad y rapidez; otras, más lentamente. En algunos lugares se empezó a usar el telar, en muchos más el arado de metal, en otros cuentas de vidrio para adornar objetos sagrados. Y aparecieron nuevos relatos con viejos personajes, o relatos semejantes con protagonistas diferentes.

La mezcla de culturas está dada, hace mucho, en distintos grados. Ya no existe el aislamiento, la originalidad, el pasado que podría recuperarse: hay maneras diversas de interpretar y de encarar las relaciones con los demás, sea en lengua materna o en una segunda lengua. La posibilidad de aislarse o de recuperar los tiempos míticos —cuando la vista alcanzaba más allá de las nubes o el maíz colmaba el hambre— ha desaparecido irrevocablemente, así como las ocasiones para lamentarse o regocijarse por ello.

El cuento de Juan Oso, donde se emborronan las fronteras entre lo animal y lo humano, es originario de Europa y se relata en todas las lenguas mexicanas. Las abundantes versiones del mismo cuento en español nos muestran que su popularidad no se ciñe a las lenguas indígenas.¹

Juan Oso es un cuento tan difundido en el folclor universal que ha sido objeto de los más diversos estudios y comparaciones; aparecen en el relato muchos paradigmas de la antropología: endogamia/exogamia, parentesco matrilineal/patrilineal, asesinato del padre, viaje iniciático al inframundo, etcétera. Es común en América y Europa: en España, el relato de Juancillo el oso suele unirse con Juan el Fornido —cuyo padre es un ladrón, no un animal.²

Las proezas de fuerza, valor y astucia realizadas por Juan, las pruebas a las cuales es sometido y su triunfo final se asemejan a las de Senteopil, a las del niño que se convertiría en sol, a las de los montioc, los rayos o los héroes civilizadores. El arquetipo de fortaleza masculino —como el de dones o la belleza extraordinarios femeninos— atraviesa todos los cuentos maravillosos.

Las versiones de Radin resumen dos grandes fragmentos del cuento que, juntos o separados, son tan abundantes.

Un tirador pensó, se fue a camppear con su esposa.

Cuando llegaron al cerro le dijo: —Ahí siéntate, ahorita vengo; voy a ver por dónde va a *ganar* el venado.

—Sí —dijo la mujer. Se fue el tirador al cerro. Ya hacía rato que se había ido cuando llegó un oso y la vio.

—Vámonos —dijo, y la cargó del pescuezo, se fue entonces con la mujer para su cueva. Cuando regresó el tirador adonde había dejado sentada a su mujer, ya no estaba. El tirador gritó, gritó, pero ya no estaba la mujer para contestarle. Empezó a llorar por su esposa el tirador, se fue para su pueblo. Cuando llegó a su casa otra vez empezó a llorar.

La mujer estuvo en la cueva del oso. Ya hacía tiempo que se llamaba mujer del oso, tuvo un hijo: el hijo del oso. Iba el oso y le traía cosas a la mujer para mantenerla, pero ya no tenía vestido. Ya llevaba tiempo allí la mujer, ya estaba grande su hijo. Le preguntó a su mamá: —¿Por qué nomás estamos aquí? ¿Qué no tenemos nuestro pueblo?

Entonces la mujer dijo a su hijo: —Ay, hijo mío, tenemos nuestro pueblo. Yo tengo esposo, estábamos en el cerro porque tu papá me dijo “vámonos”, cuando llegó entonces este animal, me robó y me trajo aquí.

—Bueno, mamá —dijo el muchachillo—, aquí se la va a pasar mientras que yo crezco otro poquito, para que nos vayamos para nuestro pueblo.

Entonces se sentó la mujer, llorando. Hasta que creció el muchachito. Entonces tanteó el muchacho cuando llegó el animal, abrió la puerta y entró adonde estaba la mujer. Vio el muchachito al oso y le dijo a su mamá: —¿Qué ese animal es mi papá?

—Sí, ése es el que me robó; por eso estamos aquí.

—Pues ahorita mismo nos vamos a ir para nuestro pueblo.

—Ay, hijo mío —dijo la mujer— yo quisiera que nos fuéramos, pero ¿cómo vamos a hacerle para salir?

—Pues yo abro aquí, para que salgamos.

—Sí.

Entonces empujó la piedra grande. Sonó cuando cayó, oyó el oso. Al caer la piedra, salieron. Iba andando en el camino cuando el muchachillo encontró un machete y más contento se puso, diciéndole a su mamá: —Ahora sí ya tengo valor.

Ya iban lejos, iban andando, cuando vieron al oso hacer señas, les estaba diciendo con la mano: ¿Adónde van? ¡Regresen, vámonos!

Entonces el muchachito le enseñó el machete y lo retó: —Ven acá, arrímate otro poquito para que regresemos, para que nos vayamos otra vez para tu cueva.

Se fue el oso. Se fueron ellos. Cuando llegaron a su casa, la mujer le reclamó a su esposo: —¿Adónde estabas? ¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué me llevaste al cerro? Luego me llevó un animal a su cueva. Ahora mira, ¡verás! Ya está grande mi hijo, hijo del oso. Y ahora, ¿qué hacemos?

Pues entonces empezó ese hombre a llorar, diciendo: —No le hace, yo tuve la culpa por llevarte y dejarte sola. Pues ahora que ya llegaste, vamos a ver por ese hijo tuyo. Ahora mismo nos vamos con el cura para que lo bautice.

Entonces fue a confesar lo que le pasó. Le dijo al cura: —Vas a bautizar a mi hijo, para que esté bautizado.

—Sí —dijo el cura. Y el cura mismo fue el padrino. Se regresaron.

Pero ese muchacho era muy bravo. Lo puso el padrino en la escuela; ahí se lo encargó al maestro. —Por vida tuya, dale un poco de educación a mi ahijado porque es muy bravo.

Así entró en la escuela, ¡pero bravo! Por una cosita que hacían, luego va y les da un cuesco, hasta les sangra la cabeza a sus compañeros. Entonces mejor mandó el maestro razón a su familia, que fueran a traerlo, porque no hay modo.

Se lo llevaron a su casa y le preguntaron sus padres al padrino cómo iban a hacer.

—Pues ahora lo coges tú, para que lo enseñes un poco, porque nosotros ya lo fuimos a dejar a la escuela y pura pérdida fue hacer en la escuela.

—Pues ahora lo cojo; a ver qué es lo que hago —dijo el padrino. Entonces lo cogió y les dijo a los padres: —Ya se quedó conmigo, vamos a ver qué hago con él.

Ya se fueron ellos para su casa y él habló con su ahijado Juan: —¿Por qué no tienes tantito pensamiento; un poco, pues. Ahora me vas a obedecer lo que te diga porque eres mi ahijado.

—Sí, padrino, voy a obedecer lo que me diga.

Pues vio que él no entiende, no hay modo de que haga mandados, pura pérdida estaba haciendo, quebrando los trastes o cualquiera cosa que agarrara. Entonces dijo: —¡Ay, Juan, parece que no te aguanto! Ese cuarto va a ser tu cuarto—. Así hizo el cura porque sabe que ninguno podía dormir en ese cuarto, en esa casa.

—Sí.

Allí estaba una noche cuando empezaron a penar allí adentro. Pero él ni caso hacía. Entonces dijo: —¡Estoy haciendo de cenar! ¿Qué cosa quieres? Espérate que empiece a cenar para que me digas qué cosa quieres.

Entonces se fue el que penaba, y estaban cayendo huesos en la esquina de la casa. Se presentó un muerto. Le dijo a Juan: —Quiero que tú me saques de una pena que yo tengo.

—Está bueno, si eso dices, no le hace. Espérate a que acabe de cenar para que me enseñes adonde está el dinero que enterraste.

Entonces dijo el muerto: —Quiero que ahora saques los barriles de dinero de este lugar y los cojas, son tuyos. Nada más pagas dos o tres misas que me quedaron pendientes para que me libre Dios.

—Sí —dijo Juan—, ¿adónde están? Pon una seña adonde están los barriles.

Echó el muerto la seña y se fue, desapareció.

Cuando amaneció le avisó a su padrino: —Ah sí, por cierto, llegó un muerto; me vino a estorbar toda la noche; me vino a quitar el sueño. Ahora dame dos mozos que vengán a escarbar aquí para que salgan dos barriles que hay aquí enterrados. Así dijo aquél.

Entonces escarban los mozos adonde estaban los barriles y salieron, con los papeles para que se supiera a cuáles santos había que pagarles sus misas. Cogió el cura la lista. Entonces dijo Juan: —'Ora sí, padrino, ¿cómo se va a hacer con este dinero?

—Cógelo, es tuyo; yo nada más quiero lo que importan las misas.

—Bueno, si dices así. Pues ahora que vengán mis padres para que ellos se queden con el dinero y tú me haces un mandado: mandar hacer un bastón que necesito para andar con él.

Entonces mandó hacer el cura un bastón que pesa doce libras. Dijo Juan:

—¿Para qué quiero este juguete? ¡Uno de doce arrobas quiero!

—Sí —dijo el cura—pero, ¿vas a poder cargarlo?

—Sí puedo, padrino, para que sienta yo qué cosa tengo.

Entonces le hicieron el bastón y quedó conforme. Se llevaron sus padres el dinero para su casa. Dijo Juan: —Ahora sí, échenme su bendición para que ya me vaya a buscar mi suerte.

—¿Cómo que te vas, qué necesitas? Ya hay dinero para que nos mantengamos —le rogaron sus padres.

—Me voy, ya lo pensé, obedézanme lo que les digo.

Y le echaron su bendición, también su padrino, y se fue. Se quedaron ellos tristes pero ya se fue. (*zapoteco*)³

Las aventuras posteriores de Juan Oso —que ya ni siquiera usa su apellido animal— cuando se encuentra con Trompechín y Juan Valor en la segunda parte del cuento recopilada por Radin en Mitla, son muy parecidas a las de Juan Garrotillo —que ninguna relación tiene con oso alguno ni otro animal salvaje.

ESTE ERA un muchacho que se llamaba Juan y que estaba en la escuela. Siempre andaba con un bastón en la mano y por eso le decía la gente Juan Garrotillo.

Pero ahí tienes que Juan era muy chico, y una vez se cortó el pelo y los demás muchachos que jugaban con él le daban de palmazos en la cabeza y lo hacían desesperar. Pues de tanto que se reían de él, al fin se enojó y se quejó con su maestro. Pero el maestro no hizo ni aprecio a la queja que puso. Juan no quedó conforme con lo

que hacían los demás muchachos. Ya le tenían *mala vista*. En sus estudios se adelantó mucho. Nomás porque era chiquito le hacían burla.

Por eso se enojó Juan y comenzó a pegarles de manazos a los muchachos de la escuela, y así se agarraron al pleito. Al otro día lo agarraron y echaron *tercios*, pero de nada sirvió, porque Juan con su bastón nomás dominó a toditos los muchachos. Se agarró con ellos, con la punta de su bastón los metía en cintura, los echaba para arriba, y con esos golpes quedó convencido el maestro de lo que le andaban haciendo. Juan ya mero mataba a dos muchachos grandes, y por eso fue que el maestro se quejó con el padre de Juan, diciéndole lo que había hecho. Se enojó su papá, y luegoito sacó a Juan de la escuela.

Por eso fue que Juan aborreció a su papá y le dijo: —Pues, papacito, ahora sí me despido de usted. Me voy a buscar mi suerte, porque usted no ha de poder dominarme. Mejor me voy a ver dónde puedo encontrar quién me domine. Y enrolló su cobija, tomó su bastón, y se fue, anda y anda.

Pues de tanto que anduvo fue al fin a encontrar en el cerro un hombre valiente que luego que lo vio le preguntó qué buscaba.

Y Juan le contestó: —¿Qué he de buscar? Vengo a ver dónde me he de encontrar uno que me domine a mí.

Y le contestó el otro valiente: —Pues yo te voy a dominar, porque yo soy valiente. Con una trompada tumbo cualquier árbol de los más grandes.

—Pues vamos a ver quién es más valiente, tú o yo. Pues vamos a hacer la prueba. Tú dices que puedes tumbar cualquier árbol de los más grandes que hay en ese cerro con una trompada; pues yo digo también que cualquier árbol puedo tumbar sin necesidad de trompadas, con mi bastón solamente. Con mi bastón tengo para tumbar cualquier árbol, hasta el otro lado del río.

—¿Qué de veras? —le dijo aquel valiente.

—Pues de veras —le respondió Juan—, ¿pues que tú crees que lo digo de mentiras?

—Pues, vamos a ver si es cierto —dijo aquel valiente.

—Pues vamos a ver —dijo Juan también.

De ahí se fueron entonces a buscar un gran árbol e hicieron la prueba. Es cierto que aquel gran valiente tumbó aquel gran árbol con una trompada. Pero siempre ganó Juan, porque con la punta de su bastón nomás lo voló hasta allá. Y aquel valiente no pudo volar aquel árbol hasta el otro lado del río sólo con su mano derecha, y ahí fue donde aquel valiente perdió. Quedó convencido.

—Pues, está bueno. No cabe duda que eres chingón—le dijo a Juan.

—Pues sí —le dijo Juan—. Y ahora ¿qué es lo que quieres? ¿Te quieres ir conmigo? Te vas conmigo o te mato.

—Pues, lo que usted disponga —respondió aquel valiente—. Por mí, estoy a las órdenes de usted.

—Pues, te vas conmigo.

Pues siguieron más adelante, anda y anda. Pues de tanto andar fueron a encontrarse con otro tunante que estaba cambiando de lugar los cerros. Y aquel tunante se puso bravo con Juan, y Juan se puso a alegar con él. Y Juan le hizo una pregunta: que si cómo le hacía para cambiar los cerros. Y le contestó el tunante: —¿Quieres saber cómo le hago para cambiar los cerros? Pues ya ves. Si no has de poder trabajar como yo trabajo, ya sabes que aquí te quedas conmigo.

Y Juan le dijo: —Pues vamos a ver. Vamos a ver cómo haces.

—Pues, ¿cómo quieres que haga?

Y se arrimó pegado al cerro y lo cargó. Fue a dejarlo al otro lado del cerro que estaba cerca de ellos, y de allá trajo otro cerro cargado también adonde estaba Juan, y le dijo: —Pues, buen amigo, este es mi trabajo.

Y Juan le contestó:—Pues, buen amigo tunante, yo no necesito cargar los cerros cuando quiero mudarlos. Con mi bastón nada más tengo con qué cambiar los cerros; no como tú.

—Pues vamos a ver si es cierto —dijo aquel tunante.

—Pues vamos a ver —dijo Juan también.

—No creas que es echada: así se hace.

Y metió la punta de su bastón debajo del cerro y lo voló al otro lado del río.

De allí fue a otro cerro y le metió también su bastón y lo cambió a otro lugar, donde estaba aquel tunante. —Así se trabaja, buen amigo tunante. Ahora hazlo como yo hice, sin cargarlo.

Y aquel tunante no hizo como Juan quería, solamente cargó los cerros. Pero Juan le dijo que no, que él solamente con su bastón, sin necesidad de cargarlos. Y así fue como ese valiente se fue en compañía de Juan.

Juan le dijo: —Yo soy un valiente que busco otro más valiente que yo, que me pueda sujetar. Pero ya ves que tú no me puedes sujetar. De manera, amigo, que ya no hay más remedio: ahora tienes que obedecer lo que yo diga y tienes que seguir conmigo. Ahora te vas conmigo por donde yo me voy.

—Bueno— le dijo el tunante, y quedó convencido con lo que Juan le dijo.

—Pues ya tengo un valiente, y ya tengo un Cambiamontes —dijo Juan.

—Pues vamos, muchachos —dijo Juan. Y ahí tienes que se fueron los tres, porque ya eran tres.

Otro día muy de mañana llegaron a un paraje y ahí dispuso Juan que almorzaran. Después le dijo Juan al valiente que mudaba montes: —Pues ahora tú te quedas a

hacer la comida mientras nosotros vamos a matar un venado para comer.

Pues se fueron, y el valiente estaba muy apurado haciendo lumbre, cuando llegó un *geño* que le reclamó que si qué estaba haciendo y que si qué tenía que hacer en ese lugar. Y el valiente le respondió: —¿Qué he de hacer? Aquí estoy haciendo el almuerzo, porque ahorita llega mi patrón a almorzar.

Y el *geño* le respondió:—¡Qué almuerzo ni qué almuerzo! Tú te vas de aquí muy pronto.

—Que suceda lo que suceda —le dijo el valiente, y se agarró con él. El *geño* pudo más y lo dejó ahí, *privado*. Lo *chicolió*, pero bien. Luego que vio que el valiente estaba privado y sin sentido, fue el *geño* y se cagó en la cazuela. Y se fue.

Cuando llegó Juan de vuelta ya aquel valiente estaba llorando amargamente, y le contó a Juan lo que le había pasado con el *geño*. Pero Juan no le creyó y sólo le dijo que era un cobarde que no quería estar solo, que por eso decía eso.

Pues al otro día se quedó el otro hombre y se fue Juan con el valiente para buscar un venado para comer. Y estaba el otro pobre poniendo su lumbre para hacer su almuerzo, cuando llegó el *geño* otra vez y le dijo: —¿Qué sucede, qué no quieren obedecer lo que yo les digo?

—Estoy aquí para hacer el almuerzo de mi patrón, ahorita llega él —le dijo.

—Pues no tienes permiso de estar aquí. Ayer le di a tu amigo unos buenos chicotazos, y todavía están aquí.

—Pues, y tú ¿quién eres?—le dijo el hombre.

—Yo mando aquí en estas tierras —le dijo el *geño*— y ninguno puede estar aquí. Solamente yo puedo darme vueltas en este lugar. Y ahora no me queda más que darte unos chicotazos, para que sepas quién manda aquí. Y le contestó el hombre: —¿Cómo me vas a dar chicotazos a mí?

Y se agarraron y se pelearon; pero siempre ganó el *geño*, y fue y se cagó en la cazuela y se fue; dejó al otro ahí, privado de sus sentidos.

Pues ahí tienes que cuando llegó Juan con su valiente y con el venado, hallaron al pobre Mudacerros privado y llorando, y poco después les dijo lo que le había sucedido.

—Vino un muchacho y me chicoteó y me dejó privado y se cagó en la cazuela de la comida —dijo Mudacerros.

—¿Cómo? —dijo Juan Garrotillo.

—Sí, así pasó ayer conmigo—dijo el valiente.

—Está bueno —dijo Juan. Tomaron su comida, y ahí tienes que el tercer día dispuso Juan que se fuera el valiente con el Mudacerros, para quedarse él haciendo la comida, a ver qué sucedía.

—Yo me quedo a hacer el almuerzo, y ustedes van a matar el venado—les dijo—. Nomás que no *dilaten*, para almorzar pronto.

—Pues sí —dijeron ellos, y se fueron, y se quedó Juan solo.

Pues ahí tienes que estaba Juan muy apurado en hacer su lumbre para preparar el almuerzo. Ya la cazuela estaba hirviendo, y Juan estaba muy contento chiflando cuando llegó aquel geño adonde él estaba, y con maña le dijo: —Entonces, tú de veras quieres jugar conmigo. Eres el mismo de siempre pero te cambias. Ya van dos veces que por poco te mato y todavía no te quieres mudar de aquí. Y cada dos días te cambias de color. Entonces, ¿cómo estamos?

Y Juan le contestó: —Pues estamos de día. Y ahora, ¿qué cosa es lo que quieres conmigo?

Y le contestó el geño: —¿Qué he de querer contigo? Te voy a matar, porque ya es mucho abuso el que estás cometiendo.

Y le contestó Juan: —Eso es lo que yo quiero. Casualmente vengo a ver dónde me encuentro con uno que me pueda dominar. Son mis muchachos esos que chicoteaste y a los que les cagaste la cazuela de la comida; por poco matas a mis compañeros. Ésa es la falta que cometiste conmigo.

—Pues sí —le dijo el geño—. Pero has de saber que yo soy el que manda aquí, y te voy a dar una paliza.

—Pues eso es lo que quiero— le dijo Juan.

Y se agarraron, aquel geño con un chicote y Juan con su bastón. Pues de tanto, tanto, ya mero ganaba aquel geño y ya no ganaba. Pues de tanto, Juan pudo más y echó al suelo a aquel geño con su bastón. Cuando vio Juan que ya estaba tirado el geño le cortó un lado de la oreja y se la echó en la bolsa. Y cuando el geño se levantó del suelo y quedó convencido que Juan le había cortado la oreja, después con muchas súplicas le rogó a Juan que se la entregara. Pero Juan no quiso entregarle la oreja por la falta que había cometido con sus muchachos. Por eso se enojó con aquel geño y ya no quiso entregarle su oreja.

Tanto le rogó y le prometió, y al fin le prometió que si le entregaba su oreja le entregaba una princesa de un rey que estaba cuidando aquel geño. Hasta entonces estuvo Juan conforme y soltó al geño.

A poco tiempo de que se fue el geño, llegaron aquellos muchachos y todos almorzaron con gusto. Entonces Juan les contó lo que había pasado y cómo ya había cobrado el mal que les había hecho el geño. Aquellos, al oírlo, contentos quedaron. Pues ahí tienes que Juan dispuso que avanzaran más adelante los tres. De tanto andar llegaron a una ciudad, y como Juan llevaba en su bolsa la oreja de aquel geño, apenas llegaron a la ciudad se acordó y le dio una mordida a la oreja, y luego se

le presentó aquel geño y le dijo: —¿Qué quería usted don Juan?

—¿Qué he de querer contigo? —le dijo Juan—. ¿Dónde puedo hallar una posada para pasar la noche con mis muchachos?

—Con mucho gusto —le respondió el geño. Y de ahí se pasaron para el cuarto del geño y ahí le dio su cena a Juan. Pues ahí tienes que el geño cumplió con la promesa que le dio a Juan, siempre le entregó a Juan la princesa, y entonces Juan también cumplió y le regresó su oreja al geño.

Juan se casó con la princesa, la hija del rey, y ahí, en esa ciudad se quedó.

Pues ahora vamos con ese valiente y con ese Cambiacerros. Pues ahí tienes que Juan buscó dos mujeres para aquel valiente y para Cambiacerros. Pues por fin recibieron cada quien a su mujer, les dijo Juan: —Ahí tienen a sus mujeres, para que no digan que nomás fueron conmigo. Pues ya cumplí con ustedes y ya recibieron a sus mujeres. Pues bueno; aquellos agarraron su camino y se fueron. A los dos días que se fueron se pelearon por motivo de celos, porque aquel valiente le quitó la mujer al Cambiacerros. En eso fue que el Cambiacerros quería matar al valiente, y se agarraron. Y en eso fue que el valiente se volvió un pescado y el Cambiacerros se volvió un pato en una laguna. Y ya lo agarraba aquel pescado y ya no lo agarraba. Pues de tanto, al fin lo agarró y ahí fue donde aquellos terminaron. (*zapoteco*)⁴

La primera parte del cuento narra el rapto de la madre de Juan Oso, su nacimiento, el retorno al pueblo, su bautizo, el intento de mandar a este híbrido a la escuela, las pruebas a las que se somete su padrino o los estropicios que comete antes de volver a partir en busca de aventuras, o al encuentro de su padre, que nunca vuelve a aparecer en la historia.

En la segunda parte tenemos su encuentro con acompañantes forzudos, el enfrentamiento con un gigante o ser nefasto y el rescate de princesas cautivas, las respectivas bodas —con o sin equívocos y suplantadores, desenmascaramientos y nuevas pruebas.

La última parte, tras el rescate de las princesas, permite la inserción de episodios frecuentes en los cuentos maravillosos, anexados de manera oportunista: la princesa que espera al novio es suplantada por otra y la verdadera debe hacerse reconocer por él, durante la boda con la falsa prometida —emparentándose entonces con el ciclo de la Reina Mora.

Los tres fragmentos pueden existir y desarrollarse por separado —son más frecuentes pareados que solos— coincidiendo siempre determinados episodios, que nunca faltan. Todo comienza con el rapto de la mujer —las más veces casada que doncella, puesto que las solteras son víctimas de otra clase de raptos, mientras se bañan en el río, y semejante trasgresión termina en boda o lucha por recuperarla como se verá más ade-

lante, nunca en violación y secuestro.

La mujer raptada se encuentra siempre en situación o lugar inusitado, alejada de los espacios domésticos; puede ser también en un lugar *delicado* —encrucijada, monte— o tiempo igualmente liminal —alba, atardecer, fecha señalada.

El acercamiento al peligro puede ser voluntario o inconciente. En más de una ocasión vemos que la mujer desea alejarse del marido: está fastidiada de sus maltratos. Entonces accede al robo y hasta invoca al raptor. En el caso teenek, ni siquiera tenemos un cuento, sino apenas una advertencia —o una explicación sobre el origen de los monos.

UNA MUJER salió un día de su casa y vio un gran árbol. Era un zapote cuyos frutos caían por todas partes. Había un animal en el árbol, pero la mujer no se percató de ello porque estaba recogiendo las frutas que caían del árbol. De repente, el animal atrapó a la mujer y se la llevó a una cueva. Allí se quedó ella medio año. Dio a luz monos, tras dos meses de embarazo, tuvo hijos con el mono. Tres veces alumbró en seis meses. Después [los hombres] buscaron a la mujer y al fin la encontraron en un barranco, en una cueva muy profunda. No podía subir del barranco pero tenía allí todas las frutas. Amamantaba a las crías de los monos. [Finalmente] los hombres la llevaron, la salvaron del barranco y de los monos. Hay monos hasta nuestros días, por ello los padres dicen a sus niños que no se aparten solos porque se los llevará el mono. (*teenek*)⁵

El raptor más común es el oso, pero también puede ser el “Chato”, que es el diablo. En la versión recopilada por Boas en Tehuantepec quien se roba a la mujer es un tigre. Tenemos también como secuestradores al sombrerón, el chaneque, el mal aire, el mono y el *hunchut* del encanto.

Una mujer tojolabal, aunque rica con bastante ganado, no tenía hijos y era golpeada por su marido. Huyó y se arregló con el oso para irse a su cueva. Nunca muestra malestar por la unión y regresa sólo por satisfacer la curiosidad de su hijo, que desea conocer el pueblo y la claridad fuera de la cueva.

El cuento mazateco —bastante atípico— es el único que comienza como si se tratara de un rapto de doncella, de los destinados a terminar en una boda extraordinaria, cuando el héroe roba la ropa a una de las muchachas-palomas.

HABÍA UN REY que tenía tres hijas que se bañaban en el manantial. Una vez un oso se raptó a la más chica y se la llevó a su madriguera durante un año, dándole carne cruda y sin dejarla salir. El oso tapaba el agujero de su madriguera con una piedra.

Tuvieron un hijo, mitad oso y mitad hombre, que se llamaba Juan el Osito. El osito hablaba porque su mamá le había enseñado y él le dijo que la iba a sacar de allí un día que su papá se fuera lejos.

Cuando el oso se alejaba las pisadas se oían cerca y cuando andaba cerca las pisadas se oían lejos. Así un día el oso se alejó y Juan el Osito levantó la piedra y sacó a su mamá.

Cuando salieron encontraron el mar, por donde iba pasando un barco en donde iba el rey, el papá de su mamá. El oso se dio cuenta de que estaban escapando y corrió para alcanzarlos, pero ya se habían subido al barco y ya estaban zarpando. Así que el oso se quedó en la orilla.

Cuando llegaron al palacio hicieron una gran fiesta, pero el rey no aceptaba al osito por peludito. (*mazateco*)⁶

Se menciona siempre la comida que el raptor lleva a la mujer —es solamente fruta o carne cruda: comida sin cocer— y la desnudez, porque se le gastó por completo su ropa a la mujer. La vuelta al estado bárbaro y animal es pintado con esta sola imagen. La vida en la madriguera cerrada del animal muestra semejanzas con el inframundo, donde todo es invertido. En la oscuridad, es difícil saber si el oso va o viene, puesto que sus pisadas son más fuertes cuando se aleja que cuando se acerca. Pero el osito mazateco platica con su madre —el habla le da su cualidad de humano.

El héroe de nuestra historia —en cualquier lengua— nace y crece pronto, tiene una fuerza inusitada y carece de miedo; pero también tiene curiosidad por conocer el mundo de donde viene su madre, muestra compasión y promete aliviar sus pesares —cuando ella desea salir del cautiverio— o docilidad para obedecer a su padrino. Ni sus virtudes ni sus vicios son distintivos de ninguna de ambas especies, siempre es un personaje ambiguo.

En un solo caso encontramos que se pueden atribuir a la madre las cualidades animales del hijo. En esta versión escrita, el autor tojolabal funde dos ciclos de cuentos separados: un hombre viaja al inframundo para buscar a su mujer adúltera y la encuentra; el segundo segmento, semejante a Juan Oso —el padre no es animal— la condición animal del muchacho es debida a la madre, que ya no es humana sino difunta-yegua.

AL CAER LA NOCHE durmió con su mujer, hizo el amor con la cristiana que antes fue una yegua. Hicieron el amor en una cueva y tuvieron un hijo.

Al hijo que tuvieron lo llamaron Juan; Juan Sentón (que quiere decir algo intermedio). La criatura creció, se hizo grande. Cierta día interrogó a su madre:

—Madre, me pregunto por qué estamos aquí; qué hacemos en este lugar, en esta cueva —dijo Juan Sentón.

—Hijito, no soy originaria de este lugar; antes vivía en otras tierras. No somos de este lugar, sino que nuestra tierra está en la otra cara del mundo.

—¿Y por qué no salimos, si no somos originarios de aquí?

—¿Cómo hemos de salir, hijito, si tu padre dejó la puerta bien cerrada?

—¿A dónde irá mi padre el domingo?

—Irá de cacería; cazará un animal para que comamos. La puerta está cerrada por una gran piedra, una piedra grande.

Al llegar el domingo, el padre de Juan se fue de cacería. Cuando se fue, Juan intentó abrir la puerta; pero aún era muy pequeño, tan sólo una criatura de una semana siete años. Trataba de levantar las piedras, pero no lo lograba.

—¿Cómo saldremos, hijo mío, si no puedes alzar las piedras?

—No las levanto porque aún soy pequeñito; esperemos dos días seguidos a que crezca y verás que la levantaré. He de echarla a un lado, para que salgamos.

Cuando pasaron los dos días que Juan Sentón había dicho, fue a levantar de nuevo la piedra. ¡Jaaa!, enseguida la hizo a un lado.

Después de abrir la cueva, abandonaron ese lugar, y no pararon hasta llegar a las tierras de donde era originaria la madre. En esas tierras lo bautizaron, asignándole como padrino al sacerdote. Pero como Juan era muy malcriado, cuando creció, le pegaba continuamente a su madre.

Lo metieron a la escuela. Como en un costado tenía piel de animal y en el otro piel humana —debido a que su madre había sido animal antes, así salió él. Era molestado sin cesar: le jalaban los pelitos —quizá porque despertaba mucha curiosidad a sus compañeros de escuela. Poco a poco fue enojándose; fue enojándose poco a poco hasta que un día mató a dos de sus compañeritos. A quienes lo molestaban, les pegó de bofetadas, les sacó el resuello. Cuando su comportamiento se volvió insostenible, el maestro se dijo: “¿qué vamos a hacer con Juan? ¿Cómo debo tratarlo?” A la madre le avisaron del comportamiento de su hijo en la escuela. Su única respuesta fue que ya le había dado consejos. El maestro asintió: —Está bien, porque se porta muy mal en la escuela.

Entonces Juan regresó a la escuela. Le habían aconsejado que se portara bien, pero como seguían jalándole los pelos, como no lo dejaban en paz, y sus compañeros eran malísimos con él, se fue; fue a su casa a traer un puñal. Cada vez que era molestado, atacaba con su puñal. Mató a varios de sus compañeros.

De nueva cuenta llegaron a comunicarle a la madre: —¿Qué hemos de hacer con tu hijo, que ha matado a muchos de sus compañeros?— le fue dicho por el profesor.

La madre al volverse a enterar, lo echó; Juan fue corrido por su madre porque había observado mala conducta.

—Me iré. Con mi padrino iré —dijo Juan Sentón cuando fue echado.

Se fue con su padrino. Como tuvo por padrino al cura, se hospedó en la iglesia. Al caer la noche, a cada momento, iba a jugar con la campana. La hacía llorar una y otra vez. El cura no podía dormir, en la noche no lograba conciliar el sueño. Finalmente, enojado, le mandó:

—Prepara cinco burros porque irás a traer leña. Quiero leña buena, leña maciza, puro corazón de árbol quiero. Irás hasta la montaña; llegarás hasta donde abundan los tigres.

—Está bien, padrino, iré por leña— aceptó Juan Sentón.

Se fue arreando cinco burros; se fue hasta donde abundaban los jaguares. Al llegar a la espesura, ató los burros y se puso a buscar la leña. Al regresar donde los había dejado, encontró que los jaguares los habían matado; los jaguares se los acabaron a mordidas.

—¡Jaaa, chingado! ¿Qué voy a hacer ahora? Los burros murieron, ¿qué le diré a mi padrino? Pues, ustedes pagarán por el delito que cometieron: ustedes se comieron a los burros, y ustedes tendrán que transportar la leña —les dijo a los jaguares que se habían comido a los burros.

A todos los aprehendió y alistó. Trajo a cuatro, cargados, y a otro lo montó. Al llegar al pueblo del padrino, éste se alarmó al ver que Juan traía a los jaguares. Al darse cuenta, los ladinos se encerraron en sus casas. El padrino también se encerró en la suya.

—¡Jaa, cabrón!, ¿para qué trajiste a esos animales?

—Padrino, ¿cómo no los iba a traer si acabaron con los burros?

—¿Para qué los trajiste? Termina rápido de bajarles la carga y ve a dejarlos inmediatamente donde los encontraste. Al terminar de bajar la leña, le repitió:

—Ve a dejarlos donde los hallaste: hasta donde los hallaste irás a dejarlos.

—Está bien, padrino, iré a dejarlos.

Cuando les bajó la arquilla y la leña a los jaguares, regresó a dejarlos donde los había encontrado.

“¿Qué haré?”, se preguntó el cura cuando Juan se retiró con los jaguares.

Cuando éste volvió le dijo:

—Irás a cumplir un mandato hasta el otro lado del mar. Irás a dejar un recado al rey de los diablos.

—¿A dónde tengo que ir, padrino? ¿Dónde queda?

—Por este lado. La casa del rey de los diablos está por este lado.

—¿Cómo sabré dónde?

—De cualquier manera irás. Tendrás que localizarla. Tendrás que llegar.

Juan se preparó. Se fue llevándose una tenaza y un morralito. Se fue. Al llegar donde estaba el rey de los diablos, llamó: —Señor rey de los diablos, ¿se encuentra allí?

El rey salió; pero no hablaba, sólo estaba observando a Juan, mientras este sí que hablaba: —Jaa, jue! ¡verga!, ¿por qué no hablas? ¿Acaso no vas a hablar?

En aquel momento Juan sacó su tenaza y le prensó la nariz al rey de los diablos. Lo jaló. Seguía sin hablar, sólo se le quedaba mirando. Prensó a ese diablo con las tenazas, lo prensó y lo trajo jalando, jalando lo trajo hasta la casa de su padrino. Juan venía adelante, y detrás el rey de los diablos.

Cuando le dolió mucho la nariz, el rey de los diablos suplicó:

—Hablaré, Juanito, te he de responder; pero retira la tenaza de mi nariz. Quítame la tenaza que me duele mucho la nariz.

—No. Hoy mismo te entregaré en la casa de mi padrino, de modo que compruebe que llegué hasta la tuya.

Tuvo que venir atenazado el rey de los diablos. Lo trajo con la nariz bien atenazada. Cuando llegaron a casa del padrino, los ladinos volvieron a esconderse en las suyas. Y cuando entraron a la iglesia el cura se encerró y decía desde la ventana:

—Con qué objeto trajiste a...

Porque había enviado a Juan para que se quedara, para que se quedara de una vez con el rey de los diablos.

—¿Con que objeto trajiste a... tu compañero?

—Padrino, ¿cómo no iba a hacerlo, si no me respondía? No fueras a pensar que no llegué. Por ello lo traje atenazado por la nariz. Por eso lo he traído jalándolo, así pagará el pecado de no haberme hablado. Aquí está para que veas que sí llegué hasta donde me enviaste.

—No puedes traerlo. Vete en este instante a dejarlo donde lo encontraste.

Fue a dejarlo; a dejarlo fue. Juan Sentón, como era muy malo, fue enviado a la casa del rey de los diablos para que se quedara; para que fuera acabado.

Pero como él también era un diablo, como él había nacido en la casa del Gran Pukuj, y su madre había sido una yegua, no lo acabaron. No murió porque era el más fuerte.

Juan Sentón no murió. Cuando volvió a dejar al rey de los diablos, fue a unirse al gran ladino. Se fue en calidad de rey donde había estado su madre. Esto sucedió con Juan Sentón. Así lo he escuchado yo. (*tojolabal*)⁷

En el ejemplo mazateco, la salida al ámbito humano de la madre es directa: llegan inmediatamente con el abuelo y se alejan del raptor animal cruzando el mar. Es más

usual, sin embargo, que el cachorro de oso luche con su padre y éste renuncie a seguirlos o regresarlos a la cueva. O que el hijo mate a su padre —en la versión europea sucede así. El secuestrador, en otras ocasiones, no vuelve a aparecer.

Es raro que logren salir al primer intento; son varios, pues el interés de la historia es recalcar la fuerza extraordinaria del cachorro, desde temprana edad. Cuando abandonan la cueva, regresan a la casa o lugar de donde salió la madre. El cachorro *O-shi'yo* realiza grandes proezas en el rancho de un particular —donde hay pruebas o apuestas que aparecen en otros cuentos— pero es la excepción.

ERA UNA MUJER que había perdido sus *cochitos*, cuando los andaba buscando se encontró con un oso viejo que le preguntó :

—¿Qué buscas ?

—Busco mis cochitos que se me perdieron.

—Ayer los vi durmiendo abajo de la piedra grande.

Y la mujer se fue a buscarlos. Abajo de la piedra grande había una cueva y la mujer no quería entrar. Entonces el oso le dice:

—Éntrate —y cuando la mujer entró el oso bajó una piedra y tapó la entrada de la cueva, se quedó encerrada con el oso.

Entonces el oso vivió con la mujer, pero como ella tenía marido, el marido la buscó y ya no la encontró. El oso salía a trabajar para buscar comida pero sólo traía comida silvestre: traía zapotes, chininis y comidas así.

Pasó mucho tiempo. La mujer se embarazó y nació un criatura igual al oso, *O-shi'yo*. Cuando la criatura creció le preguntó a la mamá:

—¿Por qué vive usted aquí?

Entonces ella le dice:

—A mí me robo tu papá.

Entonces el *O-shi'yo* le dice: —Vamos a salirnos.

—¿Pero cómo vamos a salir?, tú no aguantas la piedra con la que está tapada la entrada.

—Yo voy a abrir la entrada —dijo el *O-shi'yo*—, cuando veas que ya salimos me montas y yo te voy a llevar a tu pueblo.

El oso viejo se dio cuenta que el *O-shi'yo* ya sacó a la mujer y salió corriendo a alcanzarlos.

El *O-shi'yo* gritó: —Apúrate mamá, porque papá ya viene cerca y si nos alcanza nos mata.

Llegan al pueblo y se metieron a una casa; le dice el *O-shi'yo* al dueño:

—¿Sabe usted tirar con escopeta?

El dueño agarró la escopeta y esperó al oso viejo; y cuando éste se acercó le disparó.

O-shi'yo se quedó allí con su mamá. Le dijo el dueño: —Vamos a ir a mi rancho — y la llevó.

Él se fue a otro rancho a buscar trabajo; le preguntó al dueño que si tenía trabajo para él. El dueño le platicó. Dijo que le mataron una res, entonces el O-shi'yo se comió la mitad y el patrón se espantó.

El O-shi'yo le dijo al patrón que le mandara a hacer un machete grande y el herrero se lo hizo. Dijo el O-shi'yo: —Éste es el machete que quiero.

Ya con su machete, el patrón lo mandó a trabajar, pero sólo se iba a sentar a la sombra. El patrón mandó a un sirviente para que le dijera al O-shi'yo que trabajara y al momento agarró el machete y se puso a trabajar como ventarrón. Trabajó tanto que invadió tierra ajena. Al verlo, el patrón le dijo que no siguiera trabajando en este terreno, porque no era de él.

—Usted me dijo que yo trabajara y seguiré trabajando, porque yo trabajo mucho. Entonces el patrón lo mandó a buscar semilla para sembrar. Dos meses se tardó en la siembra porque era muy grande la milpa. Un año estuvieron tapiscando la milpa y no acabaron de juntar el maíz.

Después O-shi'yo ya no tuvo trabajo y se regresó para su rancho. Cuando salió encontró a dos borrachos que lo llevaron como amigo a una cueva que tenían de casa. Dentro había tres princesas que estaban castigando. Les dijo O-shi'yo:

—Vamos a sacar estas tres princesas.

Entonces el O-shi'yo las sacó de la cueva y los borrachos trataron de matarlo tirándole una piedra muy grande, pero no lo lograron. (*zoque*)⁸

No todos los narradores son tan parcos. El cuento puede acabar cuando Juan Oso se va a correr aventuras, tras rescatar a su madre. O se reencuentran con el esposo de la madre, éste reconoce a Juan como si fuera su hijo y proceden a bautizarlo. Lo mandan a la escuela: pelos jalados, colas pinchadas, porrazos, desmayos y castigos son la sal y pimienta de este cuento, pues permiten el lucimiento del narrador y el regocijo malévolo de quienes escuchan —igual que los tigres domados, los espantos y la comida dañada que vendrán más tarde.

ERA UNA MUJER que se estaba bañando en un río, pero hasta ahí llegó un mono blanco y se enamoró de él, y ese mono tenía una cueva, el mono blanco. Se la llevó a esa cueva. Varios años vivió allí y tuvo un hijo de ese mono, y pudo hablar como nosotros ese mono, nomás que tenía cola de mono.

Cuando ya tenía varios años en esa cueva, la mujer huyó, se escapó de la cueva.

Y a ese niño lo mandaron a la escuela. Todos los niños de la escuela le punzan lápices en la cola y cuando él se pone bravo nomás tiende la mano y mata a dos, porque él es fuerte, y cuando el mata a los niños, el maestro lo regaña. El maestro le dice que no haga esto, pero el mono blanco lo hace porque le duele que le punquen la cola con el lápiz.

Entonces el maestro dice que ese niño no puede estudiar en la escuela, porque ese niño se tiene que bautizar, está haciendo mucho mal en la escuela.

—Con este niño ya no podemos porque es más fuerte que los demás alumnos — dijo el maestro.

Y le mataron un borrego a ese niño para que lo cargara y lo vendiera.

—Así tienes que cargar ese borrego, sea de noche o de día.

Estaba cargando ese borrego y se agusanó. A él no le importó nada, lo cargaba como si no tuviera nada. Lo mandaron cargando ese borrego para que él también se muriera de gusanos, y él no se murió.

Había una casa donde espantan los muertos, ahí lo mandaron a él, para que ahí se muriera de susto, porque ahí siempre asustan los muertos. Él estaba en una hamaca como a las diez de la noche sin dormir, calladito; se movían los *montes*, hacían ruido de que alguien se acercaba y él no se asustaba, se estaba calladito en la hamaca. Él dijo: —¿Qué cosa es lo que hacen ustedes? No me asustan, ratones; son muy feos sus huesos, los que pasean alrededor.

Él nomás traía un palo, él estaba en la hamaca, y le dio un palazo al muerto que andaba alrededor y el muerto se cayó al suelo y dijo:

—¿Quién es ese que me está matando? (*mazateco*)⁹

Algunas veces el hijo no logra cruzar la barrera hacia la humanidad y regresa a su estado animal o al lugar donde nació —como el hijo del sombrerón tzotzil, el sombreroncito de Chiapas, regresa con su parentela— tras correr diversas aventuras y de dejar a su madre con sus congéneres. El hijo del Chato “es el *Jooncho*”; se dice que ese animal es algo parecido al gorila. Pues sí; porque según se dice, acá entre nosotros, los nahuas mecayapeños, el Chato a las mujeres no las come. Pues las quiere para mujer. Pero cuando nos encuentra a nosotros los hombres, nos mata y nos come de inmediato”. Tras muchas peripecias e inquisiciones, un hombre que había perdido a su mujer la encuentra, auxiliado en el rescate de su esposa por el conejo, pero ya ha parido un hijo de ese Chato. Así pues, el personaje que comienza el cuento pobre, sin milpa, sin valor, sin fortuna y sin esposa ahora tiene, encima de todas sus males, a este terrible entenado.

SE DICE que días después un cura se encontró con Juan y vio que tenía un hijo: un hijo gordo, con su cuerpo cubierto de puros pelos. Se veía que ya no era cristiano sino que era como un animal. Entonces el cura le preguntó a Juan, le dijo: —Bueno, ¿a dónde encontraste ese chamaco?

Juan le contestó al cura: —Pues éste es el chamaco del Chato—. Pero el cura pensaba que el chamaco era igual a todos los niños, no era así. Y le dijo: —Bueno, pues yo lo voy a mandar a la escuela y ahora tú vas a ser mi compadre.

Juan le contestó: —Bueno, eso depende de ti.

Luego el cura dijo: —Ahora yo ya me lo llevo a mi ahijado.

Y de veras se fue a la casa del cura. El cura mandó a la escuela al Chatito; pero tampoco servía, porque cuando un compañerito de la escuela se peleaba con él, él ya no le perdonaba, lo agarraba y lo mataba en seguida. Porque le hacían mucha burla. Le decían: —¡He, he!, ese *pepenchi*, hijo de Chato—. Y por eso se enojaba mucho el Chatito. Los agarraba y mataba a los que se burlaban de él. Él ya estaba perdiendo el mundo de los niños o la humanidad porque es un animal, no es cristiano; su padre es un Chato viejo, animal.

Cuando vieron que no era cristiano, entonces dijeron: —Bueno, éste no es cristiano, éste es un animal, no sirve.

Y el cura dijo: —Sáquenlo—. Pero como el Chatito también era sabio, le dijo a su padrino cura viejo: —Pues ahora sí, ya salí de donde me habías puesto; ahora yo quiero que me consigas un sombrero de ocho *arrobas*, y un traje de ocho arrobas y un machete de ocho arrobas.

Pero, ¿dónde y cómo nosotros, cristianos o humanos, aguantaríamos eso de tanto peso? Pues llegando nada más esas cosas se puso contento el Chatito. Le dijeron que tal día tenía que llegar el encargo; porque, según se dice, esas cosas no se conseguían por acá cerca. Porque esas cosas no son ropas: pues para que pesen ocho arrobas meramente de piedra han de ser y no ropa de verdad, o han de ser de puro fierro. Entonces el cura le decía a su ahijado: —Bueno, espérate, te las voy a conseguir. El traje vendrá de muy lejos, pues esas cosas no serán de por acá nada más. Me avisarán qué mero día llegarán.

Y de veras al cura le avisaron, le dijeron: —Te aviso que ya llegó el traje del joven, y los demás que tienes encargado. No son de más; son tres cosas solamente. Su traje, su sombrero y su machete. Esas cosas nada más. Ahora sí ya llegaron, vayan a traerlas. Pero el problema era el traslado. Pues decían: —Pero, ¿cómo las iremos a traer nosotros? ¿Cómo vamos a poder cargar esas cosas? Pesan mucho—. Y tuvieron que alquilar mulas para poder traerlas hasta donde vive el cura viejo.

Le llegó nada más eso al Chatito, se vistió, se puso su sombrero, agarró su machete

y le dijo a su padrino: —Ahora sí, padrino ya nos despedimos, ahora sí ya me voy, yo no voy a ganar para la ciudad, sino que yo me voy a la montaña.

Se dice que ahí se divisaba una montaña grande y le dijo: —Yo por aquí me voy—. Ahí se fue ese Chatito, a esa montaña. Pues porque él ya no era cristiano o gente como nosotros, sino que él ya era un animal, por eso el ganó para la montaña. Y no se supo por dónde salió, porque no salió a ninguna ciudad; él se quedó en la montaña. Allá quizás se fue a criar. Pues porque él ya no come tortillas como nosotros, sino que él come pura carne cruda. Él de lo que encuentra va matando para comer. Pues este cuento así es tal como está. (*nahua*)¹⁰

Los objetos y herramientas que pide el ahijado al señor cura son diversos: un garrote, machete o espada —enorme y pesado—, y para recalcar su peso, se indica siempre en medidas antiguas como arrobas, libras, quintales. La versión tojolabal comienza como las demás, aquí la retomamos con la curiosidad del cachorro:

PASARON LOS SOLES y tuvieron un hijo. Cuando creció, observaba a su padre salir de la cueva y lo seguía. Pero el oso dejaba tan bien cerrada la boca de la cueva, que la mujer no la abría nunca. Cuando pudo comprender lo que su papá decía, el muchachito le comentó a su madre:

—Mamita, debe ser muy hermoso el lugar a donde va mi padre; abierto, despejado, lleno de claridad. En cambio donde estamos nosotros es totalmente oscuro, ¿por qué no vamos con él? Vamos, salgamos.

—Vamos —asintió la madre.

A poco de que el padre había salido, salieron ellos. Él salió a las seis; ellos, a las siete. Se pusieron en camino. Van de prisa —el muchacho ya camina rápido— porque los persigue el oso. Los tenía amenazados con que si salían, iba a alcanzarlos y devorarlos.

A punto de que los alcancen, se toparon con un caserío. El muchacho dijo:

—Mamita, mi papá ya está cerca.

—¿Viene?

—Viene. Está cerca. Iré a pedir prestado un machete para matar a mi padre.

—Bueno.

Con un aldeano consiguió el machete. Dicen que al regresar donde se hallaba su madre, se escondió detrás de un árbol. Cuando apareció su papa, le dio un machetazo cercenándole la cabeza. Quedó tirado.

El muchacho dijo: —Ya se murió, vámonos.

Se fueron al pueblo a pedir posada.

Se les informó que sólo había lugar en la escuela, donde podrían alojarse si les parecía bien.

La mujer aceptó:

—Bueno, si es así, me alojaré en la escuela con mi hijito.

Sí. Se fueron. Cuando llegaron a la escuela, el maestro les propuso: —Quédense aquí. No tengo criada, a lo mejor quisieras prepararme la comida, y le enseñaría a leer a tu hijo.

—De acuerdo, maestro.

El primer día que asistió a la escuela el muchachito, le preguntaron su nombre. Como sólo dijo que su padre se llamaba Oso, Oso lo llamaron a él.

Los aprendices son muchos. Los grandes, viéndolo pequeño, se burlan de él. Al tercer día se enojó. Es pequeño todavía ese niño oso, ese cristianito. Lo único que tiene grandes son los pies y las manos. Lo agredían:

—¿Para qué sirves tú? Te mataremos al instante.

—Mentiría si les dijera que no estoy enojado. Si los atrapo, quedarán rotos en mil pedazos.

Resultó cierto: cuando se enojó el osito, atrapó a los que se burlaban de él, les pegó, les partió la cabeza y mató a cuatro.

Cuando llegó el profesor le dijo:

—No. De seguir comportándote de esta forma, acabarás matando a tus compañeros. Mejor regresa por donde viniste.

A la mujer le preguntaron: —¿Cómo te juntaste con el oso?

—Lo encontré en el monte. Me preguntó si me unía a él. Le respondí que sí, y ¿qué pasó?, que tuvimos un hijo.

De esta manera fue que el maestro supo por qué eran tan gruesos los pies y manos del muchachito: porque su padre fue un oso. (*tojolabal*)¹¹

Tras el bautizo del pequeño mestizo y ante la imposibilidad de educarlo, su madre —y el esposo previo, en caso de aparecer —se lo encarga al cura. El padrino sacerdote determina el destino de Juan Oso: debe someterse a diversas pruebas antes de irse voluntariamente y rescatar por fin a las princesas cautivas o lo envía a un viaje imposible, donde el cura sabe que se perderá o morirá —lo cual no sucede.

UNA MUJER tenía un esposo que la trataba muy mal, le pegaba todo el tiempo. Ella quería dejarlo por eso. A medianoche la mujer salía de la casa e invocaba al Mal Aire. Lo invocaba para conseguirse otro marido. Así, una noche que ella lo estaba llamando, se le apareció un catrín y preguntó quién lo mentaba. La mujer le dijo que

lo llamaba ella, porque quería encontrar a alguien que la quisiera más que el hombre con quien vivía; que quería a un hombre que no la hiciera sufrir, que no le pegara. El Mal Aire le dijo que él era rico, y que podía llevársela con él, pero que debía montar en ancas de su caballo y mantener los ojos cerrados hasta que llegaron a su casa. Así se fue mujer, el Mal Aire se la llevó a su casa. Cuando estaban llegando a la casa se sintió un ruido fuerte, las puertas de la casa se abrieron solas y la mujer abrió los ojos. Vio que la casa era muy hermosa, y que el caballo que volaba había cruzado dos mares para llegar hasta allí.

Cuando entraron en la casa el Mal Aire, él le dijo: —Yo soy hombre solo, si quieres vivir conmigo, vamos a juntarnos.

Aceptó la mujer y el Mal Aire le mostró su casa. La mujer se quedó a vivir con él porque pensó que le iba a ir mejor que con su anterior marido. A los tres meses de vivir con el Mal Aire, la mujer quedó embarazada; siete meses estuvo embarazada, hasta que tuvo a un niño.

Cuando el niño creció un poco, protestaba porque su padre no lo dejaba acompañarlo cuando salía de la casa. Se iba de la casa y dejaba al niño encerrado con su madre. Así pasó, hasta que un día el niño le dijo a su madre: —Yo me quiero ir de aquí mamá, esto no nos conviene.

La madre le respondió: —Si quieres salir de aquí, hijo, podemos hacerlo, porque tú tienes abuelo y abuela allá en lo seco, en tierra firme.

Entonces el niño dijo: —Mañana voy a salir cuando papá salga, y cuando se abra la puerta, usted salta por atrás para poder escaparse; yo no me quiero quedar aquí, mi padre hace demasiado ruido.

Al rato miraron fuera de la casa y vieron que el Mal Aire venía cruzando el mar montado sobre su caballo negro. Cerca de la puerta de la casa había una piedra azul, cuando el padre llegó cerca, el niño cogió la piedra azul y se la arrojó con fuerza, pegándole justo en la cabeza. Se cayó el Mal Aire y el joven cogió el caballo y junto con su madre se fueron a lo seco. Cuando llegaron allá, la madre le dijo que soltara el caballo para que se regresara a la casa. Dejaron el caballo y como no tenían dinero fueron a ver a un santo padre que vivía en un pueblo cercano, fueron a pedirle trabajo y allí se quedaron. Al tiempo la madre quería bautizar a su hijo, pero éste le dijo que si lo llevaban a la iglesia, los muros del templo se derrumbarían. La madre quería bautizar a su hijo para que se volviera gente; consultó al padrecito y éste le dijo que la única forma de bautizarlo sería echarle agua bendita cuando estuviera dormido. Así lo hicieron y le pusieron de nombre Bernardino. Después de bautizarlo lo pusieron a estudiar en la escuela, porque era muy inteligente.

El niño fue a la escuela y rápidamente superó a todos los demás niños. Pero sus

compañeros sintieron mucha envidia y lo quisieron golpear, comenzaron a pelear y Bernardino los desmayó a todos de un solo golpe. Cuando el maestro regresó y vio a todos sus alumnos dormidos en el suelo, no quiso que Bernardino regresara a la escuela.

Entonces el padrecito le dijo que mejor fuera a trabajar, a cortar leña. Bernardino dijo: —Está bien, voy, pero necesito que usted me compre un machete que pese treinta arrobas y un *mecapal* de dieciséis brazadas, para transportar la leña.

Cuando el santo padre le entregó todo eso, Bernardino brincó tres veces de tan contento que se puso. Se fue entonces al monte. Cuando regresó apenas se le veían las puntas de los pies y la parte de arriba de la cabeza, todo el resto lo tapaba la enorme carga de leña que traía. Cuando vio eso el padre decidió comprarle un burro para que lo ayudara a transportar la leña. Al día siguiente Bernardino se fue al monte con el burro y cuando regresó apenas se veían las orejas y la cola del burro, tal era el tamaño de la carga de leña que traía sobre su lomo. Al otro día se fue nuevamente a cortar leña, cuando llegó a un claro, dejó allí a su burro mientras él se metió al monte a cortar la madera seca. Cuando regresó vio que su burro estaba muerto en el suelo y al lado de él estaba un tigre que le había sacado el corazón.

Entonces Bernardino le dijo al tigre: —¿Por qué has matado a mi burro?, él me ayudaba a traer la leña, ahora vas a tener que reemplazarlo tú.

Después de decir esto, cogió con una mano una oreja del tigre y con la otra mano desató la cincha de la carga del burro. Desató la carga y le puso al tigre los arreo del burro y lo cargó con la leña. El tigre brincaba de furia, pero tuvo que aguantarse y llevar la carga. Cuando estaban llegando al pueblo el santo padre lo vio venir y le preguntó a la madre:

—¿Cómo habrá hecho tu hijo para cambiarle el color al burro?, allá viene el burro cargado, pero tiene otro color.

Pronto se dio cuenta de que era un tigre y se asustó mucho. Entonces invitó a Bernardino a comer y cuando entró en la casa, el santo padre le puso tres candados en la puerta y llamó a toda la gente para que mataran al tigre. Bernardino se dio cuenta, rompió los candados y salió a defender a su tigre, porque lo tenía como reemplazo de su burro. Pero la gente gritaba e insistía en matar al tigre; entonces Bernardino de un solo golpe destrozó la cabeza del tigre, cogió un puñado de sesos y se los arrojó a la gente, se los arrojó con tanta fuerza que muchos murieron allí mismo.

El santo padre le dijo que mejor se fuera del pueblo cuando vio esto, que se fuera a otros lugares a buscar amigos iguales a él. El Hijo del Mal Aire dijo que se iría, pero que se llevaría su machete y su *mecapal*. El santo padre se los dio y Bernardino, de-

spués de decir a su madre que mejor se quedara allí, se fue caminando para alejarse del pueblo.

Después de mucho caminar llegó a otro pueblo. Al llegar al pueblo, fue a preguntar al jefe del pueblo si allí no vivía nadie que fuera capaz de luchar contra un tigre. El jefe le dijo: —Sí, aquí hay alguien que puede ser tu amigo, es un muchacho que se llama Santiago y que es capaz de plantar tres fanegas de maíz en un solo día. Fueron a llamar a Santiago y pronto decidieron ser compañeros. Decidieron probar suerte juntos y los dos salieron del pueblo.

Caminaron y caminaron hasta que llegaron a otro pueblo. Allí preguntaron si vivía algún hombre tan fuerte y valiente como ellos. El jefe de ese pueblo les dijo que sí, que había un hombre que era capaz de mover una parte de un cerro. Llamaron a ese hombre y Bernardino le preguntó si no quería probar suerte con ellos, el hombre dijo que estaba bien, pero que no les iba a dar su nombre para que no hablen mal de él si ellos resultaban ser mejores.

Se fueron los tres y decidieron tener un rancho para plantar y tener animales. Cuando llegaron a un lugar que les gustó, eligieron un enorme cerro para hacer su *roza*. Dos fueron a trabajar y el tercero se quedó, cuidando la comida. Antes de irse al trabajo mataron un toro y lo pusieron en la olla, Santiago quedó cuidando la comida mientras sus amigos trabajaban. Cuando la comida estuvo lista Santiago llamó a sus amigos para que fueran a comer. Pero antes de que sus amigos llegaran, se apareció un *kui na*, que es como un mono pelón, y sin que Santiago se diera cuenta se puso a tomar el caldo y se acabó toda la comida. Nada pudieron comer ese día. Al día siguiente se quedó Bernardino cuidando la comida. Al rato se apareció el *kui na*, pero esta vez no pudo robarse la comida. Bernardino lo vio y le pegó un machetazo que le cortó una oreja, se cayó la oreja y el *kui na* se escapó. Cuando llegaron sus compañeros Bernardino les explicó lo que había pasado. Cuando estaba hablando, la oreja que se había caído en la tierra bajo unas hojas, comenzó a hablar y dijo:

—No crean que yo estoy solo, yo no soy uno sino que somos muchos y ustedes van a pagar por lo que me hicieron.

Entonces ellos se pusieron a comer, y mientras estaban comiendo la oreja se quejaba, decía que tenía hambre y sed. Bernardino puso la oreja en una olla y la olla se quedó seca, la oreja se tomó todo el caldo. Después Bernardino dijo:

—Para que no se burlen más de nosotros, vamos a rozar todo el cerro donde viven los *kui na*, pero vamos a hacerlo vigilando bien. Se fueron entonces y rozaron todo el cerro y plantaron una gran milpa. Cuando la milpa ya estaba grande, los amigos fueron a buscar elotes, pero se dieron cuenta que el maíz ya no estaba, sólo quedaba la forma de las mazorcas pero adentro estaban vacías. Se dieron cuenta de que

fueron los *kui na* y se quedaron a vigilar la milpa. Al rato pareció un *kui na* y lo cogieron del brazo, pero él gritó. Se abrió la tierra y aparecieron muchísimos *kui na*, se pusieron a pelear porque habían destruido todo el monte del cerro donde vivían. Pelearon todo el día pero ninguno ganó. Entonces Bernardino dijo que ya estaba bien, que ya habían demostrado que eran muy hombres, que nadie había ganado, pero que ellos dejaron pelado el monte de los *kui na*, y ya se habían vengado. Entonces los amigos se separaron y Bernardino hizo su rancho del otro lado del mar. Volvió al lugar donde él había matado a su padre. (*chatino*)¹²

Para deshacerse de Juan Oso, que tantos quebraderos de cabeza les da a todos —real y metafóricamente—, el padrino le encarga tareas muy difíciles, como cuidar una casa donde espantan. Como el niño no es del todo humano, no conoce el miedo. El espanto al cual se enfrenta suele aparecerse como alma en pena —cuerpo desmembrado, huesos que caen, lamentos y tétricos velorios—, aunque es europeo, se integra al repertorio indígena.

YA SE MURIÓ el dueño de la casa, no hay gente, está sola la casa. No puede llegar ningún hombre ahí nomás, ya que de espantado se muere. Y se muere todo el que llega allí.

Sale el padre y le dice a Juan que le lleve dos burritos. Juan va a traer la carga. Le llevaron un papel a Juan.

—Bueno —dice— está muy lejos, ya llegamos como a las cinco de la tarde. Bajó la silla del burrito y le dio de comer. Juan va entrando en la casa y dice:

—No tengo miedo.

Cuando ya oscureció viene el dueño de la casa. Ya viene, hummm...

—Cabrón, ¿qué cosa quiere? —dice Juan. Él no está acostado nomás, sino que tiene cuidado del que pasa. El dueño regresa otra vuelta, se paró en medio de la casa y se sube arriba de la casa.

—Bueno —dice Juan— ¿qué cosa quiere?

Se lo dice al muerto. Uy, no contesta.

Tres veces le habló al muerto.

—Ahí voy —dice el muerto.

—Aquí te voy a dar en tu madre —dice Juan. Trajo un bastón de esos que sólo levantan cien hombres, y Juan lo levantó con una sola mano. Nomás con una mano lo agarra Juan, porque es un animal gigante.

—Bueno —dice Juan— ¿cuándo vienes?

Pegó. No salió el muerto.

Hay un cuarto, pero no entra ninguna gente, está sola la casa. El muerto le entrega

dos barriles de dinero que tiene, y se duerme Juan el oso. Se durmió contento, pero se durmió. Cuando ya estaba alto el sol le dice el padrino que le mandaba un mandado. (*mazateco*)¹³

Otra de las faenas de Juan Oso, que nadie le ordena hacer y realiza por iniciativa propia, es la de domar tigres; indignado porque le comen sus burros cuando va por leña, les pone a los tigres las cargas y aparejos de los burros. Espantado, el cura que quería que los animales salvajes se lo comieran, lo corre del pueblo. Juan entrega la leña o el dinero y pide que le den un arma. Tras recibirla y dar el dinero a sus padres y el cura, sale: va al otro lado del mar, a correr mundo, a buscar nuevas aventuras.

SU PADRINO lo mandó mejor a cortar leña al monte y se fue Juan el Osito con sus mulas a traer leña.

Pero cuando estaba recogiendo leña, los tigres se comieron las mulas y entonces el Osito agarró un bejuco, amarró a los tigres y los hizo que acarrearán la leña.

Pero cuando regresó, su padrino se enojó y le dijo que qué hacía con esos animales. El padrino quería que los tigres se comieran al Osito. Por eso cuando regresó se enojó. Entonces le dijo:

—Llévate a esos animales —y mejor le dio un morralito con dinero, y Juan el Osito se fue lejos a buscar trabajo.

Siguió su camino. Luego juntó gente para desmontar, pero se tenían que turnar una vez cada muchacho para hacer la comida. El primer día, cuando el muchacho tenía lista la comida, apareció una bruja que le tiró todo al suelo y cuando regresaron a comer encontraron todo tirado y al muchacho le preguntaron que qué había pasado y les platicó cómo había hecho la bruja.

Al día siguiente sucedió igual con otro muchacho, hasta que Juan el Osito decidió hacer él mismo la comida para agarrar a la bruja; así cuando llegó la bruja a las doce del día y trató de matarla, le salió lumbre a la bruja y salió corriendo.

Él la siguió y vio que se metía en un agujero. Luego fue a traer cinco bolas de mecate y le dijo a sus mozos que las fueran uniando hasta que él llegara al fondo.

Se metió y bajó mucho, hasta que se acabó el mecate.

Cuando llega hasta el fondo se encuentra con tres princesas que tiene la bruja de cocineras. El lugar era muy lujoso, con oro y plata. La bruja estaba dormida en un cuarto lleno de espadas. Una de las muchachas le da dos huevos para que se los tire en la cara a la bruja y le dice que, para matarla, hay que sacar un cuchillo sucio que hay en la cabecera de la bruja.

Las muchachas se van por su cuenta y cuando llegan arriba se escapan con los

mozos; así, cuando Juan el Osito quiere salir, se da cuenta de que la cuerda se cae y queda atrapado.

La bruja se despierta y le dice que cierre los ojos, que lo va a ayudar a salir, pero Juan el Osito no quiere cerrarlos y la bruja se convierte en anillo. Él se lo pone, la bruja le dice que cierre los ojos, los cierra y ya está afuera. Cuando raspa el anillo la bruja grita.

Va tras la princesa y cuando llega se convierte en viejito y le pide hospedaje y agua. Ella se lo da. Después va a haber un baile y lo invita. El viejito dice que no va, pero cuando la princesa sale se convierte en charro con su caballo. Se va al baile y hace muchas travesuras, la guardia del rey lo quiere atrapar pero se les escapa.

Cuando regresa la muchacha le cuenta al viejito lo que pasó y le dice que la próxima vez van a poner una cerca todo alrededor para atrapar al charro, y que en esa fiesta van a torear.

Llega el día de la fiesta, se va la muchacha al baile, vuelve a aparecer el charro, hace sus travesuras, destruye la cerca y se va.

Regresa la muchacha y le cuenta al viejito lo que pasó y que para la próxima vez van a echar jabón en todas las calles para atrapar al charro. Llega el día de la fiesta, se va la muchacha, aparece el charro, se resbala el caballo pero él sigue su paso y se escapa. El rey dice que el que haga reír a su hija se casará con ella. Van muchos muchachos, pero aparece el viejito montado en su caballito de palo brillando como niño.

La princesa se ríe y traen al viejito para que se case con ella. Se celebra el banquete donde se sirve mucha comida. La princesa está amarrada. El viejito come mucho y le dice al rey que no va a desamarrar a su hija.

Hubo un baile y tuvo un hijo con la princesa. (*mazateco*)¹⁴

La segunda parte de esta historia se enlaza con otro cuento cuando Juan sale a recorrer el mundo; suele existir como una narración autónoma. Ya no se le llama Juan Oso y se olvida por completo su origen, aunque conserve su herramienta o arma. La secuela puede ser otro relato, cuyo personaje es particularmente valiente o fuerte, sin que se sepa por qué. Juan —o Pedro— comienza por encontrarse con compañeros de cualidades extraordinarias —Trompechín y Juan Valor; Comín, Mirín, Rompe-Cerros, Rompe-Espino. También pueden ser sujetos comunes: un ingeniero y un tirador. Como quiera, al final lo traicionarán. Los socios viajan juntos y viven en el campo, no buscan fortuna en la ciudad ni en los palacios del rey, como en otros cuentos, que suelen terminar con guerras, jaripeos, banquetes, apuestas o simples comilonas. En la soledad del campamento, los hombres se ven obligados a prender lumbre y cocinar. Cuando el que está de guardia prepara la comida, un personaje malévolo la echa a

perder. Puede ser vieja bruja, enano, gigante, negro, diablo, dueño del cerro o guajolote el que sala, quema, desparrama la comida; escupe, mea, zurra en la olla o se la zampa sin dejar nada. Además, propina tremenda tunda al cocinero, a quien asusta y humilla.

Juan es el último en encargarse de cocinar y regresa la paliza a quien los molesta, corta una oreja o hiere al intruso; más tarde, entrará a la cueva donde vive la criatura malhechora, siguiendo el rastro de sangre que dejó el desorejado.

HABÍA TRES MUCHACHOS; ellos eran valientitos y hablaron de que van a ir a buscar trabajo, a buscar tierra. Salieron, fueron lejos. Llegaron a un lugar, encontraron un terreno bonito, verde, donde pueden trabajar.

Quieren aprovechar ese lugar porque no tiene dueño, es lejos. Vieron ese terreno y allí se quedaron, empezaron a trabajar. Arreglaron que cada día le va a tocar a uno quedarse a hacer la comida y los otros dos van a ir a trabajar.

Se quedó el menor, que se llama Rompe-Espino, para hacer la comida.

Hizo la comida, hizo caldo, ya está listo para cuando regresen sus compañeros a comer.

En eso llegó un gigante, y le preguntó qué estaba haciendo allí.

—Estoy hacienda la comida, van a venir mis compañeros, encontramos un buen lugar.

—Muchacho, pues este lugar tiene dueño, este lugar es mío; te voy a ordenar que te salgas de aquí.

—Yo no me voy a salir, aquí tengo que trabajar.

—Bueno, te voy a dar una cita para dentro de tres días. Si dentro de tres días no te sales, te mato. Y para que veas que yo soy el dueño de esta tierra, te voy a orinar tu caldo.

Y orinó el caldo.

El muchacho tuvo miedo, no le dijo nada. Se fue el gigante.

El Rompe-Espino quitó el caldo y volvió a echar más agua en la comida —la misma carne. Llegaron sus compañeros y vieron que la comida no estaba lista. Dijo el mayor:

—No sirves para nada, no sirves para hacer comida, todavía no has terminado. Mañana vas conmigo a trabajar, se va a quedar el otro.

El día siguiente se quedó el Rompe-Cerros. Los otros dos se fueron a trabajar. Cuando se fueron y ya estaba lista la comida, volvió el gigante y dice:

—Oye, ya les dije ayer que se salieran y todavía están aquí. Todavía falta un día, pero se tienen que salir.

—Yo no voy a salir de aquí.

—Tienes que salir de aquí, el terreno tiene dueño.

El muchacho, como se espantó, dijo:

—El Brincón dice que tenemos que quedarnos aquí.

—¿Quién es el Brincón?

—El mayor de nosotros.

—¿Dónde está?

—Está trabajando nuestro trabajo.

—Mañana es el último día.

El gigante volvió a orinar en el caldo.

El Rompe-Cerros tiró el caldo y volvió a poner la carne con más agua. El que se quedó el primero día, estaba pensando qué le va a pasar al que se quedó ahora, pero no le dijo nada al Brincón.

Cuando regresaron, parece que el muchacho está un poco afligido, apuradito. Dice el mayor:

—Todavía no está lista la comida, tampoco sirves para hacer la comida. Mañana me toca a mí, van a ver qué tal hago la comida. Ustedes se van a trabajar.

Los otros dos se hicieron una seña con los ojos.

Al día siguiente se quedó el Brincón.

Los otros se fueron y él empezó a hacer la comida. Los otros llegaron al campo; uno como que quería hablar una cosa, como que tiene miedo; al final, el Rompe-Cerro dijo:

—Oye, ¿qué te pasó ayer?

No trabajaban, se quedaron como tristes.

—Nada, ¿y a ti?

—Llegó el dueño del terreno el primer día, un gigante.

—¿Qué te hizo?

—Me dio una cita para dentro de tres días, dice que nos va a matar.

—A mí también así me dijo.

—¿Orinó en el caldo que hiciste?

—Sí, ¿y a ti?

—También.

No trabajaron, nomás estaban platicando.

—Dijo el gigante que hoy es el último día.

—Pues regresemos, yo creo que va a matar al Brincón; regresemos luego, antes de la comida, yo creo que ya lo mató.

Regresaron. Cuando llegaron a su campamento, allí está el Brincón, con la comida

lista. Había llegado el gigante a orinar en el caldo y el Brincón lo había correteado con su bastón. Dijo a los que llegaron:

—Vean, aquí está la comida lista, no como ustedes. Vamos a comer, rápido.

Cuando uno se fijó en el suelo, vio sangre. Le hizo una seña a su compañero que también vio.

—Oye Brincón, ¿y esa sangre?, ¿qué cosa mataste? —preguntó el Rompe-Cerros.

—Coman rápido, vamos a seguir esa sangre. Ustedes me quisieron traicionar, porque no me avisaron. Ya le pegué un garrotazo con mi bastón.

Lo siguieron, llegaron a una montaña, en un cerro donde no se puede subir ni pasar.

Dice el Brincón:

—A ver, dices que eres Rompe-Cerros, rompe ese cerro para pasar.

Aquel habló con el cerro diciéndole :

—Ábrase cerro, vamos a pasar.

Se abrió el cerro y pasaron.

Llegaron a un lugar más lejos donde había muchos espinos; no podían pasar.

Dice el Brincón :

—Dile a los espinos que salgan, para que pasemos.

Ordenó el otro muchacho y pasaron.

Llegaron a un lugar en un cerro donde había una cueva muy grande.

—Ahora me toca a mí —dijo el Brincón.

Como llevaba un mecate, se lo amarró en la cintura. Les dijo a los otros:

—Vamos a estar de acuerdo: yo me voy para abajo y si hay alguna cosa, algún peligro, voy a mover este mecate. Cuando vean que se mueve, jalen ustedes para arriba; quiere decir que encontré algo, o que me encontré a ese gigante.

Se fue para abajo de la cueva. Llegó abajo. Vio que allá abajo están casas bonitas y en la primer puerta de una casa está sentada una señorita, como portera. Dice:

—Señorita, ¿de quién es esta casa?

—Es de nosotros.

—¿Dónde está tu papá?

—Está dentro.

—Déjame, voy a pasar, quiero hablar con él.

—De ninguna manera lo dejo pasar.

—Déjame, voy a pasar. Abre la puerta o te mato.

La señorita abrió la puerta: cuando ya está abierta, agarró a la señorita, la amarró de la cintura y movió el mecate.

Los que están arriba con el mecate, están con el corazón palpitando, no saben cuál sería el peligro, se pusieron de acuerdo.

—Seguro que hay peligro abajo —y jalaron fuerte el mecate y cuando salió arriba, vieron una señorita bonita.

—Ésta va a ser mi esposa.

—No, para mí.

—No, para mí.

—No, no podemos hacer nada; la amarraremos aquí mientras regresa el Brincón. El de abajo, entró más adentro. En la otra puerta, hay otra señorita. Dijo: —Quiero que me dejes pasar a ver a tu papá.

—No, mi papá no va a contestar ahorita, porque está grave.

—¿Qué cosa tiene?

—Está malherido.

—Quiero entrar a ver.

—No te van a dejar entrar, no te va a contestar nada, no te puede ver.

—Abre la puerta porque si no, te mato.

Abrió la puerta y cuando abrió, la amarró y movió el mecate para que la subieran. Cuando sacaron a la señorita, dijeron:

—Ya tenemos esposas.

—Ésta es para ti.

—Vámonos, dejamos adentro al otro, al fin que ya tenemos esposas.

Se fueron, amarraron el mecate y dejaron dentro al otro.

El que estaba adentro, entró y vio al gigante que estaba en su cama; pero ya estaba muy grave.

—No me mates —dijo el gigante.

—No, vengo a rematarte, porque tú también quisiste matarme a mí.

—No, no me mates.

El muchacho movió el mecate, no contestaron. Movió una segunda vez, nada; una tercera vez, nada. Comprendió que los otros ya no estaban allí.

Le repitió al gigante: —Te voy a matar.

—No, por favor, no me mates. Si quieres dinero, te doy dinero.

Como él sabe que tiene peligro, que no puede salir, le dijo al gigante:

—Lo que quiero no es dinero, lo que quiero es salir, quiero que me saques de aquí.

—Con todo gusto te saco y llévate mi caballo.

Llamó a su mozo y le ordenó que trajera su caballo para que se lo llevara el muchacho.

Lo trajo, era un caballo muy flaco. Ese caballo lo iba a sacar rápido. Montó el muchacho; cuando lo montó, oyó un trueno y ya está fuera, es como un milagro. Vio que ya no estaban sus compañeros y se quedó muy triste. (*huave*)¹⁵

La lucha en el sótano contra la criatura que es dueña de los terrenos y custodia a las raptadas puede ser más o menos compleja, con nuevas pruebas y contrincantes —un toro, una serpiente— además del ya golpeado, sin oreja. Tras las contiendas y la salida del pozo, el héroe puede simplemente quedar triste pero resignado ante la traición de sus compañeros, como en el cuento anterior, o puede reclamar a la princesa, lo cual lo conduce a nuevas aventuras, hasta lograr desenmascarar a los suplantadores que pretenden casarse con la prometida y el reconocimiento de aquella que será su esposa.

La muchacha sirve de ayudante en la lucha, indicándole lo que debe hacer para vencer al adversario. La oreja será también objeto mágico que le ayudará a salir de la cueva y le dará poderes.

HACE TIEMPO hubo un soldado, Pedro del Mal, que escapó al monte con tres de sus compañeros. Llegaron al pie de un cerro alto, donde al parecer nadie vivía.

—Aquí haremos una casa y una milpa grande —dijo Pedro—. Esta tierra es virgen y nos dará buenas cosechas. Mañana, cuando salgamos al monte, uno de ustedes se quedará a preparar la comida y los demás volveremos a medio día.

Pedro y dos soldados salieron. Como a las once, el que se había quedado comenzó a preparar la comida; antes de que los otros volvieran llegó un negro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Aquí estoy. Me dejaron preparando la comida —le respondió.

—Pues no me gusta que vivan aquí. ¿No saben que aquí yo soy el dueño?

—Pero señor, yo sólo obedezco órdenes de mi jefe, le estoy preparando su comida.

—No quiero meterme con tu jefe —dijo el negro—. No quiero volver a verlos aquí cuando regrese mañana.

Se cagó en la comida y dejó molido a golpes al soldado. Cuando regresó Pedro a su casa y vio que no había cena preguntó: —¿Qué pasó?

—Tengo calentura —le dijo el soldado.

—No, lo que pasa es que eres flojo —dijo Pedro—. Mañana vendrás a trabajar y se quedará otro.

Al día siguiente se quedó otro y el negro salió nuevamente a mediodía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Me dejaron para que preparara la cena —contestó el soldado.

De nuevo el negro se cagó en la comida y lo golpeó. Al regresar Pedro, le preguntó:

—¿Qué te pasó?

—Tengo calentura —contestó.

Y Pedro comenzó a regañarlo: —Es que no tienes ganas de trabajar.
Al otro día el tercer soldado se quedó a preparar la comida. Salió otra vez el negro a mediodía. Golpeó al soldado y volvió a decir:
—Ya no vengan aquí, nada tienen que hacer aquí.
Y se cagó otra vez en la comida.
Pedro regresó por tercera vez. Dijo:
—Tengo hambre —pero vio que el cocinero no podía ni levantarse. Le preguntó— ¿Qué te pasó?
—Tengo fiebre —dijo el hombre.
—Nomás me estás engañando —dijo Pedro—. Mañana yo me quedo y tú te vas a a trabajar con los otros.
Al otro día se fueron a trabajar y cuando regresaron a medio día Pedro les dijo:
—¿Qué no me van a preguntar qué me pasó? Ya sé que el negro vino a pegarles, pero a mí no me hizo nada. Mañana voy a ir a buscarlo.
Al otro día fueron a buscar a negro, porque Pedro le había cortado una oreja.
—Van a ir a esa cueva, hasta aquí seguí al negro. Los voy a bajar con una cuerda y se fijan qué hay en la cueva. Cuando quieran subir, menean la cuerda y yo los jalo. Bajaron al hombre y dijo:
—Veo un toro pero no puedo alcanzarlo.
Lo subieron y al salir dijo: —No podemos llegar más hondo porque la cuerda está muy corta.
—Bueno, voy a bajar yo —dijo Pedro—. Cuando jale la cuerda me sacan.
Pedro llegó al fondo de la casa. Vio al toro y le dijo: —A ti te ando buscando.
Lo mató y comenzó a caminar en la cueva. Llegó a un cuarto: allí estaba el negro.
—A ti te ando buscando —le dijo.
Comenzaron a pelear y mató al negro. Entonces Pedro vio que estaba allí una mujer; el negro había raptado a tres mujeres. Una le dijo a Pedro:
—Si me sacas de esta cueva me caso contigo.
—Nomás a eso vine.
—En otro cuarto están mis hermanas, ¿nos llevas a las tres?
—A las tres las saco —respondió Pedro.
Y regresó con ellas hasta el lugar donde había matado al toro.
—Creo que también me voy a llevar un cuadril de toro.
Afuera estaban sus amigos. Les había dicho que lo sacaran cuando jalara la cuerda. Amarró a la primera mujer y la jalaron. Antes de salir ella le dio un anillo. Volvieron a echar la cuerda y las tres mujeres salieron.
—¿Qué haré ahora?

Amarró el cuadril de toro y los hombres, creyendo que era Pedro, comenzaron a jalarlo y a la mitad lo soltaron.

—¡Qué tal que me hubiera amarrado! —dijo Pedro.

Los hombres huyeron y a Pedro le dio mucha hambre. No hallaba qué comer.

—Pero tengo la oreja, eso voy a comer.

—No me comas —le dijo la oreja—. Pídeme lo que quieras y te lo doy.

—Quiero algo de comer y lo quiero rápido —pidió Pedro.

Inmediatamente apareció una mesa con mucha comida y Pedro se puso a comer.

—Voy a pedirle a la oreja que me saque de esta cueva.

Mordió la oreja y le dijo: —Ahora quiero que me saques de la cueva.

Inmediatamente salió de la cueva y una vez fuera le dijo a la oreja: —Te voy a morder otra vez.

—¡Pídeme lo que quieras! —suplicó la oreja.

—Quiero que me digas a dónde se fueron los hombres con las mujeres.

—Ahorita mismo se están casando. Las llevaron con su padre, son las hijas del rey.

—Quiero un buen caballo —le pidió Pedro a la oreja.

Se lo concedió y Pedro se fue sin parar hasta llegar al lugar de la boda.

La mujer le dijo a su padre.

—Ése es el que nos sacó de la cueva.

—No, no es —dijo el rey—. Ahora te casas con éste —le dijo señalando a uno de los soldados.

Pero Pedro tenía el anillo que le había dado ella en la cueva y le dijo al rey: —Este hombre lo engaña diciéndole que sacó a sus hijas de la cueva. Si no me cree, tengo el anillo.

Cuando vio el anillo, la mujer dijo: —Este es el hombre que me sacó de la cueva.

—Bueno —dijo el rey—. Ahora voy a matar a éstos porque me engañaron.

Y Pedro se casó con la mujer y allí termina el cuento. (*popolucua*)¹⁶

Son constantes en el segundo segmento del cuento la comida estropeada, la traición de los compañeros, la oreja cercenada con autonomía y propiedades mágicas. Y, sobre todo, el valor y la fuerza sobrehumanas del personaje, sea niño híbrido o humano fortachón.

Pueden sumarse al cuento otros más. Aparecen muchos motivos y acciones que se repiten en otros cuentos y ciclos: el dinero enterrado custodiado por ánimas en pena, los curas impíos que engañan a los ahijados y les envían a enfrentar pruebas mortales o viajes imposibles, el cautiverio y secuestro en el inframundo, el rapto de doncellas por seres malévolos.

Juan Oso es un prodigio de la naturaleza —incluso cuando es hijo de un Mal aire,

chaneque, sombrerón u hombre oscuro. Coincide entonces con otros personajes seductores o casados con seres de otra especie; la diferencia es que aquí el protagonista principal no es el novio, sino el hijo.

En la versión española de Juancillo Oso antologada por Almodóvar,¹⁷ la madre rapta es una pastora de vacas. Aparecen el episodio de la escuela, la porra de siete arrobos, los acompañantes Arrancapinos y Allanamontes. Es un duende quien apaga el fuego de la comida y Juan le da una paliza y le arranca una oreja. Baja al pozo y saca a la princesa encantada que al final lo reconoce, denunciando a los suplantadores. Como todo buen cuento maravilloso, acaba en boda. En la versión recopilada por Guelbenzú a la mujer no parece pesarle el cautiverio; salen porque el niño está deseoso de correr mundo. Todo es igual: vence a un gigante con una barra de hierro de cinco quintales. Hace trabajos con sus compañeros en casa del diablo. Lucha contra él y le quita la oreja.¹⁸

La versión de los Altos de Jalisco sólo abarca la segunda mitad, donde Juan encuentra a Majafierros, Vuelatejas y Sacapinos. Un negrito mea los chicharrones. En la guardia se topan con un toro bravo, una culebra de siete cabezas y el propio negrito. Las pruebas finales incluyen jaripeo, mascadas, anillos —como buena parte de los relatos de la región.¹⁹ Un final inusitado, donde se hace patente la condición animal de Juan, es el de Zinacantán:

LLEGÓ hasta otro pueblo. Se había llevado la oreja del Señor de la Tierra.

Vio dos rocas muy hermosas en el prado y a una muchacha junto a ellas.

—Creo que voy a morder la oreja del negro, a ver si me trae algo de dinero para que me case con esta muchacha.

Mordió la oreja del Señor de la Tierra. ¡A saber dónde andaría el dueño!

—¡Ay!, no me muerdas la oreja —dijo el Señor de la Tierra desde muy lejos.

—Dame dinero —dijo el niño oso.

—Toma —le dijo—, pero no me muerdas —pidió el Señor de la Tierra.

Se le dio el dinero al niño oso. Puso una piedra sobre el dinero y otra bajo su cabeza, para dormir.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella.

—Un amuleto, por supuesto —dijo el terrible niño oso.

—¿Quieres dármelo?

—Sí te lo doy, pero sólo si te casas conmigo.

Ella lo pensó:

—¿Quieres que ya duerma contigo? —preguntó él.

—Bueno, duerme conmigo, pues —dijo la mujer. Ya se había decidido.

—¿Puedo abrazarte?

—Sí, sí puedes —dijo ella. Y la abrazó.

—¿Puedo tocarte un poco más abajo?

—Puedes —dijo ella. La tocó un poco más abajo.

—¿Puedo subirme despacito?

—Puedes.

—¿Puedo meterla suavemente?

—¡Métela! —se le dijo.

Dios mío, la metió. ¡Hijo de la chingada, corrió la sangre! Gritaba ella. A saber de qué tamaño tendría su herramienta. ¿Qué no ves que era un animal maligno?

Dios mío, lo iban a arrestar, a meter a la cárcel,

Pero no lo arrestaron ni lo encarcelaron. Huyó. Se fue a otro pueblo, y otra vuelta volvió a hacer lo mismo. (*tzotzil*)²⁰

En Chiapas hay muchos cuentos del hombre negro. En el sur del estado, a este espanto le llaman sombreroñ porque usa un gran sombrero de charro. En esta versión el sombreroñ, aunque se llame así el personaje, no es un charro, sino el dueño de las cuevas y el inframundo. Entre las abundantes versiones que se cuentan de este ser, destaca ésta por su originalidad y por el gran número de episodios distintos, relatados por narradores muy jóvenes.

POR ACÁ, todos conocen la historia del sombreroñ: es el hombre negro, y le llaman así porque su cuerpo es todo negro, negro.

Lo que voy a contar sucedió en un pueblo que antes se llamaba Cruztón.

Dicen que vivían allá tres señores. Uno de ellos tenía tres hijas: eran hermosas y muy trabajadoras. Se levantaban a las tres o, cuando mucho, a las cuatro de la mañana; dicen que cuando mucho, a esa hora se levantaban.

Una de las hijas se llamaba María. Un día, cuando María salió a lavar su nixtamal —se había levantado temprano, ¡a las tres de la mañana!—, presintió que en la oscuridad había alguien. Volteó, pero no pudo ver nada; siguió lavando su nixtamal, y de pronto volteó otra vez y vio que ya estaba parado allí un señor: era un hombre negro, un sombreroñ.

Y ese señor abrazó a la muchacha, para llevársela. La muchacha gritó, y su papá se despertó, se levantó. Traía ya su escopeta y todo, y cuando se va asomando a la puerta, el sombreroñ lo vio. Entonces el sombreroñ agarró fuerte a la muchacha y voló. Se la llevó.

Y voló, voló y voló. Cerca de una comunidad que se llama Nichnantik hay un cerro

con una cueva, tan profunda, dicen, que allí tienen su guarida todos los hombres negros. La llevó allí.

La pobre muchacha intentó salir pero no pudo, porque la cueva era muy profunda. Hondo estaba. Empezó a llorar; ya no quería comer, ni nada.

Se embarazó y el hombre negro, el sombrerón, le traía comida: cecina y todo lo que come una persona. Así le traía, pero la muchacha no quería comer. Se enflaqueció y todo. Tuvo que nacer el hijo, pero nació pronto; también dicen que creció rápido. Ya tiene año y medio el hijo. Dicen que ya vuela, ya sale de la cueva. Fue entonces cuando la mamá le contó a su hijo que ella tenía familia: que su papá, sus hermanas; que a ella se la robaron...

Ya todo le dijo al sombreroncito. Entonces el hijo se preocupó por su mamá: “No debe quedarse aquí”, pensó. Quiso sacarla de la cueva: “A ver si la puedo levantar”. Pero como era tan chiquitillo, todavía no podía.

Pasó más tiempo, pasó otro año, y otra vez intentó levantar a su mamá: ahora sí ya pudo. Salió con ella de la cueva, mientras el sombrerón estaba roncando, dormido. Salió con su mamá y fue a dejarla en su casa.

El papá pensaba que su hija ya había muerto, y al verla se sorprendió mucho. La muchacha le contó todo lo que le había pasado. Y el hijito allí estaba; le dijeron que se quedara, pero él no quiso; les dijo que no, que porque ellos era de la misma familia y él no; que él debía regresarse.

Regresó. El sombrerón se enojó cuando supo que su propio hijo fue a entregar a su esposa —porque él ya la consideraba su esposa.

Mientras tanto, las gentes de la comunidad se habían reunido para cuidar a la muchacha, porque sabían que el marido iba a venir otra vez por ella. Se prepararon y llegó. Pero antes, el sombrerón mató a su hijo. Murió el sombreroncito: lo hallaron tirado en un río que pasa por allí. Los señores lo llevaron a su casa, y ya allí, vieron que el niño traía algo; algo como un bronce, algo que se puede poner en el brazo, en el codo.

Uno de los señores se puso el bronce y empezó a volar, dicen. Voló y voló. Como no sabía cómo controlarse para poder bajar a la tierra, dicen que voló y voló. Hasta que encontró a una muchacha, pero de la misma raza del sombrerón. Y cuando la mujer vio que el hombre volaba, se lo llevó; la muchacha conquistó al hombre que se había puesto el bronce que antes era del sombreroncito; también le enseñó cómo bajar a la tierra. El señor aprendió y regresó a su casa; ya allí, vino a contar todo lo que pasó. Entonces dijo:

—Ya sé cómo nos vamos a desquitar del sombrerón, si llega por acá; ya tengo el secreto. Y ese día en la noche llegó el sombrerón a ver su mujer; pero ya estaban prepara-

dos. Lo empezaron a acorralar, pero dicen que tenía tantas fuerzas que no pudieron agarrarlo.

A la siguiente noche regresó, pero los señores ya habían hecho un plan; también se prepararon: habían venido gentes de otras comunidades. Le dijeron al sombrero: —Te vamos a devolver a tu mujer, pero queremos que nos platiques por qué vuelas. Y ya estaba una olla en la lumbre.

—Hoy vamos a festejar; nosotros tenemos esa costumbre. Si quieres llevarte a la muchacha, te vas a casar bien. Vamos a comer, a convivir —le dijeron.

—¡Ah, bueno!, si es así, está bien. Me gusta la idea —aceptó el sombrero.

El agua de la olla estaba hirviendo ya.

—Siento mucho frío —dijo el sombrero.

—No te preocupes, al rato vas a sentir calor —le dijeron.

Que el señor de la casa tenía cecina y le ofrecieron.

—¡Ah!, pásenmela, es mi comida favorita.

Le dieron cecina. Estaba comiendo el sombrero, cuando el papá de la muchacha se le echó encima. Al caer, el sombrero tumbó la olla y con el agua que estaba hirviendo se quemó. Allí pudieron dominarlo: le quitaron el bronce que tenía en el codo y ya no pudo volar. Lo amarraron a un árbol, dicen, y allí se quedaron varios, vigilandolo.

Después llegaron unos compañeros, otros dos sombrerones, y los señores que estaban vigilando se quedaron sin hacer nada, asustados. Los sombrerones desataron a su compañero y se lo llevaron otra vez a la cueva.

Los del pueblo volvieron a prepararse. Había un señor, dicen, que sabía hacer pólvora de la que queman allá, de la que hacen con carbón: y así la hizo. Luego, el de la pólvora y otro de los señores fueron a la casa de la muchacha. Como ella ya conocía la cueva, les dijo dónde estaba; y allá fueron. Llegaron, y desde lo alto vieron que estaban curando al sombrero quemado.

Para poner sus pólvoras o bombas, el señor tuvo que bajar unos cuantos metros a la cueva. Las acomodó, y cuando ya todo estaba listo, dicen que rápido el otro aventó el cerillo —porque las pólvoras tienen mechas—, y el señor que las colocó ya no pudo salir; allí murió, porque el otro prendió rápido el cerillo sin que su compañero hubiera salido. Y dicen que voló la cueva.

Pero el sombrero quemado no murió; dicen que había otra salida por donde escapó, junto con otros sombrerones. El señor fue a entregar su vida de balde.

Otra vez se preocuparon los del pueblo porque vieron que no habían muerto todos los sombrerones, que ya estaban en otro lugar y que seguían viniendo a molestar a las personas.

El señor que tenía el bronce decidió volar otra vez para buscar a la muchacha que había conocido y pedirle más explicación, para ver cómo se podían desquitar. Y la muchacha que había conquistado al hombre que pudo volar ya también vino; la trajo él a su comunidad, ya para vivir: la convirtió en su esposa.

La muchacha sombrerona explicó todo: que ellos tenían un jefe, que todavía era más poderoso que ellos, y que este jefe era como una persona también, que muere y todo. Explicó que había secretos que tenían nomás ellos, y que para morir tienen que perder el bronce que traen. Los del pueblo hicieron un plan.

Regresó otra vez el sombrerón a la casa de su esposa, y allí estaba la sombrerona. Le dijo a su paisana:

—¿Conque quieres revelar mi secreto, no? ¡Pero no te saldrás con la tuya! —y se le dejó ir.

Empezaron a pelear los dos. Murió la sombrerona. Y el esposo de la sombrerona le dio al sombrerón con un puñal en la espalda; dicen que cayó. Los demás se acercaron a quitarle el bronce que traía en el codo, y cuando se lo pudieron quitar, ya no pudo volar. Lo quemaron. Y cuando se quemó, se convirtió en algo como hule, como esponja, como en una pelota dicen, y dizque salió rodando, rodando. Y lo siguieron y lo trajeron otra vez; dicen que lo volvieron a quemar, pero ya no se consumía del todo.

Cerca de San Cristóbal hay una cueva, y dicen que allí había un dios que también tenía poderes —le llaman *Bainóm Satinóm*. Fueron allí los señores a pedirle ayuda para poder eliminar de una vez al sombrerón.

—Está bien —les dijo Bainóm Satinóm—. Yo ya había pensado vengarme de ellos porque me mataron a mi hijo —el sombrerón, el jefe de los sombrerones, ya le había matado su hijo al dios.

En esa cueva, si uno baja, hay un río. Y ese río dicen que tiene poderes porque allí está Bainóm Satinóm. Allí tiraron en el río aquella ceniza que quedaba del sombrerón. Dicen que allí comenzó a deshacerse; hizo espuma el sombrerón, desapareció. Fue entonces, dicen, cuando Bainóm Satinóm salió de esa cueva para cuidar a la gente que vive allí.

Llegó a oídos del mero rey o jefe de los sombrerones lo que había pasado. Se encontraron Bainóm Satinóm y el sombrerón rey, y se enfrentaron: ahora ya jefe contra jefe. Bainóm Satinóm no se enfrentó en persona sino que sacó su espíritu: el dios quedó acostado, dormido, y su espíritu salió —pero no su cuerpo.

También Bainóm Satinóm vuela, como vuela el jefe sombrerón —como vuelan todos los sombrerones. Subieron al cielo peleando. Dicen que pelearon, pelearon mucho, y que Bainóm Satinóm, dicen, ya iba a morir.

El cuerpo que quedó acostado le dijo a su gente: busquen una piedra, o que esa

mano de metate me la pongan. Se la pusieron en el cinturón, para que tuviera más fuerza. Dicen que el sombrero avienta rayos; con eso se protege para que no entren a su cueva.

Siguieron peleando. Se cansó Bainóm Satinóm. El cuerpo del dios dijo:

—Quiero agua, quiero agua —ya estaba todo cansado, porque era muy difícil vencer al jefe de los sombrerones.

Y allí estaba el señor que traía ya el bronce. Dijo:

—No deben darle agua, porque si le dan agua pierde todos sus poderes.

Entonces le dieron trago, le dieron *posh*. Agarró más valor Bainóm Satinóm. Siguió peleando en el cielo. Y ya después, dice su cuerpo:

—Sáquenme de aquí, porque me voy a caer con el sombrero —el jefe.

Y los señores que estaban cuidando el cuerpo lo empezaron a sacar. Dizque apenas lo alcanzaron a sacar, cuando cayó el sombrero; pero cayó ya muerto. Bainóm Satinóm lo pudo vencer: fue derrotado el jefe de los sombrerones.

Y ya después de eso, los sombrerones que estaban aquí en la tierra fueron desapareciendo; huyeron de esa comunidad porque le temieron a Bainóm Satinóm.

Y hasta la fecha ya no hay.

Allí en Tzontevitz hay otros, pero la gente ya no los ha visto tanto. (*tzotzil*)²¹

BODAS DISPARES

Además de la unión entre mujer y algún animal —oso, mono y demás— que da por resultado a personajes como Juan Oso, tenemos las bodas entre humanos y seres de distinta especie: con rayo, nahual, chaneque y otros seres portentosos. Sin embargo, hay cuentos —que no mitos, ni hazañas divinas o sobrenaturales— donde se celebran bodas entre muchachos y palomas, ranas o garzas.

Los encuentros entre seres de distintas especies y mundos —generalmente fortuitos— se dan en lugares y tiempos liminales, que permiten cruzar a los seres dispares en ambas direcciones. Las condiciones para unirse son estrictas: debe haber secreto absoluto, silencio sobre el lugar donde vive el consorte, sus hábitos o requerimientos. El que regresa a este mundo no debe tocar ni dejarse tocar por nadie; o hay algo que no debe comer, decir o probar. El castigo a quien transgrede el pacto será el olvido o el abandono: si quiere ver otra vez a la esposa o novio, debe ir a buscarlo a un lugar lejano, hacer grandes sacrificios —o se olvida de su amor, que ha de venir a refrescarle la memoria.

El ser extraordinario que ganará al hijo del pescador, cazador o transgresor pedirá: me darás lo primero que salga a tu encuentro cuando llegues a tu casa y a cambio podrás tener cuantos peces, presas de caza o tesoros desees —o también puede pedir, directamente, casarse o llevarse al hijo o la hija.

El mundo a donde llega nuestro protagonista está poblado de seres invisibles o diferentes, palacios y lujos inusitados. La descripción de la riqueza, la gloria y la opulencia estará siempre signada por las condiciones de quienes relatan, y son absolutamente locales.

Se rompe la promesa por la curiosidad o la desconfianza mundanas: la abuela, la madre, el joven mismo desean saber quién es la novia misteriosa, si acaso tiene pies de guajolote, al revés o de gusano; si es nagual o criatura maligna. Quieren saber qué castigo o qué encantamiento sufren sus consortes, que les impide ser lo que en realidad son, cómo y cuándo se cumplirán los plazos o condiciones impuestas por quienes los encantaron: los cuartos prohibidos siempre son abiertos y siempre contienen el mecanismo o trampa que ha de delatar al intruso.

En la búsqueda del marido o la mujer perdidos se emprenden travesías al infierno, el otro lado del mar, a una isla en el cielo con un palacio. Hay que completar plazos, pasar pruebas y triunfar en la lucha contra quien ha encantado al amado: su padre, un secuestrador, algún demonio. Para recuperar al compañero hay que gastar huarachas de fierro, cruzar mares y cielos, enfrentar a la Madre del Aire, domar al diablo, volar días enteros sobre el lomo de un águila voraz.

Hacia el final, una vez liberada la novia, el joven la deja esperando, mientras va a avisar a su casa que ha regresado y es entonces cuando la olvida o alguien sustituye a la prometida —como sucede en La Reina Mora. Comienza entonces un nuevo ciclo

donde la abandonada sigue al esposo o prometido hasta su palacio y, con disfraz y argucias, logra que la reconozca el novio. Ése es, más o menos, el esquema de buena parte de los cuentos maravillosos, sus peripecias y aventuras.

Con formato de mito fundacional o explicación etiológica, este relato triqui se acerca más al cuento maravilloso.

HACE MUCHO TIEMPO no había mujeres en Copala. Sólo estaba una abuelita con su hijo. Y vivían allá arriba; todos los días bajaban a cortar leña cerca del río. Un día vieron una torcaza que se estaba bañando. El muchacho la vio y le dijo a su abuelita: —Allí está una paloma bañándose en el río, abuelita—. Y los dos la vieron. Pero la paloma se salió del río y se sentó en la orilla y se convirtió en mujer. Era una mujer muy bonita. Se volvió a meter al río y otra vez se convirtió en torcaza. Y se salió otra vez a la orilla y fue mujer de nuevo. Entonces el muchacho se quedó mirándola y le gustó mucho. Pensó: “Me la voy a llevar para mi casa. Va a ser mi mujer”. Y se quedó mirándola. Entonces la vieja dijo:

—Ya vámonos, hijo. Vamos para la casa.

Pero el muchacho le dijo: —Yo quiero a esa mujer para mí. Tú le vas a decir que se venga conmigo a la casa.

Los dos fueron a donde estaba la mujer. La vieja dijo:

—Ya sé lo que vamos a hacer. Cuando se meta al río, voy a esconder su ropa.

La mujer se metió otra vez al río y se volvió paloma. La abuela corrió y le escondió la ropa.

Cuando la mujer salió a la orilla, le dijo a la abuela:

—Dame mi ropa, porque ya me voy.

Y la vieja le dijo:

—Sí te la voy a dar. Pero te vas a venir a mi casa, para que vivas con mi hijo y seas su mujer.

Y la mujer respondió:

—Está bien. Pero dame mi ropa.

Entonces la vieja le dio la ropa a la mujer y ella se la puso. Cuando se la puso, se volvió paloma y voló. El muchacho se quedó triste. Volvió con la abuela a su casa. Todo el camino iba pensando: “¿A dónde se iría? Tiene que ser mi mujer”.

Llegaron a su casa y el muchacho estaba triste. Nomás pensaba qué iba a hacer. Y dijo: —¿Quién me va a ayudar? Un pajarito me va a decir dónde está la mujer. No, ése no sabe. El sol me va a decir. No, tampoco sabe. ¿La luna? No, tampoco.

Y estaba pensando mucho quién le iba a decir. Entonces decidió: —Ya sé. El aire. Ése sí sabe. Voy a pedirle que me diga dónde está la mujer.

Y el muchacho comenzó a gritar: —Aireee, aireee...

Pero el aire no respondía.

Y gritó otra vez: —Aireee, aireee...

Y oyó una voz que dijo: —¿Qué quieres?

El muchacho habló entonces y dijo al aire todo lo que le había pasado. El aire le dijo: —No estés triste. Yo te voy a decir dónde está la muchacha. Te voy a llevar a donde está.

Y el aire se lo llevó al muchacho adonde estaba la mujer. Lo cogió y se lo llevó a una tierra muy seca, donde no había agua. Eran puras mujeres. No había hombres. Todas las mujeres eran iguales. Todas traían un vestido blanco y un pañuelo verde en el cuello. Todas estaban iguales.

El muchacho fue a hablar con la presidenta y le dijo lo que le había pasado. Ella le contestó:

—Está bueno. Sí te voy a dar a la mujer. Pero antes tienes que hacer tres cosas. ¿Ves ese pozo grande que esta allí vacío? Lo tienes que llenar de agua y con muchos pescados. ¿Ves ese corral que está ahí enfrente? Allí tienes que meter todos los animales que están en el cerro grande. Después que hagas todo eso, tienes que reconocer a la mujer que viste allá.

Entonces el muchacho llamó otra vez al viento y éste le dijo:

—No te apures. Yo te voy a ayudar.

El viento sopló muy fuerte y trajo unas nubes. Llovió mucho y cayeron pescados. Se llenó el pozo con pescados.

La presidenta dijo al muchacho:

—¡Qué muchacho tan inteligente! Nunca nadie había podido hacer eso. Pero falta la segunda cosa que te dije.

El muchacho fue con el viento y éste sopló muy fuerte. Hizo que todos los animales del monte grande se metieran al corral. Todos corrieron al corral.

El muchacho fue a ver a la presidenta y ésta le dijo:

—¡Qué muchacho tan inteligente! Nadie había podido hacer eso. Ahora tienes que reconocer a la mujer que viste allá. Van a pasar todas para que las veas. Me vas a decir cuál es la mujer que viste.

Pero todas eran iguales. El muchacho no sabía cual era la mujer que quería. Entonces fue con el viento y éste le dijo:

—No estés triste. Yo te voy a decir qué vas a hacer. Ve a ver a todas las mujeres; cuando pasen, yo voy a mover el pañuelo verde que trae tu mujer al cuello. Tú vas a decir: “Ésa es”.

Empezaron a pasar las mujeres. Eran muchas. Todas iguales. Cuando pasó la mujer

que el muchacho quería, el viento movió su pañuelo. Entonces el muchacho dijo:
—Ésta es.

Todas las mujeres se admiraron porque el muchacho era muy inteligente. La presidenta le dijo al muchacho:

—Muy bien. Hiciste todo lo que yo dije. Te vas a llevar esta mujer para tu casa. ¿Dónde vives?

El muchacho respondió:

—En Copala.

Entonces la presidenta dijo:

—Está bien. Todas nos vamos a vivir a Copala.

Y todas las mujeres se vinieron a Copala. Desde hace mucho tiempo hay mujeres bonitas en Copala. (*triqui*)²²

Existen semejanzas entre las ondinas o sirenas de ultramar y esta hija de San Marcos nativa.

ASÍ LE PASÓ a un hombre pobre; no tenía ni siquiera para comer.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó a su mujer un día, al levantarse.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a buscar algo para comer. Dame un costal para que meta algo que encuentre, para que comamos.

—Está bien —le dijo, y le dio el costal.

—¿Y por dónde irás?

—Sólo Dios sabe por dónde va a mandar su ayuda; adonde Nuestro Señor me lleve, allí iré.

Salió y llegó a un río. Había una poza grande donde había muchas ranas. Agarró una, otra, otra, hasta llenar de animales la mitad de su costal. Los cargó y se fue a su casa.

—Me fue muy bien —le dijo a su mujer.

—¿Qué sí? ¿Te fue bien?

—Ven, lleva estas ranas a la casa de los ricos; las cambias por maíz, para que comamos.

—Bien, bien.

Tomó una talega de ranas y se fue a la casa de un hombre rico; allí le dieron un bulto de maíz. Regresó.

—¿Te fue bien?

—Sí. Tienes que ir a recoger un bulto de maíz.

—Bien, bien—. Y salió a traerlo.

La mujer fue a casa de otro rico y allí le cambiaron dos bultos de maíz por otra talega de ranas. Ya tenían tres bultos de maíz.

—¡Qué bien nos fue! —decía ella contenta.

—No digas nada; fue Dios quien nos dio comida.

Fue a otra casa y le dieron dos bultos más. El hombre hizo una troje pequeña para guardar su grano.

—¡Qué bien nos fue!

—No digas nada; Dios nos dio nuestro sustento. Ve a otra casa.

Llevó las ranas a otra casa y allí le dieron más maíz. A cuatro casas fue y en todas le dieron bastante.

—¡Qué bueno que nos dieron maíz! —decía el hombre.

—Así como tú dices, Dios vio por nosotros; por eso nos dieron tanto en todas partes.

—Bien; volveré a ir a ese lugar, ya que nos fue tan bien.

Llegó nuevamente al río y de allí salió una mujer. Le dijo al hombre:

—¿Otra vez llegaste?

—Llegué.

—Ahora no agarrarás tantas ranas; déjalas; que se queden aquí. Ayer me hiciste mucho daño, me perjudicaste mucho; te llevaste a muchos de mis animales. Ahora ya no te voy a dar, ya no los voy a poner en tus manos.

—¿Y quién eres tú, señora?

—Soy de aquí; no soy bruja, ni mujer de monte, ni salvaje.

—¿Dónde está tu casa?

—Ésta es mi casa; no tengo casa en otro lugar.

—Dame permiso de agarrar aunque sea unas cuantas ranas; soy muy pobre y no tengo nada que comer.

—No, ya no se puede. No te doy permiso; ya atrapaste muchas ranas. Si quieres más, que venga contigo tu hijo el mayor. Tráelo, que te acompañe y que se quede aquí; entonces te daré permiso de que entres a buscar tu sustento.

—Bien, bien. Iré a mi casa, entonces, y mañana vendré con él; me acompañará.

—Lo traes, y cuando lleguen le dices: “Aquí siéntate, aquí espérame. Voy a juntar unos animales allá abajo y regreso por ti como a las ocho o las diez de la noche. Regreso; espérame hasta que vuelva y nos vamos juntos a la casa”. Así le dirás —le ordenó al hombre que había atrapado las ranas.

El señor llegó a su casa y habló con su hijo:

—Mañana te vienes conmigo. Encontré nuestro sustento; nos va muy bien. Irás conmigo para ayudarme con la carga, pues pesa mucho.

—Está bien, papá, iré contigo.

Se levantaron en la madrugada y se fueron. El hombre llegó al río acompañado por su hijo. Allí dejó al muchacho y se fue. Hasta abajo se fue, se fue. Allí juntó unas cuantas ranas y regresó a su casa. Mientras, su hijo estaba junto al río; allí esperando, esperando.

A las ocho de la mañana, el muchacho vio una mesa a orillas del río. Sobre la mesa había panes, tazas de chocolate, dicen.

“¡Qué sabroso! ¡Se ve bueno para comer! Seguro Dios lo puso para que me lo comiera, así es que me lo comeré,” pensó. Y se sentó a comer el pan y a beber el chocolate. Luego regresó a donde estaba sentado, a esperar a su papá.

Allí estaba, espera y espera y espera. Llegó el mediodía y volvió a aparecer la mesa. Había mole para que comiera.

“Está bien, si Dios lo puso para que me lo comiera, me lo comeré”, volvió a pensar. Empezó a comer, y cuando terminó regresó a su lugar, en la orilla del río. Y ya no había mesa, solamente el río que corría allí.

“Voy a estar aquí sentado todo el día de hoy. No le hace. Mi padre dijo que regresaría hasta las ocho de la noche. Aquí me estaré.”

Dieron las tres de la tarde y él seguía esperando, esperando, esperando. Pensaba: “Lástima, ¿qué es lo que hace ese hombre?”. Estaba fastidiado de estar esperando.

“¿No sería mejor que me fuera? No; voy a esperarlo, no me iré. Pobre de mi padre, a lo mejor llega muy cargado y ¿quién lo ayudará? Pobre de él.” Y seguía esperando, esperando.

De repente se dio cuenta de que la mesa estaba puesta otra vez. Comió.

Oscureció y el muchacho se preguntaba: “Y ahora, ¿dónde dormiré?”. En el lugar donde antes había aparecido la mesa, ahora había una cama. Era una cama muy bonita: de metal, con una cobija de dos vistas.

“Mientras llega mi padre y nos vamos, me dormiré.”

Levantó la cobija, se metió en la cama y se quedó dormido. De pronto oyó unos pasos: “¿Quién vendrá?”. Era una mujer la que venía.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy yo, señor.

—Ah, bueno, está bien.

—Vengo a dormir contigo. No tengas desconfianza; no soy alguien que se transformó; yo seré tu esposa.

—¡Qué bueno, señora! Está bien, eso quiero; ando buscando mujer. Mi padre me dejó aquí y regresará pronto. Le daremos la noticia, nos casaremos.

—Está bien, que venga, que regrese. Yo, dormiré contigo.

—Bueno, vamos a dormir.

Se acostaron, se durmieron. Pasaron ocho días, diez días, quince días, un mes. Y el muchacho empezó a acordarse de su abuela. Su padre no había regresado; y él, de quien más se acordaba era de su abuela.

“Lástima, de veras, mi abuelita me recomendó tanto que me cuidara. Al salir, me dijo que si mi padre no regresaba, que volviera yo solo. Eso me dijo. Ahora, a fuerza tengo que ir a verla.”

Y empezó a decirle a su mujer:

—Mira, iré a ver a mi abuela, por poco tiempo. Cuando salí me recomendó mucho que me cuidara. Mi padre a lo mejor llegó, a lo mejor murió. Estoy preocupado.

—Está bien, compañero; ve a visitar a tu abuela. Si te pregunta dónde has estado, no le cuentes que te casaste; no le platiques que tienes mujer, porque los ancianos se imaginan muchas cosas; te meterá malos pensamientos en la cabeza.

—No te preocupes.

—Lleva este dinero para que se lo des, para que compre maíz y coma, para que se compre su ropa.

Salió y se fue; llegó hasta la casa donde estaba su abuela.

—Abuela, ¿estás bien?

—Estoy bien, hijo. ¿Dónde andabas?

—Aquí estoy, me casé.

—¿Y dónde te casaste?

—Allá en un río, donde fue mi papá a dejarme. Allí me casé, allí encontré esposa. Es muy buena, no es mala mujer; es una buena persona.

—Mira, hijo, ¿de verdad es buena? ¿No es del monte?

—No puedo decirlo; en la noche duerme conmigo; vamos hasta adentro de la casa y ella anda por allí. Yo creo que es persona; no creo que sea mujer del cerro. Pero, ¿cómo puedo estar seguro?

—Mira, hijo, vas a llevarte un manojo de velas. En la noche las prendes y te fijas en sus pies. Si tiene pies de gente, es persona cabal; si tiene patas de guajolote, es salvaje, mujer de cerro.

—Está bien.

Obedeció a su abuela. Tomó el manojo de velas y se fue. Cuando anocheció, las encendió.

—Ay, compañero, ¿no te dije que no creyeras lo que te diría tu abuela? Te lo recomendé. Ahora, me iré, te quedarás solo. Ya no vivirás conmigo, pues en vez de crearme a mí, escuchaste a tu abuela.

Cuando el muchacho había llegado al río era muy pobre; ahora, ya se vestía bien,

por primera vez tenía zapatos, tenía ropa buena, tenía un buen sombrero, tenía buen dinero. Enojada, su esposa lo corrió.

El muchacho salió a la orilla del río y vio que llevaba puesta su ropa raída, sus huachos viejos y rotos. Sus buenos zapatos y su buena ropa se habían quedado en la casa de la mujer. Empezó a llorar, y pensaba: “Bueno, no le hace; me voy. Me regresaré, si no ella pensará que soy un tonto”. Y se fue a su casa.

—Mamá, ya llegué —saludó a su abuelita.

—¿Qué?, ¿ya dejaste a tu mujer? —le preguntó su abuela.

—Dejé a mi esposa.

—¿Por qué la abandonaste?

—Por hacerte caso; por obedecerte ella se quedó allá.

—Bueno, pero ya llegaste. Aquí te buscaremos otra esposa. Sí, se te buscará. (*mixteco*)²³

UNA VEZ UN HOMBRE fue a una laguna a pescar. Al llegar vio a una mujer bañándose y pensó: “¿De dónde vendrá esa mujer?, por aquí no hay ningún pueblo.” Se escondió para espiar a la mujer. “Voy a esperar que termine de bañarse y luego me iré.” Luego volvió a su casa y le dijo a su hermano:

—Vi a una mujer que se estaba bañando pero no era mujer, porque me di cuenta de que era una garza.

—Es tu suerte —le dijo el hermano.

—Bueno, voy a ir a encontrarla otra vez.

Al otro día regresó a donde había visto bañarse a la garza y se volvió a esconder. Llegó la garza y él se fijó que mientras se espulgaba, se le cayó una pluma. El hombre vio donde cayó. Luego la mujer se quitó la camisa de plumas y se metió al agua.

—¿Cómo me voy a ir sin que se de cuenta? Voy a intentarlo—. Y salió de su escondite para recoger la pluma. Cuando llegó a donde estaba la garza le dijo:

—Si tú quieres, me caso contigo.

—Pero mi casa es muy lejos —le respondió la mujer.

—Bueno, pues te seguiré.

—Entonces dame mi ropa, tú la recogiste.

—No te la doy ahorita. Si te casas conmigo te la devuelvo.

—Bueno, como ya tienes mi ropa, voy a tener que casarme contigo —dijo la mujer garza—. Pero mis hermanas están en el pueblo.

—Vamos a verlas —le dijo el hombre —vámonos caminando.

—Si no me engañas, nadie me dirá nada —le dijo la garza.

—Nadie te va a regañar porque soy soltero, no tengo esposa.

—Bueno, si no me engañas está bien, porque a mi mamá no le gusta que me engañen.

—No te engaño, puedo casarme contigo.

Regresó a su casa y le contó a su hermano.

—Qué te dije, ¿no te dije que era tu suerte? Ahora tendrás esposa, ya conseguiste una mujer bonita.

La mujer garza lo quería mucho, porque fue un encuentro de suerte a orillas de la laguna adonde había ido a pescar el hombre. Y después de hablar con la mujer garza, ella ya no agarró más pescado. Ya se casaron. (*popoluca*)²⁴

En San Andrés Tuxtla, Veracruz, se cuenta que Juan Tirador sale y encuentra tres muchachas-palomas bañándose; le roba la ropa a una y así se queda con ella. Tras muchas peripecias se reúnen, pero las cuñadas, envidiosas, cambian los hijos por animales; es el cuento que el índice de motivos llama “Reina Malograda”. En mixe —y de forma casi idéntica a la escuchada en español en los Altos de Jalisco—²⁵ se cuenta la historia de la novia rana, donde vemos una rara convivencia de excrementos, huesos y desperdicio con banquetes y palacios reales.

ESTE ERA UN REY que tenía tres hijos. Al tiempo sus hijos quisieron casarse y pidieron cien pesos cada uno para hacerlo. Salieron y llegaron a un lugar donde el camino se divide en tres. El menor agarró el camino de en medio y los otros siguieron los otros caminos.

Se fueron caminando; los dos hermanos grandes encontraron esposas; el más pequeño sólo encontró una rana.

Llegó a un mar. Allí estaba una rana y él estaba pensativo. Le preguntó la rana:

—¿Qué estás pensando?

—Pues yo quería casarme, pero no encontré mujer.

—Pero aquí estoy yo —dijo la rana.

—¿Pero cómo voy a casarme contigo, si eres un animalito?

—¡No! Llévame —dijo la rana—, me cargas en el hombro.

—Bueno —dijo el muchacho. Y se regresó. Sus hermanos ya habían llegado al camino y vieron que su hermano llevaba al animal.

—¡Mi hermano trae un animal! ¡No encontró esposa! Se acabó el dinero de papá. Se va a llevar un castigo fuerte.

Se juntaron, y le dijeron a su hermano: —Hermanito, ¿no encontraste esposa?

—No encontré —contestó él.

—Nosotros ya encontramos.

—Está bueno —dijo el más pequeño.

Llegó cada uno a su cuarto y fueron a ver a sus padres. Los mayores le dijeron a su

papá:

—Papá, tu hijo no encontró esposa.

—¿No? —dijo su papá.

—Tu hijo encontró un animal.

—Bueno. Me van a presentar una comida —dijo el papá.

El muchacho estaba pensativo, le dijo a la rana: —Mi papá dice que vamos a presentarle comida.

—No te preocupes. Ve a comprar hoja de plátano, vas a pasar donde están los gallineros de la gente y vas a traer su excremento.

Y lo trajo. La rana lo envolvió con las hojas de plátano, puso un montón y lo amarró muy bien. Dijo la rana: —Cuando llegues a la puerta, le vas a dar unos golpes a este bulto.

Y el hombre lo llevó; cuando llegó a la puerta, dio unos golpes —pero fuertes— y cayó bastante comida, muy buena. Y él la levantó y se la llevó adentro. El rey se comió todas las tortillas y toda la comida; las comidas de sus hermanos ni las comió. Dijo:

—Éstas no están sabrosas. Ustedes me dicen que mi hijo no encontró mujer, pero sí trajo buena comida. Las comidas de ustedes no están buenas.

Y otro día dijo el rey: —Me van a presentar a sus esposas.

EL JORNALERO DEL INFIERNO, BLANCA FLOR

Y el muchacho otra vez se quedó pensando y le dijo a la rana:

—Pero, animalito, mi papá dijo que le voy a presentar a mi esposa y tú eres sólo un animalito.

—Yo soy tu esposa — dijo la rana—. Pero quiero comer naranjas. Voy a bajar una naranja.

Y subió la rana. El hombre dijo: —Pero si te caes te vas a matar.

—No, no voy a caer.

Subió hasta arriba, hasta el punta del árbol. Allí había una naranja: pero grande. La cortó y dijo: —Vas a agarrarla bonito.

El hombre la agarró y la rana bajó otra vez y dijo:

—*Bonito* vas a sacarle la carne a la naranja y bonito vas a dejar la cáscara.

Y el hombre lo hizo. Dijo la rana: —Aquí me vas a echar.

Y el hombre la echó allí y la amarró bien. Dijo la rana:

—Cuando lleges a la puerta de tu papá, vas a darle unos golpes; pero recio. No creas que me voy a morir.

Y se fue el hombre. Cuando llegó en la puerta, dio unos golpes: recio. Salió una mujer simpática, entró a la casa. Y el rey toda la noche bailó con la esposa de su hijo pequeño. Les dijo a los otros hermanos:

—Sus mujeres no están tan bonitas, ¿cómo es que ustedes me dijeron que encontró un animal si su esposa es tan simpática? (*mixe*)²⁶

La iniciación ritual de los chamanes y de los jóvenes muestra semejanzas con las historias míticas y emula las hazañas de los héroes. Toda iniciación comprende un acercamiento al misterio —por sueño, por mensajero, por revelación— donde el alma abandona voluntariamente el cuerpo a través del trance, la enfermedad o el éxtasis, adoptando la forma de algún animal compañero. La diferencia del chamán y el adulto común es que el primero conoce y ejerce las técnicas para penetrar en el mundo celestial o subterráneo y para retornar al mundo cotidiano; el hombre común lo hace accidentalmente.

Todo aquello que ocurría en una iniciación es heredado por rituales, fiestas y cuentos. Personas que sueñan, contendientes que buscan el alma del enemigo, jóvenes que salen a buscar fortuna, héroes que se convertirán en deidades: todo aquel que se aventura a otros mundos se transforma en algo distinto: adulto, sanado, heredero del reino, prometido de la princesa, redentor, deidad—o carbón y hojarasca.

El chamán es hechicero, médico, oficiante, místico y poeta; es capaz de abandonar el cuerpo a voluntad y emprender el ascenso al cielo o el descenso al inframundo como espíritu. Un chamán es mediador entre lo profano y lo sagrado; debe conocer todo un *corpus* cultural: lenguaje, mitología, prácticas de otros iniciados, diagnóstico y sanación. Debe sufrir una muerte simbólica, ser desmembrado, ver su esqueleto descarnado antes de su ascenso al cielo. Durante su viaje al inframundo debe deshacerse, sufrir tormentos y aislamiento total. Dolor, intoxicación y reclusión le darán su poder. Tras su regeneración, con ayuda de aliados, llegará a tener dones y poderes. Pruebas, aprendizaje, iniciación y equilibrio lo convertirán finalmente en chamán. Cada uno de ellos tiene instrumentos propios: tambor, cuerdas, caminos, plumas, cristales y trozos de metal, vestimenta, canto y versos.

Sus poderes son diversos y el del vuelo es uno de ellos. Es capaz de descender con las almas al inframundo pues conoce sus escalones, obstáculos, ruido, olas, viento, río, encrucijadas y perros guardianes. También sabe impedir que retorne aquel a quien rescata de allá, o que lo sigan los habitantes del inframundo. Sabe limpiar y purificar las almas que fueron contaminadas por este reino oscuro —la suya, sobre todo. Apresa o libera espíritus, lucha contra la enfermedad, se vuelve invisible, es capaz de múltiples metamorfosis y se transforma en animal.

Entre los cuentos europeos más recurrentes en lenguas indígenas de México, encontramos los que narran viajes al infierno. La semejanza de los motivos en ambas culturas es lo que permite a los cuentos foráneos incorporarse y adherirse a una narrativa local.

Ya vimos los viajes al inframundo en los mitos, como hazañas de los héroes culturales, como rito de iniciación, como la travesía en busca de algún difunto —tan pare-

cidos a estos cuentos maravillosos, donde los jóvenes burlan al diablo para casarse con su hija, convertida en ayudante extraordinaria que permite superar todas las pruebas, las metamorfosis necesarias para huir y que propician el *fueron felices para siempre* del final de la historia.

SABEMOS que todos los animales tienen su padre, su jefe: las águilas, los zopilotes, todos. El rey de los zopilotes se llama *Tukawiru* —Zopilote Nocturno. Nadie sabe dónde vive, ni siquiera los demás pájaros.

Una vez un joven se puso a jugar con un tahúr —era el diablo, o tal vez solamente un enviado del diablo. El jugador le ganó al muchacho todo su dinero, luego le ganó hasta la ropa. Cuando ya no tenía nada, le propuso: —Apuesto cien pesos contra tu corazón; pero ahorita no: tienes que venir a mi casa.

—¿Y dónde vives?

—En Casadelaire.

El muchacho le pidió a todas las aves del cielo que vinieran y le ayudaran a buscarlo, de día y de noche.

Por fin llegó un zopilote y le dijo: —¿Me andabas buscando? Yo te llevo a Casadelaire. Es un viaje peligroso. Debes llevar trozos de hígado en las manos, pues viajaremos por tres vientos distintos. Cada vez que entremos a otro aire, tú debes gritar *Jesuta 'achai* (Padre Jesús) y debes ponerme en el pico un pedazo de hígado.

El joven se subió al lomo de *Tukawiru* —pues era él— y cerró los ojos, como se le ordenó. Volaban rápido, muy rápido. El primer viento peligroso al que entraron era muy amargo. El joven le dio al pájaro gigante un trozo de hígado. El siguiente viento al que entraron era hediondo. Pasaron de la misma manera y entraron al tercer viento: era el más terrible, era muy espeso.

Desde la medianoche hasta el amanecer, el joven viajó en el lomo de *Tukawiru*. Tras gritar ¡Padre Jesús! tres veces y darle de comer muchas más, por fin llegaron. Allí se detuvo ese demonio, no muy lejos de un árbol frondoso. Allí vio el joven una casa blanca: era Casadelaire. Quien vivía allí no era el Aire, sino el patrón de los aires.

Tukawiru dijo: —Pasa a mi casa, amigo. Ve a la cocina y mi hija te dará algo de comer.

La hija del diablo no era mala, como sus hermanas o sus padres. Es por eso que su padre la obligaba a trabajar de cocinera y de sirvienta. Recibió bien al joven, pues le gustó. Ella no quería a su padre y su padre tampoco la quería a ella, porque hacía buenas acciones. A las otras hijas sí las quería mucho, por sus malas intenciones. Todo favorecía al joven porque Jesucristo lo amparaba; el diablo quiso matarlo, pero

no pudo.

Cuando el sol se levantó a trabajar —todos, hasta el sol, debemos trabajar—, el Diablo le ordenó al joven: —Hoy vas a sembrar esa tierra —y le enseñó un terreno de varias hectáreas. Era mucho trabajo, no tenía ayudantes para sembrar tanta tierra. Pero la muchacha le dijo: —Yo te ayudo.

Le enseñó un azadón y le dijo: —Llévatelo al campo y dile: “siembra”.

Eso hizo el joven: el azadón trabajó todo el día, terminó al atardecer.

Al otro día, el Diablo le ordenó al joven que fuera a cosechar todo el trigo que había sembrado, porque ya estaba maduro. De nuevo la hija del diablo lo aconsejó y así pudo cosecharlo.

Al otro día, el Diablo le mostró una enorme pila de madera, lejos de la casa, y le ordenó: —Parte esa leña.

La muchacha le dio al joven un hacha y así partió la leña. El diablo comenzó a desconfiar de su hija. Al otro día le dijo al joven: —Ahora me vas a construir una iglesia como los de los curas. Quiero ir a misa. El joven y la hija del Diablo hicieron una iglesia buena, con la ayuda de Jesucristo.

Entonces la muchacha llamada *Tosalisewa* —que quiere decir flor blanca— le dijo al joven que quería que la sacara de allí.

—Vámonos hoy en la noche.

El padre y la madre acostumbraban llamarla cada hora, para saber si estaba todavía allí. Respondía siempre: “¡Aquí estoy!”

Esa noche el padre la llamó y no respondió. Los enamorados ya estaban muy lejos. Habían cruzado los tres aires gritando “¡Jesuta ’achai!”

Llegaron a la playa, Blanca Flor tenía escondida allí una lancha, entre los tules. El Diablo venía tras ellos, jugaba un juego que se llama *womi* para viajar aprisa, puesto que debe patearse una pelota por delante de la carrera. Cuando el Diablo llegó a la playa, hizo un barco. Por fin los alcanzó, pero la muchacha transformó al joven en renacuajo y ella se hizo una planta acuática que se mecía suavemente, jugando bajo el agua. Como el Diablo no pudo encontrarlos, regresó a su casa. Entonces la madre de Blanca Flor dijo que ella misma iría a alcanzarlos. Y salió tras ellos.

La esposa de Tukawiru era todavía más poderosa que él. Y al perseguirlos jugaba *ochia bweha*, viejo juego yaqui para mujeres, donde una pelota de madera se atrapa con una canasta larga mientras se corre. Alcanzó a la pareja cuando llegaban al límite de las tierras yaquis, y por eso ya no pudo seguirlos.

Entonces la mala madre le echó una maldición a Tosalisewa, diciéndole que el joven que ella amaba no la querría siempre. Y así fue. En Guaymas el joven regresó con su verdadera esposa y se olvidó por completo de Blanca Flor. Así termina, ya no

hay más. (*yaqui*)²⁷

El ave que lleva al héroe a otros mundos, como ayudante mágico al que se debe alimentar al vuelo, aparece en este ciclo y en el de los animales agradecidos. Su colaboración es indispensable para llegar a lugares a donde solamente se puede entrar desde el aire.

Aquí se incluye la invocación de Jesús y la prueba de construir una iglesia, que resultan aparentemente contradictorias si pensamos que quien pide y quien invoca es el diablo; pero no lo es tanto si recordamos que ser judea, diablo o pascola —representantes todos ellos del mal— es un cargo religioso en las celebraciones nortenas de Semana Santa.

Generalmente, al escapar del infierno la muchacha deja saliva o alguna prenda que responde al padre cuando la llama. En este caso no fue así. La maldición de la madre de Blanca Flor, que predice que su novio la olvidará, es expedita: el joven vuelve con la esposa, sin rectificación posible, sin más. Cuando algo así sucede en los cuentos, generalmente es para dar pie a otros viajes, rescates y aventuras de reconocimiento final.

También los esposos deben hacer trabajos en el infierno: los que buscan a la adúltera en el inframundo o quien penetra a un encanto con el dueño de los animales o el demonio.

El protagonista llega al infierno porque perdió una apuesta con el diablo, en busca de trabajo, siguiendo a una muchacha que le pide la alcance. Es parecido a las historias de doncellas palomas, o los cuentos donde las novias que deben ser rescatadas en algún reino lejano —Berlín-Berlán, Reino de Kikirikí, el Castillo o País de Irás y no Volverás con todas sus variantes y deformaciones.

Es indispensable tener ayudantes que indiquen dónde es el lugar: viejitos, ermitaños, Madre del Aire, animales que hablan. Se llega montado en un águila o algún ave enorme que come y le pregunta qué puede ver el muchacho —la tierra debe ser del tamaño de una moneda de a peso, de un tostón, de una peseta. También se alcanza este remoto destino montando a un caballo flaco, que cabalga velocísimo o vuela.

Una vez en el infierno, se somete al protagonista a pruebas absurdas: sacar una sor-tija del mar; separar montes de granos; sembrar, cosechar, amasar en una sola jornada; vaciar o cambiar de lugar una laguna; hacer un castillo en una sola noche; dormir con doncellas y tener hijos al día siguiente. A veces se deben domar mulas o ganado que son el diablo y su familia. Pruebas semejantes para ganar novias son frecuentes en todos los cuentos, incluso cuando el que pida semejantes pruebas no sea el diablo y la prometida no sea Blanca Flor.

Al huir, auxiliados por el mismo caballo flaco, por un rayo o por las artes mágicas de la fugitiva, se transforman los objetos mágicos que trae con ella: jabón, peine, es-

tropajo, espejo.

En una versión de Veracruz, en español, la paloma y el héroe se comprometen, ella le da un anillo maravilloso y le pide que la alcance en Cerro de los Espejos, Monte de los Calvarios. Lo lleva allá un águila a la que debe dar de comer un becerro entero mientras vuela, pues ella es hija de los encornados. Le mandan sembrar maíz y entregar tortillas. Ella manda que traiga dos caballos: la silla y el caballo son sus padres. Para escapar debe agarrarse del rayo. Vuelan y así llegan al mundo nuevamente.²⁸

ESTE CUENTO comienza así: hubo en aquellos tiempos un joven que era muy pobre. Un día le dijo a su abuelita: —Voy a buscar trabajo lejos de aquí.

Tomó el camino y se fue muy lejos. Cuando llegó a un lugar preguntó si no le daban trabajo, pero no se daba cuenta que había llegado a la casa del diablo. Y preguntó: —Qué, ¿no me darán trabajo?

Y le dijeron: —Sí, mañana en la mañana irás a chaparrear.

Ya en la mañana el diablo anciano le dijo: —Aquí tienes un machete—. Pero dizque le dio un machete de madera que ni siquiera cortaba. Cuando llegó al campo comenzó a trabajar, pero nada más rebotaba el machete de madera entre los palos; no cortaba nada.

Llegó al fin el mediodía y la hija de ese diablo anciano fue a dejarle el almuerzo a Ueliyoj. Le nombraron Ueliyoj porque se dice que los diablos olieron al joven y olía como esa fruta. Por eso ellos le nombraron así.

Y le gritó: —Ueliyojoj, Ueliyojoj.

Y él le contestaba: —¡Joou!

Y ella: —¿Cómo va el trabajo?

—¡Para qué!, aquí estoy triste, no he podido trabajar, mi machete no corta; ni siquiera le entra a los palos, porque este machete es de madera.

¡Pobre Ueliyoj!, estaba muy triste y desesperado. Pero la doncella le dijo: —Tú no te pongas triste. Ahora, ¿cómo quieres?, ¿comerás primero o dormirás primero?

Ueliyoj le contestó: —Pues que coma yo primero.

Entonces, cuando ya acabó de comer, le dijo la mujer: —Pues ahora ven, recuesta tu cabeza aquí sobre mis piernas.

Se recostó sobre sus piernas y al instante quedó dormido el joven Ueliyoj. Le hizo dormir la figura o el poder de esa doncella. Después, cuando se despertó, vio una gran milpa nueva, porque dizque en esa hora, mientras dormía Ueliyoj, la doncella llamó a los vientos y ellos hicieron pedazos la montaña, dejaron como pinolos los chaparreros.

Después la doncella le dijo a Ueliyoj: —Ya me voy, porque mi padre ya está ensi-

llando; ya vendrá para acá, para venir a verte, y él tiene pensado que si no haces el trabajo te comerá; pero tú ahora no harás caso de nada. Por lo tanto ahí estate fingiendo, para que mi padre diga que estás trabajando.

Pasó un rato y escuchó que el diablo le gritaba, llamándolo: —¡Ueeliyoou, Ueliyoou!

Ueliyoj le contestaba: —¡Joou! Por acá ando.

—Bueno —le dijo el diablo—. Ahora ya vámonos para la casa.

El anciano diablo se admiró mucho y decía en su conciencia: “Bueno, ¿acaso éste es más sabio que yo?”

Cuando amaneció otra vez, le dijo el viejo: —Ahora vas a derribar maderas, vas a tirar todo, tumba cuanto árbol quede.

Había maderas enormes, pero no las podía tumbar porque también esta vez le había dado un hacha de madera; pero él se conformó. Al llegar a la montaña intentó trabajar, ¿pero dónde iba a cortar siendo el hacha de madera? El hacha nada más rebotaba entre los palos, no cortaba nada.

Cuando llegó nuevamente la doncella llevándole su almuerzo, le gritó, lo llamó: —¡Ueeliyoou, Ueliyoou! ¿Dónde estás?

—¡Jou!, aquí estoy.

Ella le preguntó: —¿Cómo va el trabajo?

—Pues no puedo trabajar, el hacha no corta, porque es de madera.

Y le dijo la mujer: —Tú no hagas caso, mi padre te está tanteando a ver cuándo te equivocas, para comerte. Por lo pronto, tú dime cómo: ¿comerás primero o dormirás primero?

Ya había llegado la hora de almorzar. Él le contestó: —Pues que coma yo primero. Acabó de comer y otra vez se durmió con la figura y poder de la doncella. Cuando despertó a su alrededor veía pura claridad en todas partes, no quedaba ni un árbol siquiera. La doncella volvió a llamar a los vientos que tiraron cuanto árbol había, dejando pinole; ni siquiera un árbol se libró.

Y le dijo: —Yo ya me voy, porque mi padre ya está ensillando, ya viene a verte. Ahora, cuando llegue, dile que estás trabajando. No le digas otra cosa.

Y de veras, al poco rato el diablo le gritaba otra vez, lo llamaba: —¡Ueliyoou!

Él le contestó: —¡Joou!, por acá ando, estoy trabajando.

Se dice que el anciano diablo, al llegar, miraba en todas partes la pura claridad. Ni un árbol siquiera quedaba a la vista, todo hecho pinole. Se admiró mucho. Y pensaba: “Bueno qué, ¿éste es más sabio?”

Al otro día, en la mañana, le dijo: —Ahora vas a quemar todas las basuras y palotadas. Pero, ¿cómo se haría para quemar? La basura estaba verde. El pobre Ueliyoj se

decía: “Ahora sí, quién sabe cómo haré para quemarla, la basura está verde”. Después, a la hora de almorzar, nuevamente escuchó que le gritaban: —¡Ueliyyoou! Él contestó: —¡Joou!

Le dijo la joven: —Ven para acá, deja esas cosas.

—Como tú quieras.

—¿Comerás primero o dormirás primero?

—Pues que coma yo primero.

Luego la mujer le dijo: —Ahora vuelve a recostar tu cabeza sobre mis piernas. Así lo hizo y se durmió otra vez al instante con la figura y poder de la doncella. Después ella le dijo nuevamente: —Yo ya me voy, porque mi padre ya está ensillando su bestia, ya viene a verte.

Porque se dice que la doncella era más sabia que sus padres diablos, y por eso ella se daba cuenta de todas las intenciones de su padre y le avisaba a su compañero, Ueliyoy. Y le dijo: —Cuando llegue aquí, dile que ya terminaste de quemar la milpa. Entonces, al poco rato, Ueliyoy escuchó de nuevo el grito de siempre y le contestó. Cuando llegó el anciano diablo vio elevarse el puro humo y decía en su conciencia: “¿Pero qué él ya es más sabio que yo?”

Al día siguiente en la mañana, le dijo: —Ahora irás a sembrar maíz, y quiero que hoy mismo ya se haga maíz.

En ese momento Ueliyoy se dijo en su mente: “Ahora sí, ya quién sabe”.

La doncella le dijo: —Tú no le hagas caso. Eso yo solamente sé.

A la hora del almuerzo le volvió a llamar: —¡Ueliyyoou!, ¿dónde estás?

Él le contestó: —¿Para qué?, no he podido adelantar la siembra.

Ella le dijo: —Ven a comer.

Después volvió a dormirlo y cuando despertó vio que la milpa ya estaba para cosechar, ya era maíz, por la figura y poder de la doncella. El padre de la doncella no se daba cuenta que era su hija que estaba salvando a Ueliyoy. Cuando llegó el anciano diablo a la milpa vio que ya había maíz.

Al día siguiente, en la mañana, la doncella le dijo a Ueliyoy: —Mañana mi padre se convertirá en un toro viejo, mi madre en una vaca y yo seré una becerra. Tú te montarás sobre mi padre, y aquí tienes un bordón con el cual le pegarás: duro, sin lástima, muchas veces, en la cabeza. Tú no le tengas lástima, pégale hasta que llegue a sentir su alma, hasta que ya se ande lamentando, hasta que ya ande echando espuma por la boca. A mí, no me pegues.

Entonces, cuando ya estaban acarreando el maíz, Ueliyoy agarró con ganas el bordón y comenzó a azotar al anciano diablo convertido en toro, hasta que ya andaba pataleando.

Después el anciano diablo decía para sí: “Bueno, ¿cómo haré con este Ueliioj? Ahora sí lo estoy estimando; él es más sabio que yo. Pues ahora a ver cómo trabaja”. Se dice que junto a su casa estaba sembrando un árbol de ceiba y que le dijo: — Ahora, este árbol lo vas a trozar hasta la raíz, y luego quiero que lo pongas tal y como estaba.

Ahí sí, Ueliioj se espantó, porque comprendió que ese trabajo era el más difícil. El anciano diablo quería probarlo en todo. Pero como también la doncella lo protegía, le dijo: —Tú no te aflijas. Ahí veremos de qué manera lo haremos. Sólo yo sé cómo hacer. La doncella era más sabia que sus padres. Entonces dizque ella lo hizo dormir. Luego le dijo a Ueliioj: —Ahora sí ya me cansé; móntate sobre mí porque ya vamos a huirnos—. Y huyeron.

Cuando se despertaron sus padres, a esa hora ya iban lejos. El anciano diablo le dijo a su esposa: —Verdaderamente nuestra hija es la que estaba librando a Ueliioj. Ahora iremos a buscarlos hasta donde los encontremos. Si los encontramos los mataremos: también a nuestra hija.

Y dijo el anciano: —Yo me convertiré en viento rompemonte, y tú en viento rompeviento.

El anciano diablo dijo: —Yo iré primero—. Y donde iba, iba rompiendo monte. Y cuando ya estaba cerca de su hija y de Ueliioj, la doncella le dijo a Ueliioj: —Muy cerca viene mi padre. Ahora tú te convertirás en mata de jitomate y yo seré la fruta, así tantearemos a mi padre.

Y de veras, cuando ahí llegó su padre, en ese lugar, encontró una mata de jitomate, pero que tenía únicamente un fruto. Él nada más la cruzó, diciendo que la cortaría luego, a su regreso. Pero cuando regresó no vio más nada, pues la mata era Ueliioj y su fruto la doncella.

Entonces, cuando volvió el anciano diablo para su casa le dijo a su esposa: —No los encontré, vi únicamente una mata de jitomate con una sola fruta.

Y su mujer le contestó: —Tonto viejo, la mata era Ueliioj y la fruta nuestra hija. Después la anciana diablesa dijo: —Pues ahora iré yo otra vez. Si los encuentro los traeré—. Así dijo la anciana diablo. Ella se había convertido en rompeviento. Y se fue ella otra vez, tronando por donde iba. Cuando ya se encontraba cerca, muy cerca de Ueliioj y la doncella, ésta le dijo: — Mi madre viene muy cerca, ahora tú te convertirás en una mata de jícara y yo seré el fruto.

Y cuando la diablesa llegó en ese lugar vio que ahí estaba sembrada una mata de jícara, muy frondosa, pero tenía nada más una fruta. Y dijo la anciana diablo: —Hasta cuando me regrese te cortaré—. Y cuando regresó ya no encontró la mata donde estaba. Y se disgustó mucho.

Cuando llegó a su casa le dijo a su marido: —No hay nada, no encontré a nuestros hijos —decía— nomás encontré una mata de jícara con su fruto, únicamente uno, y cuando pasé nuevamente por ahí ya no lo encontré.

Y le dijo el diablo: —Tonta vieja, la mata es Ueliyoj y la jícara es nuestra hija.

Esta vez los diablos ancianos estaban muy preocupados. Entonces el viejo diablo dijo: —Ahora, iré yo de nuevo.

Pero la doncella era más sabia que ellos. Cuando ya estaban cerca, muy cerca de los compañeros, la doncella le dijo a Ueliyoj: —Mi padre nos viene alcanzando muy de cerca. Lo que haremos ahora es esto: tú te convertirás en una cruz de madera y yo me convertiré en una becerra y estaré atada a ti, y cuando mi padre te ruegue, tú le dirás: “confiesa a la becerra”.

Y de veras cuando llegó ahí el anciano diablo, vio que ahí estaba una cruz de madera de donde estaba atada una becerra y le rogaba el diablo, diciéndole: —Ay, Santa Cruz, si puedes, me has de decir por dónde se fueron mis hijos.

Y la Cruz le contestaba: —Confiesa a la becerra.

Pero de tanto y tanto que le rogaba a la Cruz, ésta le respondía con las mismas palabras, hasta que se molestó el anciano diablo. Porque le confesaba a la becerra y ella no respondía nada.

Entonces siguió su camino, y cuando se regresó ya no encontró esa cruz, ni la becerra que estaba atada en esa cruz. Al llegar a su casa le dijo a su mujer diablo: —Vieja, no los hallé, no están. Nomás encontré una cruz de madera a la cual estaba atada una becerra. Y ella le respondió: —Ah, ¡tonto viejo!, ¿qué no sabes que la cruz de madera es Ueliyoj y la becerra es nuestra propia hija? Pues ahora iremos los dos, así no se nos escaparán, los traeremos.

Y se fueron los dos a buscarlos. Por donde iban pasando, iban destrozando maderas entre las montañas. Y cuando la doncella se dio cuenta que sus padres ya los estaban alcanzando le dijo a Ueliyoj:

—Ahora vienen mi madre y mi padre y ya nos vienen alcanzando muy de cerca. Donde yo orine, tú también orinarás, orinaremos juntos en el mismo lugar.

La doncella era más sabia que sus propios padres. Ella sabía lo que hacía. Después, al hacer esto, se vino a formar una hermosa laguna donde los lagartos andaban azotando la superficie del agua con sus colas.

Ellos quedaron al otro lado de la laguna y cuando vieron, ya habían llegado ahí sus padres. Los ancianos diablos se dijeron: —Por fin encontramos a nuestros hijos, allá están, al otro lado de la laguna. Vamos por ellos—. Y se tiraron al agua. Tan pronto como se tiraron, los lagartos empezaron a azotarlos con sus colas hasta cuando ya no aguantaron los ancianos diablos. Y ahí se regresaron y no los pudieron

agarrar. Porque su hija era más sabia que ellos. Y así pudieron ganar la vida la doncella y Ueliyoj.

Después la doncella le dijo a Ueliyoj: —Ahora nos falta nada más un lugar donde vive el mero matador viejo, el mero diablo. Irás hasta donde está sentado, llegas sin lástima, pero antes fíjate cómo se encuentra. Si ves que está con los ojos bien abiertos entonces es que está dormido; pero si ves que está con los ojos cerrados, como dormido, es que está despierto. Recuerda: si lo encontraras con los ojos abiertos es que está dormido y es el momento preciso para que llegues y le cortes el cabello—. Porque se dice que su cabello le daba hasta sus piernas, pues ya era el mero viejo. Y de veras, cuando Ueliyoj llegó ahí lo encontró con los ojos bien abiertos y dijo el buen joven Ueliyoj: —¡Ahora es tiempo!—, y le cortó todo el cabello y al instante el mero matador, viejo diablo, quedó muerto. Por último, la doncella le dijo a Ueliyoj: —Ahora sí, ya llegamos hasta aquí, al lugar donde viviremos para siempre. Y ahora ya nos casaremos tú y yo.

Entonces ahí quedó Ueliyoj en ese lugar escondido con la doncella, hija de los ancianos diablos. (*nahua*)²⁹

La laguna con lagartos que se forma cuando los fugitivos orinan es poco europea. Las otras metamorfosis que ocurren durante la huida, son bastante comunes.

En un cuento tepehua; al huir San José y la Virgen de los demonios, antes del parto, además de la consabida trepa de hacer crecer las milpas y los frutos de forma acelerada para distorsionar el tiempo, María avienta objetos que aparecen siempre en los cuentos maravillosos europeos:

... LA MUCHACHA que llevaba jabón, lo sacó y lo puso en medio camino. Ahí se formó mucho lodo, ahí se clavaron las bestias y los diablos ya no podían seguir. [...] La muchacha se cansó y los diablos venían cerca. Pusieron en el camino el peine y se hizo un monte cerrado. La muchacha ya quería descansar.

Llegaron a un lugar donde pusieron el granito de sal y se formó un cerro que ya no podían cruzar los diablos. (*tepehua*)³⁰

ANTES HABÍA gente que jugaba a la pelota y ése era su único medio de ganar dinero. Un día un hijo fue a ver a su padre y le dijo que quería ir a jugar pelota, pero el padre le respondió que no debía hacerlo. El hijo quería buscar un compañero para jugar pelota y le volvió a decir a su padre que quería ir a jugar, pero de nuevo el padre le respondió que no debía hacerlo. Finalmente, tanto insistió el muchacho que el padre le dio su permiso, pero le dijo que no tenía dinero para ayudarlo. En-

tonces el hijo nombró a su padrino y a su madrina de juego de pelota, montó en su caballo y se fue. En el camino se encontró con un señor que le preguntó a dónde iba. El joven le respondió que iba a buscar un compañero para el juego de pelota, pero que no tenía dinero para jugar. Entonces el señor le prestó cien pesos. Llegó el joven al lugar donde se jugaba pelota y quiso jugar. La gente que estaba allí reunida le dijo que no debía jugar, pero el muchacho insistió tanto que al fin le permitieron jugar. Se puso a jugar: jugó y jugó y siguió jugando. El joven pensaba: “Ya me van a ganar, pero no me voy a dejar”, la gente le decía: “¡tírale otra, tírale otra!”, y el joven siguió jugando. Jugó y jugó y cuando se dio cuenta ya había perdido los cien pesos que le había prestado el hombre que encontró en su camino. Se le terminaron los cien pesos y la gente le preguntaba qué iba a hacer ahora.

—No hay nada qué hacer, ya lo perdí todo —respondió él.

Se fue entonces, y volvió a encontrar al señor que le había prestado el dinero. Ese señor era el rey, el joven le preguntó qué estaba haciendo allí, le preguntó qué estaba esperando. El rey le dijo:

—¿Cómo no voy a estar sentado aquí, si te di mi dinero, te lo trajiste y lo perdiste? Jugaste y perdiste el dinero que te había prestado. Ahora me voy a ir a la casa donde vivo, tú tienes que venir a pagar la deuda —así le dijo el rey y se fue a su casa.

Otro hombre anciano que estaba viendo el partido, le preguntó al joven a dónde iba. El joven le respondió que iba a donde vivía el rey, porque había jugado y perdido el dinero que le había prestado, pero que no sabía dónde vivía.

—Pobre de ti, súbete a mis espaldas que yo te voy a llevar donde vive el rey— dijo el anciano. El joven pensó que el hombre estaba muy viejo y que quizás lo iba a dejar caer. Pero el anciano le dijo que se agarrara fuertemente y no se caería. Y salieron y se fueron, cuando caminaban el hombre anciano le preguntaba al muchacho si no veía por dónde iba, pero el joven le contestaba que no veía nada. Le decía:

—No, hombre, no hay nada, sigue pues, sigue.

No se veía nada, nada se veía.

—Abre bien los ojos —decía el anciano. Y de pronto se vio una casa blanca, que estaba ubicada al pie de un cerro. Llegaron y el anciano le dijo al joven jugador:

—Bájate, vete ahora, y no le cuentes a nadie que yo te vine a dejar.

Se fue entonces el joven hasta la casa y el rey le preguntó cómo fue que había llegado allí, quién había venido a dejarlo.

—Yo vine solo, vine preguntando, pregunté nomás —dijo el joven.

Entonces el rey dijo: —Está bien, ahora descansa, porque mañana vas a tener que trabajar para mí.

Al día siguiente le dijo al muchacho que tenía que rozar una parcela, le dio una

pala, una coa y un machete, y se fue el joven al trabajo. Pero al poco tiempo de trabajar se le quebraron la pala y el machete, y se sentó a llorar porque no podía cumplir con el trabajo. Había trabajado hasta la tarde pero no pudo terminar, no cortó nada del monte. Entonces llegó una hija del rey a traerle las tortillas para que comiera y le preguntó por qué estaba llorando.

Él joven respondió: —¿Cómo no voy a llorar, si se quebraron el machete y la pala, y no puedo hacer mi trabajo?

La mujer le respondió que no tenía importancia, que se apurara a tomar los alimentos, que ella se iba a encargar de todo. Mientras el joven comía, la mujer sacó una navajita de su blusa y repitió tres veces: “navajita, navajita, navajita”, y la navajita cortó todo el monte rápidamente. Entonces el joven quemó su roza y después de quemada hizo su casita de milpa. Y en la tarde recogió la cosecha y regresó a la casa del rey.

—¿Cómo te fue en el trabajo —le preguntó el rey—, ya traes el resultado? Qué bueno, eres muy bueno para hacer mi trabajo, mañana vas a hacer otro trabajo.

Cuando amaneció el día siguiente, el rey le dio al joven un tenate y un canasto quebrados y le dijo: —Con esto vas a cambiar el agua de la laguna que está allí, vas a ir a cambiarla a otra parte.

El joven tomó su tenate y su canasto rotos y se fue. Pero no pudo sacar el agua de la laguna porque el canasto y el tenate se terminaron de romper. Entonces se sentó a llorar otra vez. Al rato llegó la hija del rey y le preguntó por qué lloraba.

El joven dijo: —¿Cómo no voy a llorar, si iba a sacar el agua de la laguna para llevarla a otra parte y se rompieron mi canasto y mi tenate?

La mujer le volvió a decir que no se preocupara por eso y que se apurara a comer. Mientras el joven comía la mujer sacó una jícara de su blusa, se puso a trabajar, y en un instante sacó toda el agua de la laguna y la puso en otra parte. Después de que se cambió la laguna, el joven volvió a ir a la casa del rey, y le dijo que ya había terminado su trabajo.

—Está bien que hayas terminado, mañana vas a hacer otro trabajo.

Al día siguiente le dijo al muchacho: —Ahora llevarás este cajón cerrado y lo vas a meter dentro de la laguna, pero no lo vayas a abrir, no vayas a mirar lo que lleva adentro.

Cuando el joven iba caminando pensó: “¿Por qué no he de ver lo que lleva este cajón?”

Y lo abrió. Cuando lo abrió salieron del cajón una multitud de animalitos muy chiquititos que se metieron dentro de la laguna. De nuevo el muchacho se sentó en el suelo y se puso a llorar. De nuevo llegó la mujer a traerle la comida y le preguntó

por qué lloraba.

—¿Cómo no voy a llorar, si todos los animalitos de este cajón se salieron y se metieron dentro de la laguna? —contestó el joven.

Entonces ella le dijo que no se preocupara, que se pusiera a comer y dejara abierto el cajón. Después ella se metió dentro del agua, al rato comenzaron a salir los animalitos del agua y se metieron dentro del cajón. El joven se quedó sentado esperando, mientras todos los animalitos se metieron al cajón. Después fue a la casa del rey y le dijo que ya había terminado el trabajo. El rey le dijo:

—Has trabajado tan bien que te podrás casar con cualquiera de mis siete hijas, te podrás casar con la que tú elijas.

Cuando el rey no estaba mirando ni escuchando, la hija le dio al muchacho un anillo y le dijo que se podía casar con la hija a la que le quedara ese anillo. La mujer le dijo: —No vayas a decir que yo te ayudé, cuando mi padre pregunte quién va a ser tu esposa, tú le dices que va a ser aquella a quien le quede bien el anillo.

Entonces el rey llamó al joven y le dijo:

—Tiene suerte la que va a ser tu esposa, ya que sabes hacer bien el trabajo: elige a la hija que quieras.

Puso entonces a sus hijas en fila y cada una decía que ella quería ser la esposa del muchacho. Pero el joven dijo que su esposa sería aquella a quien le quedara bien el anillo. Una a una se pusieron el anillo, pero no les quedaba, hasta que finalmente el anillo le quedó bien a una.

—Ésta es la que va a ser mi esposa —dijo el joven.

—¡Caramba! —dijo el padre golpeándose la cabeza—, a la más chiquita me quitó. Pero ya había dado su palabra y se casaron los dos. Al poco tiempo la muchacha le dijo a su esposo: —Es mejor que nos vayamos de aquí, es mejor que viajemos a otro lado, porque si nos quedamos mi padre va a darte más trabajo, mejor nos vamos. El joven estuvo de acuerdo con su esposa y decidieron irse juntos.

—Pero, ¿cómo vamos a hacer para que no nos descubran? —dijo ella. El marido le contestó:

—Mejor te metes dentro de mi red y te llevo sobre mis espaldas—. A ella le pareció bien y se metió dentro de la bolsa. Cuando estuvo bien acomodada dentro de la bolsa se fueron caminando. Al rato llegó el rey preguntando a la gente si no había visto pasar a un hombre y a una mujer jóvenes. Pero la gente del lugar le contestó que no, que solo habían visto pasar a un vendedor de naranjas, a un vendedor que vendía muy baratas sus naranjas, las daba a dos por centavo. —No es eso lo que estoy preguntando —dijo el rey—, pregunto si no vieron pasar a un hombre joven y a una mujer joven por aquí—. Pero le volvieron a responder que sólo habían visto

pasar a un vendedor de naranjas. Viendo esto el rey montó en su caballo y se fue, recorrió todos los caminos buscando al jugador de pelota y a su hija, los buscó por todas partes pero nunca los encontró. (*chatino*)³¹

Sin la menor complicación, este cuento parece ser la historia de un personaje simple que realiza un trabajo extraño, en lugar insólito. Asoman ya por aquí motivos y acciones de los animales agradecidos.

HACE MUCHO TIEMPO había un hombre muy trabajador y muy borracho. Cuando tomaba, tardaba varias semanas en recuperarse. Después seguía trabajando con empeño, en lo que le ofrecieran.

Una vez había tomado mucho. Su mujer lo regañó:

—Estás tomando mucho. Ya ponte a trabajar de nuevo.

—Sí —le dijo—. Voy a ir a buscar trabajo, aunque sea en el infierno.

Cuando se repuso, su mujer le volvió a decir:

—Ándale, vete a buscar trabajo.

Eso hizo. Andaba buscando trabajo cuando se encontró con un hombre en el camino.

—¿Adónde vas?

—Ando buscando trabajo.

—¿De veras?

—Sí, eso busco.

—Vente conmigo, yo te voy a dar trabajo.

Se fueron juntos a la casa del hombre. En el camino, se encontraron dos leones. Estaban jalando el pedazo de carne de un animal que habían cazado. Al verlos, el borracho partió la carne en dos trozos iguales y se los echó a los animales.

—Pobres de ustedes, jaloneándose. Yo se los voy a partir.

El que le había ofrecido trabajo le dijo:

—Recógela para ti, la carne está muy buena.

—No, pobres leones. Trabajo les ha de haber costado cazar ese animal: que se lo coman.

Siguieron su camino. Al rato encontraron un hormiguero. Las hormigas estaban comiéndose un pan.

—Recoge ese pan y cómetelo —le dijo el que lo llevaba.

—No, que se lo coman ellas; apenas lograron encontrárselo.

Siguieron su camino. Después de mucho rato, llegaron a casa del hombre. Al oscurecer, el señor vació unos costales sobre unos petates, formando pilones de maíz blanco, negro y amarillo.

—Separa los maíces por colores: los quiero para mañana temprano —le ordenó al borracho.

Comenzó a escoger los granos, uno por uno, separándolos. Al rato, se dio cuenta de que casi no avanzaba y comenzó a preocuparse. Ya era tarde y apenas llevaba unos montoncitos chiquitos de cada color. En eso, llegaron muchas hormigas arrieras en hilera y empezaron a separar el maíz. En un ratito acabaron; antes del amanecer acabaron y se regresaron. Hasta pudo dormir un rato.

A la mañana siguiente, el hombre le dijo contento al patrón:

—Ya terminé de separar el maíz.

—Está bien, ahora te voy a dar otro trabajo.

Lo llevó a un corral lleno de caballos y le encargó:

—Amansa estos caballos ariscos.

No sabía qué hacer el hombre. Dijo:

—Está bien, si ése es el trabajo...

Se pasó el día tratando de amansar a los caballos. Al atardecer, todavía no domaba ni uno. Así pasaron varios días, hasta que llegaron los leones y empezaron a golpear a los caballos: los amansaron. Entonces, el hombre le avisó al patrón:

VIAJES A OTROS LARES

—Ya cumplí el encargo.

—Está bien, mañana vas a acarrear leña.

—Está bueno. Si ése es el encargo...

Al día siguiente le dijo el patrón:

—Ten esta rodillera de metal para que no te lastimes—. Y le advirtió: —No puedes irte hasta que te acabes la rodillera.

—Está bien, así lo haré.

Comenzó a trabajar el hombre. Aunque cuando estaba borracho no servía para nada, cuando se ponía a trabajar hacía muy bien lo que le encargaban: acarreaba leña, iba y venía con los caballos y, cuando no se dejaban llevar, los chicoteaba.

Un día, uno de los caballos le habló:

—Ya no nos pegues tanto, que somos compadres.

No quería contestar el señor, tenía miedo.

—Mira, esa rodillera que te dieron nunca se va a acabar porque es de metal que no se gasta; sólo echándole nuestros orines se va a ir deshaciendo poco a poco y así te dejarán ir.

—Está bien, si eso es lo que hay que hacer...

Hasta entonces fue cuando pensó: “¿Qué lugar es éste? Todo es muy raro”.

Y entonces se acordó lo que le había dicho a su mujer:

—Tengo que encontrar trabajo, aunque sea en el infierno.

Hasta entonces se dio cuenta de que allí estaba, por haber hablado así.

De día acarreaba leña y de noche atizaba el fuego para que el dueño secara muchísimos bules que colgaban en hileras, encima de la lumbre: estos bules eran las almas de las personas muertas.

Eso hacía, diario. Una noche estaba atizando el fuego cuando uno de los bules le habló:

—Cuando te vayas, si el señor quiere pagarte el trabajo con dinero, no se lo recibas. Ese dinero es malo y no te va a durar. Pídele que te dé un bule, así salvas un alma y te va a enseñar dónde enterró su dinero cuando estaba vivo. Por eso somos bules, por guardar dinero.

—¿Por qué no puedo recibir dinero?

—El dinero se te va a ir como agua.

—Está bien, si eso debo hacer, así lo hago.

Siguió *trabaje* y trabaje. Se gastó la rodillera y le dijo al patrón:

—Ya llegó la hora de irme. Ya gasté la rodillera, ya me voy.

—Está bien, aquí está tu sueldo—. Y quería darle dinero.

—No quiero dinero, prefiero un bule.

—Un bule no te lo doy, porque no vale nada.

—Pues no le voy a recibir dinero.

Después de mucho alegar, el dueño tuvo que aceptar lo que le estaba pidiendo, pero no de conformidad, sino con coraje. Le aventó el bule a la cara. Fue a caer hasta por allá.

El hombre regresó contento a su pueblo, porque logró lo que quería. Pero cuando llegó a su casa, no llevaba ni un centavo que darle a su mujer, traía sólo el bule. Habló el bule:

—Vamos, te voy a decir dónde está el dinero.

Y lo llevó al lugar donde lo había enterrado, cuando vivía.

—Es aquí, aquí debes cavar, allí está el dinero.

El hombre escarbó y escarbó. A un lado, puso el bule. Al rato topó con varias ollas llenas de monedas de plata.

Se puso contentísimo al verlas. Tan contento estaba y tan distraído, que ni cuenta se dio cuando el bule desapareció. Cuando volteó, ya no estaba. Buscó por todos lados, pero no lo halló. Es que el bule tenía esa forma sólo mientras estuviera enterrado el dinero; al sacar el dinero que le pesaba, el alma quedó libre y se fue al cielo. Y aquel señor que se emborrachaba tuvo suficiente para vivir el resto de su vida. (*chinanteco*)³²

Uno de los personajes más comunes en el imaginario humano, notable por la largueza de su duración y la universalidad de su existencia, es el viajero que remonta el vuelo o baja a las honduras del inframundo.

Religiones, mitos, ceremonias y rituales, artes y sueños comparten este motivo: el viaje es uno de los temas más comunes. Pero no se trata de cualquier viaje, sino de una travesía iniciática: franquear las fronteras de mundos diferentes y atisbar en ellos es una experiencia formativa por excelencia.

Para que un ser vivo entre a ese mundo paralelo, debe observar puntualmente las reglas del lugar, diferentes a las de su tierra natal. Quienes viajan, al final de sus increíbles proezas, son castigados o recompensados: mueren o se hacen inmensamente ricos y sabios.

El encanto, las cuevas, la casa del rayo, la Gloria, el inframundo, la casa del dueño del monte o del agua son los lugares más frecuentados por los héroes o personajes de los cuentos, quienes además nos traen noticias de cómo son. Quienes por accidente o voluntariamente penetran a esos lugares lo hacen por las encrucijadas, hendeduras y cuevas que se les abren como bocas hacia el infierno.

Algunos viajes recopilados por la literatura etnográfica incluyen ingeniosos y divertidos relatos escuchados, leídos, procedentes de los medios: nos topamos así con la Odisea, viajes a otros reinos o lugares entrevistados en pantallas o libros de geografía, escuchados por la radio.

Son muy comunes también aquellos derivados de fábulas morales o religiosas donde se debe llegar a la Gloria o buscar a Dios, a la Virgen, a algún santo. Boas recopiló una versión en español, a principios del siglo xx, en Pochutla. La historia se mezcla con un viaje al cielo, donde le regalan una servilleta que se cubre de comida; al segundo hermano le dan una varita de virtud. La semejanza del viaje y los obstáculos en diferentes lenguas me hace pensar que, tal vez, el relato deriva de algún cuento que se predicaba a los feligreses en las iglesias y entró así al acervo narrativo indígena. He encontrado versiones de la misma historia en huave, popoloca, yaqui y mixe. El tercer hermano —en el relato de Boas— no teme los obstáculos y concluye el encargo encomendado:

PRIMERO SE ENCONTRÓ CON EL RÍO COLORADO. No tuvo miedo, pasó, y le daba el agua hasta los cascos del burro. Se fue anda y anda. Se encontró con un río blanco, blanco. Pasó. En seguida se encontró con un río verde, verde. Pasó. Después se encontró con un cerro zacatoso y se rodaban las vacas de flacas que estaban. Después se encontró con un cerro pelón y se rodaban las vacas de gordas. Luego anda y anda, y se encontró con unas piedras que se encontraban unas con otras. Después anda

y anda otra vez y se encontró con una asadura que estaba asando. Llegó a Monjas, preguntó en la iglesia y entregó la carta en manos de la Virgen. Entonces le dijo la Virgen al niño: —Toma este sombrerito como seña de que me entregaste mi carta. Dile a Dios todo lo que has visto en el camino.

Cuando el niño regresó ya no había nada en el camino. Llegó a la casita vieja y le dijo el viejecito: —¿Ya llegaste, hijo?

—Ya —contestó el niño.

—¡Bueno! —le dijo el viejecito—. Cuéntame algo de lo que viste en el camino.³³

UNA VEZ UN SEÑOR salió a vender sus ollas y se encontró al señor Zempoaltépetl, quien le dijo: —Ve a mi casa y véndele unas ollas a mi esposa.

El señor fue a la casa del Zempoaltépetl. Llegó a un canal bonito donde estaba lavando la señora del Zempoaltépetl y le dijo:

—Me dijo su esposo, en el camino, que necesitaba usted unas ollas; me encargó que se las trajera.

—Llévatelas a la casa —le dijo la señora—, ya debe haber llegado allá mi esposo.

El vendedor se dirigió a la casa del señor Zempoaltépetl y vio que sí, ya estaba allí. Le dijo que llevaba las ollas.

—Está bien —dijo el señor Zempoaltépetl—, descárgalas y descansa.

Después de que el hombre descansó un rato, el señor Zempoaltépetl le dijo:

—No puedo pagarte las ollas ahorita; ¿por qué no te quedas a trabajar tres días?

Ahí estaban platicando cuando llegó la señora del Zempoaltépetl. Le ordenó al vendedor de ollas: —Ve a traerme el collar que olvidé junto al chorro de agua.

El señor fue a buscarlo junto al chorro, pero no lo encontró. Lo único que vio fue una víbora coralillo; regresó a avisarle a la señora que no había encontrado nada.

—Es un collar de tres colores —explicó la señora. Y le dijo que se quitara el sombrero y lo pusiera en el suelo para que entrara allí su collar. Así lo hizo el señor, trajo la coralillo y se la entregó a la señora, quien de inmediato se la puso en el cuello.

Al segundo día, el Zempoaltépetl le dijo al vendedor que cuidara a sus animales, que eran la comadreja, el tejón y el jabalí. Se fue a cuidarlos y regresó ya tarde.

El último día lo mandaron a desgranar mazorca. Al terminar la tercera jornada, al atardecer, el Zempoaltépetl le preguntó cómo quería que le pagara los días que había trabajado.

—¿Quieres dinero o maíz?

—Lo que sea —contestó el señor.

El Zempoaltépetl le dijo que le iba a dar maíz y le recomendó que no permitiera que su mujer se acercara al coscomate y que, cuando oyeran ruido por la noche, no

se levantarán.

El señor regresó a su casa, pero murió enseguida: encontró mucho maíz y fue tanta su emoción que murió. (*mixe*)³⁴

HABÍA UN FRAILE que tenía un ahijado, éste tenía una esposa bonita y trabajadora. El cura empezó a enamorarse, la mujer aceptó. Empezó el cura a buscar la manera de matar al esposo sin que la gente se diera cuenta.

Pues lo que hizo fue que un día escribió una carta y llamó a su ahijado:

—Tienes que ir a dejar una carta adonde está el señor Sol.

—Bueno—. Y se fue; fue el hombre a dejar la carta.

Ese cura estaba buscando la manera de matarlo, pues sabía que no se puede llegar, sabía que en el camino se muere, sabía que se envejece antes de llegar hasta allá.

Se quedó el cura con la mujer.

Pero el hombre sí llegó, no se sabe cómo, pero llegó adonde estaba el señor Sol. Llegó y dijo:

—Vengo por mandato del cura para entregarte esta carta.

El señor Sol lo recibió; abrió la carta y dijo:

—Esta carta mandó el cura para que te murieras y nunca volvieras a tu casa, para que nunca regresaras con tu mujer, para quedarse con ella. Te voy a dar otra carta para que se la entregues como mi contestación.

Se arrancó un bigote y lo puso en la carta, y se la dio al hombre para el cura. El hombre ya se iba a regresar y le dijo el sol:

—Te regresas. Estás lejos. Pero hoy mismo vas a llegar a tu casa. Para que llegues pronto, súbete a mi espalda, por atrás: no te me pares enfrente, porque te quemas. Dio vuelta el hombre y se subió a espaldas del sol.

El sol salió de mañana como es su costumbre y como siempre siguió caminando. Llegó el medio día y el sol se paró un momento, para que ese señor bajara a su casa. Por eso se para el sol todos los días a esa hora. Bajó el hombre y se fue adonde estaban el cura y su mujer. Se admiró el cura cuando vio llegar al hombre.

—Buenos días padrino —saludó.

El cura no sabía cómo contestar, por el miedo quedó como tartamudo un rato.

—¿Tan pronto, hijo?

—Sí, padrino.

—¿De veras encontraste al señor Sol?

—Sí, padrino, aquí está la contestación del señor Sol.

El cura la recibió y luego abrió la carta. Se quemó y se murió.

Igualmente la mujer, se quemó y se murió. (*huave*)³⁵

HACE MUCHO hubo un hombre que le pidió prestadas sus alas al zopilote. Se las pegó y voló rumbo al sol

—Señor, voy a seguirlo. Quiero llegar tan lejos como usted. Quiero saber dónde termina el mundo —le dijo a Nuestro Señor Sol.

—Pobre —respondió Nuestro Señor—. Si puedes aguantar mi paso, de veras eres muy hombre.

El hombre le seguía un poco atrás. A las tres de la tarde ya estaba rendido.

Se posó en un árbol, Nuestro Señor siguió.

El hombre aleteó, alcanzó a Nuestro Señor en su camino.

—Por favor, espéreme. Me esfuerzo, pero ya estoy muy cansado. Por favor, no me deje atrás.

—Pues sí que eres un viajero aguantador. Yo ya estoy acostumbrado, así es como veo por los viejos y por los jóvenes —dijo Nuestro Señor.

Cuando terminó el día llegaron al mar, donde se pone el sol.

—Si de veras quieres cruzar —le dijo Nuestro Padre—, debes hundir tres veces la cabeza.

La hundió. Cuando la sacó por primera vez, Nuestro Señor aún no había cruzado el mar. Tampoco a la segunda; pero a la tercera, ya Nuestro Señor había atravesado.

—Cruza, ya está seco el mar.

El fondo del mar estaba cubierto de oro. De nuestro lado había dinero, del otro lado había dinero. Había dinero de una orilla a la otra.

“¿Para qué cruzar si lo que quiero es dinero?” pensó el hombre. Recogió un puñado de monedas y se las metió en la faja. Pesaba tanto que casi no podía pararse. Pero ni con eso quedó conforme. Llenó su pañuelo y se lo amarró muy bien en la cintura. Y entonces voló hacia su casa.

Llegó ya tarde, de noche. Ya no regresó al amanecer con Nuestro Señor. —No le hace —le dijo a su mujer—. Ya cumplí mi deseo, ya vi dónde termina el mundo. “Hunde la cabeza tres veces”, me dijo Nuestro Señor. Y eso hice. No vi cómo cruzó Nuestro Señor. ¡Y el dinero! Ya no quería regresarme, ¡Cómo me gustó poder agarrarlo; lo agarraba a manos llenas! ¡Si vieras cuánto! ¡Si pudieras tocar tanto! Basta con recogerlo, está allá donde se esconde el sol. El problema está en traerlo desde allá. Ya no aguanté hasta acá; al llegar al Calvario, allí hice un agujero y enterré un poco. Agarra éste, voy por el resto.

Voló con el dinero en el pico, pero se lo tragó. Tal vez fue el pago que tuvo que hacer su cuerpo por tanto esfuerzo. Volvió a volar. Agarró el dinero que estaba en el pañuelo. Se lo llevó a su casa.

ANIMALES AGRADECIDOS

—¡Mira cuánto dinero! El trabajo es traérselo. Lo agarré en mi mano, me lo puse en la boca. Pero no pensé que en el camino iba a darme sed. En el Calvario sentí que se me salía del pecho el corazón, bebí agua. Fue entonces cuando me tragué el dinero. A saber si no me muera por eso, se siente muy mal mi estómago.

Su esposa le dio de beber agua con azúcar y luego fue a avisar a las autoridades.

—Mire, señor Magistrado, no sé qué hacer. Ya hace cuatro días que mi marido regresó del fin del mundo. Encontró dinero allá. Lo agarró y se lo trajo. El problema es que en el camino le dio sed y bebió agua. Y verán, pues se tragó el dinero con el agua y yo no sé qué hacer. ¿Debo operarlo? ¿Creen que reviva?

—Ah, podemos cortarlo, pero ten por seguro que no te vamos a dar el dinero. Si sale cierto que tu marido se tragó el dinero nos lo vamos a quedar, por lo del pago del examen del Juez de Paz. Y ¡a saber si nos dices la verdad! ¿Cuándo iba a llegar al fin del mundo, tan lejos?

—Bueno, si no quieren operar a mi marido para que no muera... —dijo la mujer. No lo abrieron. El pobre se murió por tragarse el dinero. Sus hijos vivieron de la plata y el oro que trajo desde el fin del mundo, de lo que hay donde desaparece Nuestro Padre. (*tzotzil*)³⁶

CUENTAN QUE DENTRO del cerro del Zempoaltépetl hay un tesoro para el que logre pasar las pruebas y quiera ese dinero. El cerro tiene una entrada solamente, es un agujero; el que quiera pasar tiene que llevar un guajolote blanco vivo.

Ya dentro, se empieza a caminar y lo primero que se encuentra es un río donde hay

una culebra atravesada; para que la culebra deje pasar a los que van, hay que decirle groserías.

Más adelante se encuentra un Cristo; para que deje pasar hay que maltratarlo.

Después se llega a un lugar donde se sirve de comer: allí dan un plato de frijoles, pero no son frijoles, sino moscas. La que sirve allá va a preguntar qué clase de chile quieren, si verde o chile pasilla: al que pide chile verde le dan una lagartija y al que pide chile pasilla le dan un tlaconete.

Después de comer se llega a donde está una culebra cuidando el dinero: es una culebra de siete cabezas; el que quiera el tesoro, debe pasar por allí. Al que invoca a Dios, se lo come la culebra; al que no tiene miedo, lo deja entrar adonde está el señor del Zempoaltépetl, sentado con su señora. Les dice a las personas:

—Ya pasaste todas las pruebas difíciles, recibirás tu dinero hoy en la noche, regrésate a tu casa y deja la puerta y el baúl abiertos. Si tú o los de tu casa oyen un ruido en la noche, no deben levantarse.

Al otro día, amaneciendo, la persona ve que el baúl ya está lleno de plata pura.

Todas las personas dicen que los que cumplen los pedidos del Zempoaltépetl, consiguen el dinero y que los que no los cumplen, no regresan; se quedan allí para siempre. (*mixe*)³⁷

El héroe se encuentra con animales, a los cuales reparte equitativamente la comida: le agradecen dándole una parte de su cuerpo —uña, pelo, pluma, pata— que le permitirá transformarse. En varias versiones se llama de manera semejante a los ayudantes: “Dios y león”; “Adiós, mi gavilán”.

Aparece también aquí un águila devoradora: hay que alimentarla durante la travesía, como en el ciclo de Blanca Flor, mientras pregunta de qué tamaño ve el mundo: “como una bola”; “como una moneda”.

Los animales del cuento son león, tigre, jabalí, gavilán, hormiga. La capacidad de transformarse en esos animales permite al joven rescatar a la mujer cautiva: suele ser su esposa, aunque a veces es simplemente una aliada que vivía en este lugar remoto, cautiva del moro, gigante, negro, monstruo o diablo.

Se repite aquí la boda extraordinaria tras la ruptura del secreto y el rescate que permiten los dones de los animales agradecidos; pueden ser cuentos independientes o enlazados.

La segunda parte del cuento mixteco del que fue por las ranas y entregó a su hijo, continúa, tras su regreso a este mundo:

ALLÍ ESTABA, pero no se sentía contento.

—No creo que sea cierto lo que me dijiste, abuela. Iré a buscar a mi esposa. ¡Pobre de ella, me quiere mucho!

Salió y llegó al lugar donde estaba su esposa.

—¿Ya llegaste? —le preguntó su suegro.

—Llegué.

—Ya no está tu mujer; ya se fue a otro lugar. Vino un gigante y se la llevó con él.

—¿Sí? ¿Y por dónde se fueron?

—Sólo Dios sabe por dónde se irían. Se la llevó, por tu culpa, por ya no querer vivir con ella.

—¿Qué sí? Yo también me voy, entonces. Voy a seguirlos; ella es mi esposa.

Salió y se fue, se fue... Completó un mes, dos meses y seguía en el camino. Dicen que seguía, ahí iba. Llegó a un camino donde estaban cuatro animales: había un águila, un león grande, un tigre y una hormiguita. Estaban peleando por un trozo de carne que estaba allí, tirado.

—¿Por qué pelean? —les preguntó.

—¡Cómo no hemos de pelear! Encontramos esta carne y no podemos comérmola; no hay quien la reparta, por eso peleamos.

—¿Qué sí? ¿Aceptan que yo se las reparta? Se las separo y me voy, porque solamente estoy de paso.

—Está bien, señor, háganos ese favor; pártala para que podamos comerla. El tigre quiere un pedazo grande y el león quiere comer mucho; el águila se conforma con más poco y a mí me dicen que me darán menos. No estamos de acuerdo, por eso peleamos —dijo la hormiguita colorada.

—Está bien, yo repartiré para que coman y me voy.

Sacó su cuchillo y partió la carne para que la comieran. Comió el león y comió bastante, comió mucho el tigre, comió un poco menos el águila y comió sólo un poquito la hormiguita. Quedaron conformes.

—Ahora sí, ya está. Bueno, hermanos, aquí se quedan y yo seguiré adelante; soy viajero, voy de paso.

—Está bien, hermano. Dios te pagará el favor que nos hiciste: repartirnos la comida. Fue un gran favor para nosotros, pobres: nos hiciste un bien. Además, nosotros sabemos por qué viajas —dijeron los animales—. Vas a recoger a tu mujer.

—Dirás: “Adiós mi gavián”, y no tardaré en llegar a ayudarte —dijo el águila.

—Me recordarás, me llamo león. Acuérdate de mí también, te ayudaré, te haré un favor, no te preocupes.

Lo mismo dijo el tigre: —No te preocupes, te ayudaremos. No morirás ni acabarán contigo, porque nos hiciste un gran favor.

—Recuérdame también a mí —dijo la hormiga—. Cuando llegues a recoger a tu mujer, no podrás entrar. Encontrarás siete puertas cerradas guardando a tu mujer; el gigante la encerró. Llegaré a ayudarte, siquiera eso haré por ti, ya que soy tan pobre, tan pequeña.

—Está bien, entonces.

—Yo soy quien te llevará. Ten en cuenta y recuerda que debes decir: “Adiós mi gavián”, para ir lejos cada día.

—Está bien.

Se despidieron, y el hombre se fue. Al rato de caminar dijo:

—Adiós mi gavián.

Y el hombre pudo volar; fue rápido, como si volara. Al quinto día llegó al pueblo donde estaba su mujer. Le preguntó a un soldado que estaba de guardia:

—Mira, señor, ¿qué no llegó mi mujer por acá? Era de por allá, de aquel rumbo.

—¡Cómo no, señor! Aquí llegó; la trajo el gigante, llegó con ella. ¡Pobre de ti! No podrás recuperarla porque el gigante te matará; es muy fuerte. No sólo tú peleas contra él, todos peleamos. Pero ni siquiera todos juntos podemos vencerlo. Se come a todos, es muy fuerte.

—¿Qué sí? Está bien. Lucharé contra él de todos modos. Él es hombre, yo también; se robó a mi mujer y ella es mi esposa; yo la quiero y él se la trajo: ahora, vine por ella.

—¿De verdad lucharás contra él? Entonces, vamos a reunir a todos los del pueblo y te ayudaremos a matarlo. Ese gigante come gente, ya son muchos los que ha acabado, le tenemos coraje. Pero es muy fuerte, le llaman gigante por fuerte, por come-gente.

—Está bien, júntalos, pero pelearé solo contra él; ustedes no entrarán en esta lucha.

—¿De veras lo matarás? ¿Lo dices de verdad?

—Lo voy a matar, no tengan miedo. Pelearé solo, porque defiende a mi mujer.

—Está bien, entonces.

Los del pueblo hicieron una junta y cuatro hombres ricos le prometieron:

—Si lo matas, yo te daré una tienda.

—Yo te daré un rancho con vacas.

—Yo te daré un *trozo* de chivos, o sea dos o trescientos animales.

—Yo te daré un cajón lleno de dinero si lo matas de verdad.

—¡Cómo no! Lo mataré; voy a intentarlo. Van a formar entre todos un círculo para que el gigante llegue al centro; allí llegaré a pelear contra él, y delante de todos ustedes lo mataré.

—Muchos han tenido miedo. ¿Será cierto lo que dice éste? Lástima, no aguantará; no logrará matarlo. Pobrecito, no alcanzará ni a llenarle el estómago al gigante —decían los del pueblo.

—No se preocupen. No tengan miedo ni lástima por mí; lo voy a matar, mi corazón es diferente —les decía el hombre pobre. Y les recomendó: —Si el gigante pide agua para beber, no se la den; si yo se las pido, me traen un cántaro, para que beba, para que recupere la fuerza y pelee contra él.

—Está bien.

Él estaba tranquilo y alegre; tenía a sus amigos del camino que lo ayudarían, aquellos a quienes les había hecho un favor.

—Voy a donde está mi mujer y regreso. No se preocupen, que lucharé contra el gigante.

—Está bien.

Caminó hacia la puerta del lugar donde estaba su mujer. Llegó: “Y ahora, ¿cómo haré para entrar?”.

Y que se va dando cuenta de que allí estaba la hormiga.

—¿Ya llegaste?

—Sí, aquí llegué, hermano.

—¿Vienes siguiéndome?

—Sí, vengo detrás de ti. ¡Pobre de ti! Nos hiciste un gran favor y nosotros tenemos que corresponderte. No te preocupes.

Llegaron también el tigre, el león y el águila.

—Nos pusimos de acuerdo y venimos a ayudarte, porque eres nuestro amigo, ya nos hiciste un favor.

—Muy bien, hermanos, Dios se los pagará. Ya me enteré de que mi mujer está aquí, pero todos tienen miedo de que muera.

—No tengas miedo; nosotros peharemos contra él, no tú. Con nuestro poder engañaremos a todos; creerán que eres tú quien pelea, eso verán; pero nosotros somos quienes peharemos: el águila es la más fuerte; el tigre y el león también son fuertes. Nosotros lucharemos contra él.

—Hermano, súbete encima de mí y te iré a dejar a donde está tu mujer. Llegarás a donde está y le dirás que venga contigo, sin miedo. El gigante ya está enterado de que llegamos —dijo la hormiguita.

Salieron y llegaron hasta la primera puerta. Con su poder, la hormiguita ya lo había transformado en otra hormiga roja, y así pudo entrar el muchacho por la ranura de la puerta. Subió, pasó otra puerta, y otra puerta, y otra puerta, y así hasta llegar a donde ella estaba. Estaba allí, muy tranquila cosiendo en su máquina. Despacio se subió la hormiga sobre ella, subió su marido hasta llegar al hombro de su mujer. Le dijo:

—Mamacita, ¿aquí vives?

La mujer volteó, pero no vio a nadie.

—Soy yo; yo soy quien te está hablando; te pregunté si aquí vives.

Ella vio que tenía una hormiga en el hombro; la sacudió y la tiró al suelo. Él se puso de pie. De repente se convirtió de nuevo en hombre, allí estaba de pie.

—¿Qué ya llegaste?

—Sí, mamacita, vengo a seguirte.

—¿Y para qué me seguiste, hermano? Morirás ahorita mismo, pues el gigante es muy fuerte; se ha comido a mucha gente. ¡*Cuántimas* a ti! ¿Cómo hiciste para entrar?

—Vine a traerte y te irás conmigo. Pelearé contra el gigante; tú eres mi mujer; tú misma me corriste pero yo tuve la culpa; obedecí a mi abuela y por eso me sucedió todo esto. Vine a llevarte, no tengas miedo de venir conmigo: le ganaré al gigante. Si me ha de comer, pues que me coma; tú no te apures, sólo a mí me comerá, no a ti.

—Muy bien, vamos, pues.

Ella agarró las llaves y abrió las puertas. Una tras otra las iba abriendo. Al asomarse a la última, ya estaban allí todos los del pueblo, y también el gigante.

—¿Qué pasó, amigo? ¿Qué haces con esa mujer? ¿A dónde te la llevas?

—No voy a hacerle nada; es mi mujer.

Dijo el gigante: —¿Y ahora? Ustedes son testigos: este pobre muchachito dice que vino por su mujer; pero no es su mujer, es mía. Ahorita mismo me lo como.

—Muy bien. Nomás me quito el sombrero; luego me comes.

Se quitó el sombrero y se hincó. Empezó a decir:

—Adiós mi gavilán, adiós mi tigre, adiós mi león.

Entonces alzó las manos para pelear.

—Ahora sí, vamos a pelear un poco. Si ganas, recibes a tu mujer, que se quede contigo si de veras es tu mujer. Es mi mujer, y me la llevo porque me la llevo.

—Está bien.

El gigante se agachó y el muchacho brincó con agilidad y lo agarró por la nuca. Empezaron a pelear. Según dicen, los que estaban allí parados veían pelear al hombre, pero no era él quien peleaba sino sus amigos del camino. Ellos lo ayudaban; el muchacho, el verdadero esposo, estaba parado entre la gente y nadie se imaginaba que era él quien estaba allí, pues lo estaban viendo pelear contra el gigante: quién caía, quién se levantaba, quién volvía a caer, quién se volvía a levantar. Así estaban peleando; dos horas pelearon así.

Mientras, los cuatro ricos que apostaron la tienda, el rancho de ganado, el trozo de chivos y la caja de dinero, estaban muy contentos.

—¿Será cierto? ¿Matará al gigante? Si gana, se llevará todo lo que le prometimos. No importa, ¡que gane!

Así pasó una hora, así se completaron dos. Por último, el águila le saltó a los ojos. El gigante cayó, y el águila le sacó los ojos. El hombre pobre fue a sentarse encima del gigante y dijo:

—Ahora sí, señores, vean. El gigante está muerto, le gané.

—Vamos a ponernos de acuerdo —dijo uno de los ricos—, porque yo no le doy la tienda, aunque haya ganado.

—¡Ah no! Ya quedaste en dársela y ahora se la tienes que dar —dijeron los demás—. Si Dios le ayudó a ganar su sustento, ahora se lo das. Ya mató al gigante, tienes que cumplirle.

—Bueno, no le hace; si por fin le ganó... —aceptó el rico.

El muchacho ganó la tienda, ganó el rancho de ganado, ganó el trozo de chivos, ganó el cajón de dinero: se hizo rico. Se regresó a su pueblo con sus cosas y con su mujer. Cuando llegaron, su mujer le aconsejó:

—Vas a hacer una casa para que vivamos aparte, pues no vamos a estar a gusto con tus padres. Vamos a poner una tienda para ganar dinero, Dios premiará el que hayas ido a buscarme, pues por fin me creíste. No soy gente de monte; desconfiabas de mí y por eso oíste el consejo de tu abuelita. No tengo patas de gallina; tengo pies de gente. Y tampoco soy hija de cualquiera: soy la hija de San Marco.

—¿Eres hija de San Marco?

—Soy su hija. Mi padre es quien gobierna el mundo y la lluvia; tiene a su cargo a todas las personas, él es quien las alimenta. Por eso mismo ayudó a tu padre; lo encomendó a Dios y él logró sacar sus ranas y de allí sus alimentos. Y si ahora llegamos hasta el pueblo es porque mi padre nos dio fuerza, nos ayudó.

El muchacho hizo una casa de diez brazadas, y él y su mujer la llenaron de cosas. Pusieron su tienda y tuvieron sus animales. No les faltó nunca nada. Esto fue gracias a la suerte del padre de ese muchacho, quien un día salió al río a atrapar ranas. Platican así este cuento antiguo, cuento de nuestros abuelos, porque así lo platicaron ellos. Así termina. (*mixteco*)³⁸

La versión del mismo cuento recopilada por Segre en la Sierra Norte de Puebla, comienza también con el rapto de la esposa. Sigue un confuso reparto de comida entre león, jabalí, gavián y hormiga. La vieja dueña de los pájaros llama a un gavián para que lleve al hombre, mostrándole el camino. Aquí no hay que darle nada a cambio: no hay comida ni preguntas, el héroe debe volar junto al guía. Llega por aire a donde está el hombre rojo con la mujer raptada, entra por un resquicio, transformado en hormiga. El héroe lucha contra un contrincante invencible, puesto que tiene el alma o el corazón fuera del cuerpo. Ella le pregunta por su tonal —que en Europa aparece como corazón o alma externada en cuentos como “El Gigante que no tenía el alma dentro del cuerpo”. En ambos casos, europeo y nativo, el *tonalli* es un objeto tangible y cuidadosamente resguardado en un huevo, no una entidad metafísica. Descubierta el secreto, el protagonista mata con toda facilidad al contrincante. En la versión poblana, la mujer se transforma también gracias a las prendas que le dieron los animales a su marido para poder regresar al mundo usual.

UN DÍA UN HOMBRE se casó con una muchacha. Trabajaba cada día, se levantaba temprano y regresaba de noche. Una vez regresó y no encontró a su esposa. Entonces el hombre empezó a llorar y a llamarla, pero la mujer no le respondió. Fue a buscarla en el campo de café, donde encontró a unos hombres. Empezó a preguntarle si habían visto dónde había ido su esposa. Le dijeron: —Se la ha llevado el hombre que venía cada día. ¿Qué, no lo sabías?, venía todos los días. Venía a ver a tu esposa a mediodía; como nosotros trabajamos aquí, la hemos visto. Se fue hace poco para allá.

Él les respondió: —Bien, si es como ustedes dicen, voy a buscarla.

El hombre se fue. En el monte reparte comida entre un león, un jabalí, una hormiga y un gavián, que le dan prendas para llamarlos cuando los necesite.

Luego la vieja dueña de los los gavilanes llama a sus hijos para preguntarles si han visto a la esposa perdida. El hombre vuela hasta donde está la esposa, entra convertido en hormiga a la gruta donde está la mujer y le avisa quién es.

Entonces la mujer empezó a frotarse las orejas sintiendo que le hablaban y la hormiga cayó al suelo. El hombre rojo le dijo a la mujer: —¿Por qué te frotas las orejas? Ella respondió: —Me duelen mucho.

La hormiga subió de nuevo. Llegó otra vez a su oreja y le dijo de nuevo: —Mujer, mujer, soy yo, tu marido.

Entonces la mujer escuchó tapándose las orejas y empezó a escuchar cuanto le decían. El hombre rojo le preguntó a la mujer: —¿Por qué te tapas las orejas? —Me duelen mucho. Desde hace tiempo sufro de esta enfermedad.

La hormiga empezó a hablarle más. Le dijo que preguntara al hombre rojo dónde se encontraba el *tonal* de su ser. La mujer le preguntó al hombre: —¿Dónde vive tu tonal, hombre rojo?

El hombre rojo le respondió a la mujer: —Por ahí, pero, ¿por qué lo quieres saber? —Nada, sólo por saber.

Entonces el hombre rojo le dijo a la mujer: —Mi tonal está en una cima muy en alto. Ahí vive un jabalí. Si matan a este jabalí, yo no moriré. Del jabalí saldrá una paloma blanca y aunque maten a la paloma, ni siquiera así moriré. De la paloma blanca saldrá una víbora, si a esta víbora la dividen en dos y le quitan un pequeño huevo y lo rompen, entonces sí moriré, aunque esté yo sano.

El hombre transformado en hormiga escuchó todo esto. Después le dijo a la mujer: —Pregúntale todavía más, para escuchar bien lo que dice.

El hombre rojo se puso a contar de nuevo: —Mi tonal vive en una cima muy alta, ahí vive un jabalí, él tiene mi tonal. Si matan al jabalí yo no moriré.

La hormiga escuchó todo y se fue. Salió de la gruta, se puso la pluma que le habían dado los animales y rápidamente se fue volando.

Miró por todas partes hasta que vio una cima muy alta, fue ahí y se paró, se quitó la pluma que traía para ponerse la pezuña del jabalí. Después fue a donde estaban sus otros hermanos jabalíes y empezó a hablar con ellos: —Yo me beberé una copa de vino, te daré un puñetazo e irás a caer muy lejos.

Uno de sus hermanos respondió: —Yo beberé un vaso de agua te daré un puñetazo e irás a caer muy lejos.

Otro de sus hermanos respondió: —Yo beberé un vaso de agua te daré un puñetazo y morirás.

Entonces vino una muchacha y escuchó lo que decían aquellos animales. Después

fue a su casa y le dijo a su padre “aquellos jabalíes dicen que se tomarán una copa de vino, que se golpearán y que se matarán”.

El hombre respondió a su hija: —Déjalos, dales de beber, tienen sed, por eso dicen eso.

La muchacha se fue y empezó a darles de beber y mientras bebían aquellos animales se decían: —Me beberé una copa de agua y te daré un puñetazo que morirás al instante.

Entonces lo golpeó, aquel cayó y murió al instante. El que se convertía en hombre, rápido empezó a cortarlo en dos, le sacó una paloma; mató a la paloma y le quitó una víbora. Descuartizó a la víbora y le quitó un huevo pequeño. Cuando terminó este trabajo, regresó, se puso sus alas y así llegó a donde estaban. Se convirtió de nuevo en hormiga y entró con cautela hasta encontrarse con su esposa. Le dio el huevo que llevaba. Le dijo en secreto: —Toma este huevito.

La mujer empezó a hacer preguntas y en el momento en el cual el hombre dijo que rompiendo aquel huevo estaría muerto, en aquel mismo momento se lo tiró en la cara. Y el hombre rojo cayó.

—¡Mira, ya está muerto! —dijo el hombre a su esposa. Después todavía le dijo: —¡Debemos irnos, vámonos ya!

Pero su esposa le respondió: —Yo no podré salir.

Le dijo: —Me han dado una uña de hormiga, tómala y pónstela sobre una uña y podrás salir de aquí. Entonces le dio a su esposa la uña, y la mujer empezó a decir: —¡Oh Dios, ojalá me convirtiera en una hormiga roja!

La mujer se convirtió y salieron. Cuando estuvieron afuera el hombre dijo todavía: —Vamos, ¿podrás caminar o cómo iremos?

Le respondió: —No llegaré, está muy lejos!

—¡Toma una pluma de gavilán para poder volar! —le dijo.

Y ella la tomó y se la puso, y pronto comenzaron a volar. Cuando llegaron de nuevo a su casa, el hombre dijo a la mujer:

—Te habían llevado muy lejos.

—Sí.

Aquí terminó este cuento. (*náhuatl*)³⁹

En la versión europea se invoca igual a los ayudantes: “Dios y león”. Los españoles relatan que el corazón del gigante está en una laguna del bosque, dentro de una serpiente de siete cabezas, que tiene en su interior una liebre, con una paloma dentro, que tiene el huevo de la vida: tras luchar con el león, el galgo cumple su papel alcanzando a la liebre y el gavilán a la paloma. El héroe termina con su adversario estrellándole al

malvado el huevo en la frente.⁴⁰

SIETE TORRES de mármol, se llama.

Bueno, para completarlo, había un rey y también tenía su hijo.

Andaba el hijo, comenzó a ir a la escuela. Comenzó a leer un poco, ya leía un poco.

Cumplió los once años, ya tenía once años.

Fue y dijo: —Oye, papá —dijo—, voy a salir hoy a un trabajito. Voy a traer un poquito de dinero de los ricos.

—Pero hijo, la cosa es que no tienes nada... no tienes comida, no tienes qué beber, no tienes ropa, ni zapatos, ni sombrero ni nada de eso.

—Papá, pero si te mueres mañana, ¿cómo voy a encontrar mi vida? Por eso quiero hacerlo.

—Bueno, hijo, si eso es lo que quieres, hazlo. Por mi parte, si te metes en problemas, yo pago. Y si algo ganas, está bueno.

Se fue y se llevó cinco mulas y comenzó a trabajar.

Pero allá donde iba a traer la carga había un laguito. Bueno, él iba por carga, llevaba la carga y la acarreaba así. Anduvo así, como si nada, pero un día, vio venir tres palomas. Llegaron y se posaron en la rama de un árbol. Luego fueron y se echaron en el lago, se comenzaron a bañar. Después de bañarse salieron y se volvieron a posar. Apenas se habían posado, la primera niña dijo:

—Jesús, si el Príncipe Moreno se casara conmigo, le haría una casa de oro puro.

Y la niña de en medio le contestó: —Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo le haría una casa con siete torres de mármol.

La más chiquita dijo: —Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo sólo le haría un traje, pero hecho de diamantes —dijo la menor, alisándose las plumas sobre la rama del árbol.

Apenas terminar de decir esto, levantaron el vuelo, se fueron.

Los arrieros terminaron de amarrar los bultos en las bestias y se fueron. Llegaron a donde estaban los ricos. Les contaron que habían llegado allí tres palomas, porque hacía mucho que no veían ninguna.

—Bueno, si así sucede allí, está bueno. Si van para allá, preparen otra vez mi caballo.

—Ajá, está bueno.

Bueno, llegaron allá los arrieros y le prepararon al rico su caballo.

—Vámonos.

—Está bien.

Se fueron, se fueron hasta llegar a donde recogían la carga, se fueron con las mulas. Llegaron, amarraron los caballos para que tomaran agua. Ya bebieron y allí se es-

condió el príncipe entre los arbustos, donde no pudieran verlo.

Llegaron las palomas y se posaron. Se metieron al agua. Entraron, salieron y se volvieron a posar. Dijo así la primera:

—Jesús, si el Príncipe Moreno se casara conmigo, le haría una casa de oro puro.

Y la niña de en medio le contestó: —Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo le haría una casa con siete torres de mármol.

La más chiquita dijo: —Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo sólo le haría un traje, pero hecho de diamantes.

Allí estuvieron sentadas así, y luego se echaron a volar, se fueron.

El Príncipe Moreno lo vio. Regresó a su pueblo. Llegó al pueblo, desensilló su caballo, colgó su sombrero, se fue. Pero no se fue a su casa a dormir, durmió en la calle. Pasaron siete días y él en la calle, allí dormía y allí despertaba.

Una mañana, pasó una vieja, ahí iba pasando chici-tomin, chici-tomin, chici-tomin con su bastón.

Bueno, iba diciendo: —¿Será posible, Príncipe Moreno —decía—, tú qué crees? —decía.

—Aunque te dijera, vieja, ¿tú qué sabes?

—¿Eh? ¿Qué no estás enterado? Las viejas sabemos muchas cosas, ya ves.

—Bueno, a ver, dime.

—Bueno, si quieres saber, aquí llegan tres palomas al aguaje y cuando llegan cantan: y dicen “si el Príncipe Moreno se casara conmigo, le haría una casa de oro puro”.

La niña de en medio le contesta, “Bueno, yo no, si el Príncipe Moreno quisiera le haría una casa con siete torres de mármol”. Ajá, así. La más chiquita: “No, bueno”, dice, “yo sólo le haría un traje, pero hecho de diamantes.”

—Ah, está bien.

—¿No estabas pensando en eso?

—Bueno, sí era en eso.

—Bueno, pues deja de pensar, tienes hijos. Ve y diles que vayan a todas las casas del pueblo y que traigan pegamento. Seis libras de pegamento: no más, no menos —dijo ella.

—Está bien.

Bueno, entonces rápido fue a su casa. Llegó y les pidió a sus niños que fueran. Comenzaron a buscar el pegamento, fueron por él, lo encontraron. Anduvieron por todo el pueblo. Lo compraron, lo pesaron hasta tener seis libras: ni más ni menos.

—Lo pondrás donde se posa la más pequeña.

—Está bien, bueno.

Salió y llegó a la orilla del aguaje, porque ya sabía dónde se posaría la más pequeña. Se trepó pronto y allí puso la goma. Después se escondió entre los arbustos. Hmmm,

allí entre los árboles estaba escondido.

Poco después pasaron las palomas por la orilla del árbol y directamente se fueron hasta el agua. Después de bañarse, cuando ya terminaron de bañarse, volaron y se posaron en las ramas del árbol. Comenzaron a alisarse las plumas y cuando terminaron la primera niña dijo así:

—Jesús, si el Príncipe Moreno se casara conmigo, le haría una casa de oro puro.

—Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo le haría una casa con siete torres de mármol.

—Yo no. Si el Príncipe Moreno se casara conmigo sólo le haría un traje, pero hecho de diamantes —dijo.

—Ah, está bueno.

Cuando terminaron de alisarse las plumas, cuando ya terminaron, las palomas se prepararon para volar, pero la más pequeña estaba pegada, quería emprender el vuelo pero no podía. Allí la dejaron en la rama del árbol. Vio al príncipe, que venía corriendo. Se agarró del tronco del árbol y subió. Cuando ya iba a llegar a agarrarse de la rama del árbol, puc, cayó hasta el suelo.

Allí se quedó sentado. Se sentó, no sintió que le hubiera pasado nada, rápidamente volvió a subir. Ya iba llegando a la rama cuando se resbaló de nuevo, poh-xoom, se cayó.

Otra vez se sentó como si nada y muy rápido volvió a subir. Llegó a donde estaba la más pequeña y la agarró. Agarró a la más chiquita y la zafó del pegamento.

—¿Es posible, Príncipe Moreno, que sea tu prisionera? Eso creo, ¿qué no? —le dijo ella.

—Hmmm. Bueno, avientame para que estemos parejos.

—¡Ja!, ¿qué te crees? ¿Cuántas veces me caí hoy por tu culpa? Si te aviento, te irás de veras.

—Ah, no señor —le dijo ella—, ándale. Avientame.

—No, no, no—. Se subió a su caballo sin soltarla y así se fue. Siguieron y así, sin soltarla, se enamoró de ella. Estaba cansado y así siguió. Y ella diciéndole que la aventara. Y se transformó en una muchacha, en una muchachita como las muchachitas. Así siguieron los dos.

Bueno, se acercaban a la orilla del pueblo.

—Me avisas cuando lleguemos a orillas del pueblo.

—Bueno.

Al acercarse al pueblo le avisó:

—Bueno, ya llegamos al pueblo.

—¿Ya? ¿Hay algún terreno sin dueño?

—Hay. En la mera orilla del pueblo hay un patio abandonado.

—¿Sin dueño? Ah, está bueno.

Llegaron a donde estaba el patio, entraron, allí había un palo muy grande de cedro. Allí entraron y allí se sentó la niña. También se sentó allí el príncipe. La niña se recostó en las piernas de él y se quedaron dormidos. Se durmieron y cuando despertaron, cuando terminaron de dormir, ella hizo la casa, hizo la casa de las siete torres de mármol que le había dicho. Le dijo a él que abriera los ojos y allí estaban las siete torres de mármol, su casa.

Antes nomás había un terreno lleno de árboles, lleno de espinos.

—Bueno, aquí estamos.

—Está bueno.

—Tu papá todavía no sabes que te encontraste con alguien.

—No lo sabe.

—Pues mejor le avisas, llegas hoy y le dices al llegar, lo saludas y le dices que ya encontraste esposa. Él te preguntará por qué no me trajiste al pueblo y tú le dirás que aún no es tiempo, que la llevarás cuando sea el tiempo de que la conozca.

—Está bien.

Bueno, pasaron los días. Así siguieron y entonces el señor rey recibió un papel. Había un levantamiento en su contra, un gran levantamiento. Llamó al príncipe y le preguntó si estaba dispuesto a ir a la guerra y ganarla.

—¿Por qué no?

Así, como si nada. Fue con su esposa. Llegó con la muchachita y le dijo:

—Oye, niña, ¿a que no sabes lo que voy a hacer? Voy a ir a ganar una guerra.

—¿Cómo es posible, príncipe, por qué aceptaste? Si la cosa está así, vete. Si ya te comprometiste, vete. Una sola cosa. Si tu padre y tu madre te quieren, no pasará nada. Pero si no, si vienen a asomarse aquí, bueno... entonces tendrás paciencia, no me verás hasta que veas las siete torres de mármol.

—Bueno, está bien —le dijo él.

Llegó el tiempo de partir, salió y se fue. Podía ver desde siete leguas de distancia las torres de su casa. Después ya no las vio, avanzó y ya había perdido la torre de su casa. Llegaron a donde estaba la guerra y comenzaron a pelear. Ganó la bandera y se regresó.

Bueno, mientras él se regresaba, la madre fue casa por casa en el pueblo buscando las llaves. Se encontró un manojito de llaves para poder ir y abrir la casa. Hasta que llegaron.

—No, no podemos entrar —dijo el rey— si entramos le haremos un mal a la niñita.

—¿Cómo hemos de hacerle un mal? Además, ni tenemos la llave.

—¿Tú no la tienes? Pues yo sí.

Y la sacó de entre todas sus cosas.

—Vamos.

—Está bien, si tú dices, vamos—. Y se fueron.

¿Qué no se fueron? Llegaron. Comenzaron a abrir la casa. La abrieron, ¡nada! Fueron y abrieron seis cuartos, ¡nada!, estaba vacío, no había nada. Al llegar a la séptima pieza, la abrieron y salió volando una paloma. Voló delante de la madre, cayó ella para atrás. Bueno, se fue.

Y el hijo ya venía. Cuando estuvo a siete leguas del pueblo, pudo ver que no estaba la torre de su casa.

—Ah, madre, ya estoy vencido.

Fue a casa de su padre y le entregó la bandera al señor rey. Se la dio. Y cuando terminó de dársela:

—Bueno, hijo, tal vez tú no lo sepas, pero te he hecho un mal.

—Aah, me has hecho un mal.

—Pero, hijo...

—Antes tuve un padre, antes tuve una madre, pero hoy ya no tengo nada. Es malo que me vean aquí en el pueblo, pues me han hecho un mal. Hoy me iré, acompañado solamente por la gracia de Dios.

Habló, así dijo: —Humm, bueno, ¿qué más? Ya está hecho. Sólo porque eres mi padre estás a salvo. Si no lo fueras, hoy mismo te colgaba.

Bueno, se preparó y salió. Se fue, se fue hacia la montaña, hacia la montaña, hacia la montaña. Vio que ya se había alejado más de cincuenta leguas.

Vio que ya estaba a más de cien leguas.

—Por aquí anduvieron unos cazadores.

Y siguió, siguió. Ningún hombre había entrado antes a esas montañas.

—Apuesto que aquí me comerán —dijo el príncipe.

Siguió, siguió. Al ir, escuchaba ecos. Llegó más allá de ciento cincuenta leguas.

Bueno, entonces se subió a un árbol. Cuando se estaba subiendo escuchó que venían. Eran un tigre y un león. Allí, en ese árbol, habían alcanzado a un venado grande. Mataron al venado, tras matarlo, dijo uno de ellos:

—Escucha, vamos a comerlo.

—Huh. Pero no podemos comerlo juntos, porque yo fui quien lo mató. Me lo comeré yo solo.

—¿Qué dijiste? ¿Qué no ves que entre los dos lo matamos? Bueno, entre los dos lo comeremos.

—Bueno, si no me dejas comer, entonces tendremos que pelearnos.

El muchacho había escuchado. Allí nomás estaba sentado viendo. Bueno, entonces

voltearon y lo vieron.

—¿Es posible, muchacho? ¿Qué estás haciendo allí?

—Pues nada, estoy escuchando cómo se pelean por la carne.

—¿De veras? Escucha, muchacho, haznos un favor: baja de allí y repártenos esta carnita.

—¿Hnuu? No, no lo haré, con eso no se hartarán, si yo bajo cuando terminen me comerán a mí. Huuum, ¡no señor!

(Miedo, verdad, tuvo miedo).

—No, muchacho, ¿no ves que no te haremos daño, un favor se contesta con otro favor?

—Bueno, está bien. Pero les pido que se alejen veinte metros; que se alejen. Sólo así bajo.

—Bueno, muchacho, bueno.

Se fueron y hasta allá se sentaron. El muchacho bajó y comenzó a cortar. Cortó la cabeza y la apartó.

Sacó los intestinos del venado.

Por allí andaba un águila. Pi iu, pi iu, decía. Los agarró. Hi in, los echó al aire y allí los agarró, se los comió el águila, los terminó.

Y, luego, las hormigas ya tenían casa: la calavera. La cabeza era una casa de piedra para los hijos, para sus hijitos.

—Bueno, hombre, bueno. Aquí está su carne, vengan a comerla.

—Está bueno.

El muchacho salió al camino y se fue.

Se fue, se fue y mientras iba por las montañas allí se quedaron con la carne. Quieren comer, quieren comer pero no comienzan a comer.

—Hombre, lo que debíamos hacer —dice—, lo que habríamos de hacer es darle un poco. Tsk, ve a llamarlo.

Al oír esto el tigre: —Vamos—. Corrió tras el muchacho.

—Espérame, muchacho, espérame.

Al escuchar los gritos del tigre, el muchacho dijo:

—Ay, mamá, fue cierto, no han terminado, van a comerme. Tsk, ¿para qué corro? Ya, de por sí.

Se detuvo, llegó corriendo el tigre.

—Escucha, muchacho, regrésate conmigo.

—Aay, Jesús, si de por sí me vas a comer, aquí cómeme.

—No, verás, no queremos hacerte daño. Regresa.

—No, no señor, si quieres vamos, pero tú camina delante, yo iré detrás.

Y comenzaron a irse.

—Vámonos.

Fueron, regresaron.

—¿Pero qué te pasa, muchacho? Nos hiciste un gran favor, nos dividiste la carne, queremos darte un poco para que comas. Fíjate, ¿no quieres un bocado?

—Bueno—. Y lo agarró.

El águila todavía andaba por allí, gritando.

—Estás tan triste, tienes tanta hambre —dijo. Y agarró la carne que le habían dado, se la aventó. Lap, la agarró y comenzó a comérsela.

—Pues nos hiciste un gran favor, muchacho, aquí está una de mis uñas, arráncala. Agarró y la quebró, se la echó en el bolsillo.

—Yo también. Aquí, agárrala.

La rompió.

—Cada vez que digas “Dios, el tigre”, serás como yo —le dijo—. Estés donde estés.

—Bueno.

—Yo también, cada vez que digas “Dios, el león”, dondequiera que estés estaré también yo.

—Está bueno, bien.

—Bueno, yo también —dijo el águila—. Bueno, agarra una de mis plumas. Cógela. Y cada vez que digas, “Dios, el águila”, dondequiera que vayas, allí estaré también.

—Está bien, bueno.

La agarró y se la metió al bolsillo. Así fue.

Entonces sale la hormiguita y dice:

—Mira, como nos conseguiste una casa, yo también. También a mí me has hecho un gran favor. Aquí está una de mis patitas, agárrala.

—No, pobre de ti. Si agarro una de tus patas quedarás tullida y ya no podrás caminar.

—Pues así es, muchacho, tú me diste una casa de piedra para que vivan mis hijos, servirá muchos años.

—Bueno, si eso dices, está bien.

La agarró, se la llevó, se la echó al bolsillo con lo demás.

Bueno, siguió su camino, comenzó a trepar, ahí iba. Se fue, se fue, allá iba. Entonces se acordó: “¿Y las cosas que me dieron?”

Y dijo: “Dios, el tigre”. Dios, ¿qué?: estaba en cuatro patas y rasguñaba los árboles. Cuando estuvo bien afilado, ¡vámonos!, se levantó de un salto y salió corriendo. Se fue. Tras calcular que había corrido más o menos cien millas, dijo: “Dios, la gente”. Y se transformó.

—Corrí cien leguas —dijo.

Transformado en gente dijo: —Dios, el león —y se lanzó por en medio del bosque y corrió, corrió, corrió. Allí iba. Mientras iba calculaba, calculó que había avanzado cien leguas y dijo: —Dios, la gente—. Y su cuerpo regresó.

—Vaya, bueno, falta uno —dijo—. Dios, la hormiga.

Se transformó en hormiguita, cooxol, brincó y salió corriendo, corriendo.

—Creo que ya corrí como unas cien leguas. Dios, la gente —dijo.

Pero vio que apenas había avanzado como veinte metros de donde había comenzado.

Ha. —Jesús, ¡esto no sirve!

Y siguió, siguió.

—Hay que decir otro más. Dios, el águila —dijo. Y se elevó, cooxol hi in pi iu, subió de veras alto. Vaya, ¡nomás vieras! Alrededor de las cuatro de la tarde:

—Debo bajar a la tierra, para descansar y dormir un rato —dijo. Bueno, comenzó a bajar, a bajar, a bajar...

Llegó a la rama de un árbol y se dio cuenta de que estaba en otra parte. Todas las hojas que caían del árbol estaban comidas, todas las hojas comidas, como si se hubieran caído secas. Allí había algo malo, algo malo había allí.

—Llegué a un lugar de veras malo.

Bueno, entonces vio que había una roca grande, como de seis metros.

—Dios, la hormiga.

Huuhurutz, se metió por un huequito, se metió, se metió, hasta que llegó en medio de la enorme roca, donde terminaba el hoyo. Allí se quedó también. Apenas llegó allí, cuando se ponía el sol, oyó un gruñido terrible y hasta la roca misma se puso a temblar.

La *cosa mala* se acercaba. Cuando oscureció otro poquito, neh ret, estaba mordiendo la piedra; neh ret, quitaba mordiscos a la piedra. Dios mío, conforme la noche avanzaba, se la comió. Escuchaba rodar la piedra, se estaba haciendo más chiquita, se estaba desbaratando. Jesús, estaba oliendo, sentía el olor. Olió eso, y cuando lo olía amaneció. Salió el sol y se detuvo el mordisqueo. La cosa mala se había ido. Salió muy despacito del agujero en la piedra. Así nomás salió, no vio nada. Salió, “Dios, el águila”. Y se remontó.

Voló y voló y al mediodía vi algo muy blanco a la distancia.

—Bueno, creo que voy a ir a ver —dijo. Y comenzó a irse, se fue, se fue, se fue. Como al atardecer: agua. Vio el mar. Y a un lado vio una islita allí, y vio algo muy blanco: las siete torres de mármol. No llegó hasta allá. ¿Cómo llegar? A mediodía vio voltearse el día pero no logró llegar. Llegó a la isla pero no se transformó en gente. Se quedó como águila y se durmió en un árbol. Al día siguiente temprano, “Dios, el águila”. Piiu salió volando por el cielo.

Al elevarse veía que allí estaban las siete torres de mármol y hacia allá se dirigió. Llegó como a mediodía, llegó a las siete torres de mármol. Llegó y gritó —piiu.

—Hacía mucho tiempo que no venían insectos por acá —dijo el gigante—, y hoy llegó uno.

Fue a agarrar su rifle y salió corriendo. Peen, le disparó. Cayó desde el cielo justamente detrás de la pared.

Bueno, así lo mataron. Pero no murió. Cuando le dispararon se transformó en hormiguita, cayó ahí detrás y salió corriendo. Fue a buscar a su esposa. La muchacha estaba encerrada. Entró. Por dondequiera que había cerraduras, entró por todas hasta llegar.

Llegó hasta la casa donde estaba su esposa, y vio que la puerta estaba clavada. Le dieron ganas de llorar. Bueno, le dio toda la vuelta buscando, buscando y vio un agujerito en la pared de piedra. Tam, se metió por allí: era una ranurita, pero a él se le hizo grande.

—Bueno, aquí, aquí es donde me defenderé —porque en el patio estaba el señor gigante.

Se transformó en gente. Volvió a hacerse hombre y fue a traer a la muchacha. Ella gritó, la asustó.

Se asustó al ver quién era. Había llegado el gigante. —Ya llegó, seguro.

El señor gigante llegó tintineando sus llaves. Entró a la casa:

—¿Qué te pasó, hija?

—Pues nada, papá, es que estaba soñando, fue sólo un sueño —le dijo.

—Hum hum, bueno.

La hija se levantó y él comenzó a lamer: empezó a lamer y lamer y lamer, todo lo lamió. Lamió la cama, lamió todo, volteó todo al revés y cuando terminó de voltear todo, salió de la casa.

Dejó la casa, ya estaba hecho lo que iba a hacer y se fue.

Entonces salió el muchacho, el príncipe, y dijo:

—¿Cómo estás, niña? Vine a verte.

—¿Ya llegaste, príncipe?

—Llegué.

—Vaya, mira lo que me ha sucedido. Quiero salir, si se puede. Ya llevo aquí tres semanas, ya mero me voy a morir. Estoy castigada por haberme quedado contigo, eso es lo que estoy pagando ahora.

—Unhú, bueno. ¿A dónde se fue tu papá?

—Todas las mañanas se va al bosque para cazar allí.

—Uhhú. Bueno. Voy a ver si puedo sacarte de aquí.

¡Cuxol!, corrió muy aprisa.

Había allí un pueblo donde había un rey. Fue allá a ver si el rey le daba algún trabajo. Se lo dio. Debía cuidar al ganado. Debía de cuidar al ganado y cada mañana debía sacarlo al bosque e irse con los animales. Se iban al bosque y allá comían. Él se sentó en un árbol de jícaras para cuidarlos. En eso oyó me e e eh, me e eh, al ganado y dijo: —Dios, el tigre — y salió corriendo y gruñendo.

Al llegar allá no pudo ver quién había matado al ganado, no vio nada ni a nadie. Alguien se los había comido, los había matado. Lo agarró y comenzaron a luchar. Pelearon y pelearon y pelearon y pelearon y pelearon. El gigante sabía cambiarse a tigre, así que él dijo: —Dios, el león—. Se transformó y comenzaron a pelear y pelear. Y así estaban peleando cuando el gigante dijo: —Puercoespín —y se transformó.

—Caramba, si encuentro un charco con lodo rojo y puedo beber para darme fuerza, te romperé en cuatro.

—Yo no. Si encontrara un vasito de vino, un pancito y pudiera mamar del pecho de una jovencita, te partiría en dos.

Total, nada pasó.

—No pudiste comerme. Mañana, si traes dinero en el bolsillo comerás; y si no traes, no comerás —le dijo.

—Está bueno.

Se fue, terminó la batalla. Antes de la batalla había cuarenta animales. Cuarenta. Ahora, ya había nacido otro y ya eran cuarenta y uno. Bueno, se fue con el ganado, llevaba al becerrito en brazos. Llegó con el rey. Tenía tres hijas; las muchachas caminaban por donde el ganado pastaba y donde había nacido el becerrito. Se los habían llevado. ¿Qué pasó? Nadie podía quedarse allí toda la noche a cuidarlos. Nadie podía quedarse. Bueno, fueron para allá. Las muchachas vieron que tenía toda rasguñada la espalda.

Le dijeron a su padre: —Mira, papá, por poco y se lo comen—. Le preguntaron quién había llegado al campo. Porque el muchacho tenía toda la espalda rasguñada. Es cierto. El muchacho se bañó y luego del baño se cambió de ropa. Bueno, llegaron. Fueron a darle algo de comer. Comenzó a comer y mientras estaba comiendo le dijeron:

—Oye, hijo ¿qué pasó allá en el campo, qué cosa era lo que estaba comiendo allá?

—Bueno, era un puercoespín.

—¿Qué cosa te dijo?

—Nada, sólo me dijo que si acaso encontraba un charco de lodo rojo me partiría en cuatro pedazos.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Le dije que si yo tuviera un vasito de vino, un panecito y el pecho de una mucha-

chita, lo partiría en dos.

—Uhhú. ¿Y qué le vas a hacer?

—Bueno, si tuviera eso, lo haría.

—Bueno.

El caso es que así sucedió. A la siguiente mañana había cuarenta y un animales. Pidió algo para comer y beber. Comió y cuando terminó comenzó a juntar el ganado y se dispuso a salir. La primera hija lo vio salir, escuchó lo que había sucedido, agarró un vasito de vino y un pancito, los envolvió. Los envolvió como almuerzo para el muchacho. Se fue detrás de él, pero la cosa es que no salió con él. Iba un poco atrás de él, porque el muchacho iba muy aprisa. Bueno, llegó a la orilla del campo y allí lo vio subir a un árbol.

—A ver qué pasa ahora —dijo el muchacho.

Al poco rato oyó me e eh, que se quejaba el ganado. Les estaba quebrando el pescuezo.

—Dios, el tigre—. Se transforma. Sale corriendo. La muchacha ve que es un monstruo, cae desmayada al piso, pah chan. Se terminó, ¿qué va a hacer ella? Nada. Entra y comienzan a pelear, a pelear, a pelear, a pelear.

Y después de que peleó como tigre se transformó en león.

Y comenzaron a pelear, pelear.

—Dios mío, dame un charquito de lodo rojo, para que beba y te parta en cuatro pedazos.

Bueno, acabaron de pelear y dice:

—Vámonos, mis cachorros—. Y junta el ganado y ya junto se lo lleva y ve que ya nació otro becerrito y lo lleva en brazos. Sale. Sale y llega hasta la orilla del campo y allí ve tirada a una de las hermanas. Se había cagado del susto, era la hija del rey.

—Oye, muchacha, abre los ojos, vámonos. Lava tu ropa, vámonos.

Limpio su ropa y luego se fueron. Ya había nacido otro becerrito. En vez de que se las comieran, cada vez eran más. Bueno, allí iban.

La hermana de en medio le preguntó:

—¿Cómo te fue, hermana? ¿Se lo diste?

—Cómo se lo había de dar, ese muchacho es un monstruo, cuando se transformó tenía una boca así de grande —le dijo—. Mañana puedes ir tú.

—Si tú no pudiste dárselo, ¿cómo voy a poder yo?

—Bueno, pues mañana tienes que dárselo tú.

Al día siguiente la hermana de en medio agarró la servilleta y la amarró. Después de hacerlo, se fue tras el muchacho, pero no lo alcanzó, se quedó un poco detrás de él. Él se fue, se fue. Ella se quedó donde se había quedado la otra y vio que el mu-

chacho se subía al árbol. Cuando oyó al ganado balar volvió a transformarse y salió. En ese momento ella se desmayó. Cayó allí desmayada.

Bueno, llegó allí gritando:

—¿Quién te ordena que mates al ganado, quién?

Nadie respondió y el seguía cuidando al ganado.

—Te estoy hablando.

Nadie le contestó. Bueno, comenzaron a pelear, a pelear, a pelear. Cuando se cansó del tigre se transformó en león. Pelearon y pelearon y mientras el puercoespín, que no podía transformarse en otra cosa, se cansó. Pero volvió a pedir un charco de lodo rojo, para ganar fuerza.

—Caramba —decía, ya se le notaba muy cansado—. ¿Dónde está el charco de lodo rojo donde pudiera beber, para partirme en cuatro?

—Yo, con un vasito de vino, un pancito y el pecho de una muchachita te partiría en dos.

Pero nadie se lo dio.

Bueno, así terminaron de pelear.

—Mañana a fuerza tengo que venir, mañana.

—Si lo pagas con tu dinero, podrás comer; pero si no pagas, no lo comerás.

Bueno, se acabó. Él siguió y ya habían nacido tres becerros. Salió a la orilla del campo y allí estaba tirada la muchacha.

—Vámonos —y la levantó. Ella se arregló la ropa, se alistó y se fueron, llegaron.

—¿Cómo te fue, se lo diste?

—¿Cómo había de dárselo, si es un monstruo? Sí, eso es.

—Bueno, mañana va la más chica.

—Bueno, si mis hermanas no se lo pudieron dar, yo sí se lo daré.

—Ya veremos. Mañana levántate temprano para que salgas antes que el muchacho— le dijeron a la más chica.

—Oye, muchacho, tengo que salir tras de ti.

—Uhhú, tienes que venir.

—Bueno, si aceptas que vaya, bueno. Vamos. Allá comeremos, allá beberemos.

—Bueno.

Se fueron. Le dio su comida y se retiró. Luego amarró su servilleta con el vino y el pancito. Él se lo llevó. Pero no se lo llevó él, sino que lo llevó ella. Bueno, comenzaron a irse, juntos. Tenía que ganar y cuando llegaron a orillas del campo, él se subió al árbol y ella subió tras él. Juntos se subieron y allí estuvieron hasta que él le preguntó si quería descansar.

—Todavía no, todavía no he terminado mi trabajo.

—Espérame, pero ten cuidado de no caerte del árbol.

—Bueno —dijo ella.

Se sentó allí y oyeron me e eh, me e eh, al ganado.

—Dios, el tigre —el muchacho se transformó, ella lo vio y bajó detrás de él, salieron. Llegó gritando:

—¿Quién te ordena que te comas el ganado?

No le contestó. El gigante le estaba rompiendo el cuello a los animales, tenía hambre, porque el muchacho no lo había dejado comer. Comenzaron a pelear y pelear y pelear y pelear. El tigre se cansó y dijo: —Dios, el león —y se transformó en león. Comenzaron a pelear y pelear. Dijo el puercoespín:

—Ay, caramba, si tuviera tan solo un charquito de lodo rojo dónde beber te partiría en cuatro partes.

—Yo, si tuviera un vasito de vino y un pancito te partiría en dos.

—Aquí, muchacho —y le empujó el vino y el pancito. Y le dio su pecho a mamar. Y mamó y regresó corriendo a rajarlo en dos. Trató de agarrarlo pero escapó convertido en venado grande. Lo agarró, pero se transformó. Se escapó en forma de tepalcuete. Lo agarró pero cambió, escapó en forma de víbora de cascabel grande. La agarró, pero se escapó hacia el cielo en forma de paloma, se fue. Rápido la persiguió hasta que llegaron a la orilla del cielo y se cambió a dos huevos. Apenas a unos centímetros del suelo, cuando ya iban a estrellarse los agarró. Los agarró y ahí terminó todo. Regresó con su ganado.

Bueno, comenzó a juntar el ganado y se fueron, juntos, de dos en dos. Cuando llegaron le dieron comida y otras cosas. Después de la cena el rey dijo:

—Como ya le diste de mamar, hija, bueno, pues ahora te tienes que casar con él.

—Bueno, rey, bueno, estoy de acuerdo.

—Tienes que ponerle su casa.

—Bueno, rey, bueno, de acuerdo. Uhhú; bueno rey, está bueno, de acuerdo. Pero no he terminado mi trabajo. Tengo que salir mañana temprano, tengo que ver dónde está el gigante.

—Está bien, bueno.

Tomó tres talegas de dinero que le dieron y preguntó:

—¿Por qué me dan este dinero?

—Te lo doy porque aquí te lo ganaste. Es tuyo para siempre. Es tuyo

Se lo dio a la muchacha menor, a la más chica se lo dio.

—Bueno, muchacho, vamos a entrar al cuarto.

Entraron. Bueno, muy temprano al otro día salió. Allí dejó a la más chica, allí quedó. Ella le preguntó cuándo regresaría y él le prometió:

SECRETO ESCUCHADO ARRIBA DE UN ÁRBOL

—Dentro de dos semanas, regresaré en dos semanas para casarme contigo.

—Bueno, está bien.

Bueno, se fue, tenía que ir para vencer al gigante. Volvió, entró otra vez y comenzó a entrar a la casa, por la cerradura entró. Entró al séptimo cuarto, donde estaba la muchacha. Se transformó en persona.

—Bueno, ya se terminó —le dijo—. Es tiempo de que el gigante pierda su fuerza, tengo que hacerle algo a ese gigante. ¿Dónde está?

—Allí está en el patio.

—Allí está.

—Allí está. Si lo puedes hacer hoy, si vas y lo agarras se le acabará el espíritu. Pero ten cuidado de no echarle nada en la boca —recomendó ella.

—Asegúrate de picarlo cuando lo avientes, si echas algo en su boca, te comerá.

—Bueno —dijo él.

—Dile que te dé la llave. Si te da la llave agárrala, porque eso terminará con su espíritu.

—Bueno— y se fue. Llegó hasta allá y le dijo al gigante:

—Buenos días.

—Aquí hay un asiento, descansa —gruñó el gigante.

—Está bien.

Se sentó.

—Mira, muchacho, antes yo era un hombre fuerte, pero ya no lo soy, tú eres más hombre que yo.

—¿Por qué?

—Ya estoy terminado, mi espíritu está terminado.

—La cosa es que no voy a acabar con usted, pero deme la llave.

—Uhhú, bueno. Pero la llave no te la doy.

—Bueno, si no me da la llave, entonces voy a terminar con su espíritu.

—No, no lo harás. No lo harás.

Oyó al señor gigante vomitar todo lo que se había tragado. Vomitaba, lo echaba muy alto.

—Bueno, señor gigante, mejor acuéstese en su cama. Ya le llegó su fin a su espíritu. Cierre sus ojos.

El gigante cerró sus ojos. Pensó que si llegaba hasta su boca, pensó que si era lanzado a su boca, lo agarraría.

Pero le echó los dos huevos a la frente. Se murió. El señor gigante se murió.

Bueno, agarró la llave y abrió los cuartos. Fue a ver a la muchacha, abrió el lugar donde estaba presa y ella se levantó.

—Bueno, ¿y ahora qué? Ya ganaste.

—Bueno, vamos a buscar a dónde está el dinero del gigante.

Abrieron un cuarto y lo vieron. Dios, había allí un cajón lleno de dinero.

—Vamos a otro cuarto.

Lo abrieron y lo mismo.

—Vamos a otro.

Siete casas llenas, todas llenas de dinero. No había ni un lugar donde el gigante no hubiera puesto dinero. Sólo comía ganado.

Bueno, así acabó, así hicieron. Se fueron.

Escucha, tenemos que hacer algo, vámonos a otro pueblo —dijo el Príncipe Moreno.

—Vámonos a otro pueblo; estas cosas, llenas de dinero están muy pesadas. De seguro nos estorbarán, estaremos perdidos.

—Uhhú, tú das las órdenes desde ahora.

—¿Yo? Yo no puedo dar órdenes.

—¿A quién le tienes miedo? No le tienes miedo a nadie, ¿acaso no mataste a mi padre? Ahora ya no hay nada que temer.

—Bueno, está bien, pero tenemos que irnos de este pueblo. No nos llevaremos ni un centavo.

—Está bien.

Y se fueron del pueblo, allí dejaron todo. Cerraron todas las casas llenas de dinero y se fueron de ese pueblo. Salieron de ese pueblo y, hombre, cuando pasé por allí en la mañana, estaban sentados en su casa, muy felices.

Así es como acaba este cuentito. (*maya*)⁴¹

En este cuento el conocimiento, la riqueza y la sabiduría vienen del bosque, del monte silvestre y de sus animales; son descubiertos accidentalmente. Quienes revelan el secreto son una fiera y sus cachorros, una asamblea de animales o los *salvajos*.

Cuentan por qué el agua no brota en un pueblo o por qué un rey o princesa no sanan, sin saber que alguien los escucha. En la versión mixe, los animales muestran pesar por no poder ayudar a la gente.

El que escuchó a los animales, un joven, cava donde oyó que había agua y luego saca el sapo del lugar donde duerme el enfermo. Es recompensado con grandes riquezas o se casa con la hija del rey, con grandes banquetes y fiestas, gracias a lo que escuchó en el bosque.

Más tarde, en algunas las versiones, el protagonista apuesta con quienes trabajan en el campo que la princesa o el rey les traerá el almuerzo. Esta prueba es común y solamente aumenta el caudal y el prestigio del consorte afortunado.

Raras veces el cuento termina con la recompensa del redentor del pueblo seco y del rey o princesa enfermos; es más común la secuela donde algún compadre o compañero envidioso, a quien el joven cuenta cómo se enteró de los secretos de los animales, paga por los dos espías. El ambicioso va al bosque donde los animales, al ver que su sabiduría ha sido descubierta y es usada por otros, se cuidan, llenos de desconfianza, o ponen guardias: ardillas, perros. Encuentran al segundo hombre y se lo comen.

ASÍ LE PASÓ hace tiempo a un hombre pobre, hace mucho tiempo; él era muy pobre, pero tenía un hermano que era un poco rico. Iba a la casa de su hermano; muchos días fue, hasta que lo fastidió.

—Ya viene otra vez mi hermano; todos los días viene el viejo. Hablo con él, le digo que trabaje y no quiere. Tengo mis animales en el monte, podría cuidarlos; hay leña en el cerro que podría traerla; hay agua, podría acarrearla. Pero no: nomás viene a sentarse para que le regalemos tantita comida y se va —eso le decía el hombre rico a su mujer.

Como ya habían hablado, cuando el pobre llegó le dijo:

—Hermano, ¿por qué eres así? Pobres de tus hijos; ¿qué van a comer? ¿Qué va a ser de tu mujer? Trabaja, siembra tantito, busca qué hacer. Agarra un arado y haz tu milpa, para vivir con tus hijos.

—¿Qué sí, hermano? Entonces me iré a buscar trabajo —dijo triste el hermano pobre. Ya ni tortillas le dieron, sólo palabras y regaños. Se fue, llegó llorando con su mujer. La pobre buscaba en la bolsa, a ver si su marido traía las sobras de la casa del cuñado rico.

No traía comida como en días anteriores, sólo lágrimas. No podía contentar a su mujer ni a sus hijos como días antes, pues nada le había dado su hermano sino el consejo de que trabajara. Le dijo a su mujer:

—Ahora sí, iré a la montaña grande a buscar ocotes; aunque sea eso venderé, casa por casa, y ganaré para tortillas.

—Está bien. Si vas a traer leña, cuídate mucho, no vayas a cortarte los pies. Encomiéndate a Dios en el camino, pues no llevarás ni una tortilla. Igual quedaremos nosotros, sin nada.

El hombre agarró su mecate, agarró su hacha y se fue. Llegó a un cerro, a una montaña donde había ocote, a una ocotera grande, allá en la sierra. Miraba y miraba por todas partes. Cortaba éste, cortaba aquél, cortaba uno, cortaba otro: no servía ese ocote, estaba blanquizco. Y como de por sí era flojo y además tenía hambre y sed, se quedó dormido, allá en la montaña. Estuvo acostado un buen rato; cuando despertó, el sol ya no era sino un pedacito rojo en el poniente. Pensó: “Está bien, ya no regresaré, aquí dormiré. Mañana busco ocote del bueno, para que valga la pena el viaje”.

Estaban allí varios árboles. Miró, escogió uno donde dormir para que no viniera el tigre a llevárselo, pues estaba en la montaña grande. Encontró un árbol y se subió. Cortó dos o tres ramas y allí las tendió. Allá arriba se quedó; ya estaba oscureciendo. “Aquí dormiré para que no me coman las fieras. Aquí arriba estoy bien, no podrán subir,” pensaba.

Allí estaba. Dieron las diez, dieron las once. Estaba en silencio la montaña cuando vio aparecer una lucecita. Por allí venía, se acercaba, aparecía, se iba haciendo más grande.

“¿Quiénes serán los que vienen alumbrando?” La luz se tapaba y volvía a aparecer. Y así, así venía ya cerca, se acercaba más. “¿De quién será esa lumbre?”, pensaba el hombre sobre el árbol. Mientras más se acercaba, más se escondía en su rama. Se veía más cerca, más cerca, hasta que esa lumbre llegó al pie del árbol donde estaba escondido.

Era una multitud, eran muchos salvajes, gente de monte. Tenían los dientes largos y no se sabía qué gente eran; tal vez los que vivieron hace mucho tiempo. Traían un muerto tendido y venían cargándolo. Quién sabe de dónde lo sacarían, pero llegaron hasta el pie del árbol, donde juntaron sus antorchas.

Llegaron muchachos, llegaron muchachas, llegaron los mayores y llegaron los viejitos: pura gente del monte. Rodearon al muerto y le quitaron las piernas, le quitaron los brazos, le quitaron la cabeza y todo lo echaron a la lumbre. El fuego chisporroteaba; y al hombre que estaba arriba, mirando lo que pasaba al pie del árbol, más

miedo le daba.

Todavía no se asaba el muerto y así se lo comían, sancochado. Allí lo comían: los que comían la cabeza, los que comían las manos, los que comían las tripas, los que comían el hígado, los que comían el estómago, los que comían el cuerpo. Todos estaban al pie del árbol, ensangrentada la boca, pues la carne no estaba bien cocida; sancochada se la comían y se les manchaba la boca. Se acabaron todo. Chuparon los huesos de la cabeza y chuparon los huesos de los pies, los huesos de las canillas y los sesos. Hasta que acabaron con todo.

Querían más carne. Estaban allí sentados, mondándose los dientes; se sacaban los pedazos de nervio de entre los dientes y se los comían. El que estaba arriba nomás miraba. Fueron quedándose dormidos. Uno de los muchachos empezó:

—Abuelo...

—¿Qué, hijo?

—Platica un cuento antes de dormirnos. Se durmió mi abuela, se durmió mi madre, se durmió mi hermana. Que despierten todos; pláticanos un cuento.

—Recuerda, muchacho, no voy a platicar nada porque puede andar por allí alguna persona. Puede escuchar mi plática y robarme lo que voy a decir. Lo que platico es muy valioso, no como quiera lo divulgo; es algo muy apreciado, pues si no supiera todo lo que sé, no podríamos vivir —decía el viejo, el abuelo montaraz, el mayor de los que andan y duermen en el monte, de los que se comen a las personas, de quienes viven en las cuevas.

—Ándale, abuelo, no hay nadie aquí en el monte. ¿Quién va a salir si aquí no vive nadie? No hay nadie; hace rato que llegamos y no hemos visto gente. Pláticanos, abuelo.

—Pláticanos —insistían otros.

Otros se despertaron y dijeron:

—Pláticanos, si no, no podremos volver a dormirnos.

—Si hubiéramos traído al perro, podría olfatear y estaríamos seguros de que no hay nadie. Pero no vino. Me parece que huelo algo; me parece que huele.

—No hay nada, abuelo. Mañana traemos al perro con nosotros; pláticanos ahorita. ¿Para qué tanta precaución?

—No hay nadie que pueda escucharnos —insistían los muchachos, sus nietos.

—Está bien, pues. Guarden silencio, les voy a contar lo que sucede en un pueblo.

—¡Fíjense!, va a hablar nuestro abuelo; lo hace muy bien —dijeron los muchachos. Y despertaron a todos los que estaban bajo el árbol.

—Escuchen muchachos, voy a contarles lo que sucede en un pueblo. Nosotros estamos aquí, comimos muy bien y aquí nos quedamos sentados, muy bien. Si quere-

mos tomar agua, allá abajo nomás está; podemos tomarla ahora mismo. Pero en este pueblo no hay agua, es un pueblo muy pobre. Para tener agua deben caminar dos días para llegar hasta donde está y otros dos días para regresar. Y sin embargo, hay agua cerca; en el mismo patio de la comisaría tienen el agua. Si pudiéramos, sacaríamos el agua y nos volveríamos ricos al lograrlo, pero no es posible; nos pueden matar. Si nos apareciéramos, no querrían ni vernos.

—Aquí escondidos en la montaña estamos bien. A veces llega alguna persona o dos y aquí nos las comemos, aquí estamos bien: hay qué comer, hay agua para beber. ¿Qué te preocupa ir a ver a esa gente? ¿Qué importa si en ese pueblo no hay agua? —¿Y cómo puede saberse dónde está el agua? —preguntó otro.

—No es difícil. Si tuviera que sacarla, le diría a la gente dónde está. Les diría que el agua puede sacarse y les ordenaría: traigan barretas y palas, escarben aquí. Y cuando las trajeran, ellos mismos escarbarían, escarbarían, escarbarían hasta topar con una piedra negra, que es la que está encima. Sacarían esa piedra negra, y al rato de escarbar aparecería una piedra verde; también la sacarían. Al rato de escarbar encontrarían una piedra blanca, y también la sacarían. Escarbando y escarbando toparían con una piedra azul. Al sacarla y escarbar otro poco aparecería una piedra roja y allí mero, en la piedra roja, allí está el agua. Pero si levantaran la piedra roja no podrían tomar el agua, muchachos; sale tanta, que no la aguantarían. Si levantaran la piedra roja, tendrían que salir rápidamente del pozo para no ahogarse. En un momento el pueblo se inundaría. Ese pueblo sería de riego; hay mucha agua en el patio del municipio, en el centro de ese pueblo que llaman Pueblo Seco —contaba el abuelo de la montaña a sus nietos.

El hombre que estaba arriba del árbol oyó todo lo que platicaban; en silencio oía, escuchaba con atención para acordarse. El abuelo acabó de platicarles la historia y ordenó:

—Y ahora, duérmanse muchachos, duérmanse. Ya es hora de descansar.

—No, abuelo, platícanos más.

—No, ya no les voy a contar nada. ¿Qué tal si anda alguien por allí? Se perdería lo que cuento. No estoy a gusto, siento que alguien anda por allí. Que así se quede, mañana platicaré más; vendrá el perro. Duérmanse, mañana nos levantaremos a buscar qué comer. ¿Dónde encontraremos?

Las mujeres se durmieron. Roncaban. Dormía su boca, dormían sus orejas, dormía su nariz, dormía todo su cuerpo.

El de arriba estaba esperando, esperando, esperando. Allí estaba, miedoso. Se durmió el viejo abuelo salvaje y se durmieron los muchachos montaraces. Él escuchaba: se dormían sus bocas y dormían sus oídos. Todos alborotados se movían; llena de

sueño estaba la ladera.

Muy despacito, muy despacito, muy despacito llegó hasta el pie del árbol. Pisaba en los huecos, entre los salvajes. Iba con cuidado, pisando, pisando, hasta que salió. Ya había escuchado esa plática, y allí mismo tomó el rumbo del pueblo aquel. Llegó con el rocío de la madrugada al lugar donde no tenían agua.

—¿Qué no tendrá usted un poco de agua para que beba? —le preguntó a un hombre.

—¡Ay Dios! Señor, aquí no hay agua. Tardamos dos días para llegar hasta donde brota y dos días para regresar. Cuatro días nos toma tenerla. Algunos burros se cansan en el camino; algunos cántaros se quiebran. ¡Ése es nuestro sufrimiento aquí!

—No tengan cuidado; denme un poco para que beba. Yo sé dónde puede brotar agua, aquí en el pueblo. En un ratito la encontraremos. Junten barretas, palas y machetes. Traigan todo y sacaré agua aquí en su pueblo, ahorita mismo.

—¿De veras, señor?

—¡Cómo va a poder obtener agua este tonto! —decían otros.

Repicaron la campana, hicieron junta y llegaron todos hasta la puerta del municipio.

—¿Quién tiene agua para que beba este hombre? ¿Alguien tiene una poquita que le regale? Dice que él sacará agua, que pronto tendremos mucha.

—Jmm. ¿Y de dónde la sacará, hermanos? ¿Qué parece saca-aguas? Ni Dios, ni el cura que ha venido a celebrar misa para pedir agua han logrado sacarla. Ni los ingenieros que vinieron; ni el licenciado. Nadie pudo sacar agua; dinero fue lo que nos sacaron, y luego se fueron. ¡Menos este pobre que anda pidiendo limosna!

—Alguno hágale ese favor: tráiganle tantita agüita para que tome. ¿Qué nadie tiene un poquito? A lo mejor puede, habla muy bien; dice que no tardará, que el agua brotará pronto, que para mediodía ya la veremos.

Fueron a traer una jícara de agua y el pobre bebió. Se le alegró la boca. Se limpió y empezó a ordenar.

—Recuerden: llamen a todos los del pueblo, que traigan palas, que traigan barretas, que vengan. Aquí mero vamos a escarbar. Pero apúrense, que yo solamente voy de paso.

Llamaron a los demás.

—Vamos a escarbar; tal vez salga cierto lo que dice este pobre. Hagamos lo que dice, a lo mejor resulta.

Empezaron escarba y escarba un pozo grande. Iban escarbando porque así ordenó el pobre que llegó pidiendo agua que beber.

—Hagan grande la boca del pozo, para que puedan sacar la tierra hacia arriba. Si se hace angosta, no podrán sacarla.

Hicieron el pozo muy ancho. Escarbando, escarbando, apareció una piedra negra;

el pobre se puso muy contento, pues ya estaba amenazado:

—Si sacas agua, vivirás; si no encuentras nada, morirás.

Tenía miedo; por eso ¡se alegró cuando vio la piedra negra!

—Escarben otro poco, miren más abajo.

Apareció otra piedra, verde. Más contento se puso el pobre. Y luego, una piedra blanca; y otra piedra azul; tal y como lo había dicho el viejo salvaje aquel, así sucedía. Apareció la piedra roja. Abajo de esa piedra estaba el agua; exactamente como había contado el viejo del monte, apareció todo, hasta la piedra roja.

—Estén listos, rápido. Deben tender una reata, para que no se ahoguen los de abajo. Colgaron las reatas y levantaron la piedra roja. Allí venía el agua, ya brotó: no era poca; venía, venía a chorros el agua al salir. El último que salió, ya venía bien mojado.

Se formó un río y el pueblo se inundó. ¿Cómo iba a aguantar tanta agua? Otra vez empezaron a tener miedo; de repente podían caerse todas las casas. Hicieron zanjas para que corriera el agua y se fuera. Ya había empezado a inundar las casas, el juzgado, la iglesia.

Se repartieron: unos abrirían zanjas frente al juzgado, otros frente a la iglesia, otros entre las casas. Ya tapaban allí, ya tapaban allá. Se encauzó el agua, hicieron un canal grande. Y así lograron su suerte, lograron su agua, tuvieron cosas buenas. Llamaron al pobre, lo abrazaron, lo trataron bien, le ofrecieron flores y velas:

—Aquí vino en persona Nuestro Señor. Había intentado el sacerdote; había intentado el ingeniero; había intentado el licenciado: ninguno logró conseguirnos agua. Eran engañadores, eran mañosos. Creíamos que este pobre también nos engañaría y no fue así. ¡Llegó Nuestro Señor, vengan con flores, vengan con velas! ¡Traigan al sacerdote, que venga a celebrar una misa para Nuestro Señor que ha llegado! Ni siquiera sabemos su nombre, pero le llamaremos Nuestro Señor.

Trajeron al cura para que lo bendijera, para que le celebrara su misa.

—¿Cuánto vas a cobrar? —le preguntaron.

—Si me quieren pagar, entreguen en mis pobres manos dinero, burros, vacas, mulas, caballos, chivos, borregos, marranos, gallinas y ropa. Eso es lo que me pueden dar. Cumplieron. Juntaron un rancho de chivos, uno de ganado, mulas, caballos y burros. ¡Dónde iba a poder llevar tantos animales!

—¿De dónde llegaste? Vamos a ir a dejarte hasta allá con tus animales. ¿De dónde viniste?

—Por acá vine. Tal y tal es mi pueblo.

El día que regresó a su casa, cuarenta o sesenta mozos llevaban los animales, ranchos grandes. A los ocho días regresó con su mujer; ya era rico, fue hombre de suerte. Llorosa se puso su mujer de momento. ¡Ya eran gente de suerte, gente rica!

Se hicieron de animales y de cosas buenas en un momento. Tuvieron su casa.

El hermano que antes lo había despreciado, lo vio llegar.

—¿Ya llegaste, hermano?

—Llegué.

—¿Son tuyos todos estos animales? Llegaron a tu terreno, los vi venir; por allá mentaban tu nombre.

—Sí, son míos, a mí me mientan, son mis animales.

—Pues, ¿a dónde fuiste, hermano? ¿No estaría bueno que me contaras para que yo también fuera?

—Ah, hermano, mejor así quédate; tienes qué comer y comes bien; ya no le busques, no sabes lo que me pasó. No pienses en eso, no busques problemas.

—¡No hermano! Plátame, ¡pobre de mí! Quiero estar como tú, hasta que quedemos parejos, hasta que tengamos lo mismo.

—No, no se puede. No voy a decirte. Tú vives bien, no tenemos por qué tener lo mismo; lo que tienes te alcanza para comer; ya no pienses en eso, pues lo que me pasó fue muy especial. Discúlpame y no pienses más en todo esto.

—No, hermano, plátame. ¡Pobre de mí!

Y se hincaba ante el otro, el que había sido pobre, el que antes había despreciado: ahora se le hincó.

—Plátame, ¡pobre de mí! Hasta donde has llegado, quiero llegar yo; quiero tener tanto como tienes tú.

Así insistía todos los días: hoy, mañana, todos los días. A la semana convenció a su hermano, quien le platicó:

—Está bien, vete, vete. Llévate tu hacha, llévate tu machete, llévate tu reata y vete al monte a buscar leña, ocote.

—Pero no sé dónde mero estuviste, ¿por qué no me acompañas?

El hermano no quería ir; contra su voluntad fue a enseñarle el lugar.

—Estuve en la rama de ese árbol. No voy a decirte nada más. Cuando se meta el sol, súbete a la rama de ese árbol.

Se despidieron, y el otro se regresó en su mula, porque ya no andaba a pie, ya era hombre de zapatos; de momento se había vuelto rico. Su hermano se quedó allí arriba del árbol y él regresó a su casa a dormirse.

El otro se quedó en la montaña, arriba de aquel árbol. Dicen que a media noche vio aparecer una gran luz que venía. Se tapaba y aparecía; a veces se perdía y a veces aparecía; a veces se veía y a veces desaparecía. Se acercaba.

Al llegar al pie del árbol, la luz se detuvo. Eran los salvajes. ¡Así de grande era el muerto que traían tendido! Empezaron a hacerle lumbre, como la vez anterior: echa-

ron troncos grandes al fuego.

—Que se ase —decían.

Pusieron allí junto la carne, y apenas empezó a entibiarse, se empezaron a comer al muerto. Masticaban los huesos de la cabeza, los huesos de las canillas, los huesos de los brazos. Se comieron los tuétanos, todo se lo comieron hasta acabar con él.

Allí se quedaron sentados los salvajes, sacándose lo que se les había atorado entre los dientes.

Grandotas eran las mujeres, enormes sus colmillos: hasta el cuello les llegaban los colmillos de arriba, hasta la frente les llegaban los colmillos de abajo. No sabemos qué gente era esa; tal vez era gente que huyó en tiempos antiguos al monte. Era gente salvaje.

Acabaron de comer y allí se quedaron sentados. Otra vez empezó un chamaco:

—Abuelo, pláticanos un cuento; pláticanos algo. Pero no nos platiques lo mismo que la vez pasada, pláticanos otra cosa. Cuéntanos otra cosa.

—¡Van a ver, muchachos! ¿Por qué me dicen que platique? Lo mismo hicieron la vez pasada; platiqué y alguien me oyó. No estuvo bien: apareció el agua y yo no quería que se supiera. Pero ustedes de por sí son exigentes. Coman y quédense tranquilos: tenemos buena comida, agua para beber. Estamos bien en la montaña, tenemos todo, nada nos falta. Ya comieron, ya acabaron y ahora me exigen que platique. ¡No lo haré!

—Platica, abuelo, pláticanos. Hoy sí vino *el perro*.

—¡De veras! Vino el perro, muchachos. Está bien, entonces. Perro, ¡ven acá!

El perro se acercó. Era gente salvaje ese perro; se veía igual que ellos; también era gente, pero cuidaba y olfateaba. Tenía los dientes bien grandes ese perro.

—Ven, vete a dar una vuelta. Olfatea, fíjate si hay alguien, para que pueda platicar. Después dormiremos.

El animal dio la vuelta al árbol. Regresó y orinó al pie de ese árbol, y allí se quedó echado. Al rato, empezaron a subir al árbol las hormigas. Todo se llenó de hormigas de monte, negras y grandes, hasta arriba, mero donde estaba el hombre. También el hombre se llenó de hormigas, allá arriba. Comenzó a rascarse aquí y allá: se cayó. ¡Mbam!, en el mero lugar donde estaban todos los salvajes. ¡Rápido se levantaron!

—¿Qué es esto? ¡Miren la comida que nos llegó!

¡Dónde que era gente el que cayó allí! Ya estaban listos, lo atraparon.

—Así dije: cuando viene el perro es mejor.

Se comieron al hombre, ese fue su fin, al pie de aquel árbol.

En el pueblo, sus gentes esperaron al rico que iba a regresar. Hoy, mañana, pasado mañana, quince días pasaron, y no aparecía. Su esposa lloraba; fue a ver a su cuñado.

—¿Dónde fuiste a dejar a tu hermano?

—También él; era un necio, pues. “Ya están ustedes bien, ya comen bien”, le decía yo. Pero era un necio, tú lo conoces.

—Sí, es cierto, así era él. Pero, ¿dónde lo fuiste a dejar? No aparece. Ya pasó un mes y no aparece.

—Se fue. Yo creo que de por sí ya se lo comieron en la montaña.

Regresó ella a su casa, llorando se fue. Lloraba hoy, lloraba mañana, lloraba hoy, lloraba mañana. “¿Dónde aparecerá?” —decía a diario.

Ya se lo había comido la gente de la montaña.

Así le pasó a ese hombre pobre, a ese hombre flojo.

Así le pasó antiguamente, por eso no es bueno maltratar a los hermanos pobres. Si tenemos algo, que coman tantito nuestros hermanos; tan siquiera un pedacito que coman con nosotros nuestros hermanos. Que así sea nuestra gente, porque así fue esto. (*mixteco*)⁴²

—VOY A TRABAJAR en alguna parte porque ya no tenemos dinero. ¿Cómo vamos a sobrevivir? Voy a buscar trabajo para conseguir dinero —decía un hombre pobre. Este señor pobre salió a buscar trabajo y agarró un camino, sin saber qué rumbo tomar, pues tampoco sabía dónde encontrar trabajo. Entró en el bosque:

—¿Hacia dónde iré? ¿Qué camino tomaré? Creo que mejor aquí me voy a quedar, si no me van a comer los animales.

Así decía el hombre pobre, solo, parado bajo un árbol. Ya se había hecho de noche en el monte, el pobre señor se había perdido, ya no sabía qué camino tomar para encontrar trabajo. Volvió a decir:

—Estoy solito, ¿qué voy a hacer? Mejor me voy a subir a este árbol.

Se subió al árbol buscando un lugar dónde pasar la noche; tenía mucho miedo, ¡que tal si se lo comían los animales!

—Sólo el Todopoderoso puede hacer que amanezca más pronto para que camine mañana temprano, aquí está muy solitario.

Cuando se hizo más noche, llegó un león al pie del árbol y el hombre se decía: “¿Qué voy a hacer? Ya llegó un animal, ¡es un león!, ¡me va a comer! Me voy a quedar quieto, ¡tengo miedo!”

El trabajador tenía ganas de irse, pero ¿cómo iba a bajarse si el león estaba al pie del árbol? El león gritaba muy fuerte, llamando a todos sus compañeros que vivían en ese monte. Empezaron a llegar el zorro, el tejón, el jabalí, la ardilla, todos los animales que vivían en el monte. Se pusieron de acuerdo. El león era la autoridad y les preguntó a sus compañeros:

—¿Cómo han estado? ¿Qué dicen? ¿Qué les hace falta? ¿Cómo encuentran comida? ¿Qué les ha pasado? Díganme quiénes son los que no viven bien para que cambien de lugar, para que no les suceda nada. Cuéntenme todo ahorita, para eso estamos haciendo esta reunión. Luego dijo al tigre:

—A ver, tigre, vente, dime cómo te ha ido.

—Voy a contarte el problema que tiene un pueblo: sucede que no hay agua. Y también hay una señora enferma, está muy grave. Yo sé dónde está el agua, se encuentra bajo una piedra muy grande. No sé cómo decírselos a las gentes pues, aunque quisiera hablarles, siempre me quieren matar, o corren cuando me ven. Entrambos nos tenemos miedo. La señora enferma puede curarse, su enfermedad no es muy grave; debajo de su cama vive un sapo y ése es el que la está enfermado. Si lo sacáramos la señora se curaría. Para que salga el agua sólo se necesita voltear la piedra. Quiero decírselos a las personas pero ellas corren. Mejor vamos a hacer una reunión a ver cómo les vamos a ayudar, porque sufren mucho; lo mismo les sucede cada año, no logran encontrar el agua.

El señor que salió a buscar trabajo escuchó todo lo que el tigre había dicho en la reunión. Pensó: “Todo esto tengo que decírselos a los del pueblo, si es que el león no me descubre antes. Si me comen, aquí va a quedar todo. ¡Que el Todopoderoso me ayude, para que no me pase nada y para que amanezca bien!”

Cuando terminó de hablar el tigre, el león, que era la autoridad, le preguntó al tejón cómo le había ido.

El tejón le contestó: —Nosotros sufrimos mucho, no encontramos comida fácilmente, sólo tenemos comida cuando las personas siembran su cosecha. Pero cuando la gente nos encuentra en sus parcelas nos mata y nos come, porque les dañamos la cosecha. Quisiéramos encontrar dónde comer sin molestar a las personas.

Cuando terminó de hablar el tejón, el león le preguntó la ardilla:

—Tú, ardilla, dime cómo te ha ido.

—Nosotros no sufrimos tanto —contestó la ardilla—. Encontramos comida cuando la buscamos. Solamente a veces nos pasa algo, cuando robamos.

Los animales terminaron la reunión y se pusieron de acuerdo para hacer otra junta la siguiente semana y allí decidir cómo encontrar el agua y cómo curar a la señora enferma.

Amaneció, el señor salió temprano del monte y llegó al pueblo. Una familia lo invitó a comer. Los señores de la casa platicaban de una pariente enferma y seguían comiendo.

—¿Quién está enfermo? —preguntó el señor que salió a buscar trabajo.

—Está enferma una pariente de nosotros —contestó la señora de la casa—. ¿De casua-

lidad no sabrá usted lo que le pasa? ¿No le ha dado fe para adivinar el Todopoderoso?

—Posiblemente se cure, no es gran cosa.

Inmediatamente uno de los de la casa salió a donde estaba la enferma y contó lo que había dicho el señor. Un pariente de la enferma salió rápidamente para ir a traer al adivinador que andaba buscando trabajo, para que viera la enferma sin importar lo que cobrara. Llegó hasta donde estaba el adivinador y le dijo:

—A usted lo vengo a ver, aunque se moleste. Tengo a una pariente enferma; ¿le ha dado fe para curar el Todopoderoso? ¿Puede curar a mi familiar?

—Sí —dijo el adivinador—, vamos para que la vea.

Salieron para la casa de la enferma. El hombre empezó a buscar debajo de la cama, a ver si allí estaba en verdad el sapo. Y era cierto, efectivamente estaba allí. Lo sacó y dijo a los de la casa:

—No es nada, va a pasar. Ya está, denle algo para que coma.

Poco después la enferma se sentó y desde entonces empezó a comer. Enseguida le dijeron al señor:

—¿Cuánto dinero quiere?

—No sé cuánto me deben dar. No sé si va a pasarle la enfermedad.

—No, ya pasó todo. Ya come bien, ya se le fue la enfermedad y ya pudo comer.

¿Cuánto dinero quiere que le demos? Ya dijimos que le vamos a pagar.

Nuevamente vio a la enferma; efectivamente, ya se había aliviado.

—No quiero mucho dinero, nada más denme lo que puedan cargar dos mulas.

Le dijo al pariente de la enferma:

—Sólo que los animales no los tengo aquí, los voy a mandar de mi casa porque no puedo cargar yo solo el dinero.

Al amanecer los de la casa le dijeron:

—No sabemos cómo resolver un problema, sufrimos mucho. Aquí en el pueblo hace mucha falta el agua. Si tuviéramos la suficiente estaríamos felices, pero ya tiene tiempo que se secó el agua. A lo mejor usted sabe.

—Agua hay, no es mucho trabajo encontrarla, pero se necesita seguir las costumbres.

El señor de la casa fue a dar parte a las autoridades. Les dijo:

—Hay un señor que sabe dónde hay agua. Necesitamos ponernos de acuerdo, el viajero que está en mi casa es pobre.

Cuando las autoridades oyeron esto, llamaron a los topiles:

—A ver, topiles, vengan. Vayan a llamar a la persona que llegó.

Fueron los topiles y le dijeron:

—Buenos días, señor, nos mandan el señor alcalde y el señor presidente para que vaya usted con nosotros al municipio; le quieren hablar, por favor.

El viajero contestó:

—¿Para qué me quieren?

—No sabemos de qué le irán a hablar. Por favor acompáñenos, lo quieren ver.

—Sí, enseguida voy.

El viajero tenía miedo de fracasar. Tal vez los animales no habían dicho la verdad. Tal vez no había agua.

El señor esperó otro rato. Pensaba: “Que vengan otra vez; si vienen, iré con ellos, porque, ¿qué otra cosa puedo hacer? A lo mejor la suerte me ayuda para enseñarles el agua; no creo que los animales hayan hablado por hablar. Seguramente sí hay agua”. Así pensaba mientras esperaba el regreso de los señores.

Enseguida llegaron dos suplentes de la autoridad para llevarlo por la fuerza, pidiéndole que por favor los acompañara. Llevaban mezcal y cigarros, para que fuera con ellos. Le dijeron:

—Señor, a usted lo venimos a ver, usted es el adivino, Dios le ha enviado poder. Usted sabe que a nosotros nos hace falta el agua y usted sabe dónde hay. Hemos acordado para que nos haga favor de ver eso. No importa lo que cueste, las autoridades ya han acordado. El alcalde y el presidente han determinado de común acuerdo. Lo importante es que haya agua.

—Enseguida los alcanzo.

—No, el alcalde y el presidente dijeron que debemos irnos juntos. Aquí está su mezcal y sus cigarros, acéptelos, de esta manera mostramos respeto.

—Vamos, si así lo desean.

Cuando llegaron al municipio, saludó:

—Buenos días, ¿me mandaron llamar ustedes?

—Así es, señor, pase. Descanse, tome asiento. Tenga un cigarro, le pedimos de favor. Sabemos que usted tiene el poder que le ha dado Dios. Ya curó a nuestra enferma. Le vamos a preguntar de qué manera podemos encontrar agua y cómo vamos a vivir, porque estamos sin agua; estamos empezando a sufrir, pues tenemos que comprarla. Usted nos va a hacer ese favor. ¿Qué es lo que quiere? Nosotros le damos todo lo que usted pida, y vamos a cumplir.

—No se necesita gran cosa, solamente un guajolote blanco, entonces veremos la manera en que puedo ayudarlos. Ya vi por dónde va a salir el agua, se encuentra bajo la piedra grande. Se necesita azadón, pala y que me den trabajadores que realmente trabajen, no de los que nada más están parados. Necesito personas que trabajen para escarbar y voltear la piedra que no deja pasar el agua. De allí es de donde va a salir. También vamos a llevar el guajolote para tributar respeto de esa manera.

—Sí —dijeron las autoridades—, el suplente es el que se va a encargar de hacer

todas las ofrendas.

Y enseguida salieron llevando su guajolote y huevos de acuerdo a la costumbre que se hace cada vez que hay necesidad. Llegaron y enseguida sacaron su mezcal y sus cigarros, bendijeron la tierra y el viajero empezó a orar como si verdaderamente fuera adivinador, porque ya sabía lo que los animales habían dicho en su reunión, ya sabía dónde estaba el agua.

El pueblo empezó a trabajar. Ya habían trabajado un poco cuando el viajero vio y dijo:

—Esta idea va a salir muy bien. Van ustedes a hacer zanjias a la orilla del pueblo para que no se vaya a hundir. A lo mejor el agua es abundante, tal vez sea poca. De todas maneras hay que hacer un canal para que el agua baje a la orilla de pueblo. Me parece que sí va a haber agua, que sí va a ser cierto lo que me ha dado el Todopoderoso. Sigán trabajando, hay que trabajar duro, ya está cerca el agua.

Entonces voltearon la piedra grande, después de haberla escarbado. Salió agua en gran cantidad, era mucha. El agua hubiera entrado en el pueblo si no se le hubiera protegido antes. Bajó por la orilla del pueblo.

Hicieron fiesta en grande. El señor viajero se hizo muy importante, festejaron al que había salido en busca de trabajo. Lo cargaron por todo el pueblo. Las autoridades estaban muy contentas; satisfechas, nada más faltaba que el señor mandara en el pueblo, sólo por haber conseguido el agua y por haberlos ayudado.

Dijeron las autoridades:

—Le vamos a dar su pago, nada más hable; así como nos ayudó, así como encontró el agua. Queremos saber el precio que nos va a cobrar por haber encontrado el agua que los niños van a disfrutar.

—No sé cuánto me quieran dar. Allá lo entregan en mi casa, mis hijos lo van a ocupar porque tienen necesidad de comer. Yo todavía me voy a quedar otro poco a trabajar.

—Señor, ¿por aquí vas a trabajar? Aquí vamos a comer, aquí estamos nosotros, no te preocupes. Las personas no quieren que trabajes, solamente queremos saber cuántos mulares de dinero quieres.

—Que lo vayan a dejar en mi pueblo. Denme nada más lo que carguen cuatro mulas. Así contestó el viajero. Se quedó todavía tres o cuatro días y después se fue a su pueblo. Llegó.

—Oye, ¿qué has hecho? —le dijo su esposa—. ¿A qué te has dedicado? ¿Qué sabes hacer? Primero unas personas trajeron dos mulas cargadas de dinero y luego trajeron otras cuatro.

—Me han sucedido muchas cosas—. Y le empezó a contar cómo entró en el monte, cómo escuchó lo que platicaron los animales y cómo estuvo pasando el tiempo en

otros lugares.

—No he andado nada más porque sí. Los animales tienen su dirigente que es el león. Él es el que manda, es un animal que tiene melena.

Así sucedió todo esto. Vivían muy bien, tenían mucho dinero. Entonces llegó su compadre y le dijo:

—Aquí vengo, compadre.

—Venga, compadre, venga a descansar.

Platicaron largo rato sobre la cosecha: de qué manera había salido bien y de qué manera había salido mal, de cómo se había cosechado el año anterior. Pero el compadre había venido a visitarlo para saber cómo había encontrado el dinero. Le preguntó a su compadre y éste le contestó:

—Ay, compadre, me sucedieron muchas cosas. Yo salí en busca de trabajo, pero me perdí en el camino, en el monte. Allí me agarró la tarde y luego el anochecer. No sabía dónde dormirme y tenía miedo de que me comieran los animales y me subí a un árbol. Allí estaba yo sentado, muy preocupado, pensando qué rumbo tomar para encontrar trabajo, cuando llegó el león. Gritaba, llamando a todos sus compañeros, así como hacen ellos. Por todos lados empezaron a llegar los demás animales y allí fue donde los escuché platicar. Por eso las personas me dieron mucho dinero, por haberles ayudado. Así me sucedió a mí.

—¿Qué tal si voy, compadre? ¿Me irá bien?

—Usted decide si quiere ir, compadre. Así es como me sucedió. Es muy peligroso si lo ven los animales. Pero a mí, no me vieron.

—Lo que sea, a ver si sale bien o no sale bien. Solamente de esa manera podré vivir como ustedes.

—Si quiere vaya, compadre, ¡que Dios lo bendiga si se decide! Se tiene que poner muy listo y tener valor, porque son muchos animales: hay víboras, tejones, jabalíes, ardillas y muchos otros, porque yo no los veía bien a todos, aunque había luna. Vaya derecho por el camino que va hacia allá.

Le enseñó el camino que tenía que tomar. Su compadre salió y se fue. Llegó a donde estaba el árbol grande y enseguida se persignó y se encomendó a Dios:

—Tú me vas a ayudar para que los animales no vayan a subir, para que no vayan a verme, para que yo pueda ayudar a mis compañeros con lo que les oiga decir a los animales.

Entonces se subió. Estaba sentado tranquilamente cuando empezó a anochecer. Cuando se hizo más de noche, llegó el león gritando, sacando tierra. No veía a nadie. Siguió gritando hasta que llegaron otros animales y empezaron a platicar.

—Solamente quiero saber quién es el que dijo que teníamos que ayudar a las per-

sonas, el que dijo que existía un sapo y dónde estaba el agua.

A uno por uno le preguntó quién había hablado. Nadie contestaba. Los animales se empezaron a hincar.

—¡Quién sabe quién nos escucharía! ¿Por qué no se fijan? A lo mejor hay alguien escuchándonos. A ver tú, ardilla, súbete al árbol, a lo mejor alguien nos está escuchando.

La ardilla subió al árbol enseguida. Saltó y llegó hasta donde estaba la persona. De inmediato regresó y dijo:

—Aquí esta una persona.

—Ah, entonces fue él quien nos escuchó. A ver, bajen a su compañero, él es quien habló. Seguramente quiere saber qué vamos a decir para avisar nuevamente a los del pueblo y quedar bien con la ayuda que le hemos dado.

De esta manera acabaron con el compadre. Se lo comieron los animales, lo repartieron por pedazos, porque tenían hambre.

Decían los animales:

—Ahora sí, ya estuvo, ya nadie les avisará. Ya lo terminamos. Él fue el culpable. (*mixe*)⁴³

HABÍA UNA FAMILIA que se quería mucho, un día, el hombre se fue a cazar y al llegar a una higuera, que es un árbol muy grande, se subió para esperar a los venados. Se quedó dormido y a media noche lo despertó un ruido. El ruido era de una junta que estaban haciendo los demonios abajo del árbol. Estaban sentados en una gran mesa abajo del árbol. Al rato llegó a la reunión el gato de la familia y el demonio le preguntó: —¿Cómo está tu familia?, ¿cómo vive allí la gente?

El gato contestó que estaban muy bien y pidió consejo para hacer que se pelearan. Contestó el demonio que cuando el hombre llegara a la casa y se dispusiera a comer, el gato debía saltar sobre la comida para que ésta se cayera al suelo. El gato dijo que así lo haría y se fue. Mientras esto ocurría, el hombre estaba viendo y oyendo todo desde arriba del árbol. Al rato llegó la zorra y el demonio le dijo: —Tú eres fuerte, cuando algo malo va a pasar en una casa o en el pueblo, tú vas a gritar, porque tú eres *justicia*, eres fuerte.

Así fueron llegando otros animales y el demonio les iba diciendo: —Tú, tecolote eres mayor y cuando algo le vaya a pasar a alguien, tú vas a hacer ruido. Tú, cacalote eres *justicia* y cuando algo malo le vaya a pasar a la gente, vas a gritar. Tú, culebra, cuando toque el año de que seas *justicia*, las milpas crecerán mucho y se cosechará mucho. Tú, armadillo, cuando te toque ser *justicia*, las milpas no crecerán, no habrá cosecha o la cosecha será mala. Tú, lechuza, también eres *justicia* y

anunciarás el mal. Tú gavilán, cuando pases gritando sobre el pueblo, significará que un niño va a morir.

Así fueron llegando todos los animales y teniendo cada uno su augurio. Entonces apareció el venado y el demonio dijo que ese animal era suyo, porque tenía cuernos bien grandes. Cuando el hombre vio eso, ya no quiso seguir cazando venados porque se dio cuenta que eran amigos del demonio. Cuando acabó la junta, el hombre se bajó del árbol y se fue a su casa. Cuando llegó a su casa vio que su mujer ya tenía la comida preparada, pero el gato saltó sobre la comida. Como el hombre ya sabía lo que pasaba, no se peleó con su esposa, sino que cogió al gato y lo mató. Por eso es que los chatinos sabemos que cuando una zorra grita cerca del pueblo o de alguna casa, seguro que algo malo va a pasar. Cuando el gato de la casa grita es seguro que alguien de la casa va a morir. Cuando el cacalote grita cerca del pueblo, es seguro que alguien está muriendo en el monte o en algún camino. Cuando pasa el tecolote gritando, sabemos que algo malo va a pasar. Cuando un gavilán pasa volando sobre el pueblo a la mañana o al mediodía, es porque algún niño va a morir. Cuando pasa una culebra por la casa, es porque alguien va a morir. Cuando la mariposa negra pasa por la puerta de la casa, es que alguien va a morir. Cuando se encuentra un armadillo en la milpa, es que la milpa no va a dar. Cuando un perro aúlla en la noche, es que algo malo va a pasar. Por eso la gente siempre se fija en la conducta de los animales, para saber qué va a pasar, por eso se mira qué hacen todos, también las bestias, también los cerdos. (*chatino*)⁴⁴

ERA UN CAZADOR muy desafortunado que todos los días andaba con su escopeta tratando de encontrar una buena presa. Toda su vida andaba monteando y nunca encontraba ningún animal.

Un día llegó a un cerro donde estaban un jaguar y sus cachorritos. El jaguar y los cachorros venían de la selva a la montaña para tomar agua. Cuando el cazador los vio venir se trepó a un árbol muy grande y dijo:

—Aquí me voy a subir para que no me coma el jaguar.

Los cachorros se pusieron a jugar con su madre y le pidieron que les contara cuentos.

—¿Pero qué cuentos quieren hijos?

—Pues cualquiera que tú sepas contar.

—Sí, hijitos, pero no falta quién nos esté oyendo —decía a los cachorros.

El cazador arriba del árbol seguía escuchando.

—Mamacita, no hay quién nos esté oyendo, no hay ninguno.

—Sí, hijito, pero tú no lo sabes, no falta quién nos oiga: la rata, la rama, que nos está oyendo.

—No hay nadie, mamá.

—Bueno, hubo un pueblo donde no había agua y toda la gente se moría de sed, pues no encontraba el agua. Si hubiera alguien que oyera este cuento que les estoy contando se enriquecería, porque iría a sacar el agua que está cerca de ese pueblo y le darían mucho dinero.

—Ahora cuéntenos otro.

—Pero, hijito, ¿cómo les voy a contar todos?, no falta quién esté oyendo.

—No hay quién oiga, mamá.

—Hay otro pueblo donde vive un rey que se está muriendo, pues abajo de la cama tiene enterrado un sapo y eso es lo que lo está matando. Es todo lo que voy a contarles, vámonos.

Y se fueron. Entonces, el cazador bajó del árbol y se fue a buscar el agua para el pueblo donde no la había.

La encontró y la llevó. Agradecidos, los del pueblo le dieron maíz, frijol y muchas cosas más.

Después salió para el pueblo donde estaba el rey y lo encontró todo jodido a pesar de que lo estaban curando doctores buenos, doctores estudiados.

—Pues está enfermo el rey.

—Ah, bueno. Quiero que me busquen un pico y una pala, vamos a ver si puedo curar a este señor rey.

Cogió el pico y la pala y escarbó debajo de la cama y sacó un sapo grande. El rey empezó a mejorar y el cazador le dijo:

—Este sapo que estaba enterrado es lo que lo estaba matando.

Los doctores se reían, pues no lo creían porque ellos eran competentes y estudiados. Pero el rey sanó y se levantó. Y los médicos, de vergüenza con la gente del rumbo que se dio cuenta, se fueron. (*zoque*)⁴⁵

UN NIÑO. Se murió su papá, se murió su mamá, se quedó solo, huérfano.

Como no estaba su padre, salió y se fue, se fue a la sierra.

Allá estuvo, se sentó, se hizo tarde.

No sabía dónde acostarse, dónde dormir.

Entonces se subió a un árbol y se sentó allá arriba.

Ya anocheció, llegó el coyote, llegó el lobo, llegó el chango, estuvieron oliendo toda la pata del árbol.

Ya le dijo el coyote: —Tú hueles; huele qué hay arriba del palo.

Ya dijo: —Está sentado uno arriba del árbol, viene el olor, no puedo subir.

Le dijo el chango: —Tú puedes subir.

—Mejor déjalo ahí, déjalo mejor que se esté ahí.

Ya dijo: —Mejor vamos a contar un cuento.

Contó el cuento: —Ándale, cuenta el cuento.

—En tal parte había un rey, tenía dos hijas, andaba buscando un yerno, no podía encontrarlo; había, pero no le gustaban para yernos.

Ya acabó de contar el cuento, ya el muchacho lo oyó todo lo que dicen esos animales.

—Ahora sí, vámonos.

Se fue el chango, se fue el coyote, se fue el lobo, se fueron. Ya amaneció y el muchacho se bajó.

—Ya ahora sé dónde voy.

Fue, ya oyó el cuento que contaron los animales. Ya se fue a la parte donde oyó, llegó, tocó la puerta en el zaguán.

Ya salió una muchacha, le dijo, le saludó: —Buenos días.

Le preguntó: —¿De dónde vienes?

—Vengo de tal parte, vengo de la sierra, ahí me quedé, ahí dormí, ahí amanecí. Ya amaneció, voy a buscar una tortilla para comer, tengo hambre.

Entonces dijo: —¿No tienes padre, no tienes madre?

Dijo: —No tengo padre, no tengo madre, soy huérfano, salí de mi casa, allá me quedé.

Ya le dijo: —Pasa.

Le dijo a su padre la muchacha: —Ahí está ese muchacho; vino, dice que tiene hambre. Es huérfano, no tiene papá, no tiene mamá; se quedó en la sierra, allí se durmió arriba de un árbol. Ya amaneció, ya vino, busca qué comer.

—Entonces dale de comer.

Le dieron de comer, comió, ya terminó de comer.

—Pues gracias que me diste de comer.

Entonces le dijo el huérfano:

—Soy huérfano, no está mi padre, no está mi madre.

—Entonces quédate aquí, ahí hay dos muchachas, a ver cuál te gusta, para que se casen —dijo el rey.

—¿Para qué me caso? Soy pobre.

—Pues no le hace, ¿cuál te gusta? No le hace que seas pobre, se pueden casar.

Ya ahí estuvo, se hizo tarde, ahí se quedó, le dijo:

—Pasa —le dijo la hija—, pasa para que duermas. Ahí hay dos camas para que duermas.

Para que durmieran ahí, para que durmiera ahí también. Él ahí se durmió. Ya anocheció, se durmió el rey, ya anocheció, le dijeron las muchachas:

—Entonces... estás solo.

OTROS CUENTOS MARAVILLOSOS DE ULTRAMAR

—Sí, estoy solo.

—Entonces podemos casarnos —dijeron las muchachas.

—No me puedo casar.

—Sí se puede, ¿por qué no?

—¿Cuál quieres?

—La menor.

—Yo soy la menor.

—Entonces contigo; podemos casarnos.

—Entonces sí.

Ya se durmió ahí, ya amaneció. Ya dijo el rey, ya abrió la casa. Ya dijo el rey: —¿Cómo amaneciste?

—Amanecí bien.

—Está bueno hacerte mi yerno.

—¿Pues cómo voy a hacerte mi suegro? Soy pobre, soy huérfano.

—Pobre para ser mi yerno —le dijo el rey—. Si te gusta, será.

—Pues bueno.

—¿Cuál te gusta?

—Pues me gusta la menor —dijo el muchacho.

Le dijo el rey: —Pues ahí está.

Cuando amaneció se subió arriba de la casa. Vio en la llanura que estaban segando trigo. Los peones segaban el trigo.

Ya le dijo: —Dame una hoz para ir a trabajar.

Le dijo: —¿Qué vas a hacer allá?, aquí hay que comer.

Ya dijo: —Pues quiero ir a trabajar.

Ya le dio la hoz y se fue. Entonces le dijo: —Pues vete, ahorita voy a llevarte el almuerzo —le dijo al muchacho.

Ya se fue, llegó allá. Ya llegó allá, saludó: —Pues, buenos días, ¿cómo está? —le dijo al capitán, el que mandaba los peones. Le dijo: —Deme una tarea para trabajar —le dijo—. No sé, pero aprenderé.

—Aquí esta tu tarea, para que siegues.

Ya andaba ahí el muchacho segando el trigo. Ya llegó la hora de almorzar. Almizaron todos los peones, lo llamaron: —¿No quieres un taco? Agarró un taco y se lo comió.

—Ahorita va a venir mi almuerzo —dijo.

—¿Quién va a traer tu almuerzo?

—Las hijas del rey.

—¿Por qué van a traerte el almuerzo las hijas del rey?

—¿Por qué no habrían de venir? Va a hacerse mi suegro el rey.

—Se me figura que me estás haciendo tonto.

—No.

—Entonces es cierto, entonces está bien.

Entonces le dijo el patrón: —¿De dónde eres?

Ya dijo: —El rey va a hacerse mi suegro; me va a hacer su yerno el rey.

—¿Entonces el rey es tu suegro? No es cierto que seas yerno del rey.

—Sí es cierto, ¿por qué no?

—¿Entonces es tu suegro el rey?

—¿Por qué no? Es cierto, es cierto.

—Vamos a hacer una apuesta. Si es cierto, ¿qué pierdes?

Dijo el muchacho: —Será que pierdo la vida, soy pobre y no tengo nada que perder.

—Entonces si es cierto pierdo un pedazo de mi terreno que tengo —le dijo el patrón.

Entonces al rato ahí va el coche que le va a dejar de almorzar. Ya llegó, ahí va con la mujer, ahí va la cuñada. Llegó donde andaba trabajando. Llegó. Como estaba sudando tanto, andaba ahí trabajando, pues estaba caliente. Sacó el paño la mujer y la cuñada para limpiarle el sudor. La cuñada y la mujer le limpiaron la cara y la cabeza, le limpiaron el sudor.

—Ya, ahora sí, siéntate a comer.

Le dio de almorzar; ahora sí ya acabó de almorzar.

Ya acabó de almorzar, entonces dijo: —Hice una apuesta con el patrón, que es dueño de un terreno. Le dije al que me dio el taco: “Ahorita va a venir mi almuerzo,

van a traerlo las hijas del rey”. No se lo creyó, dijo: “Eres mentiroso. Entonces que vengan”. Ya fue a decirle al patrón. Le dijo que es mi suegro el rey. Entonces ya me dijo: “¿Tu suegro es el rey? ¿Es cierto, es cierto?” Entonces me dijo: “Vamos a hacer una apuesta, ¿a ver tú qué pierdes?”. “Pues yo perderé la vida, no tengo nada que perder, soy pobre”. “Yo, si es cierto, pierdo un pedazo de mi terreno”.

Entonces acabó de comer, le dijo: —¿Dónde vas a darme el terreno que dijiste?

Ya ahora sí le enseñó el terreno que le iba a dar.

Pues perdió el patrón, perdió su terreno el patrón porque no creyó que iba a ser yerno del rey.

Dejó el trabajo, ya no acabó de segar la tarea, se fue a ver a su suegro. Ya llegó a su casa.

—Ya vine.

—¿Ya viniste?

—Fui a ayudar a una tarea.

—¿Qué andabas haciendo ahí? Aquí tienes qué comer, qué gastar.

—Aquí hay dinero, pero tenía ganas de ir a trabajar. Gané un pedazo de terreno en una apuesta.

Entonces ya se casó con la hija del rey, entonces el rey le hizo una boda al yerno y la hija.

Le hizo una boda, pues quería mucho a su yerno.

Entonces gracias a que le pidió a Dios, y después de Dios, gracias a los animales. Le trajo suerte lo que dijeron los animales. (*otomi*)⁴⁶

H

UBO UN HOMBRE que se encontró con el Señor de la Tierra. El hombre tenía tres hijos.

—Compadre —le dijo el Señor de la Tierra.

—Compadre —respondió el hombre.

—¿No me das uno de mis ahijados? Déjalo que venga para que me cuide la casa.

—¿Por qué no, compadre?

Rápidamente montó al chiquillo en el caballo. Fue llevado a la casa del Señor de la Tierra.

Le dio siete llaves al niño. —No toques nada, cuida mis cosas —le dijo al ahijado.

Apenas se fue el Señor de la Tierra el niño abrió todos los cuartos. Por todas partes escurría plata. El niño metió los dedos a la plata y ya no pudo sacarlos. Regresó el padrino y mató al niño. Su cuerpo quedó pegado en el borde de la plata.

Fue el Señor de la Tierra a ver otra vez a su compadre.

—Compadre —saludó el Señor de la Tierra.

—Compadre.

—Dame a otro de mis ahijados. El primero está muy a gusto. Estarían contentos platicándose. El otro ya está muy acostumbrado, vaya.

—Llévatelo —aceptó el padre.

El niño se fue con el Señor de la Tierra. Las mismas siete llaves le dio. El tonto abrió los siete cuartos. Vio el esqueleto de su hermano atorado en la plata; pero igual metió los dedos y se quedó pegado. No podía zafarse. Apenas alcanzó a tocar a su hermano muerto y murió también.

El Señor de la Tierra fue por el tercer hermano para llevárselo a su cueva.

—Compadre —dijo al llegar.

—Compadre.

—¿No me das a otro de tus hijos? Están muy a gusto, ¡carajo! Que se estén cuidando mi casa los tres juntos.

—¿Y por qué chingados no? —aceptó el padre.

El niño recibió las siete llaves. Abrió todos los cuartos. Al llegar a donde estaban todos los tesoros, se lavó el pelo en el agua de oro. Y se quedó bien pegado. “¿Qué carajos voy a hacer?”, pensó.

Y entonces vio los cadáveres de sus hermanos. Y junto a los cuerpos estaba una varita mágica. Era del Señor de la Tierra. La sacó.

—Varita, ¿va a tardar en volver mi padrino?

—Ya se está acercando. Debes de irte rápidamente—. El niño salió con la varita.

Había un caballo muy flaco; reparaba y reparaba, pero el niño logró mantenerse montado. Salió corriendo con ese diablillo, que le hablaba.

Aah, detrás de ellos galopaba el Señor de la Tierra. Han de saber que el niño le había robado sus poderes.

Aventó el niño un peine y se transformó en un matorral espinoso; el Señor de la Tierra se enredó, pero pudo seguir adelante.

Entonces el niño aventó un espejo. Se transformó en un cerro y otro cerro, pero aún así el Señor de la Tierra siguió persiguiéndolo y lo alcanzó.

Oí decir que el niño aventó los listones de su sombrero y que se convirtieron en pantano. El Señor de la Tierra se quedó atascado. Por fin el niño pudo subir hasta la superficie de la tierra.

Llegó hasta el centro de Zinacantán. Se envolvió la cabeza en un pañuelo, pero ya la gente había visto que tenía el pelo de oro. Juan cabeza de oro, le llamaron. Todavía traía encima al diablo, porque no renunciaba a la varita: le hablaba, era su compañía. Un día conoció a una muchacha hermosa.

—¿No te gustaría que nos casáramos, carajo?

Fue la varita quien la convenció, fue ese diablo quien la engañó. Ella dejó que durmiera con ella y ya nunca le cumplió de casarse. Se fue a otro pueblo. Dondequiera que andaba, probaba a las mujeres.

Eso fue lo que ya oí, de veras. (*tzotzil*)⁴⁷

ANTIGUAMENTE vivió una persona muy pequeña. Se ignoraba quiénes eran sus padres, si vivían, de dónde eran.

La leyenda que ahora contamos es sobre este pequeño personaje y lo que hizo para que todos conocieran su poder; del bien que les hizo a las personas necesitadas; de cómo dio muestras de ese poder, para que todos lo conocieran.

El pequeño personaje deseaba progresar, buscó un lugar donde mostrar sus virtudes. Empezó a pensar cómo haría; con el tiempo llegó a demostrar su enorme poder haciendo un gran edificio.

Decidió ir a una casa muy grande, a la casa de un rey; allí demostraría su poder desconocido. Llegó a la casa del gran rey, a buscar trabajo. Llamó a la puerta: *skoj, skoj*. El portero de la casa salió a abrir la puerta, a ver quién tocaba. Y nada, no vio a nadie. Es que este pequeño personaje era redondo y del tamaño de un coco, por eso no lo había visto.

El humilde pequeño personaje pensó: “No puedo encontrar mi bienestar ni mi progreso, nadie me abre las puertas. ¿Cómo podré superarme, cómo podré progresar si soy el peor personaje del mundo, el más pequeño?”

Volvió a ir, salió a buscar su oficio. Fue casa por casa a hablar con los dueños. Nuevamente buscó la manera de trabajar en la casa del rey. Otra vez llegó a hablar, a

tocar en la puerta. El dueño de la casa salió y sucedió lo mismo: no vio al que tocaba. Regresó sin hablar, pues el dueño entró sin haberle visto.

El pequeño personaje se puso muy triste. Nadie le abría la puerta de su casa, nadie lo veía a causa de su pequeñísima estatura. Regresó a su casa con el corazón triste, no podía mostrar el gran poder que poseía.

Fue por tercera vez a tocar en la puerta del rey. Por tercera vez salió el portero a abrir. Iba a cerrar la puerta cuando el pequeño personaje le habló:

—Aquí estoy, ábreme la puerta de la casa, quiero hablar con el rey.

—Ah, creí que nadie tocaba, pues no te veía —dijo el portero del gran rey.

—Quiero que me hagas el favor de avisarle al rey, al gran rey, que quiero hablarle.

—Bueno, está bien, iré a avisarle. Espérame un momento.

Y el portero fue a avisarle al rey: —Señor rey, gran rey, hay alguien que quiere hablarte. Ya pude ver quién es el que toca la puerta: es un pequeño personaje que parece coco.

—Pero, ¿quién será? —dijo el gran rey—. No es una persona, pues para ser una persona tiene que ser grande; y si no es una persona ¿para qué puede servirme? Me quiere hablar, ¿cómo va a hablarme? Y además, ni es persona, es un disparate.

—Pero a fuerzas quiere hablar con usted, trae un mensaje especial; quiere decirle personalmente lo que trae su corazón. Suplica que se le reciba en el palacio, que le permita entrar.

—Ah no, no quiero recibir a nadie que me venga a estorbar. Dices que es pequeño, ¿para qué lo quiero?

—Pero me suplicó y me rogó bastante. Mejor lo pasaré, está sufriendo, esperando en la puerta. Escúchelo, a ver qué quiere decirte, es necesario que lo recibas —le exigía el portero al rey.

—Bueno, ve a traerlo entonces; pásalo y a ver qué quiere de mí. A ver si es cierto que sabe hablar, a ver qué me pide. Tráelo, pásalo pronto.

—Ven, ven, pasa adelante si quieres hablarle al rey.

Y le dijo al rey:

—Rey, vengo ante usted a hablarle, necesito pedirle mi trabajo, mi oficio; hice sacrificios, pues llevo varios días y varias semanas perdidas buscando trabajo y nadie me lo da. Por eso vine ante usted, aquí tienen que darme trabajo, gran rey.

—Pero, ¿qué sabes hacer? No puedes trabajar, eres muy pequeño, no vas a poder con el trabajo que te dé. Además, yo tengo mis soldados que son grandes. A ti no te alcanza la estatura, no podrías trabajar con ellos.

—Pero yo sé trabajar, aunque los trabajos sean difíciles. Puedo hacerlos, también tengo mis manos. Tengo mis brazos y tengo mis pies, no me falta nada. Si usted me da trabajo, verá que puedo hacerlo aunque sea difícil.

—Mmm, está bien. Si dices la verdad te daré trabajo. Ven mañana, te espero en la madrugada.

El pequeño personaje regresó entonces a su casa. Al día siguiente se presentó nuevamente ante el rey y le dieron el trabajo.

—Necesito que seas portero de mi casa —dijo el rey, el gran rey—. Verás a los que vienen a pedir trabajo. Solamente tendrás este oficio, pues no podrías cumplir con trabajos más difíciles; nada más serás portero y harás otros trabajos sencillos; serás mozo y sólo harás los trabajos que puedas aguantar.

—Haré lo que pides, aquí estoy esperando que ordenes lo que quieras.

A los dos o tres días de estar en la casa del rey, el pequeño personaje vio que el trabajo no le convenía, era demasiado sencillo. Fue ante el rey y le dijo:

—Gran rey, quiero que me des un trabajo más difícil, otro trabajo. ¿Qué no hay un trabajo mejor? Quiero que me encargues la construcción de un edificio grande; ¿o no hay necesidad de construir un gran edificio que te sirva de palacio, donde pongas tu despacho? Si tienes que construir algo, nada más me avisas.

—Ah, tengo ese trabajo si quieres hacerlo. No sé si es cierto lo que dices, no he visto tu obra, no sé si puedes hacer algo tan importante. Necesito ver si puedes, construye un edificio para que vea si puedes hacer después el palacio que quiero.

—Bueno, obedeceré lo que ordenas.

El gran rey tenía una hija, ella vio que allí se hospedaba este pequeño personaje que parecía un coco, vio que no era gran cosa. La muchacha decía en su corazón: “¿Por qué quiere trabajar? No es grande, no va a poder cumplir con lo que ofrece. Mejor primero vemos si tiene algún poder, si puede construir el edificio que pidió, si tiene virtud. Si hace lo que pidió, le creeré.”

Al día siguiente fueron a ver el trabajo del pequeño personaje. No había nada, pues no sabía en qué lugar debía hacerlo, no se lo habían dicho. El rey lo mandó llamar:

—Coquito, necesito que vengas para acá. ¿No dijiste que podías construir cualquier cosa? ¿Dónde está tu trabajo?

—Bueno, tú no dijiste dónde debía construirse el edificio, no señalaste el lugar. Si me lo hubieras dicho, podría trabajar; no sé dónde hacerlo.

—Ah, está bien. Voy a mostrarte el lugar donde debes hacer el edificio. Primero tengo que decidirlo y luego te diré cuál es el lugar donde necesito la construcción.

—Está bien, esperaré tus órdenes, tú dirás dónde se levantará la casa, cuando consigas el lugar. Aquí esperaré tu mandato.

La hija del rey también habló con el pequeño personaje:

—Coquito, vamos a bañarnos al río, quiero que me acompañes. Quiero ver cómo es el río, nunca he llegado hasta allá. Acompáñame, vamos juntos y nos bañamos.

—Bueno, si me quieres invitar... pero solamente si el rey ya dio permiso; si no, no podré ir, no puedo acompañarte sin autorización, no quiero que me regañen por tu culpa, no quiero buscar calumnias en mí contra. Cuando el rey te dé permiso, vamos.

—No, no te preocupes, ya le avisé a mi padre y ya dio el permiso, vamos a bañarnos.

—Bueno, si dices la verdad y ya te concedieron el permiso, llévame a donde está el río. Llegaron al río, que es un río grandísimo, donde la hija del rey llevó con trampas al pequeño personaje. La muchacha empezó a desnudarse. Se sacó la ropa, se quitó la enagua, se desató la faja. Estaba sentada a orillas del río. Le dijo al pequeño personaje:

—Coquito, quítate las ropas, quiero que nos bañemos. Quiero ver cómo es tu cuerpo y cómo te bañas. Desvístete.

—No quiero que me veas bañarme, no es mi costumbre. Si me baño, me verás y le contarás a todos. Me iré por otra parte y me bañaré sólo. Termina de bañarte tú.

—No, yo quiero ver. Vamos a bañarnos juntos, quiero ver cómo eres, desnúdate y échate al agua.

—No me lo exijas a fuerza. Me bañaré solo. Tú eres una persona grande y yo soy pequeño; mejor báñate tú sola, yo me bañaré después.

—Si no quieres bañarte te acusaré con mi padre el rey, el gran rey. Le diré que no quisiste bañarte, te calumniaré.

—Di lo que quieras, acúsame. Tú quisiste que viniera contigo, yo no quería acompañarte y me trajiste, yo ni quería. Acúsame, ándale; yo no te he hecho nada, ni te he tocado.

—No, nunca te acusaría; no diré nada, desvístete, báñate.

—Tengo vergüenza, mi ropa no es igual a la tuya, es muy diferente.

—¡Te digo que te apures, te lo ordeno! ¡Quiero que te bañes!

Otra vez le ordenó lo mismo. A la tercera vez le suplicó: —Coquito, apúrate a hacer lo que te ordené, quiero que vengas a bañarte conmigo, necesito saber cómo eres, cómo te bañas; quiero verte entero.

—Bueno, ya que insistes aceptaré con gusto. No quise aceptar, pero tú exiges que nos bañemos juntos. Quieres descubrirme cuando nos estemos bañando. Alguien puede vernos juntos; tú eres una muchacha y yo soy un varón.

—¡No! ¡Aquí te bañas conmigo! ¡Quítate la ropa! Apúrate a obedecer lo que te ordeno. Desvístete ya para que regresemos pronto. Mi padre se va a dar cuenta de nuestra tardanza si no te apuras, ya es tarde.

—Está bien, voy a quitarme la ropa; en un ratito me bañaré, no tardaré.

El pequeño personaje empezó a quitarse la ropa, que era la cáscara de la fruta. Ya desnudo, colocó su cáscara a orillas del río y se metió a bañar.

Cuando estaba dentro del río, la muchacha fue a agarrar la ropa del pequeño per-

sonaje. Éste sintió vergüenza, no quería que vieran su cáscara; sin terminar de bañarse, salió de inmediato y reclamó:

—¡A ver!, ¡mi ropa! Regrésame mi ropa, no debes verla.

—Bueno, está bien, ten. Ya sé cómo es tu ropa, se parece a la de las personas. Ya descubrí lo que quería ver, ya aclaré mis dudas y puedo regresar contenta a mi casa; ya me enseñaste tu cuerpo, ya sé que eres igual a las personas, como nosotros.

Regresaron a la casa del señor rey. El pequeño personaje llegó a decirle al rey:

—Señor rey, quiero que me digas dónde voy a trabajar. Llevo dos o tres días esperando y todavía no me enseñas el lugar donde debo construir tu casa.

—Está bien, te diré dónde debes hacerla. Quiero que me construyas una casa de veinte pisos que estoy necesitando, a ver si realmente sabes trabajar.

—Lo que pidas... sé hacer cualquier clase de casa.

El pequeño personaje vio el lugar donde le ordenaron construir la casa. Al día siguiente, el rey se quedó muy extrañado: en ese lugar estaba terminada la casa. Mandó llamar al pequeño personaje, le ordenó a sus soldados:

—Vayan a traer al albañil, quiero verlo y hablarle; necesito saber cómo terminó tan pronto su trabajo. Tráiganlo inmediatamente, necesitamos ponernos de acuerdo qué día se inaugurará la casa.

—Está bien.

—Albañil, ordena el señor rey que vayas ante él inmediatamente.

—Bueno, está bien, voy a ver para qué me llama. Tal vez quiera pagarme pues ya terminé de construir su casa completamente.

—Pequeño personaje, quiero hablar de tu importante obra. ¿Cómo la terminaste tan pronto? Quiero que me expliques. Sé que no es obra tuya, dime cómo le haces. Debes tener algún poder —dijo el rey.

—Quieres ver mi poder, saber cuál es, cómo trabajo; no puedes verlo, no te diré cuál es. Si lo hago, se caerá tu edificio. Si insistes en conocer mi poder, los pisos de la construcción se derrumbarán y bien sabes que tu casa, tu edificio, es el único que hay en todo el pueblo.

—¿Pero cómo lo hiciste? ¿Cómo lo construiste? Te lo pregunto porque no creo que tú solo hayas levantado un edificio tan grande. En este pueblo nadie puede terminar una casa en un día y tú sí lo lograste. Quiero que me expliques qué hiciste, y cuánto vas a cobrar por tu trabajo.

—No voy a mostrar mi poder y no quiero que me pagues nada. Estoy agradecido porque me dejaste mostrar mi oficio. Si no me lo hubieras concedido, nadie sabría que mi obra va a resultar bien, que puedo terminarla en un momento. Si no la hubiera hecho o si no me hubieras dado tu permiso, nadie me conocería.

—Pero, ¿cómo crees que así nada más de balde me darás este gran edificio de regalo? Exijo que a fuerzas me digas cuánto vale el trabajo que terminaste. Necesito saber qué quieres. ¿Quieres un pedazo de terreno para fincar tu casa? ¿Quieres mucho dinero?

—No, no quiero que me pagues y no necesito terreno; cuando quiera un lote, te lo pediré con tiempo. Por el momento, no necesito tener terreno.

—¿Pero qué puedo darte entonces a cambio de tu trabajo? El edificio que construiste es muy grande. Te daré uno o dos días de plazo para que lo decidas. Primero vamos a estrenar el edificio que hiciste; allí anunciaré que tú levantaste esta casa tan especial, como lo hiciste de rápido.

—Bueno, como quieras. Tú dirás cuándo y a qué hora se hace la inauguración; a mí no me tomes en cuenta, no necesito que pidas siempre mi opinión. Eres el rey y no tienes por qué pedir mi opinión; tú pon la fecha y la hora en que bendecirán la casa que te construí.

—Pero quiero que me digas cuánto debo pagarte. Cuando inaugure la casa, me dará vergüenza, porque bien sé que no le he pagado al albañil y que debe pagársele siempre, a fuerzas. Dime el precio de tu obra, me da vergüenza que no lo digas. La gente que venga a la inauguración sin duda preguntará el precio. ¡Te exijo que me digas cuánto vale!

—No, no es necesario que me pagues. Que se quede así nada más. Lo único que pido es que me dejes seguir viviendo contigo, pues ya estoy *hallado* en tu casa; lo único que pido es que no me mandes a otro lado.

—¿Qué más quieres entonces? ¿Quieres mucho maíz y frijol? Dime qué quieres.

—No quiero nada.

—Bueno, ¿quieres entonces una mujer? Si quieres una, te daré a mi hija.

—¿Pero cómo piensas que pueda casarme con ella? Yo no soy grande como ustedes, porque mi raza es una raza enana que ustedes no conocen, aquí no existe.

—No importa, lo único que cuenta es que ambos se amen. Voy a llamar a mi hija, así que decídete si quieres casarte con ella.

—Bueno, si me concedes la mano de tu hija, obedeceré tus órdenes. Pregúntale a la muchacha si me va a querer, yo aquí espero.

El rey mandó llamar a su hija y le dijo: —Muchacha, no sé cuál sea tu opinión. Tú fuiste la que insistió e invitó al albañil a bañarse contigo. Exijo que se casen, es preferible pues no me gusta que estén nada más así. Hay algo en contra de ustedes que los compromete: ya se bañaron los dos en el río; tú ya la conociste cómo es ella y tú ya conociste al albañil. ¿Quién fue el de la idea de ir al río? ¿Fue él o fuiste tú la que insistió en que el otro fuera a bañarse? ¿Quién hizo la invitación?

—No, no voy a echarle la culpa al pequeño personaje, yo fui quien lo invitó. Él no quería aceptar, no quería bañarse conmigo. Yo le rogué, él no quería bañarse, no

quería acompañarme.

—Ya que tú fuiste la culpable, y como mucha gente los vio juntos en el río, tendrás que casarte con él. La gente pensó que ya eran marido y mujer. Ahora, que no quede nada más como hablada —ordenó el rey.

—Bueno, usted dirá si me da su consentimiento para que sea su esposa, yo aceptaré con gusto al pequeño personaje, me casaré gustosa con él.

El pequeño personaje se casó con la doncella; el albañil se casó con la hija del rey. Allí se quedaron a vivir en la casa del rey.

Se pusieron de acuerdo allí mismo. Se presentarían a la inauguración del edificio y allí se anunciaría que el albañil y la hija del rey ya estaban casados.

El día de la inauguración se pudo mostrar el poder que tenía el yerno del rey.

Se acordó celebrar la fiesta; el rey invitó a toda la gente del pueblo; allí el rey presentaría a su yerno, quien tenía un poder tan grande que en un día había construido una casa grandísima.

En cuanto el pequeño personaje y la muchacha se casaron, el rey le dijo a su yerno:

—Voy a darte un lugar donde puedas construir tu casa. Construye tu casita para que vivan aparte. Ya eres mi yerno y ahora debes llevarte a mi hija a otra casa.

—Bueno, si me ordenas que viva en otro lugar con tu hija, está bien. Yo obedezco. Le dieron un lote y le enseñaron un lugar dónde debía fincar su casa. Al día siguiente el pequeño personaje había terminado completamente la nueva casa.

La hija del rey empezó a preguntarse, la mujer del pequeño personaje se decía: “¿Cómo lograré ver cómo trabaja? ¿Cómo construirá las casas? Averiguaré en qué radica su poder”. Y empezó a indagar. Le dijo a su esposo: —Necesito ver cómo lo haces, cómo terminas una casa tan pronto. Ya acabaste otra casa y quiero que me digas cómo lo hiciste tan rápido. Necesito verlo para decirles a nuestros hijos, cuando los tengamos, pues tendrán que aprender a trabajar como tú. Tengo que enseñarles cuál es el poder de su padre —suplicaba la mujer del pequeño personaje.

—No, no puedes verlo, no te lo enseñaré. Si quieres ver cómo trabajo y cuál es mi poder, los edificios caerán. No es fácil hacer construcciones tan grandes, este edificio es muy especial. No puedo enseñarte cuál es mi poder, no puedo mostrarlo. No insistas, que tu corazón se conforme, pues el misterio de cómo se construyen las casas quedará en secreto.

—Si no me enseñas tu poder, si no me dices cuál es, no estaré contenta. Si eso prefieres, no vamos a congeniar; se ve que no me quieres con todo el corazón. ¿Para qué nos juntamos si no me dices cuál es tu poder? ¿Acaso no me tienes confianza siendo yo tu mujer? Si no quieres decirme es porque seguramente tienes otra mujer en alguna parte.

—No es que esté buscando otra mujer, no es que quiera conseguir a otra, no acostumbro buscar otras mujeres. ¿Para qué quiero muchas mujeres si todas tienen las mismas manos para hacer los mismos trabajos? Contigo me basta, tú me mantienes con gusto y me comprendes, me esperas con gusto en la casa y con gusto preparas mis comidas. Eso me basta, no deseo más.

—¿Cómo voy a saber cuál es tu poder si lo ocultas? Si supiera cuál es quedaría contenta, estaría orgullosa, les diría a cuantos me preguntaran que eres mi esposo y que eres muy especial. Pero no creas que te denunciaría, pues no me gusta publicar las cosas. Sólo se lo diría a nuestro padre si me lo llegara a preguntar; y bien sé que preguntará por tu poder, ni creas que no ha de hacerlo. Dime, muéstramelo.

—¿Por qué insistes? ¿Para que querría ver mi poder nuestro padre? Sabe que tengo poder pues ya vio que construí un edificio; no hay necesidad de que lo muestre, de que haga más preguntas. Si insistes, se derrumbará el edificio.

La mujer se puso entonces muy triste, el hombre no quiso decir cuál era su poder. Empezó a pensar qué hacer. Cuando su esposo se durmió, empezó a esculcar, a ver dónde tenía oculto ese misterio. No pudo encontrarlo. Pensaba: “¿cómo lograré ver su poder? ¿Dónde lo tendrá guardado? ¿Por qué no lo encuentro?”

El pequeño personaje despertó y vio a su mujer registrando entre su ropa. Se enojó mucho de que le buscara su poder pues él no lo quería mostrar, nunca había querido decir cuál era. Pensó: “Si mi mujer quiere descubrirme, mejor será destruir un piso del edificio de mi suegro.”

—Si quieres saber cuál es mi poder, no tardarás en verlo —le dijo a su esposa. Y demostró su poder: tiró un piso; su suegro quedó muy extrañado y el pequeño personaje le explicó:

—Señor, no soy el responsable de la caída, mi esposa me obligó a que le mostrara mi poder. Quiero que le aconsejes que no insista. Si mostrara mi poder, tu edificio seguirá derrumbándose.

—¡Ya tiraste un piso! ¿Qué haré? Quiero que lo vuelvas a levantar ahora mismo, me da vergüenza que mi edificio no esté completo.

—No te pongas triste, señor. Sé que tienes vergüenza de ver tu casa destruida; volveré a hacerla, sólo quiero que aconsejes a mi mujer —dijo el albañil.

Así el padre aconsejó a su hija: —No molestes a tu esposo, porque es mi yerno. Sé que tiene poder, deja de preguntarle, respétalo. Quiere asegurarse de que ya no vas a molestarlo. Vivan felices.

—Bueno, está bien, ya no le preguntaré —dijo contenta y convencida la esposa—. Ya no le diré nada, que quede así, pues ya sé que tiene poder.

El pequeño personaje le dijo a su esposa:

—Quiero que tengamos nuestro bienestar, ya tenemos lista nuestra casa.
 —Solamente una vez más te pido que me respetes, tendrás que enseñarle a nuestros hijos tu poder.
 —Sí, a nadie sino a ellos se lo mostraré.
 —Si ésa es tu verdad, está bien. No me dejaste ver tu poder, no sé en dónde lo tendrás escondido.
 —Ya te dije que podemos ser felices respetándonos ambos; no me agrada tener disgustos.
 —Bueno, no importa, mi corazón necesita ahora un consuelo, un deseo.
 —Di pronto qué quieres.
 —Quiero que me acompañes a bañarme al río.
 —Ah, vamos antes de que se haga tarde, pues todavía tengo que ir a otros lugares y tú tienes muchas cosas por lavar.
 Llegaron al río, la mujer se desvistió y se metió al agua; empezó a bañarse.
 —Ven a bañarte, ¿o no quieres bañarte conmigo?
 —Termina tú primero y luego entraré yo.
 —Apúrate, obedéceme.

El pequeño personaje se desvistió. La mujer del coquito salió del agua y le escondió a su esposo la ropa. El coquito tuvo vergüenza y ya no salió, se quedó dentro del agua. Y es por eso que hasta la fecha crecen a la orilla de los ríos árboles de coco y que aún cuentan la historia de aquel pequeño personaje llamado coquito. (*tzeltal*)⁴⁸

HABÍA UNA VEZ un pescador que tenía una perra y una yegua. Conoció a una muchacha y se casó. Ya casado, salía a arponear pescados, regresaba a su casa y su mujer hacía caldo. Cuando acababan de comer le daban del caldo que quedaba un poquito a la perra y un poquito a la yegua. Así, diario.

Después de un tiempo, la mujer tuvo un niño, la perra un cachorro y la yegua un potrillo. Después, la mujer tuvo otro hijo, la perra otro perrito y la yegua otro potrillo. Completaron tres caballos, tres niños y tres perros. Cuando crecieron, tuvieron que comprar sillas para los tres caballos.

El mayor dijo:

—Voy a pasear.

—Bueno—. Ensilló su caballo y se fue.

A los tres días dijo su hermano:

—Voy a buscar a mi hermano—. Ensilló su caballo y se fue. Llegó a un lugar donde estaba una vieja y le pidió posada.

—Claro —dijo la vieja. Vio que allí estaba el caballo de su hermano—. Pásale —dijo

la vieja. Y pasó.

Cuando la puerta se cerró se espantó, allí estaba su hermano en la casa. No pudo salir. Tres días después de haber salido su hermano, dijo el menor: —¿Por qué no regresan mis hermanos? Voy a buscarlos—. Y ensilló su caballo y se fue. Llegó cerca de donde estaban los caballos de sus dos hermanos. Pensó: “¿Qué hago ahora? Tal vez deba matar a la vieja. Bueno.”

Llegó y le pidió posada a la vieja, y la vieja le dijo: —Claro.

Sacó su machete y le pegó. La vieja se murió y él rompió la puerta. Salieron sus hermanos y regresaron todos a donde estaba su padre.

Después de un tiempo el mayor dijo: —Vamos a buscar trabajo juntos, y si alguno de nosotros se enfermara, los otros dos quedarían buenos.

Fueron y llegaron a un camino muy lejano. Era un camino por donde pasaba mucha gente. Llegaron a otro lugar. Más adelante el camino se dividía en tres. El mayor dijo que cada uno debía tomar un camino. Dijo el mayor: —Voy a tomar el camino de en medio. Si alguno regresa y este árbol está todavía verde, entonces quiere decir que los otros estamos bien. Si las hojas están marchitas, quiere decir que uno de nosotros está enfermo.

Se separaron y el mayor comenzó a *ganar apuro*. Y el de en medio no traía nada. No servían los caminos. Los otros dos ganaron ovejas. Regresaron los dos, llegaron a donde estaba el árbol. El que estaba perdido no llevaba nada, los otros dos traían bo-rregos. Vieron que el árbol estaba verde. Vieron que estaban bien y se regresaron.

El más joven se fue directamente a donde vivía el diablo y el diablo le pagaba al muchacho para que barriera su casa y lo enseñó a leer un libro: eso hizo el diablo. Le daba la llave de la casa cada día. Al amanecer le daba su lección y después se iba todo el día, hasta que oscurecía. Entonces regresaba y veía que el muchacho trabajaba bien. Había otra casa, no tenía la llave. Un día se dijo: “¿Y por qué no voy a ver si acaso abre con esta llave?” Fue, tomó la llave, abrió y entró. Vio que había una mesa y puros libros sobre la mesa. Empezó a leerlos todos. Encontró un libro que le gustó más y empezó a leerlo.

Así hacía todos los días. Cuando completó cinco años ya sabía más que su patrón y se dijo: “¿Por qué no le aviso a mi patrón que ya me voy?” Le dijo al patrón al día siguiente: —Hoy me voy, patrón. Dame lo que he ganado.

Le dijo el patrón: —¿Por qué te habías de ir? Ya ganaste mucho, no pierdes nada.

—No, patrón.

—Bueno, mañana —dijo.

Se quedó hasta el amanecer. Se dijo: “¿Por qué no me he de ir sin ver al patrón?”

Empezó y se transformó en paloma y voló muy alto. Cuando su patrón vio esto, se

transformó en halcón y persiguió a la paloma. Voló muy alto y la paloma vio que no se podía defender. Bajó a la laguna y se convirtió en pargo y el halcón se paró en una rama de un árbol y vio al pargo en el agua. Se cambió en lagarto para alcanzar al pargo. No pudo agarrarlo.

Entonces el pargo salió y se convirtió de nuevo en paloma. Voló alto y el lagarto se convirtió de nuevo en halcón. Volaron alto.

Cuando la paloma vio que ya no podía defenderse bajó y se transformó en caballo y el halcón se transformó en persona, para agarrarlo como si fuera el dueño y hacer que lo cargara. Le puso freno y le daba pasto y agua sin quitarle el freno. ¡Trabajo para el pobre caballo!

Pues tenía un mozo y el mozo iba a darle agua. Un día el mozo pensó: “Pobre caballo, ni agua bebe, ni pasto come. Le voy a quitar el freno.” Alegre el caballo cuando oyó esto. Aventó el freno cerca de la orilla del río. El caballo se echó al río y se transformó en lagarto.

Una hora después el hombre le fue a decir a su patrón. Cuando le dijo, el patrón se transformó en una liebre. Empezó a perseguirlo, corriendo. Sin poderse escapar, cuando el muchacho lo vio de nuevo se transformó en paloma. Él se transformó en halcón y lo persiguió.

Cuando la paloma vio que ya no podía volar, bajó y cayó entre las piernas de una muchacha y se transformó en pañuelo. Cuando la muchacha vio este hermoso pañuelo, cerró las piernas.

—¡Dios! —dijo un hombre en la puerta—. ¿No has visto mi pañuelo? —preguntó.

—No —dijo la muchacha.

—Por aquí cayó mi pañuelo —dijo.

Para estar seguro, el hombre levantó a la muchacha y cayó un pedazo de papel que levantó el viento y se lo llevó en medio de la gente que pasaba. El hombre les gritó diciéndoles que agarraran su papel. Nadie lo pudo detener y el pedazo de papel se transformó en gallina. El hombre la siguió y la gallina se dijo: “¿Por qué no me escondo? Pero, ¿dónde?”

Regresó donde estaba la muchacha, se metió entre su ropa, como pañuelo.

—Adiós —dijo el hombre en la puerta—. ¿No has visto mi pañuelo? Cayó por aquí otra vez.

—No, no lo he visto —dijo la muchacha.

Para estar más seguro el hombre la levantó y le quitó la ropa. Entonces el hombre —el diablo, pues— y el muchacho se volvieron cristianos.

Dijo a la muchacha: —Vamos a casarnos.

La muchacha era rica y se casó con el muchacho.

Así acaba la historia del diablo y su mozo. Es todo. (*huave*)⁴⁹

EN LA SIERRA DE TOMA'ARISI vivía un yaqui llamado *Wiloa Bakot*. La sierra alta, la baja, los alrededores estaban poblados de personas, miles de yaquis. También vivían bastantes más en los cerros cercanos. El jefe se llamaba *Baka Wecheme*. Era un buen hombre, amaba a su pueblo y quería que eligieran las cosas buenas y útiles. Pues sucedió que Wiloa Bakot se enamoró de una mujercita yaqui bastante bonita llamada *Gi'iku'ure Sewa*. Al casarse hubo una gran reunión y las fiestas de la boda duraron ocho días. Después vivieron muy tranquilos; tuvieron cinco hijos, todos varones.

Cuando los niños cumplieron la edad necesaria para estudiar, los mandaron con un cura yaqui muy sabio. Los niños llevaban vestidos muy pobres porque Wiloa Bakot era hombre pobre. No tenía suerte como cazador. La madre buscaba pedacitos de cuero de distintos animales, aunque fueran muy chiquitos y de colores distintos. Con eso les hacía su ropa. Se veían muy chistosos con parches de tantos colores; les decían los cinco hermanos remendados.

Un día el jefe de la tribu hizo venir a Wiloa Bakot y le dijo: —Estaría bueno que mandarás a tus hijos a otro lugar, para que aprendieran algo mejor además de lo que han aprendido hasta ahora.

Como Wiloa era obediente, lo hizo. Les dijo a sus hijos que se fueran del pueblo, la madre les preparó su bastimento.

Con ese poquito de comida los cinco remendados tomaron camino hacia donde se mete el sol. Viajaron todo el día, desde temprano en la mañana hasta la tarde. Al atardecer entraron a una cañada honda, bordeada de altos despeñaderos. El cañón era oscuro y muy peligroso, por los animales feroces —tigres y lobos. Había también serpientes grandes y venenosas. Viajaron por el lecho del arroyo en la oscuridad. Por fin llegaron a donde había agua y un árbol muy frondoso. Allí comieron. Cuando se acostaron el más grande les dijo: —Hermanos, dentro de un año nos reuniremos bajo este mismo árbol para regresar juntos a nuestra casa. El que llegue primero debe esperar a los demás.

—Está bien.

Durmieron hasta el otro día y tras de comer unas cuantas raíces salieron de la cañada, con gran cuidado por las fieras y las serpientes. Llegaron a una mesa sin vegetación. Estaba completamente seca, sin plantas ni animales qué cazar. No se encontraba qué comer ni qué beber. Tras mucho andar por una planicie sin sombras dónde detenerse o resguardarse, llegaron a un lugar donde el camino se dividía en cinco: uno iba por en medio, hacia donde se pone el sol, dos a la derecha y dos más a la izquierda. Allí se detuvieron los muchachos remendados, sedientos. El mayor dijo:

—Aquí hay cinco veredas y nosotros somos cinco. Yo me iré por el camino de en medio y ustedes escojan el suyo. De aquí a un año, nos volveremos a reunir debajo del árbol. El que llegue primero tiene que esperar a los otros.

Se despidieron y cada cual tomó su camino.

El mayor llegó a un pueblo: pueblo muy bonito, muy fértil. En ese lugar estudió para ser mago.

El segundo llegó a un cerro donde la gente trabajaba la madera. Allí se hacían los mejores arcos y flechas.

Y así, cada uno fue llegando al lugar al cual estaba destinado. Todos se pusieron en manos de los maestros más capaces y estudiaron con gran empeño a lo largo de un año. Al finalizar el plazo, uno tras otro regresaron al árbol donde habían acordado reunirse.

Cuando estuvieron todos allí, el mayor comenzó a preguntarles qué habían aprendido.

—Yo soy buen carpintero —dijo el primero.

—Yo soy buen tirador —dijo el segundo.

—Yo soy bueno para revivir muertos —dijo el tercero.

—Yo soy ladrón —dijo el cuarto.

—Y yo soy bueno para adivinar con sabiduría —dijo el mayor—. Justamente arriba de nosotros, en el árbol, hay un cuervo que duerme en su nido, donde hay tres huevos. Quiero que tú, ladrón, le robes un huevo sin que se despierte.

—Muy bien —dijo el ladrón. Comenzó a subir al árbol, metió la mano bajo el cuervo, le robó su huevo y se lo llevó al hermano.

Entonces el hermano mayor le dijo al carpintero: —Quiero ver que hagas un huevo exactamente igual a este.

—Muy bien —dijo el carpintero. Tomando un trozo de madera hizo un huevo y se lo dio a su hermano, que rompió el huevo verdadero.

El hermano mayor le dio el huevo al hábil ladrón y le dijo que subiera hasta el nido, lo pusiera allí y luego asustara al cuervo.

El ladrón así lo hizo y el cuervo voló.

—A ver, tirador, quiero ver que le des a ese pájaro —ordenó al otro.

Buen tirador sacó su arco y disparó. El pájaro cayó muerto.

—Quiero ver que vuelvas ese pájaro a la vida —le ordenó al revividor.

El revividor curó al pájaro, que salió volando.

Todos contentos de ver sus diversas habilidades, se acostaron a dormir hasta la mañana siguiente. De nuevo se encaminaron hacia su casa, donde sus padres los recibieron.

Wiloa Bakot, su padre, fue a visitar al jefe y le dijo: —Mis hijos ya regresaron, son todos muy listos. El mayor es adivinador.

—Mándamelo de inmediato —le dijo. El padre le ordenó a su hijo sabio que fuera con el jefe. Al llegar el jefe le dijo: —Ayer perdí el reloj de oro de mi esposa. Dime dónde está.

—Aquí está, señor. Usted mismo lo escondió allí para ver si era adivinador o no —lo encontró allí en la casa del jefe.

El jefe estaba muy complacido y le regaló unas monedas de oro y plata. Le preguntó:

—¿Qué hace el hermano que te sigue?

—Es muy bueno disparando flechas. No hay nadie mejor que él.

—Bueno, mándamelo —ordenó el jefe y el tirador se presentó. El jefe puso una pluma de pájaro a veinticinco pasos de distancia.

El tirador agarró su arco y tumbó la pluma con su flecha. El jefe estaba muy contento. Le dio al muchacho un traje de piel de tigre y le preguntó: —¿Qué hace el hermano que te sigue?

—Sabe revivir muertos.

—Bueno, mándamelo.

Entonces el jefe mató a su hijo. El hermano llegó y lo revivió. El jefe estuvo conforme. —Ahora mándenme al que sigue, a ver qué sabe hacer.

—Es muy buen carpintero.

Se presentó y rápido le hizo arcos, un violín y un arco musical. Como pago le dieron un hermoso tocado de plumas de colores.

Ahora mándenme al más chico, a ver qué sabe hacer.

—Ah, ése no puede venir, su trabajo es malo.

—Bueno, pero es trabajo al fin —dijo Baka Wecheme.

El padre no quería que fuera el más chico, así que fue él mismo a verlo y le dijo:

—Respetable señor, no quiero que mi hijo menor venga porque es ladrón, tengo miedo de que te veas en la necesidad de matarlo.

—No tengas miedo. Dile a tu hijo que en la noche voy a dejar en un lugar lejano cinco trajes de gamuza y gran cantidad de oro y plata. Veinticinco soldados van a custodiarlos. Si el muchacho es ladrón hábil, irá, los robará y serán para él.

—Muy bien —dijo Wiloa Bakot. Y fue a aconsejar a su hijo.

El ladrón mezcló un poco de narcótico con vino y lo puso en una olla, que se llevó hasta donde estaban los soldados cuidando el tesoro. Al acercarse, comenzó a gritar:

—Ando perdido.

Por fin el capitán de los soldados le ordenó a uno: —Ve a ver quién anda perdido y tráetelo para acá.

Fue y lo encontró. —¿De dónde vienes?— le preguntaron al joven.

—De Chunakotia, voy rumbo a Tetamolaim.

—Duerme aquí hoy y mañana puedes seguir tu camino.

—Está bien— dijo el ladrón. Y tomando un trago de vino, le dijo a los soldados: —Tómense un trago para que la guardia se les haga menos pesada.

Todos tomaron vino y se quedaron dormidos. El ladrón se fue con la ropa, el oro y la plata. Al día siguiente su padre se presentó ante el respetado jefe a avisarle: —Mi hijo ya cumplió lo que le encomendaste.

—Me dijeron mis soldados. Está bien, aquí está su recompensa, pero ahora debe irse de aquí, no lo quiero en Toma'arisi, que se vaya a otro lado.

—Muy bien. Se fue y le avisó a su hijo que debía irse a otra parte y el ladrón se fue. Wiloa Bakot y sus otros hijos vivieron allí hasta que murieron de viejos. (*yaqui*)⁵⁰

DICEN QUE HUBO UN POBRE que creció muy humildemente. Cuando fue mayor, le gustó una mujer. Era muy bonita pero no quería al hombre, porque era muy pobre. No lo quería ni ver. Así anduvo el pobre, detrás de ella, hasta que le ganó la voluntad y empezó a hablar con ella.

Una noche, un santo ángel se le presentó en sueños, le avisó al hombre: “No te cases con ella, porque te matará algún día; un día te va a matar.”

Y él no creyó, aunque Dios vino a hablarle mientras soñaba. Se levantó en la mañana y se fue a ver a la muchacha.

—¿Qué? ¿Pensaste en lo que te propuse? ¿Aceptas? ¿Qué vamos a hacer?

—Si quieres que sea así, te acepto, pero con la condición de que cuando muera te entierres conmigo —respondió la mujer.

—¿Cómo voy a enterrarme contigo cuando mueras? Lo que quiero es vivir mucho tiempo contigo.

—Vivirás conmigo, pero ese será el acuerdo: si yo muero primero, te irás conmigo a la tumba; si tú mueres primero, yo me iré contigo.

—Está bien, entonces; que así sea, pues; así quedaremos de acuerdo: iré vivo a la tumba contigo, si te mueres.

Se casaron y así estuvieron pocos años. Luego cayó la enfermedad y la mujer enfermó. No pudo sanar, murió.

Vino bastante gente; vinieron a dejar flores, vinieron a dejar velas, vinieron a ver a la difunta, porque ya había muerto.

El hombre lloraba por ella, era su mujer. Les ordenó a los que hacen las cajas que hicieran un ataúd grande, porque él se iba a ir con su mujer. Todos los que estaban allí le hablaron; le dijeron que eso no podía hacerse, que no había quién hiciera eso, que no podía irse con la difunta.

—En eso quedamos: que iría vivo con ella. Y voy a ir. Si yo me hubiera muerto, ella

es quien se habría ido conmigo; como ella es quien murió, iré yo. Ese fue nuestro acuerdo. Ahora, hagan la caja.

Se hizo la caja y fueron a enterrar a la mujer. Cavarón la fosa. Enterraron a la mujer y él brincó dentro. Algunos lo jalaban, pero él no hacía caso; se fue vivo, se metió en la fosa. Por fin, lo taparon y se fueron.

Algunas personas, las que tenían lástima por sus deudos, venían a dejar flores donde estaban sus difuntos. Venían y oían llorar bastante dentro de aquella tumba. El hombre completó un día, dos días dentro. Llegaban otros y veían la fosa donde estaba enterrado.

—¿Quién llorará allá adentro? —se preguntaban.

—A lo mejor quien llora es el que se fue vivo —decían algunos—. Ha de ser él. Vamos a avisar para que vengan a sacarlo.

Fueron a avisar, pero nadie quiso ir. Llegaron otras personas a dejar flores y también oyeron el llanto. Pensaron que sería mejor sacarlo y empezaron a escarbar. Pero luego cambiaron de opinión.

—No lo saquen, sus familiares se enojarán; no lo saquen.

El ángel ya le había advertido al hombre que eso le tenía que suceder.

Fue a verlo y le dijo:

—¿Por qué estás aquí, señor? ¿Qué haces vivo aquí?

—Así acordamos mi mujer y yo, que vendría vivo a su tumba y que aquí moriría. Por eso voy a morir, ya quedamos en eso. Por eso estoy aquí, vivo, con ella.

—Está bien —dijo el ángel—, voy a pedirle permiso a Dios, a ver si dice que aquí te quedes, porque todavía no es el día en el que debes morir. Viniste con ella, aquí quieres quedarte, pero yo le pediré permiso a Dios para que salgas y vivas.

Y el ángel fue a hablar con Dios:

—¿Qué vamos a hacer con él? Está vivo y se fue allá. ¿Por qué no le permites que viva otros días? ¡Pobre de él! Está allí dentro, llorando mucho; está allí dentro, con su mujer.

—Está bien, hijo. Si dices así, si hablas por él, vete y entrégale esto: que le unte un poco de esto a su mujer en la nariz para que reviva.

Se fue el ángel y regresó a donde estaba el hombre.

—Aquí llegué, señor. Aquí hay un remedio para que le untes a tu mujer en la nariz, para que reviva.

Se regresó el ángel. Las personas que llegaron a ofrecer flores dijeron: —Vamos a ver qué hace el hombre que se quedó aquí; vamos a escarbar.

Empezaron a escarbar y vieron que en la fosa había dos vivos. Los sacaron, cargaron la caja y se fueron a dejarlos hasta su casa.

Anduvieron vivos dos días. Pasaron así otros días, pasaron algunos años. Anduvie-

ron. Un día agarraron camino, se fueron, porque ella le había empezado a decir: — Hombre, vamos a pasear a alguno de esos cerros; vamos.

—¿Para qué vamos?

—Vamos a pasear; ya me fastidié de tanto estar en la casa. Vamos a pasear, vamos —insistía ella.

Salieron y se fueron; llegaron hasta la sombra de un árbol frondoso. Allí se sentaron, y al pobre hombre le agarró el sueño. Se durmió; puso la cabeza sobre las piernas de la mujer y allí se quedó dormido. ¡Quién sabe por dónde andaba el espíritu de ese pobre hombre! No se dio cuenta cuando pasaron unos soldados. Pasaron todos, y el comandante se regresó. Le dijo a la mujer:

—¿Qué buscas aquí? ¿Por qué estás aquí, señora?

—No busco nada; estoy aquí con mi esposo.

—¿Qué haces con ese hombre tan feo? ¿Por qué estás con él? Te irás conmigo; yo sí soy hombre bueno: te daré de comer cualquier cosa que quieras. Yo tengo dinero.

¿Qué cosa haces con ese tonto, ese flojo? Está muy feo.

Y ella le creyó, lo siguió y se fue. El hombre seguía dormido; no se dio cuenta de nada, allí se quedó.

Entre los soldados venía un hombre que conocía al que estaba dormido; solamente él era su esperanza para encontrar a su mujer, para que apareciera.

Cuando se despertó, quién sabe dónde estaba ella. Estaba solito. Miraba por arriba, miraba por abajo; no había nadie. No se veía a nadie, sólo rastros de caballos, marcas de herraduras.

De allí, siguió las huellas de los animales; las iba siguiendo, las iba siguiendo. Llegó hasta allá, y allí encontró de guardia a aquel hombre que lo conocía.

—Ven acá, quiero hablarte tantito.

El que estaba de guardia pidió permiso y luego le dijo:

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué no vino mi mujer por acá?

—Sí, aquí está ella.

—Pídele permiso a tu jefe para que entre a hablar con él.

El hombre se fue a pedir permiso:

—Dice un señor que llegó que si le das permiso para que platique contigo.

—Dile que venga.

Salió a avisarle: —Que vayas, dice el jefe.

Entró y vio que allí estaba su mujer.

—¿Qué quieres conmigo? —le dijo el jefe.

—No quiero nada contigo. Tú recogiste a mi mujer, te la trajiste. ¿Por qué te robaste

a mi mujer?

—¿Qué hiciste tú para que sea tuya esa mujer? Hace varios días que vive conmigo y no hace nada por regresar contigo. Ahora es mi esposa.

—No señor, ella sí es mi mujer. Estaba yo durmiendo cuando ustedes se la trajeron.

—Ven, tú, sargento. Vengan, llévense a este hombre; vayan a matarlo. Que él mismo cargue la barreta, que cargue una pala y que escarbe la fosa donde quedará, donde lo enterrarán.

Salieron. Cuando llegaron, le tomaron la medida al pobre hombre, midieron la tierra y él mismo escarbó. Cuando terminó de hacer la fosa, uno de los soldados, compadecido, le dijo:

—Amigo, no te vamos a matar; vete. Que Dios te ayude. Cuando estés detrás de esa loma disparamos, tapamos la fosa y nos vamos.

El pobre hombre se fue, se escapó. Los soldados dispararon, taparon la fosa y regresaron. Pero uno de ellos era chismoso y llegó a avisar que no era cierto que el hombre estuviera muerto.

—¿Y por qué no murió?

—Porque no le dieron balazos, no fue cierto.

—¿Qué de veras mataste al hombre que debía morir? —le preguntó el jefe al encargado de hacerlo.

—Lo matamos.

—Está bien, vayan a ver si es cierto.

Llegaron al lugar, y no estaba; pura tierra escarbaron. Regresaron a avisar:

—No está, señor.

—Está bien. Entonces, métnale un balazo al que desobedeció mis órdenes. Que se muera, por haberme engañado.

Pero el hombre que iban a matar agarró su arma primero y mató al jefe; mató también a la mujer. Empezaron a matarse entre los mismos soldados; puros balazos se oían; se escuchaba cómo se mataban.

Mientras éstos se mataban, el pobre hombre corrió y llegó a un pueblo. Tenía mucha hambre; le dijo a una mujer:

—Señora, ¿no me vende tantitas tortillas para que coma?

—Estoy muy apurada, señor. Estoy muy acongojada; voy a dejar flores a donde se murió un niño, el hijo del señor principal de nuestro pueblo. Voy a dejarle unas flores al pequeño, voy a llevarle unas velas.

—Déme tantitas tortillas para que yo coma, porque yo sé que ese chamaco no murió; está vivo. Está vivo, está durmiendo.

—No, no está dormido; desde ayer murió.

—No señora, no murió ése. Está dormido. Así les dirá usted a los familiares: que llegué a despertarlo porque yo sé cómo despertar a la gente que ya murió.

La señora le dio de comer al señor y se fue rápidamente a avisar:

—Llegó un hombre que sabe revivir a las personas.

Salieron los padres del chamaco a buscarlo; llegaron a preguntarle:

—Señor, ¿qué es cierto que usted sabe revivir a las personas?

—Sí, señor. Vamos a hacer la lucha.

—Venga con nosotros. Vamos, allá hay tortillas para que coma.

Lo llevaron, llegó acompañado hasta allá.

—Que se salgan todos los que le están rezando al difunto. Que se vayan todos. Apaguen las velas; quiten esas flores. Nada más quédese usted, señor; párese a los pies del difunto. La señora, su madre, que se pare del lado donde está la cabeza.

La pobre mujer se paró a la cabeza del difuntito; el señor se paró a los pies.

El hombre llevaba su frasquito de medicina y se la untó al niño en la nariz. Revivió al momento. Cuando despertó, el hombre dijo:

—Agarren al niño; agárrenlo.

Y lo agarraron. El niño revivió.

La gente no decía que era una persona que sabía revivir a las personas, decía que era Dios. Y no es que fuera Dios, sino que tenía aquel remedio que le habían dado para revivir a su mujer: eso fue lo que le untó al niño en la nariz.

Le dieron dinero, le regalaron un caballo para que montara, y varios mozos fueron a dejarlo a otro pueblo. Se fue, llegó allá, a otro pueblo. Los que vivían allí estaban muy afligidos; el principal del pueblo había muerto, quien veía por el bien de su gente, quien era considerado como el padre de todos, como su madre. Habían traído a médicos para que lo curaran, habían conseguido dinero prestado para aliviarlo, pero de todas maneras había muerto. No había ya nadie que pudiera ayudarlos, pues él era quien veía por el pueblo —y ahora, todos lloraban.

Llegó él. Tenía hambre; nuevamente llegó pidiendo tortillas. Una mujer le dijo:

—Espérate un momento; voy a avisar que ya llegaste, a ver qué encuentro para que comas.

La mujer le avisó al hijo de aquel principal y regresó a donde estaba ese hombre. Lo llevaron hasta la casa. Sacaron las flores y las velas; el hijo mayor se paró cerca de sus pies de su padre y su esposa anciana se paró junto a su cabeza. Él le aplicó al muerto la misma medicina con la cual había curado al niño. Cuando le puso la medicina en la nariz, revivió. Revivió así aquel principal.

—Tú agárralo —le ordenó al hijo— porque tú eres hombre, eres fuerte. La pobre mujer no va a aguantar.

Lo agarró el hijo; el difunto se levantó como borracho. Se levantó entonces, se empezó a levantar. Lo llevaron a su cama, allí comenzó a hablar.

—¿Quién es el que vino a revivirme?

—Ése es, papá.

Y ya no dijeron que era hombre, decían que era Dios.

—¿Cuánto vas a cobrar por haberle devuelto la vida a nuestro padre, señor? ¿Qué tú eres Cristo? —le preguntaban.

Y les platicó todo lo que le había sucedido, lo que le había hecho su mujer, la traición que le hizo; cómo el ángel le había advertido desde el principio que no se casara con ella y cómo él, terco, se casó con ella y cómo por fin de veras lo traicionó.

Recibió el dinero que le dieron. Lo fueron a dejar a su pueblo y así anduvo. Se hizo rico ese pobre con el dinero que le regalaron.

Así le pasó a ese hombre, eso dicen, así platican. (*mixteco*)⁵¹

Tamakatsi —o Sentiopil— es el niño-maíz que hace revivir a su padre, enemigo de Huracán. Aparece en la mitología y la tradición como héroe. Tras su boda, vive aventuras características de los cuentos maravillosos, que sin más son narrados tras el mito de su nacimiento y regreso al mundo como maíz. Alguna insólita anécdota permite el tránsito de la esfera mítica a la del cuento.

TAMAKASTI decidió ir a ver a su padre. Avisó a su madre: —Voy a ver a mi padre, porque voy a casarme allá en mi tierra. Hace dos días que mi padre mandó llamarme porque ya hace mucho que estuvo por acá. El jilguero va a avisarle que llegaré a la casa mañana a las once.

Pero no fue eso lo que sucedió. A medio camino se cansó y se sentó en una piedra. Se quedó dormido y no se dio cuenta de que la piedra se lo tragó. Al despertar, todavía no se lo tragaba del todo. Agarró su espada y le cortó el corazón a la piedra para que ya nunca viviera ni creciera. Su padre lo estaba esperando y él no aparecía. —Una piedra se lo está tragando —dijo—. Por eso tarda.

Salió de nuevo el jilguero y le informó al padre de Tamakatsi que su hijo avisaba: “Me tragó una piedra, pero ya nunca podrá estar viva de nuevo.”

Salió otra vez y se encontró a un zorro. Le pidió que fuera su padrino de boda, porque se iba a casar. Le dijo: —Ve a donde está mi padre, porque vas a ser mi padrino.

La zorra llegó a la casa del padre de Tamakatsin y le dijo que iba a ser padrino del novio. Llegó luego el novio con una banda de músicos, todos avispas. Le preguntó a su padre: —¿Vas a pedir a la novia?

El padre dijo que lo haría. Fue a ver al rey y le dijo que su hijo tenía pensado casarse con la princesa.

—No conozco al joven —dijo el rey— pero quiero convivir con él, dile que venga. Eso supo el padre y el hijo fue a ver al rey, con vestido pobre, muy triste. Tenía pena de llegar a casa del rey, pero su padre le dijo que tenía que ir porque eso le habían ordenado. Llegó al palacio y saludó.

—¿Éste es el joven que se quiere casar con mi hija? —preguntó el rey.

El muchacho le dijo a su padre: —Ya verás, el rey me va a hacer menos.

Tamakatsi le dijo: —Yo estoy enamorado de su hija. ¿Me hace el favor de darme su consentimiento para que me case con ella?

El rey le contestó que había una apuesta, para quien quisiera participar. El Viento del sur también vino a pedir a la princesa: éstos eran los dos que iba a competir por ella.

Tamakasti dijo: —Yo soy un muchacho pobre, quién sabe si pueda ganar la apuesta, pero voy a hacer todo lo posible para lograr casarme con su hija.

Cuando la princesa lo vio tan pobre le dijo a su padre que ella no se iba a casar con ese tipo; prefería casarse con Viento del sur. Su padre le dijo: —Con el que gane la competencia, con ése te casarás.

Una semana después el padre de Tamakasti regresó a preguntar cuándo iba a ser la apuesta.

Iba a ser al siguiente domingo, iban a tener luego la oportunidad de ganar a la princesa. El papá regresó y le avisó a Tamakasti: —La competencia va a ser el próximo domingo, así que el próximo domingo nos vamos.

Tamakasti dijo: —Papá, van a tratar de dejarte en vergüenza cuando falle, pero verás que no lo logran.

—¿Qué ya sabes cuál es la apuesta? —le preguntó su padre.

—No lo sé, pero ya veremos. Vamos a dejar que el otro intente primero, por si quieren dejarlo en vergüenza.

Así, al siguiente domingo llegaron a las ocho de la mañana al palacio del rey.

Llegaron a saludar al rey:

—Buenos días, *Zacarías* majestad —sacra y real majestad, que se dice en realidad.

Entraron y Tamakasti estaba todo mojado. Se sentó junto a su padre. El rey dijo:

—Ya que estamos todos aquí, van a decirme qué es lo que tiene mi hija, y quien no lo adivine será fusilado con veinticinco balazos mañana a las ocho.

Tamakasti dijo: —Quiero saber quién fue el primero que vino a pedir a tu hija.

—Es cierto que tú fuiste el último en venir; por eso, serás el último en hablar —dijo el rey. Viento del sur hablará primero.

—Yo sé qué tiene tu hija. Es un anillo de oro que está escondido.

—¿Dónde lo escondió? —preguntó el rey.

—Lo tiene a la izquierda, en la pierna.

No salió cierto. De inmediato lo agarraron los soldados y se lo llevaron al cementerio y le dijeron: —Mañana en la mañana te vamos a fusilar con veinticinco balazos.

Viento del sur lloraba, porque iba a morir.

El rey le advirtió a Tamakasti: —Si no sabes, no te adelantes como tonto.

—Si no supiera, te diría que no sé. La princesa tiene en su pierna derecha una estrella de oro.

—Bueno, ganaste la apuesta y ahora se van a casar, dentro de una semana.

—Está bien —dijo Tamakasti —en una semana nos casamos.

Viento del sur tenía a sus hermanos, que le dijeron al rey que Tamakasti andaba presumiendo que dizque podía ganar más apuestas. El rey lo mandó llamar. Llegó y le preguntó al rey qué quería.

—Andas presumiendo que puedes adivinar más pruebas —le dijo el rey.

—No ando diciendo nada. ¿Quién dijo?

—No preguntes nada, mañana a las ocho tendrás otra prueba.

Tamakasti dijo: —Cumpliré todo lo que me pidas. Mañana a las ocho estaré aquí con mi padre.

Llegaron al otro día. —Hoy tenemos otra prueba. Si pierdo, ya no valdré nada. Me salgo del palacio con lo puesto.

—Haz un papel: que los que andan chismeando contra mí sean fusilados.

—No habrá perdón para ellos. Yo me quedaré solamente con lo puesto y los otros morirán en ese momento.

Tamakasti preguntó: —¿Entonces el palacio será mío si gano?

—Será tuyo. Quiero saber qué es lo que tiene mi hija.

—Bien sabes lo que tiene tu hija, rey. Tiene una caña de azúcar de siete colores plantada en medio del palacio. Si quieres vamos hasta donde está, para que ella lo confirme.

—Es cierto —aceptó el rey—. La apuesta vale, aunque no supiera lo que mi hija tiene en el palacio.

—Vamos con tu hija. No creíste que yo tenía ese conocimiento.

Llegaron y Tamakasti dijo: —¿Quieres ver dónde florece esta caña de siete colores?

—Sí, quiero ver.

Brilló un relámpago y apareció la madre de Tamakasti. Cuando el rey volvió a ver, había un palacio más grande, de oro. No supieron cómo apareció. El rey dijo: —Ahora

sí, no valgo nada. Me iré. Vamos a donde está mi hija.

—No sabía que tenías conocimiento. Ya me voy.

Ensiló un caballo viejo, que estaba por desfallecer, y se fue quién sabe por dónde. Los chismosos fueron fusilados con veinticinco balazos.

Comenzó la fiesta por la boda de Tamakasti y duró ocho días. (*náhuatl*)⁵²

HUBO UNOS NIÑOS, murió su mamá. Quedaron huérfanos: niña y niño. Se quedaron con su papá. Como su mujer murió, él buscó otra mujer y esa mujer estaba enojada con los entenados.

La mujer dijo a su marido: —¡Esos niños comen mucho, a mí me da coraje! ¿Por qué no los vas a tirar al monte?

La niña no estaba durmiendo, escuchó lo que dijo su madrastra.

—¡Vete al monte a tirar estos niños!

—Mañana los voy a ir a tirar —dijo su papá.

Después la niña le platicó a su hermano: —Anoche, cuando tú ya estabas durmiendo, nuestra madrastra le dijo a mi papá que comemos mucho; y no nos quiere. Le dijo: “¡Vete a tirar a tus hijos!” Y nuestro papá, como quiere a nuestra madrastra, la obedece. Ahora, cuando amanezca, agarra ceniza y échala en el tenate; con eso, donde sea nos vaya a dejar nuestro papá, eso es lo que nos va a sacar. Cuando entremos al monte nosotros llevaremos regando esa ceniza. Nuestro papá nos va a llevar, nos va a engañar diciendo que vamos a buscar tepejilote.

Y así, de veras, cuando amaneció la niña agarró la ceniza, la metió en el tenate. Ni su papá, ni su madrastra vieron cuando agarró esa ceniza.

—Agarren su tenate y su reata, vamos al monte a buscar tepejilote.

Y de veras se fueron allá. Llegaron al monte cuando dejaron el camino, ya entraron al monte; su papá adelante iba. Y los niños iban atrás de su papá.

Cuando entraron al monte empezaron a regar esa ceniza, hasta adentro de la montaña. Entonces les dijo su papá: —Aquí espérenme, hijos, voy a buscar tepejilote por allá. Espérenme aquí, luego vengo a buscarlos.

Ahí se quedaron esos niños, los dos. Esperaron a su papá. No vino.

Dijeron ellos: —Nuestro papá ya no va a venir a buscarnos; anoche escuché que nos iban a dejar en la montaña.

Cuando vieron esos niños que era de noche, dijeron:—¡Vamos a regresarnos!

Como regaron ceniza empezaron a seguirla, para regresar. Encontraron el camino, llegaron a su casa pero no entraron porque ya tenían miedo. Afuera, atrás de la casa se agacharon.

Su papá estaba comiendo. Y su mujer estaba muy alegre porque el hombre fue a

botar a sus hijos en el monte. El hombre estaba comiendo y dijo: —Aah, lástima de mis hijos, si estuviera cerca ya les hubiera dado un pedazo de esta tortilla.

Entonces hablaron esos niños: —Aquí estamos, papá.

Y entonces se enojó la mujer, porque regresaron esos niños. Al otro día otra vez los llevaron. Entonces ya no regresaron; esos niños se quedaron en la montaña. Ahí empezaron a andar en la montaña. Cuando ya tenía mucho tiempo en la montaña, el varón le dijo a su hermana: —Aquí quédate. Yo voy a buscar qué comer.

De veras, ahí se quedó esa niña, y el varón anda buscando qué comer. Un día, cuando ya eran grandes, fue el muchacho y vio donde estaba friendo plátanos la Chichima. La Chichima era ciega, no veía. Ahí llegó y le robó su plátano frito a la Chichima. El varón le llevaba el plátano que robaba a su hermana.

—¿Dónde vas a buscar ese plátano frito? ¡Llévame, por favor!

Y le dijo su hermano que no. —Porque tú te ríes mucho.

Y después una mañana acompañó a su hermano. Como el varón sabía cuando la Chichima freía plátano, le robó su plátano.

Y habló la Chichima vieja: —Zape gato, no te comas mi platanito.

Entonces, esa niña se empezó a reír: —Quiti quiti quiti.

—Aah, son ustedes, hijos, ¡vengan, coman plátano!

Entonces ya se quedaron ahí con ella. Los comenzaron a tratar bien. Les daban de comer.

Ya tenían días con la Chichima, cada mañana les tocaban la mano. Entonces a esos huérfanos se le apareció Nuestra Madre María.

Les dijo a los huérfanos: —A ustedes los tienen aquí porque los están engordando, se los van a comer. Ahora, tengan estas dos colas de ratón. Cuando les diga: “¡denme sus manos, hijos!”, le dan esta cola de ratón para que lo tiene.

Y de veras así lo hicieron.

Entonces, cuando cada mañana les tocaba sus dedos, eso era lo que le daban a tocar a la Chichima vieja.

—Están flacos todavía, todavía no están gordos.

Pero como jugaban mucho esos niños, perdieron la cola de ratón que Nuestra Madre les dio. Nuevamente se les apareció Nuestra Madre a los niños.

—Vean, no entienden, juegan mucho. Tiraron esa cola de ratón; ahora se los van a comer. Cuando vean que pone la paila en el tenamaste, entonces, les van a decir: “Niños, vengan a atizar esta paila”. Ustedes, díganle: “abuela, enséñanos cómo se atiza, nosotros no sabemos”. Cuando llegue a enseñarles cómo, entonces agarran a la Chichima y la empujan dentro de su paila.

Ése fue el consejo de Nuestra Madre.

Llegó el día en que de veras eso vieron los niños. Puso la paila en el tenamaste.

—Hijos, vengan a atizar esta paila —los llamó.

—Abuela, enséñanos cómo se atiza.

Y de veras fue la Chichima vieja a enseñarles cómo se atiza. Se agachó la vieja, y cuando lo vieron, el niño y su hermana aventaron a la viejita. Como estaba hirviendo la paila de agua, ahí empezó a hervir hasta que se hizo mole.

Cuando se coció, fueron a tirarla. De ahí salieron tres perros, un caballo y una lanza. Entonces los perros comenzaron a andar con el niño, lo defendían.

Como su hermana ya era grande, ahí se quedaba solita esa niña. Su hermano salía a buscar qué van a comer, cuando ya era hombre el huérfano. Su hermana niña también ya era grande.

Mientras su hermano estaba fuera llegó un gigante adonde está la niña. Quiere a la niña por mujer, ya le había gustado a ese gigante.

Y dijo la niña: —Pero a mi hermano le da coraje que llegues aquí.

—Voy a matar a tu hermano.

—No vas a poder matar, tiene tres perros muy bravos. No les vas a poder.

Y de veras llegó el día: el gigante pensó matar al hombre.

Le dijo a su hermana: —Tú, como es tu hermano, dile: “Deja amarrados a esos perros, van a morder al perro del gigante que me viene a molestar.”

Eso hizo, así hizo la niña, engañó a su hermano. Dejó amarrado sus perros y se fue solo, ya no llevó perros.

Pero no muy lejos de su casa, ahí lo fue a atajar el gigante. Cuando vio que venía ese hombre, el gigante le dijo: —Ahora te voy a comer, te voy a matar.

¡Uuta!, entonces empezó a llamar a sus perros. Uno se llama Oliva, otro Olivar y otro Rompefierro.

Cuando empezó a gritar “Oliva, Olivar y Rompefierro”, como no estaba lejos de su casa, escucharon los perros que los estaba llamando su dueño. Empezaron a inquietarse los perros hasta que rompieron las cadenas.

Y llegaron hasta donde estaba su dueño. Agarraron a ese gigante, y lo mataron, lo mordieron.

La hermana, como quería al gigante para que se casara con ella, lo fue a ver donde estaba muerto. Ahí agarró un hueso y regresó a su casa. Lo empezó a afilar parejo, muy filoso dejó el hueso. Lo puso en la almohada donde dormía su hermano.

Cuando se acostó ese hombre, el hueso del gigante le entró en su cerebro, se murió. Su misma hermana le hizo así, le dio coraje que le mató a aquel con quien se iba a casar.

EL AHIJADO DE LA MUERTE

Cuando los tres perros lo olieron, ya estaba muerto. Vinieron esos tres perros, empezaron a olerlo. Lloraban los perros, empezaron a revolcarlo hasta que encontraron el hueso que había entrado en su cerebro. Se lo sacaron. Nomás le sacaron ese hueso, sanó ese hombre.

Le dijo a su hermana: —Cómo hemos sufrido cuando nos criamos, y ahora tú misma me ibas a matar porque querías al gigante.

Ahí después empezaron a andar hasta que llegaron a un lugar donde había gente. Y en un pueblo grande había un rey. Ahí, cada hombre daba un hijo para que ya no entrara más adentro del pueblo una serpiente grande.

Cuando llegó ese hombre con su hermana en ese pueblo, ahí estaba amarrada la hija del rey, una princesa.

Ese hombre le habló —¿Qué haces aquí amarrada? ¿Por qué te han amarrado?

Como se había criado en la montaña, ni tan siquiera traía ropa. Mucho había dejado crecer su cabello.

—Aah, pues... —dice la princesa—: ¡Vete!, porque a mí me han amarrado aquí porque ya viene una serpiente muy grande. Me dejaron amarrada para que la víbora no entre más adentro del pueblo. Por eso estoy aquí. Todos los hombres dan un hijo.

—¡Yo te voy a defender!, ¡no tengas miedo!

—¡Vete!, porque va a llegar esa víbora grande, te va a comer a ti también.

Ya viene zumbando. Y dijo el hombre que se había criado en el monte y que se había dejado crecer mucho el cabello: —¡Ahora verás cómo voy a matar a esa serpiente!

Llegó esa serpiente, pero antes de que lo comiera, él llamó a sus perros, les dijo: —¡Maten a esta víbora!, vamos a defender a la hija del rey.

Ni modo, mataron a la víbora. Él le cortó la lengua y se las dio a los perros.

—Cuando se las pida, me dan esta lengua.

Así salió libre esa princesa. No se la comió la víbora. Entonces también la princesa le preguntó: —¿Tú, de dónde eres?

—Yo, con mi hermana, nos hemos criado en el monte.

—Como me defendiste, ahora vámonos con mi papá.

—¡No!, no voy a ir porque no tengo ropa, no ando rasurado.

Bueno, se fue esa niña, se fue solita. Y que llega un negro. Le cortó el pescuezo a esa serpiente. Llevó la cabeza con el papá de la princesa. Iba diciendo: —Tucu tucú, sierpe sin lengua—. Hasta que llegó a donde estaba el papá de la princesa.

—Yo he defendido a tu hija, la princesa —dijo ese negro.

—Ahora, ¿qué quieres? —dijo el rey muy contento.

—Quiero a tu hija, quiero a la princesa.

—¿La quieres?, ¡es tuya!, la has defendido.

—¡No, papá!, ¡no es él quien me defendió! El que me defendió es un hombre que ni tan siquiera trae ropa, ni tan siquiera anda rasurado, trae tres perros. Él es el que mató la serpiente grande que viene a molestar.

Y dijo el rey: —Tú te vas con él porque yo lo digo. Te defendió a ti, y también a toda nuestra gente de este pueblo. Si tú no lo quieres, te voy a matar con cinco soldados.

Ni modo. ¿Qué cosa todavía podía decir la niña? *Más* que a la fuerza, se la dieron al negro.

El rey hizo una fiesta. Ya hay fiesta, porque se va a casar la niña.

Y entonces ese hombre ya había llegado a la orilla del pueblo donde estaba una viejita.

Y dice la viejita: —Ay, hijito, yo quisiera comer de esa comida que comen los novios, porque se va a casar la princesa.

—¿Quieres comer esa comida, abuela? Ahorita la vas a comer.

Le empezó a hablar sus perros: —Oliva, Olivares y Rompefierro, vayan a traer de la comida que van a comer los novios.

Ya estaban servidos los platos, ya estaban comiendo los novios.

Llegaron los perros, agarraron un plato cada uno y ya nada les quedó a los novios: les quitaron sus platos. Los llevaron adonde está su dueño.

Se enojó el rey. —Tres perros vinieron a robar tres platos con la comida que iban a comer los novios —dijeron los soldados. Porque la hija del rey estaba rodeada de soldados.

—Rápido, maten a los tres perros.

Y dice la niña:—¡No, papá! Fue el que me defendió, mató a la serpiente grande que venía a molestarnos aquí en el pueblo.

Después el rey dijo a sus soldados: —Sigan a estos perros, a ver en cuál casa llegan. Y esos perros ya parecían personas. Estaban esperando a los soldados hasta que fueron a donde está su dueño.

—¡Abuelita!, aquí está la comida que dijiste que quería comer; es la que se iban a comer los novios.

Llegaron también los soldados: —¿De quién son estos perros?

—Son míos, cuidado, porque matan.

—Entonces vamos a ver al rey, fueron a hacer maldad, robaron la comida que se iban a comer los novios.

—Pues, dile al rey que no voy a ir a verlo porque no tengo ropa.

Regresaron los soldados, llegaron allá. Dijeron que no venía porque no tenía ropa, no estaba rasurado, tenía vergüenza de ir.

Dice esa niña: —Ése es el que me defendió, papá.

Otra vez lo llamaron. Tampoco fue, y la niña repitió que él la había defendido. Entonces creyeron la palabra de la niña. Le mandaron camisa, huaraches y un hombre que sabía rasurar. Se rasuró, le pusieron su ropa, su huarache. Entonces lo llevaron a donde está el rey.

—¿Tú defendiste a mi hija la princesa?

—Yo fui.

—Ahora, ¿qué prueba me das de que fuiste tú quien mató esa serpiente? El negro dice: “no, yo la maté. Por eso yo le traje su cabeza”. Si es cierto de que tú defendiste a mi hija, ¿qué prueba puedes dar de que de veras matastes esa serpiente?

Entonces ese hombre llamó a sus perros: —Oliva y Olivar y Rompefierro, vengan, denme esa lengua de la serpiente grande que les di a guardar.

Empezaron a vomitar los tres perros esa lengua que ya se habían comido.

—Aquí está la muestra. Ahora, revisa si tiene lengua esa víbora.

La cabeza de la víbora no tenía lengua. Como comprendió el rey que el negro estaba mintiendo lo agarraron. Trajeron dos mulas. Le amarraron su pie en cada mula. Y entonces soltaron las mulas, que no eran mansas. Empezaron a inquietarse las mulas, despedazaron al negro. Lo mataron esas mulas.

Ya se quedó él con la princesa. Se casó. Él se ganó esa fiesta. Sigue la fiesta, y más fiesta.

¡De veras se la ganó! (*popoluca*)⁵³

La Muerte Madrina se considera un cuento emblemático pues muestra el particular vínculo del mexicano con la muerte y porque es narrado en muchas lenguas: pero es de origen europeo. La muerte, al cruzar el Atlántico, cambió de género, puesto que para Grimm era masculina y acá suele ser hembra, aunque también puede ser macho. Bruno Traven escribió *Macario*, difundido a través del cine: un hombre se hace compadre de la muerte, y ésta enseña a su ahijado a curar volviéndolo muy rico; más tarde, cuando pretende burlarse de ella, lo mata.⁵⁴

A veces, simplemente se hace un buen curandero cuando la madrina le otorga su bendición. Este primer relato es de un muchachito adivinador que entiende lenguaje de animales, como Salomón, pero es malhora y pícaro: retorna para humillar a sus opresores —sus padres— y mostrar sus triunfos, tras haber salido desde pequeño a buscar fortuna. También es curandero y socio de la muerte, lo cual vincula el cuento otomí con otros donde los sanadores suelen ser ayudantes o ahijados.

UN MUCHACHITO estaba sentado en el patio de atrás de su casa tomando el sol; en la casa, su mamá estaba apurada con el fuego. Lo habían mandado por leña, y como hacía mucho frío, allí se sentó a calentarse. En el patio había unos órganos, y sobre uno de esos órganos, también asoleándose, estaba un zopilote.

El muchachito empezó a hablar con el zopilote y se reía. Su padre, al verlo, salió a preguntarle:

—¿De qué te ríes, muchacho?

—Aah, papá, es que estaba hablando con el zopilote que está en aquel órgano.

—¿Quién te crees para hablar con los animales? ¿Cómo sabes hablar con los animales?

—Bueno, pues él me habló y yo le contesté.

—¿Y qué fue lo que te dijo el zopilote?

—Me dijo que mañana o pasado mañana me iré de aquí; que cuando regrese me recibirás de rodillas, te santiguarás frente a mí.

—¿Quién te crees? ¿Qué clase de persona eres? ¿Cómo hablas con los zopilotes?

Los padres se enojaron mucho; la madre no quería que castigaran al niño, pero a su padre le enojó mucho lo que le había dicho. ¿Cómo se atrevía a decirle que se iba a arrodillar y a santiguar frente a él cuando regresara a su casa, pasado un tiempo? Le dio mucho coraje.

Y salió cierto: el muchachito no regresó a la casa desde ese día, porque su padre le pegó mucho. Se lo llevó a *leñar*. Agarró su hacha y un lazo y se fueron juntos a recoger leña. Se llevó al muchachito —casi no tenía ropa, salió solamente con los harapos que traía puestos. Jaló al muchachito rumbo al monte y allá lejos le pegó muy fuerte; hasta lo desmayó, de la tunda que le puso.

Allá quedó, cerca de donde pasaba una brecha que usaban los arrieros y los vendedores. El muchachito estaba allí tirado sin moverse, parecía muerto. Pasaron los arrieros y al ver al niño se acercaron a tocarlo: todavía estaba calientito. Lo levantaron y le hablaron:

—¿Qué haces aquí?

El muchachito suspiró. Lo levantaron y lo cargaron sobre los animales. Le hablaban, trataban de platicarle, pero él solamente suspiraba. Tenía los ojos mojados de lágrimas. Había llorado y tenía marcados en la espalda los reatazos que le había dado su padre. Los arrieros lo envolvieron en sus cobijas para echarlo sobre la carga que traían los animales. Allí pusieron al muchachito y se lo llevaron cargando.

Le iban hablando y hablando por el camino. Al fin despertó el muchachito, ya se había calentado porque lo habían envuelto con cobijas. Le preguntaron:

—¿Qué te pasó? ¿Por qué estabas tirado allí en el camino?

—Ah, es que me pegó mi padre.

—Pero, ¿qué fue lo que hiciste?

—Pues nada, no le hice nada.

—¿A lo mejor tienes hambre?

—No...

—¿Te comes un pancito?

—Creo que sí me lo como.

—¿No quieres una tortillita?

—Eso no, pero el pan sí me lo como.

Los arrieros traían un guaje con agua; dejaron que el muchachito se terminara el pan y enseguida le ofrecieron agua para que bebiera. Continuaron caminando y más tarde llegaron a un pueblo. Traían azúcar y piloncillo que entregaban; traían café para vender.

Llegando a la ciudad descargaron sus animales y, ya libres, fueron a dejarlos en el mesón. Como el muchachito ya se había recuperado, lo sentaron junto a la carga. Habían pedido permiso de dejar sus bultos en una casa y allí se quedó también el muchachito, cuidando la mercancía que traían los animales. Una vez que bajaron la carga, los arrieros fueron a buscar a los comerciantes que les compraban al mayoreo y al menudeo.

El muchachito vio a unos perros peleando cerca de donde estaba sentado. Mientras peleaban, se hablaban entre ellos. Uno de los perros llegaba con una criada; lo traía a la casa cuando venía a trabajar, era de ella. Pero ganó el pleito el perro de los dueños, maltrató mucho al perro de la criada. Entonces el muchachito oyó lo que el perro de la casa decía:

—Ustedes son sinvergüenzas, bien sabes lo que hace tu dueña; por su culpa le pegan mucho a la mía, pues mi amo está muy enojado y le pega mucho a su mujer. Todo por culpa de ustedes. Tu ama se roba los manteles, la manteca, la sopa; también roba dinero. ¿Dónde está todo? ¿Dónde lo va a tirar tu dueña?

—Te lo voy a entregar, pero ya no me pegues, me estás pegando mucho. Te lo voy a entregar, está todo enterrado allá por donde llegan los burros y los otros animales. Allá está enterrado todo. ¡Ya no me maltrates, me vas a matar!

Así decían los dos perros que estaban peleando.

El muchachito siguió entonces a los perros para ver el lugar donde estaban enterrados manteles, servilletas, dinero, tazas, platos, cucharas de plata: todo lo que había robado la criada —por eso le pegaba el esposo a la dueña de la casa, por perder las cosas. Llegaron al lugar: —Es aquí donde están enterrados —dijo el perro de la criada—. Aquí en el mesón está enterrado un cajón.

Los arrieros que traían su mercancía no tardaron en regresar y le reclamaron al muchachito:

—¿Dónde andabas? Siéntate donde te dejemos, no se vaya a perder nada de lo que te dejamos encargado.

—No, lo que pasa es que me fui a seguir a esos perros.

—¿Quién te crees? ¿Acaso sabes por qué pelean?

—Sí, escuché lo que decían.

—Pues no debes dejar aquí sola la mercancía que te encargamos —le dijeron.

—No, si sólo los estaba espiando; a la mercancía no le pasa nada, la estoy vigilando.

—Está bueno.

Y los hombres salieron otra vez a otros mandados, a otros lugares. El muchachito ya se había fijado bien dónde estaban enterradas las cosas.

Al rato salió la dueña del perro de la casa; estaba en la puerta, llorando. El muchachito nada más se le quedaba viendo.

—Señora —le dijo—, ¿por qué lloras?

—¿Para qué te lo digo?, ¿acaso vas a entender lo que me sucede?

—¿Por qué no? Yo te lo puedo decir: estás muy triste porque te pegan diario; tu marido te regaña. Dime, pues, ¿qué has perdido? Yo te lo entrego.

—¿Acaso sabes?

—¿Por qué no? Yo sé dónde están enterradas las cosas que has perdido.

—¿Acaso eres adivino?

—Sí, sé un poco.

—Está bien, entonces entrégamelas y pagaré lo que me pidas... pero me vas a entregar todo lo que he perdido.

—Vamos, entonces.

Fueron al mesón y el muchachito le enseñó dónde estaban las cosas:

—Precisamente aquí están enterradas las cosas perdidas.

—Está bien, ¿pero cómo sabes?

—¿Por qué no? Yo sé. Yo sé por qué te pegan todas las tardes: porque pierdes las cosas de la cocina; pero es tu criada quien las esconde.

—¡Ay, bueno, pues no entiendo cómo lo sabes!

—Pues yo lo sé muy bien.

—Entonces, ¿cuánto vas a querer que te pague por entregarme mis cosas?

—Primero escárbalas para que veas, verás que allí están enterradas todas tus cosas. Y también el dinero que te robaba, porque a veces mandabas a la criada a hacer las compras: todos los cambios están también enterrados allí.

—Está bien, entonces voy a escarbar.

Y así fue, la señora escarbó donde estaba enterrado el cajón y encontró todas sus cosas enterradas allí. La señora se puso muy contenta al encontrar todo lo que se le había perdido.

Luego, la señora sacó mil pesos y se los dio al muchachito. Ese fue el primer pago que recibió.

Los arrieros regresaron, venían a acarrear su mercancía, ya habían encontrado a los compradores.

El muchachito iba de un lado al otro escuchando todo lo que se decía; un rato vigilaba la mercancía que le habían encargado los arrieros y otro rato se iba a oír lo que decía la gente que estaba en la plaza.

Allí se encontró con la muerte: lo llamó y platicaron. Por fin la muerte le dijo:

—¿Qué dices, caminamos juntos?

—Pues, vamos.

—Yo te daré trabajo.

—Si ves que podemos ganar bien, vamos.

—Sí, yo te voy a dar una pequeña botella que siempre llevarás contigo; contiene un líquido y la vas a traer siempre, junto con un pedazo de algodón que también te voy a dar. Así vamos a ir a visitar a los enfermos.

Se fue con la muerte. Le dijo un día: —Primero te voy a llevar con el enfermo; yo me voy a parar junto a sus pies y tú te paras al lado de su cabeza.

—Está bien —le contestó el muchachito.

—Allí están seis médicos que llamaron para curar al enfermo, pero ya no hay medicina que lo alivie.

—¡Ah!

—Con esto ganarás —le dijo la muerte, dándole la botellita—. Con tantito líquido de la botella, con eso se van a aliviar los enfermos; les untas en la cabeza, aquí y aquí, así; les untas otro poco en la nariz: ya con eso. Cobrarás una cantidad, lo que tú creas que se debe cobrar, unos cinco o seis mil pesos. Y vas a ver cómo regañan a los médicos que no sirven, tendrán que salir.

Y así hizo: ayudó a un enfermo y le cobró dinero; los familiares ya nada más lloraban, pensando que el enfermo ya no sanaría.

—No, no se preocupen —les decía— yo lo voy a aliviar, yo lo voy a curar; voy a estar aquí una hora, esperando a que se levante.

Lo curó; le untó en la cabeza aquella medicina al enfermo. Y los médicos que estaban allí, que habían llamado, se reían del muchachito porque lo veían muy humilde, casi desnudo.

El enfermo no tardó mucho en hablar, levantó la cabeza para pedir pan y agua.

—Sí, denle agua y después le dan su vaso de leche. Dentro de un rato va a pedir más leche y más pan —decía el muchachito. —De mi parte, que Dios me ayude y levantaré al enfermito.

Le dieron al enfermo el pan y la leche que pidió. Así se contentaron los familiares. Los médicos, en cambio, como que se disgustaron, los habían llamado y allí estaban. El muchachito prometió que se quedaría allí hasta que el enfermo pidiera de comer. La muerte también estaba presente, andaba con el muchachito pero no se dejaba ver, sólo su acompañante podía verla.

El enfermo pidió de comer, pidió tortillas y se las llevaron junto con sopa de arroz. En un momento se comió tres tortillas y un pedazo de carne.

Los familiares estaban muy contentos, pues vieron aliviado al enfermo. Los médicos que estaban allí, cuando se dieron cuenta de que el muchachito había ganado, se fueron sin despedirse siquiera. Le tuvieron rencor al muchachito; pensaron asaltarlo cuando saliera. El muchachito se reía, sabía que no podían hacerle nada.

El enfermo ya comía, pedía lo que quería. Entonces le preguntaron al muchachito: —¿Cuánto nos vas a cobrar, médico?

—Pues denme unos seis mil pesos, ya está aliviado el enfermo; pero eso sí, cuídenlo. En cuanto pida algo de comer, no tarden en dárselo para que pueda recuperarse pronto y aliviarse bien; ya no le va a pasar nada.

Así les dijo a los familiares. Le dieron seis mil pesos, le dieron otros quinientos de propina por el gusto y el contento de que su enfermo sanara. El muchachito se fue.

—Parece que no conviene que vayas solo —le dijeron—, los médicos que apenas salieron están muy enojados.

—No me hacen nada.

—No, no podemos saber. Además podemos necesitarte en otra ocasión, no nada más ahorita; no sabemos cómo seguiremos de aquí en adelante. Queremos encontrarte donde vayas a estar, donde vayas a ir.

—Voy a andar aquí cerca, visitando a otros vecinos, viendo a otros enfermos, por dondequiera. Ustedes nomás pregunten por mí —y les dijo su nombre.

Como los familiares estaban muy contentos de que su enfermo sanara, le dieron veinticinco soldados para que lo acompañaran a todas partes, por donde lo llamaran. El muchachito habló con la muerte, quien le dijo:

—Vamos a otra casa donde vive un rey. También está grave, pero te lo voy a dejar a ti para que lo alivies.

Llegaron a casa del rey y el muchachito dijo:

—Ya levanté a un enfermo aquí cerca, vengo a verte; haré la lucha para aliviarte, aunque no lo puedo asegurar. Primero necesito saber qué clase de enfermedad es. Allí estaban sus familiares, le respondieron: —Sería una gran alegría para nosotros que pudieras sanar a nuestro enfermo. No importa lo que cobres, te lo pagaremos. —Voy a ver qué enfermedad tiene —dijo el muchachito. Le tocaba al enfermo las manos y el pulso, le tocaba el pecho.

—Parece que sí se va a aliviar, le voy a aplicar una medicina y vamos a ver dentro de un rato qué sucede. Aquí voy a quedarme dos horas para poder decirles qué va a pasar.

—Está bien, si nos haces ese favor; vamos a ver qué le pasa al enfermo, estamos muy preocupados porque no sabemos lo que pueda sucederle.

—No, no se preocupen, yo le voy a poner la medicina y lo vamos a abrigar un poco para que se le caliente el cuerpo y pueda circular mejor la medicina. Esta medicina sí cura; por más que estuvieran muchos médicos, no podrían hacer lo que yo puedo hacer con esta medicina.

Le untó la medicina y allí se estuvo, esperando.

—Ya pueden ir preparando un té —les dijo—, dentro de un rato va a pedirlo.

—Sí, cómo no. Si nos haces ese favor.

—Dentro de un momento, cuando tenga sed, les avisaré y ustedes le darán su té. Y el muchachito se quedó allí, esperando. Cuando el enfermo intentaba descubrirse, él volvía a taparlo. Ya que había sudado, pidió agua para beber.

—Ya traigan el tecito, ya quiere agua —dijo el muchachito.

Corriendo, trajeron el té ya hervido para dárselo al enfermo; lo ayudaron a levantarse cargándolo en brazos, para que pudiera tomarse el agua.

—Prepárense —les decía el muchachito— porque dentro de un rato va a pedir pan y tal vez hasta un vasito de leche.

—¡Ojalá! ¡Dios quiera!

—Sí, yo les voy a estar diciendo, hasta que lo vea aliviarse; si no se alivia, también se los digo: entonces ya no tiene caso que me quede aquí.

Ahora pidió pan, pidió leche, se la tomó.

El muchachito cobró ocho mil pesos, eso es lo que cobraba el médico —es decir, el muchachito. Los familiares le pagaron sin arrepentirse; contaron el dinero y se lo entregaron.

—Dentro de un rato va a pedir una tortillita, prepárensela. Pero que sea una tortillita bien hecha. También le pueden dar huevo o carne, si lo pide; no le hará mal.

—¿Qué no tiene dieta la medicina que usas?

—No, no le hace. Ustedes denle lo que pida, eso le dará fuerzas.

—Está bien. Y ahora, ¿qué tan lejos te vas a ir?

—Voy a estar cerca, donde haya otros enfermos que me estén llamando. Por allí voy a andar; si algo se ofrece me mandan razón con alguien; voy a andar por aquí nomás, en el pueblo.

—Está bien, pero ojalá que vayas con bien, ojalá que la gente no sepa que traes dinero, porque te pueden asaltar y pueden quitártelo.

—Espero que no —les dijo—, ojalá y no me pase nada.

—Si quieres te podemos dar una ayuda, te podemos dar por lo menos treinta soldados para que te vayan a dejar a donde vayas.

—Pues si tienen tiempo, ¿por qué no? A mí me gusta la amistad, pueden venir conmigo.

—Sí, voy a pedir los soldados para que vayan contigo, para que te cuiden tu dinerito... no sea que un maldoso te asalte y te lo quite.

—Pues si me hacen ese favor, que me acompañen, pues.

—Si gustas, esperas la comida y comes.

—No, para mí no es hora de comer todavía. Coman ustedes.

—Te lo ofrecemos con buena voluntad, con confianza, no tengas pena.

—No, gracias.

Le trajeron treinta soldados con sus fusiles y parque, para que lo acompañaran a donde iba. Había otro enfermo, una persona importante; era muy rico y estaba muy enfermo. La muerte le dijo:

—A ése me lo llevo yo. Llegando se los dices a los familiares, yo nomás te haré una señal.

Llegando, la muerte se fue a parar junto a la cabeza del enfermo. A ése le quitó la vida. El muchachito se quedó parado del lado donde tenía los pies el enfermo.

Ya había ganado mucho dinero. El rey no quiso que lo abandonaran los soldados que le había puesto para cuidarlo y les mandó una carta donde les ordenaba que

siguieran cuidando al médico, por el gusto de haberse aliviado, pues ya se había levantado de la cama, ya caminaba, ya comía bien, ya paseaba por el patio de su casa. Les decía a sus familiares:

—¡Ah! ¿De dónde vendría el muchachito que me levantó? Si hubieran sabido, lo hubieran llamado antes, no que los otros médicos nada más ganaban el dinero y no me daban ningún alivio; hacían las cosas de por mientras, pero eso no era lo que necesitaba. Investiguen ustedes a dónde va a llegar ese muchachito, dónde va a andar y que los soldados lo sigan cuidando, porque es muy bueno.

El muchachito ya había crecido, ya era muchacho grande, se hizo un joven. Los soldados seguían acompañándolo, el rey era quien les pagaba y les enviaba alimentos, para que no abandonaran al médico, para que se estuvieran con él. El rey bien sabía que él había sido quien lo había aliviado, dijo:

—Pues por el gusto y placer de estar aliviado, le voy a dar una de mis hijas. Llámame al médico, pídanle que venga, díganle que lo espero —ordenó a los soldados. Enviaron una carta a los soldados, para que vinieran, para que cumplieran las órdenes del rey.

Lo llamaron y vino a donde estaba el rey: estaba visitando a un enfermo, pero murió. Desde el principio les dijo a los familiares que no tenía remedio, que mejor se prepararan para enterrarlo. Y efectivamente, murió. El médico llegó hasta la casa del rey.

—¿De dónde eres? Estoy muy contento de estar de nuevo sano: ya estoy comiendo, ya estoy paseando aquí en mi casa y dentro de ocho o quince días, ojalá pueda llevar a mis peones a trabajar en mis terrenos —le decía el rey.

—Está bien. Por si llegaras a tener una recaída, me mandas avisar, voy andar por aquí nada más, en este pueblo, haciendo curaciones.

—¿Tú qué piensas? ¿Tendrías voluntad para casarte con una de mis hijas? —le preguntó el rey.

—¿Por qué no? Si me tienes esa voluntad y esa confianza, ¿por qué no? Sí me caso con ella —le respondió—. Pero primero tengo que ganar otro poco de dinero para poder casarme, porque hasta ahora no he ganado mucho, tengo poco tiempo de haber empezado con este trabajo, no he podido trabajar mucho.

—No tengas cuidado —le decía el rey—, los gastos corren por mi cuenta, tú no vas a gastar. Todo lo hago por el gusto de haberme aliviado.

Estaban allí siete muchachas a las que llamaron para que se formaran en el patio de la casa. El médico escogió a la muchacha de su voluntad para casarse con ella.

Enseguida salieron cincuenta soldados para proteger más todavía a aquel médico, para cuidar que nadie pasara cerca de donde él estaba parado. El médico ya se vestía

bien ahora, por el dinero que había ganado, ya había elegido a la muchacha que sería su esposa.

Al día siguiente se hizo el casamiento por lo civil. Hubo baile. El baile se hizo en la casa del rey. El médico, después hizo sus compras: compró animales, compró gallinas, compró todo lo necesario. Le dieron un coche y vinieron cinco carros para llevar a toda la familia del rey. Cargaron maíz y animales: reses, gallinas y chivos —para hacer la barbacoa. El muchacho llegó a casa de su padre. Donde el camino era angosto, primero abrían brecha los soldados.

Mandaron un carro adelante para que llegara a la casa de los padres del médico; es decir, del muchachito al que habían golpeado. Le fueron a avisar a su padre:

—Dicen que tienes que ir a ver a tu muchacho, el que salió hace tiempo. Lo jalaste y lo fuiste a abandonar en el camino, allá le pegaste, pero ahora viene —le decían—. Tienes que ir a encontrarlo porque trae un bienestar para ti; no pienses que viene para hacerte sufrir hambre o que viene sin vestir. Viene con tu consuegro y te trae mucha ayuda —eso les dijeron al padre y a la madre.

El padre y la madre cruzaban los brazos para cubrirse la ropa: estaban muy mugrositos, muy harapientos. Sin querer, el padre se puso a llorar y fue a encontrarse con su hijo. Los criados venían en el carro de adelante y se pusieron a parar polines para hacer los manteados de la sombra donde se iban a sentar los consuegros. Traían carros llenos de leña, de carbón y de animales. Mataron de inmediato a los animales: a las gallinas, a las reses, a los chivos. Iban a traer agua de donde hubiera, en el carro; no había agua cerca de la casa del médico, por eso fueron a acarrearla, para que las cocineras tuvieran agua. Habían traído de cocineras a las mismas criadas del rey, y todo lo necesario para la fiesta.

El padre y la madre salieron a encontrar a su hijo, con los brazos cruzados para esconder su ropa. El hijo abrió su coche para saludar a su madre. Ya se vestía muy bien, ya no se veía pobre. No queriendo, su padre se hincó para besarle la mano, también su madre. Luego fueron con su hijo a saludar a su consuegro, hombre muy fino. Pero los soldados no querían darles permiso a esos humildes de acercarse al rey, le fueron a avisar al yerno.

—No, son mis padres —les dijo.

—Ah, entonces está bien —y ya les dieron permiso para que fueran a saludar al rey y a sus familiares.

El papá y la mamá subieron en el coche con su hijo, que había regresado, para llegar a la casa junto con él. Enseguida les trajeron agua caliente para que se bañaran y les dieron ropa nueva. Se vistieron y así estuvieron junto a su hijo y su consuegro. Los cocineros estaban muy ocupados preparando todo lo que se iba a comer. Venía

también un carro que traía dinero: era la que el médico había juntado con su trabajo.

Hubo comida, hubo baile, pues habían traído músicos. Los soldados que venían acompañando al rey rodeaban el patio para que no cualquiera entrara a la fiesta, a ver el baile. Terminó el casamiento, terminó el baile. El joven aquel regresó a su trabajo; se regresó con su suegro para seguir curando enfermos. Se hizo muy rico, tuvo mucho dinero además del que había traído, había juntado, había ganado. Construyó su casa. El padre y la madre se quedaron a cuidar la casa y el dinero que les dejó el hijo. El muchacho siguió trabajando con la muerte para ganar dinero. Tan luego reunía dinero, lo enviaba a su casa para guardarlo. Aquí termina el niño que hablaba con los zopilotes. (*otomí*)⁵⁵

El curandero obtiene gran riqueza simplemente atendiendo a la presencia de la muerte—invisible para todos los demás— que parada en la cabecera o a los pies del enfermo le indica si sanará o morirá. La historia puede tener final feliz, como en el caso del niño otomí o el cuento mixe, donde el curandero ya nunca pasará hambre.

Cuando el ahijado pretende burlar a la muerte y cambia de posición a un enfermo—por amor o por ambición— muere castigado. La muerte puede llevarlo a un lugar donde su vela está a punto de extinguirse o viene por él, a su casa. El ahijado intenta disfrazarse para que no lo reconzca, pero no lo logra, por supuesto.

La salud de los enfermos, así como la felicidad del ahijado, están siempre relacionadas con la comida. El cuento sirve también para burlarse de los médicos arrogantes.

La versión recopilada por los hermanos Grimm narra que un hombre tenía tantos hijos que no podía mantenerlos, ni había ya a quién pedirle que apadrinara al decimotercero. El hombre decide pedírselo al primero que pase por el camino. La muerte regala a su ahijado, cuando crece, un pomo de agua milagrosa. Cuando visita a un enfermo, el ahijado —y solamente él— ve dónde se coloca la muerte y así sabe si vivirá o no.

Esta versión escrita, de Michoacán, se limita a la selección del padrino y la succulencia de la comida.

PUES UNA VEZ sucedió lo siguiente:

Que un señor era muy pobre, pero mucho muy pobre; no poquito, y que por si fuera poco tenía muchos hijos, por eso nunca podía saciar su hambre, porque sus hijos le quitaban la comida, y siempre se quedaba con hambre.

Entonces sucedió que le dijo un día a su esposa:

—Prepara un canasto de tortillas para que me vaya a comer al cerro, lejos del pueblo; mata esas tres gallinas y pónmelas también en el itacate.

Y agregó:

—Voy al cerro a comer donde no haya nadie y pueda darme un banquete para que siquiera una vez, aunque sea, me llene; ya hace mucho que no me hartó de comer, de tanto que me quitan los hijos la comida.

Su esposa le contestó:

—Está bien.

Entonces la mujer echó las tortillas, mató a las gallinas, le hizo el itacate; todavía le dijo el señor a su esposa:

—Ponme esa cazuela también, para que la lleve al cerro y me prepare la comida, y no se te olviden los chiles y la cebolla.

—Está bien —le contestó su esposa de nuevo.

En efecto, la señora le preparó todo y el señor se fue al cerro cargando el itacate. Llegó a un paraje, un lugar totalmente solitario; en aquel cerro dejó caer el itacate y entonces buscó unas piedras por ahí, que sirvieran de fogones, y colocó la cazuela e hizo una gran fogata para que se cociera rápido la comida. Puso a cocer las tres gallinas porque así lo deseaba, cuando menos una vez hartarse de comida, pues porque ya tenía mucho que sus hijos no lo dejaban saciarse. Ahí se acostó en el cerro a esperar un rato; cuando calculó que ya estaba la comida, inmediatamente sacó la primera gallina y se la sirvió en el plato dejando para después las otras dos; entonces calentó las tortillas y luego se volvió a ver hacia todos los lados para asegurarse de que estaba solo al empezar a comer. En efecto no apareció nadie, porque estaba en lo más lejos del cerro, y él había deseado estar solo para que nadie le quitara la comida. Pero cuando empezó a comer escuchó a sus espaldas un ruido que le hizo volverse de inmediato. “¡Ah, ya no pude comer solito! ¿Quién se estará acercando por aquí, que me quitará la comida?”, pensó.

Entonces vio venir a un señor tambaleante y le dijo: “Ah, es el padre Dios. Si me pide de comer, no le voy a dar nada, porque ya desde hace mucho le estoy pidiendo que me ayude a salir de esta pobreza y él nunca me ha hecho caso; por eso ahora no le voy a dar nada; aunque se acerque no le voy a dar nada.”

Se acercó el recién llegado y le habló así al que estaba comiendo:

—¡Qué sabrosa comida te has hecho!, regálame tantita, yo ya me muero de hambre. El señor le contestó:

—No, yo no te voy a regalar nada, porque desde hace mucho te estoy rogando que me socorras y nunca me has hecho caso, por eso ahora yo tampoco te voy a dar de comer.

—Está bien —le contestó el Señor que acababa de llegar.

El señor Dios se fue. El de la extrema pobreza esperó hasta asegurarse de que ya no regresaría para seguir comiendo; cuando desapareció el señor y ya no había posibi-

lidades de que regresara, se sentó de nuevo y dijo:

—¡Ahora sí, a comer!

Al poco rato ya se había comido la segunda gallina y quedaba todavía una.

Poco después, cuando el señor se disponía a comer una pierna, de pronto escuchó un ruido y se dijo: “¡Está regresando el señor Dios, no está dispuesto a dejarme comer en paz!”

Cuando se volvió, vio a sus espaldas un ser esquelético que se estaba acercando, tambaleándose como si estuviera borracho. De inmediato reconoció que era la muerte y entonces pensó: “A éste sí le voy a dar de comer, porque es la muerte y se lleva a todos, a pequeños y grandes, sin importar ningún tipo de enfermedad, no le tiene asco a nadie; sí le voy a dar de comer”.

Y llegó el señor tambaleante y saludó al que estaba comiendo:

—¿Aquí estás?

—Sí —le contestó.

—Qué sabrosa comida has preparado, regálame tantita porque ya me muero de hambre, hace mucho que no como.

—Acércate rápido, pues, y siéntate.

Como en ese momento ya había confirmado que era la muerte, agregó con cierta alegría:

—Sí, cómo no, siéntate ahora, comeremos en grande.

De inmediato le acercó la gallina para servirle al señor Muerte y sentados los dos comieron; la muerte comía.

Entonces el señor Muerte le dijo:

—Muchas gracias, ya hacía mucho que no comía tanto como hoy; comí muy bien, muchas gracias. Ahora ya me voy por ahí, yo venía por ti y ahora no te voy a llevar porque me diste de comer; vendré dentro de siete años.

—Está bien —le contestó el señor y le confió—: otra persona pasó un poquito antes que tú por aquí, pero no le quise dar de mi comida porque yo le había pedido que me ayudara a salir de la pobreza, pero nunca me hizo caso, por eso no le di nada. A ti no te negué porque tú sí eres parejo, te llevas a pequeños y grandes, no discriminas a nadie, nadie te causa asco, no importa qué enfermedad tengan, aceptas a todos. Así termina. (*purépecha*)⁵⁶

Cuando el ahijado engaña al padrino, éste le muestra el lugar donde están unas velas, correspondientes a la vida de todos los hombres. La del ahijado es apenas un cabo a punto de extinguirse; el mortal intenta reavivar la flama.

HABÍA UNA VEZ un hombre que siempre estaba borracho, se dedicaba a tomar. Tenía a su esposa que lo quería mucho, aunque fuera borracho. Le daba de comer bien; cuando le hacía daño el licor, le daba caldo de gallina. Una vez estaba comiendo y allí estaban sus hijos, que eran muchos. Le dijo a su mujer:

—Los niños no me dejan comer tranquilo cuando estoy aquí.

Aunque no trabajaba y su mujer se encargaba de mantener a los niños, el borracho no se sentía incómodo.

—Creo que me vas a matar una gallina —le dijo a su mujer—, me la quiero comer yo solo.

—Cómo no, te la voy a poner a cocer temprano para que te la comas solo, porque estos niños son muy listos.

Al día siguiente la señora se levantó muy temprano y se fijó que todos sus hijos estuvieran bien dormidos. Agarró a una gallina, la mató y la preparó. Cuando ya estaba lista la comida le dijo a su esposo:

—Levántate a comer, ya está lista la comida; para que sientas mejor.

El señor se levantó rápido y se sentó frente al caldo de gallina sin siquiera lavarse las manos ni la cara. Pensaba comer bien. Uno de los hijos se dio cuenta y se paró de inmediato diciendo:

—Hermanos, hermanos, levántense: papá está comiendo.

—¡Justo cuando voy a comer, me quitan la comida!

Los niños se repartieron pedacitos de carne.

Nuevamente volvió y se puso de acuerdo con su señora: —Así ni parece que comí, no quedo satisfecho. Mejor me voy a comer aparte, donde no me molesten.

—Está bien, cómo no. Voy a poner a cocer la gallina temprano, a prepararla para que comas bien.

Pero enseguida le dieron un trabajo. Así pasó el tiempo.

Por fin una vez, cuando iba a empezar a comer solo, donde nadie lo molestara, llegó a su casa un señor:

—Buenos días, ¿qué haces?

—Nada, voy a comer.

—¿No me puedes hacer un favor? ¿No me das un poco de tu comida?

—¿Quién eres?

—Yo, soy Dios.

—No te voy a dar; tú eres quien me debería de dar a mí, por ser Dios. Apenas encuentro qué comer y mis hijos no me dejan nada, me molestan mucho.

Entonces Dios desapareció como si se lo hubiera llevado el viento. Él guardó sus cosas mientras platicaba y se las llevó a otra parte en donde no lo molestara nadie. Enseguida llegó otro señor y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Voy a comer.

—¿No me puedes hacer un favor? ¿No me puedes dar un poco?

—¿Quién eres?

—Soy la Muerte.

—¡Cómo no! Dios ya me había pedido de comer y no le di, pues él es el que me debía de dar a mí.

Repartió su comida en dos partes y le dio la mitad a la Muerte. La Muerte le dijo entonces:

—A ti te voy a decir una cosa, amigo. Ya que no te gusta el ruido ni que te molesten, ya que no tienes trabajo, yo te voy a dar uno. Te voy a enseñar antes cómo viven las personas del mundo, de qué manera va pasando el tiempo, quiénes viven más años y quiénes menos tiempo—. Y le enseñó unas velas, siguió diciéndole: —La vela es la que nos indica ese tiempo; cuando ya está por terminarse, quiere decir que hasta allí va a existir ese cristiano en el mundo.

—Amigo, vas a llevar a mis hijos al rosario, para que seas mi compadre.

Se fueron a la iglesia y la Muerte le enseñó todo al señor.

Éste preguntó: —Compadre, ¿cuál es mi vela?

—Allí está—. Y le enseñó una vela a la que le faltaba poco para terminarse.

—Compadre, ¿no estaría bien que la cambiáramos?

—No compadre, no está bien. Lo que está hecho, va a pasar: te tienes que ir. Así es como termina la existencia, así es como terminó también mi vela.

—Ni modo, ya me queda poco.

—Para que vivas otro poco, esto es lo que tienes que hacer: vas a buscar enfermos, te vas a hacer adivino, vas a adivinar con maíz y con baraja. A esto te vas a dedicar.

—Dame ese trabajo, voy a hacerlo. ¿Cuándo vienes?

—Yo mismo te voy a avisar con el tiempo.

Salieron de la iglesia y en un descuido de su compadre, el hombre se regresó corriendo y cambió su vela chiquita por otra más grande. Regresó a su casa y le contó a su esposa:

—Así me sucedió—. Y le contó todo lo que había pasado.

—Ay, pobre, ¿pero tú qué cosa sabes hacer? No es cierto lo que dices.

—No, voy a ver. Dicen que hay un enfermo, voy a verlo.

Como los borrachos dondequiera entran, entró en la casa de una enferma. Allí estaba una señora pensativa, preocupada porque la pobre ya estaba agonizando. El borracho dijo entonces:

—¿Qué les pasa? ¿Qué les sucede? ¿Qué es cierto que mi amiga está agonizando?

—Sí, allí está acostada.

—¿Por qué no me hacen un favor? Permítanme verla, no les voy a cobrar nada, a lo mejor logro curarla.

—Si nos haces ese favor. A lo mejor Dios te ha dado poder. Ve el maíz o lo que sea, con tal de que se alivie.

—No es necesario, voy a ir a ver a la enferma.

Su compadre, la Muerte ya le había dicho:

—Compadre, si me encuentras en la cabecera de la cama, quiere decir que la persona va a morir. Si estoy en los pies, nada más le tocas el pecho a la persona y se va a aliviar, como si tuviera hambre.

Se cumplió todo lo que había dicho la Muerte. Revisó a la enferma y vio que su compadre estaba en los pies de la cama. Tocó a la enferma en el pecho y le dijo:

—Levántate.

Enseguida habló la enferma como si estuviera muy cansada y pidió de comer:

—Quiero comer. Denme de comer para que tenga fuerza.

Ya llevaban por dondequiera al señor, le daban gallinas y todo lo que quería, le pagaban lo que pidiera por curar a los enfermos.

De esa manera, sus hijos pudieron comer carne de gallina. (*mixe*)⁵⁷

En la versión europea, el hombre pobre no quiere de compadre de su hijo ni a dios ni

al diablo, sino a la muerte, que es pareja con todos. El ahijado se hace rico y famoso al crecer, pues tiene una yerba para curar, o un pomo con agua de la vida.

La primera vez que el ahijado engaña a la muerte, lo perdona. La segunda le lleva a ver las velas de la vida donde la del ahijado es apenas un cabo vacilante. El ahijado pide clemencia y la muerte finge concederla, pero tira la vela como por accidente, matando al médico tramposo.

Almodóvar dice que el padre decide que lo bautizará el primero que pase, que la muerte sea el padrino es un accidente. Guelbenzú, incluye el fragmento jocoso donde, tras engañarla, intenta esconderse disfrazándose.

En una versión otomí recopilada por Lastra, el curandero pide su peso en oro cada vez que cura y cuando la muerte lo busca, se disfraza de pelón. En la Huasteca, en cambio, la fusión con otros elementos transforma el cuento, que pasa por explicación etiológica.

HABÍA UN HOMBRE que tenía mucha familia. Todos los días quería comer bien pero le quitaban la comida sus hijos e hijas; la comida no bastaba para todos. Comía un cachito y ya se acababa porque eran mucha familia. Nadie comía bien porque había demasiadas bocas que alimentar. “Ya me cansé de no comer”. El hombre estaba harto de no comer suficiente y una noche dijo a su señora que matase tres pollos y preparase tamales, uno de ellos con un pollo entero. Cuando los niños despertaron a la mañana siguiente, ya no había ni pollos ni tamales. El hombre se lo había llevado todo para comer solo en el monte. Se había ido temprano, al amanecer. Se había ido lejos con su morral lleno de tamales a un lugar a la orilla del camino donde no lo podía alcanzar nadie que le quitara la comida. Se alejó de los barbechos y se adentró en el monte donde nadie lo molestara y paró allí para comer. Sacó los tamales, y como la tierra y las hojas del bosque estaban bien secas, se sentó en el piso. Estaba a punto de comer el primer bocado del tamal más grande, con un pollo entero, y se lo estaba llevando a la boca con avidez, cuando oyó venir a un caminante, en ese lugar por el que nadie pasaba. Lo vio a lo lejos, se oían crepitar las hojas secas del bosque, hojas muertas que el caminante pisaba. Éste llegó hasta el hombre y le dijo que quería comer. El hombre tuvo que darle su tamal más grande. El caminante comió toda la carne y le dejó al hombre nomás la pura masa. Cuando el caminante terminó de comer le dijo al hombre que no se enojara.

—Yo soy la enfermedad —le dijo— te voy a dar trabajo, tú vas a ser curandero. Si oyes que alguien está enfermo, si hay una enfermedad en algún lado, soy yo. Irás a ver al enfermo, le dirás que sanará y yo lo dejaré tranquilo.

Entre que se fue el caminante y que regresó el hombre a su pueblo empezaron a lle-

gar las enfermedades. El caminante era la muerte, y como el hombre había compartido su comida con la muerte, llegaron las enfermedades. El hombre tuvo que andar curando. Cuando oía que alguien estaba enfermo iba a visitarlo y lo curaba, porque había dado de comer al caminante, que era la enfermedad. Así se volvió rico, tenía mucho dinero porque había hecho un trato con la enfermedad. Como podía hablar con ella, podía ayudar; le daba de comer, y así seguían trabajando juntos. Cada vez que ella aparecía, él se encontraba con ella. No pasaba un día sin que se encontrasen. Hasta que un día el hombre ya no quiso encontrarse con la enfermedad, le molestaba seguir así. El hombre se escondió para que la enfermedad no lo encontrara. Se dejó crecer el cabello y una barba muy larga para no ser reconocido y salió así, todo greñudo, para curar a alguien. Pero la enfermedad lo reconoció igual y le dijo: —Entonces, ¿tu pelo creció mucho? No te había visto en tiempo, pero no deberías esconderte de mí. Debes ir, debes curar, debes trabajar.

Para que la enfermedad lo perdonara y le dejara vivir, el hombre le pidió que fuera padrino de su hijo. El hombre fue a bautizar a su hijo y entró a la iglesia con el padrino para que le dejara vivir, puesto que ahora ya eran compadres. El hombre empezó otra vez su trabajo de curandero. Pero volvió a cansarse de encontrar siempre a la enfermedad y decidió esconderse otra vez. Durante un año se quedó en su casa sin salir, esperando que la enfermedad se olvidase de él. El hombre no aguantaba encontrarse siempre con la enfermedad, ya no quería ayudar, ya no quería curar. Se encerró en su casa y después de un año se peluqueó, se cortó todo el cabello para que no lo reconociese la muerte. Salió de la casa pelón, pero la enfermedad de nuevo lo reconoció y le preguntó por qué estaba calvo. El hombre mintió diciendo que como había tenido el pelo muy largo se había enfermado, volviéndose calvo. El hombre esperaba que así le perdonaría una segunda vez. Pero la muerte le dijo que se lo iba a llevar, que no lo dejaría vivir más, que iba a librarlo del trabajo. El hombre le suplicó que lo perdonara, que lo dejara trabajar, que lo dejara vivir. Pero la enfermedad estaba enojada con el hombre, le tocó la nuca y quedó muerto. Así ya no se encontró con su compadre por los caminos, así terminó ese viejo tacaño que se amargaba porque tenía muchos niños que alimentar.

Éste es el de los curanderos porque, según él los espíritus de la tierra dan valor a los que curan. Los curanderos luchan con la muerte, pero siempre quedan dependiendo de la muerte, de la tierra. Por eso se dice que los curanderos que van a curar, si no hacen las limpias, si no les dan comida, el curandero queda mal con la tierra, con la muerte. Hay curanderos muy exigentes, para apaciguar a la tierra, quieren una gallina entera, con uñas: no más sacan las tripas, para hacer un tamal exigido por los espíritus de la tierra. Es un compromiso del curandero, es un destino. Los espíritus

ayudan, es un don. (*teenek*)⁵⁸

El fragmento final donde el ahijado intenta escapar de la muerte disfrazándose se cuenta como chiste en muchas lenguas.

UNA VEZ un señor se encontró con la muerte, que le dijo:

—Ahora sí te voy a llevar.

—No me lleves —le dijo el hombre.

—Pues vengo dentro de ocho días, entonces sí te voy a llevar.

Al regresar a su casa el señor le contó a su esposa que se lo iba a llevar la muerte.

Pero su esposa dijo:

—No te llevará, porque cuando te conoció estabas mechudo; y si ahora te rasuras, pelón, puede que no te reconozca.

—Bueno —dijo el hombre.

Se rasuró. Llegó el día del plazo, vino la muerte y preguntó por el señor.

Le dijeron que no estaba.

—Entonces, si no está el mechudo, aunque sea a este pelón me llevo —dijo la muerte. (*zapoteco*)⁵⁹

BIBLIOGRAFÍA

- ALMODÓVAR, Antonio R., *Cuentos al amor de la lumbre* (2 vols.), Barcelona, Anaya, 1983. (Reimpresión en Alianza Editorial, 1999).
- ARIEL DE VIDAS, Anath, *El Trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, México, CIESAS/Colegio de San Luis/CFEMCA/IID, 2003.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, México, SEP/INAH, 1979. (Cuadernos de los Centros Regionales).
- BOAS, Franz, "Notes of Mexican Folklore", *Journal of American Folklore*, vol. XXV, julio-septiembre 1912, pp. 204-260.
- BURNES, Allan F. y Paulino Yamá, *An Epoch of Miracles. Oral Literature of the Yucatec Maya*, Austin, University of Texas Press, 1983.
- CONAFE, *Cuentos de engaños, para hacer reír y fantásticos*, Elisa Ramírez Castañeda (edición y versiones), México, Tipografía Blanca/SEP, 2001. (Hacedores de Palabras de PAEPI).
- DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES, *Cuentos purépechas, Juchari uandantskuecha. Antología*, México, CNCA/DGP/Diana, 1994.
- FOSTER, George M., *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, Berkeley y Los Ángeles, University of California, 1945.
- GARCÍA ALCARAZ, Agustín, *Tinujei. Los triques de Copala*, México, Comisión del río Balsas, 1973.

- GIDDINGS, Ruth W., *Yaqui Myths and Legends*, Tucson, The University of Arizona Press, 1978. Edición original en *Anthropological Paper*, núm. 2, University of Arizona, 1959.
- GÓMEZ HERNÁNDEZ, Antonio, María Rosa Palazón y Mario Humberto Ruz (coords.), *Palabras de nuestro corazón. Mitos, fábulas y cuentos maravillosos de la narrativa tojolabal*. México, UNAM-IIF/UACH, 1999.
- GUELLENZÚ, José María, *Cuentos populares españoles* (2 vols), Madrid, Siruela, 1996.
- GUTIÉRREZ MORALES, Salomé y Soren Wichmann, “*Hem çiçimat*. La Chichimeca”, *Tlalocan*, vol. XIII, UNAM/IIH/IIA, 2001, pp. 315-334.
- LAстра, Yolanda, *Unidad y diversidad de la lengua. Relatos otomíes*, UNAM, México 2001.
- LAUGHLIN, Robert, *The People of the Bat. Mayan Tales from Zinacantan. Dreams and Stories*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1988.
- LAW, Howard, W., “A Gulf Nahuatl Text”, *Tlalocan*, vol. III, núm. 4, 1957, Casa de Tlaloc, pp. 344-360.
- MILLER, Walter S., *Cuentos mixes*, México, INI, 1956.
- PÉREZ CONDE, Pedro y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales*, México, SEP/DGPB/DEI, 1985. (Tradición Oral Indígena).
- PIRTOP, Programa de investigación y recopilación de tradición oral popular del CONAFE. Archivo oral y carpetas con índices y transcripciones. Sección de la Huasteca, Altos de Jalisco y Veracruz.
- PORTAL, María Ana, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, México, INAH, 1986.
- RADIN, Paul y Aurelio M. Espinosa, *El folklore de Oaxaca*, Nueva York, Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas y The Hispanic Society of America, 1917.
- RADIN, Paul, “Huave texts”, en *Internatioinal Journal of American Linguistics*, vol. V, núm. 1, marzo 1929, pp. 1-56.
- RADIN, Paul, *Cuentos de Mitla*, reprint from *Tlalocan*, vol. I, núms. 1, 2 y 3, 1943, 1944, 1945, Sacramento, House of Tlaloc, 1945.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Adolfo Juárez Bailón *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, México SEP/DGPB/DEI, 1982. (Tradición Oral Indígena).
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, *El fin de los montiocs. Tradición oral de los huaves de San Mateo*, México, INAH, 1987. (Colección Divulgación).
- SALINAS, Jesús y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos otomíes. Ya ‘mede ñhahñu*, México, DGPB/DEI, 1982. (Tradición Oral Indígena).
- SEGRE, Enzo y Taller de Tradición Oral de CEPEC, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.

- SOLANO, Alonso y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos mixtecos de Guerrero. Tu'un savi, ña ndatno'on xa'a ña kuu xina'an*, México, SEP/DGPB/DEI, 1986. (Tradición Oral Indígena).
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Agua, mundo, montaña. Narrativa nahua, mixe, popoloca del Sur de Veracruz*, México, PREMIA/DGCP, 1985.
- THOMAS, Norman D., "Elementos precolombinos y temas modernos en el folklore de los zoques de Rayón", en *Los zoques de Chiapas*, México, INI, 1985.
- THOMPSON, Stith, *The Folktale*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1977.
- VILLA ROJAS, Alfonso *et al*, *Los zoques de Chiapas* (1975), México, CNCA/INI, 1990. (Colección Presencias).
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto, *Mitos tepehuas*, México, SEP, 1972. (SepSetentas).

GLOSARIO

- ACAHUAL: zacatal; hierba alta y de tallo algo grueso que suelen cubrir los barbechos.
- ACAMAYA O CAMAYA: langostino, langosta o camarón de río.
- ACOCOTE: calabazo seco y alargado con orificios en ambos extremos que sirve para extraer el aguamiel de los magueyes por succión.
- ACUYO: hierbasanta, planta aromática comestible y medicinal.
- AGUAMIEL: jugo del maguey que se fermenta para hacer el pulque.
- AGUZADO, *ABUSADO*: en realidad, puntiagudo. Se usa para calificar a alguien de listo, agudo, perspicaz.
- AHUATE, AGUATE, AHUATOSO: espina finísimas de cactáceas, maíz, caña y carrizos.
- ALMUD: medida antigua de capacidad, que puede ser desde cuatro hasta veinte litros; caja o cilindro para medir semillas.
- AMATE: árbol de la familia de las moráceas o *ficus*; puede ser blanco o negro. Se usa la corteza para hacer papel.
- AMUINARSE*: hacer muina; de mohín: enojarse, causar mohín.
- ANTEBURRO: danta, tapir.
- APERSONAR*: aparecer, presentarse, comparecer.
- ARQUILLA: horquilla, huacal.
- ASQUEL, ESQUEL, ESQUELÍN: hormigas muy pequeñas, negras o rojas.
- AURA: zopilote, buitre con plumas blancas en el cuello.
- AXOCOPA, AXOCOPAQUE: arbusto con flores aromática y medicinal; se usa para perfumar el chocolate en Oaxaca y Veracruz.
- AYATE: tela de ixtle, o fibra de palma o henequén usada para costales o para acarrear.
- BAJIAL: tierra baja y anegable, bajada súbita de agua.
- BANKIL*: mozo, ayudante.
- BARBACOA: carne aderezada cocinada en un pozo precalentado con piedras.

BATEA: recipiente plano, circular, grande y con orilla; generalmente de madera, usado para lavar, amasar, contener frutas o granos.

BORDÓN: bastón.

BULE: pequeño calabazo o jícara entera, usada para contener y acarrear líquidos; tecomate.

CACALOTE: zanate, cuervo.

CACHO: cuerno.

CACLES O CAITES: huaraches cerrados, con talón ;zapatos toscos.

CALDERETA: cacerola poco honda con asas.

CALIHUEI: casa sagrada donde hacen sus ceremonias los huicholes.

CAMA DE PENCA: varas de otates unidos y montados sobre una base, para dormir.

CATRÍN: petimetre, elegante.

CAYUCO: embarcación de una pieza, más chica que la canoa, de fondo plano.

CENOTE: pequeña laguna formada cuando un río subterráneo asoma a la superficie, en una caverna o a gran profundidad.

CH'IB: palma o bejuco para tejer canastos.

CHACA: pájaro carpintero.

CHACHALACA: pájaro comestible, vocinglera.

CHACHAPAL: vasija de barro, tamales.

CHAPARREAR (CHAPARREROS), CHAPEAR, CHACALEAR, CHAPONEAR: rozar, limpiar con machete de maleza un campo para hacer milpa.

CHATANATE: canasto.

CHELÓN, CHELONERA: llorón, lagañoso; conjuntivitis.

CHICAL: ración de comida, vasija a modo de jícara grande.

CHICAYOTA: cucurbitácea, chilacayote.

CHICHARRAS: cigarras, insecto que produce un zumbido agudo y salta.

CHICHINA: pichancha, colador de barro cocido.

CHICHINAL: conjunto de chichis o tetas de un animal.

CHICHIS, CHICHES: pechos de mujer.

CHICOLEAR: golpear muy fuerte con chicol, vara con gancho para tumbar fruta.

CHILICOTE: variedad de colorín, coralina que se emplea en collares, juegos o como veneno.

CHILTOTA, CHILTOTE: ave canora amarilla, chorchá.

CHIMOLERA: vasija de barro para moler con una mano, mortero de barro o de piedra.

CHININI, CHINÍN: fruta de Tabasco, semejante al aguacate aunque más pequeña y de piel suave.

CHINTETE: reptil mal llamado camaleón, lagartija gorda y espinuda.

CHIQUIHUIITE: canasto cilíndrico sin asas.

CHUINA: masa y carne cocinada como atole espeso; venado, para los tarahumaras.

CHUPAMIRTO: chuparrosa, colibrí.

CHUZO: gancho, flecha, instrumento con punta. En el relato, sinónimo de puntas de flecha antiguas.

CINCO ARROBAS: sesenta y dos kilos y medio

COA: instrumento de labranza, palo para sembrar.

COAMIL, COAMILEAR: milpa, sementera, terreno pequeño para la siembra con coa, sin usar arado. Hacer coamil.

COCHIMONTE: cerdo salvaje, jabalí.

COCHITOS: cerditos.

COJOLITO, COJOLITE O COCOLITE: pájaro silvestre grande, faisán de tierras tropicales de patas rojas, ojos desnudos de color azul, pico negro brillante.

COYOL: coquito de aceite, corozo, guayacol; forma vulgar de llamar a los testículos.

CUAJIOTE: palo elefante, árbol grande con tronco espinoso y bayas comestibles.

CUSCOMATE, COSCOMATE, CUEXCOMATE: depósito cerrado de barro para guardar el grano del maíz, parecido a una olla. Tapanco en los relatos mixes.

DILATAR: tardar.

EQUIPAL: sillón de varas tejidas con asiento y respaldo de cuero. Asiento de autoridades huicholas.

ESQUITES: granos de maíz tostados antes de molerse para hacer pinole.

FRÍJOL PICHUACA, PICHOCO: semillas como cuentas, zompanctle o colorín.

GARABATO: un machete curvo; palo que sirve para sujetar la yerba que se corta con el machete.

GEÑO: genio, criatura maligna.

GOBERNADORA: planta desértica; chamizo o creosota.

GUANO: palma usada para techar.

GUÁSIMA: árbol de hasta veinte metros con frutas comestibles, flores fragantes amarillas.

GUAYA: palma muy dura y filosa, fruta de esta palma.

HALLARSE: sentirse a gusto en un lugar, estar cómodo.

HUARUMBO O GUARUMBO: palo de hormiga, árbol con hojas lechosas. Los troncos huecos sirven de nido a hormigas muy agresivas y medicinales.

HUAUTE, GUAUTE, HUAUTLI: amaranto.

HUCUIXTLES, COCUIXTLES O JUCUIXTLES: maguey pequeño, muy espinudo, que da fruto azucarado.

HUILOTA: tórtola.

IXTLE: fibra procedente del agave que se usa para cuerdas y canastos.

JAA, JUELA: onomatopeya de asombro, ¡ah abuela! Tabasco.

JATUMARI: maíz crudo molido y disuelto en agua

JICALPESTLE O JICAPEXTLE: jícara o calabazo; a veces tiene tapa. Es ancho y sirve para guardar comida. Puede ser pintado o liso.

JICOTES: abejorros.

JILOTE: elote tierno.

JIQUEMILLA, JIQUIMILLA: animal carnívoro pequeño.

JUNCIA: agujas de pino que se tienden en el suelo como señal de respeto o en ocasiones solemnes.

JUSTICIA: juez, autoridad.

KANDOHO: hierba mora.

LECHPAT: jacal pobre.

LEGUA: medida definida por lo que se camina más o menos una hora; 5572.7 metros.

LUK: palo o bastón que se usa para doblar la maleza con el fin de cortarla con el machete.

MACUCHE: tabaco cimarrón o silvestre.

MAESTRO DE LA CAPILLA: cargo religioso, el que sabe la liturgia de las fiestas.

MAJAHUA O MAJAGUA: árbol de madera correosa, de sus vástagos se hacen sogas.

MALACATE: huso para hilar algodón, rueda con la cual se hace girar la hebra.

MANGA: impermeable.

MANTONIS O TATAMANDÓN: autoridad, padres que mandan.

MAR VIVA: así llaman los huaves al mar abierto, para distinguirlo de las lagunas costeras, donde pescan.

MARAKAME, MARAKATE (PLURAL): cantador, chaman, sacerdote, hombre sabio huichol.

MATAYAHUALE, MATAYAGUAL: red con aro, nasa.

MAZATE: venado macho.

MECAPAL: tira de mecate para cargar bultos sujetos de la frente.

MECATE: cuerda de ixtle.

MECO, MECA: de color bermejo; pálido y manchado.

MITOTE: fiesta con música, baile y ofrendas celebrada entre coras, tepehuanos y mexicanos.

NANA, TATA, NANABUELA: abuela.

NANCES O NANCHES: fruto del árbol del mismo nombre, parecido al capulín, de color amarillo, al que se le atribuyen cualidades narcóticas o mágicas.

NIGUAS: insecto parecido a la pulga que anida en los pies, causando picazón y úlceras.

NIXCÓN, NISCÓMIL: olla donde se remoja y cuece el nixtamal.

OCOTE: pino aromático muy combustible y madera que proviene de estos árboles.

OTATE: especie de carrizo con caña macizo, no hueca.

PAILA: recipiente circular hondo de boca muy ancha, utilizado para fabricar azúcar.

PALANCA: culebra venenosa de la zona mazateca.

PALOTADAS: palos o ramas y troncos derribados.

PASCOLAS: participantes o danzantes en la fiesta de Pascua,

PASIONES: personajes con cargo de representar la Pasión de Cristo en Semana Santa en los Altos de Chiapas.

PAXTLE, PASTLE: heno gris.

PEPE: ave parecida al cuervo llamada también papán, pájaro ayudante de Huracán.

PEPENCHI O PECHENCHE: consentido, chiquiado, también arrimado.

PEPESCA: pequeños peces de río.

PICHO: zanate, pájaro ayudante de Huracán.

PINOLE: harina de maíz tostado y molido; bebida hecha de esta harina. Dejar hecho pinole (polvo).

PIZCAR, PISCAR, PIXCAR: cosechar la mazorca o elotes, el café, el algodón.

POPAL: humedales de agua dulce; vegetación herbácea que se desarrolla en lugares pantanosos con agua permanente.

POSH: aguardiente de caña destilado en Chiapas.

POZOL, POSOL, POZOLE: bebida refrescante hecha de maíz cocido y molido bastante, disuelto en agua fría.

PRIVADO: desmayado.

PULSAR: sentir el pulso para curar.

PUMPU, PUMPO: calabazo, guaje, bule ancho, sirve para guardar tortillas y otra comida.

QUEBRANTAHUESOS: la mayor de las aves de rapiña que existe en México, come cadáveres o seres vivos y recibe este nombre porque eleva a sus víctimas y las despeña para romperle los huesos antes de comerla.

QUELITES: nombre de varias yerbas comestibles silvestres.

QUIPISCA: ave de cola negra.

RASTROJO: resto de la planta del maíz, tras ser cosechada la mazorca.

RECORDAR: despertar.

RESUELLO: aliento.

ROZA: desmonte o limpia, acción de tumbar árboles y maleza que luego serán quemados. La ceniza sirve para fertilizar la tierra donde se sembrará más tarde.

ROZAR, DESMONTAR: quitar la vegetación de un terreno; la basura se deja secar; limpiar de hierbas y matorrales un terreno, para cultivarlo.

SAHUMAR: echar humo de incienso o copal con un sahumerio para bendecir un lugar.

SALATE O CHALATE: árbol de la familia del *ficus*; laurel o higuera de río.

SANCHO: amante de la esposa.

SARTENEJA: en Yucatán, aguaje; huella que dejan las patas de los animales en el lodo que luego se resquebrajan.

SAURINO; DE ZAHORÍ: nigromántico o hechicero en lengua árabe de España.

SEÑOR ÁNGEL, ÁNJEL, 'ANJEL: personificación del rayo en Chiapas.

SERETE, SEREQUE: roedor, jabalí pequeño o rata grande de cabeza alargada, hocico truncado y pelaje rojizo pinto de negro en el dorso y rabadilla.

SICUAQUES: bufones de Semana Santa entre los coras y huicholes.

SOTOL: bebida obtenida del maguey de este nombre.

SURAL: flor blanca parecida al lirio, aunque más pequeña.

TALSAHUATE, SALSAHUATES: pinollillo, garrapatas.

TAMO: polvo del maíz

TANTEAR: calcular, engañar

TANTZI: tamal entre los tepehuas.

TAPISCAR: pisar.

TAREA: medida de tierra.

TARIMA: tronco ahuecado en la forma de una caja, sobre el cual zapatean en un mismo lugar, un hombre y una mujer, que miran al frente. La danza se ejecuta al compás de un violín. En Oaxaca, se llama artesanía y solía ser una canoa invertida.

TATOÁN: de tlatoani, principal, autoridad.

TECOMATE: depósito para el maíz, troje. Calabaza o jícara ceñida al centro, que sirve para contener líquidos.

TECONTE: calabazo, jícara.

TEMASCAL, TEMAZCAL, TEMAXCALLI: baño de vapor.

TENAMASTE: tres piedras para poner lumbre enmedio, sostienen el recipiente en el que se cocina.

TENANCHE (DE TONANTZIN): cargo de las mujeres en la iglesia, aseando el templo y las imágenes. Cargo en las fiestas religiosas, mayordomía.

TENATE O TANATE: canasto cilíndrico de palma.

TENCUACHE, TENCUA: que tiene hocico o boca hendida, labio leporino.

TEPEJILOTE, TEPEPILOTE: palmera que produce fruto comestible, guayita.

TEPEZCUINTLE, TEPESCUINTLE, TEPECHICHI: roedor del tamaño de un conejo de color amarillo rojizo con pintas y sin rabo.

TEPOCATE: renacuajo.

TEPONAZTLI: tambor de madera de origen prehispánico, que se coloca de forma horizontal.

TERREGAR: aplanar el terreno.

TESGÜINO: bebida fermentada de granos de maíz germinado.

TIMBRE: cáscara del árbol del timbre, que sirve para fermentar al pulque para emborracharse.

TLACHIQUERO: el encargado de extraer con acocotes el aguamiel de los plantíos de maguey.

TLACOLE: extensión de tierra para sembrar.

TOL: tecomate, bule, calabazo; recipiente para almacenar agua o alimentos; jícara grande.

TONAL, TONALLI: entidad anímica del interior del cuerpo; animal compañero.

TOPII: oficial de justicia menor, policía, mensajero de la autoridad.

TOPOL: tigrillo, pantera en yaqui.

TOROTE: árbol grande del desierto también llamado copalquín, copal rojo o copal elefante.

TOTOMOSTLE, TOTOMOXTE: hoja seca del maíz que se usa como forraje o para envolver tamales.

TRES ARROBAS: treinta y siete kilos.

TUKIPA: casa de gobierno huichol.

TULE: planta de tallo largo con la cual se tejen petates, asientos de silla, canastos.

TUNCUL O TUNKUL: tambor de madera, instrumento de percusión prehispánico que se llama así en la zona maya.

TZITZIME, CHICHIMA: ser fantástico del monte, espanta.

WOM: juego yaqui en el que debe patearse una pelota por delante de la carrera.

XURAVÉT O XURAWÉT: mitote entre los mexicanos. Fiesta.

XUT: hijo menor, xocoyote, Benjamín.

ZACALOSÚCHIL, JACALASÚCHIL, CACALASÚCHIL: flor del cuervo; árbol pequeño que da flores muy olorosas. Plumeria, Flor de Mayo.

ZACATAL: lugar donde abunda el pasto o zacate.

ZACUA: ave parda o negruzca que anda en bandadas y perjudica la siembra, infla el cuello y canta con sonido semejante al agua que se derrama, pájaro ayudante de Huracán.

ZAPUPE: nombre genérico de magueyes que producen fibra.

ZENZONTLE O CENZONTLE: calandria, ave canora de las cuatrocientas voces.



Juan Oso, Blanca Flor y otros cuentos maravillosos de ultramar

de Elisa Ramírez Castañeda, se imprimió
en los talleres de Leo Impresora y Encuadernadora,
Playa Eréndira N° 8, Col. Santiago Sur, Del. Iztacalco,
C.P. 08800, México, D.F., durante el mes de septiembre
de 2014. El cuidado de la impresión estuvo a cargo
de Héctor Martínez Rojas. El tiraje
fue de 1,500 ejemplares.